

STAR WARS

**LA NUEVA ORDEN
JEDI**

TOMO 5

**AGENTES DEL CAOS II
ECLIPSE JEDI**

JAMES LUCENO

Título original: Star Wars. The New Jedi Order.
Agents of Chaos II. Jedi Eclipse.
Traducción: Pérez Navarro.

Imágica Ediciones, S.L.:
Alberto Santos & Patricia Forde & Carlos L. García-Aranda.

Diseño y maquetación: Carlos L. García-Aranda.
Ilustración de cubierta: Rick Berry / Braid Media Arts.

1era edición: septiembre, 2005.

Para Carmen, Carlos
y Dimitri,
13 años después.

Agradecimientos

Por vigilarme por encima del hombro y enriquecer este libro, doy las gracias de corazón a Shelly Shapiro, Sue Rostoni, Dan Wallace y Alex Newborn.

Dramatis personae:

Nom Anor: Ejecutor (guerrero yuuzhan vong).

Malik Carr: comandante (guerrero yuuzhan vong).

Reck Desh: mercenario de la Brigada de la Paz (humano).

Droma: viajero espacial (ryn).

Elan: Sacerdotisa (yuuzhan vong).

Harrar: Sacerdote (yuuzhan vong).

Belindi Kalenda: Miembro del Servicio de Inteligencia de la Nueva República (humana).

Raff: estratega bélico (yuuzhan vong).

Roa: capitán del *Daga Afortunada* (humano).

Mayor Showolter: Miembro del Servicio de Inteligencia de la Nueva República (humano).

Luke Skywalker: Maestro Jedi (humano).

Mara Jade Skywalker: Maestra Jedi (humana).

Anakin Solo: Caballero Jedi (humano).

Han Solo: capitán del *Halcón Milenario* (humano).

Leia Organa Solo: embajadora de la Nueva República (humana).

Tla: comandante (yuuzhan vong).

Vergere: familiar de Elan (fosh hembra).

CAPITULO 1

Amanecía en la capital de Gyndine, pero eso apenas era evidente para quien estuviera en la superficie. Durante los breves momentos en que el sol era visible, se veía como poco más que un disco blanquecino tras el humo que escupían los bosques y edificios en llamas. Los sonidos de la batalla reverberaban atronadores procedentes de las colinas circundantes, y un viento cálido y arrasador barría el paisaje. El día estaba sumido en una oscuridad crepuscular, desgarrada y deshilachada por fogonazos de luz cegadora.

Esa luz artificial procedía de guerreros y máquinas bélicas que recorrían el abrasado suelo y surcaban el atormentado cielo. Naves aliadas y enemigas sobrevolaban esa locura, persiguiéndose y disparándose a través de plumizas nubes, añadiendo estallidos sónicos a la estridente partitura del combate. Al este de la castigada capital, descargas de energía apuñalaban implacables la superficie desde lo alto, abriéndose en abanico como rayos de profusa luz solar o concentrándose en cegadoras cortinas que encendían el horizonte con el brillante rojo de un congelado amanecer.

Misiles de piedra supercaliente, liberados por los contingentes enemigos en su avance, atacaban lo que quedaba de ciudad, agujereando las torres aún en pie y derribando las ya destripadas por el fuego. Pedazos de ferro-cemento destrozado y plastiaceró retorcido caían sobre calles llenas de cráteres y callejones cegados. Unos pocos civiles corrían desesperados en busca de refugio, mientras otros, atenazados por el miedo, se refugiaban en los bostezantes agujeros ennegrecidos por el fuego que una vez fueron portales y tiendas. En algunos barrios, cañones de iones y baterías de turbo-láser con apenas munición respondían con dardos de luz azulada a la andanada de misiles. Pero los misiles sólo conseguían ser rechazados en las cercanías de la embajada de la Nueva República, gracias a un campo de contención instalado apresuradamente.

Una multitud de miles de seres de diferentes especies se amontonaba peligrosamente cerca del resplandeciente perímetro del escudo, tras la verja aturdidora, empujando, buscando ser admitida en el interior. Los droides deambulaban aturridos en los bordes de la multitud, claramente conscientes del destino que les esperaba si los invasores se apoderaban de la ciudad. Si la verja aturdidora hubiera sido el único obstáculo que se interponía entre la multitud y un refugio seguro, el pánico habría bastado para que ésta entrase en los terrenos de la embajada, pero, además del campo de fuerza, el perímetro estaba reforzado con soldados de la Nueva República bien armados. El paraguas de energía del escudo luminoso debía desactivarse para que pudiera cruzarse con seguridad, pero eso sólo ocurría cuando una nave de evacuación despegaba rumbo a uno de los transportes andados en el espacio

local.

Los aspirantes a ser evacuados de Gyndine, con rostro ceniciento y cubiertos con telas para protegerse del aire mefítico, hacían todo lo posible para asegurarse la supervivencia. Suplicaban a los soldados, ofrecían sobornos, embaucaban y amenazaban mientras rodeaban con brazos protectores los hombros de niños aterrorizados o aferraban con fuerza los ajados hatos de sus posesiones. Los soldados de expresión hosca tenían orden de guardar silencio y no ofrecían ni miradas de consuelo ni palabras de ánimo. Sólo sus ojos contradecían su aparente falta de pasión, mirando a su alrededor o clavándose en la única persona que podía responder a esas peticiones y demandas.

Leia Organa Solo captó una de esas miradas, dirigida por un soldado humano apostado junto a lo que ahora hacía las veces de búnker de comunicaciones. Leia llevaba el rostro tiznado y los largos cabellos recogidos bajo una gorra con visera, por lo que era improbable que alguien de la multitud pudiera reconocerla como la heroína de la Alianza Rebelde y la antigua Jefe de Estado, pero el mono de combate azul celeste —en cuyas mangas llevaba el emblema de SELCORE, el Comité Electo del Senado de Ayuda a los Refugiados— la identificaba como la única posibilidad de escapatoria de ese mundo, como proveedora de liberación. En ese momento no podía alejarse ni cinco metros de la verja aturdidora sin que niños llorando le alargasen con gesto implorador collares de oración o misivas escritas apresuradamente para seres queridos de fuera del planeta.

No se atrevía a mirar a nadie a los ojos, no fuera que alguien leyera en ella la esperanza o la angustia que sentía en ese momento. Se sumergió profundamente en la Fuerza para obtener cierta distancia, pero no podía evitar pasearse a menudo entre el búnker y el borde del escudo, por si oía que había aterrizado otra nave de evacuación y estaba a la espera de llenarse.

Detrás de ella iba siempre el fiel Olmahk, cuya ferocidad nativa le hacía parecer más un acechador que un guardaespaldas. El diminuto noghri al menos solía sentirse cómodo en medio de ese caos que era el desconuelo de C-3P0, cuyo brillo áureo se veía ahora apagado por las cenizas y el hollín. Pero la aprensión del androide de protocolo tenía menos que ver con su propia seguridad que con la amenaza que suponían los yuuzhan vong para toda forma de vida mecánica, muy a menudo la primera en sufrir las consecuencias cuando un mundo caía en manos de la raza.

Una potente explosión hizo temblar el permeocemento bajo los pies de Leia, y un orbe giratorio de fuego anaranjado asumió forma de hongo en el centro de la ciudad. Un viento abrasador que arrastraba gotas de lluvia aún más calientes tironeó de la gorra y el mono de Leia. Las tormentas micro-climáticas creadas por el intercambio de energías y conflagraciones llevaban toda la noche asolando la zona. Un granizo mezclado con ascuas se alzó de la arruinada

superficie de Gyndine golpeando a todo el mundo y ampollando la carne expuesta como si fuera ácido. Leia sintió el ardiente calor del suelo incluso a través del aislamiento de sus botas de media caña.

Un sonoro siseo la hizo volverse hacia el escudo a tiempo de ver cómo se desvanecía en ondeantes olas de distorsión.

—Nave de evacuación despegando —informó un soldado desde el búnker de comunicaciones, apretándose con ambas manos los auriculares del casco de comunicaciones—. Bajen dos más.

Leia alzó la mirada hacia el tenebroso cielo. La nave que partía, definida por su silueta oblonga y sus luces de posición, se elevó gracias a la potencia de sus repulsores antes de salir disparada en una columna de fuego azul, escoltada por media docena de Ala-X. Una catarata de coralitas emboscados en las colinas se alzó en su persecución.

Leia se volvió hacia los soldados apostados ante la verja aturdidora. —¡Dejad pasar al siguiente grupo!

Las personas en vanguardia del grupo —humanos, sullustanos, bimm y otras especies— fueron canalizadas por las puertas de la embajada, empujándose hombro contra hombro, mejilla contra mandíbula. Al bajarse el escudo, los proyectiles enemigos que hasta ese momento eran rechazados cayeron como ardientes meteoros. Uno de ellos alcanzó el ala este de la embajada construida en plena Era Imperial y le prendió fuego.

Leia palmeaba a los evacuados en la espalda a medida que se dirigían hacia la lanzadera que esperaba en la zona de aterrizaje.

—¡Deprisa! —les urgía—. ¡Deprisa!

—Reconectando el escudo —le comunicó el mismo oficial de comunicaciones desde el búnker—. Todos atrás.

Leia apretó los dientes. Ése era el peor momento, se dijo.

Los soldados de la puerta volvieron a cerrar el cordón y escanearon la zona buscando rastros de disruptores de campo. La multitud reaccionó avanzando, rebelándose contra la desigualdad y la arbitrariedad de su situación. Los más cercanos a la puerta, temiendo perder su oportunidad de salvarse por sólo una o dos personas, intentaron forzar su paso a través de los soldados, mientras los que estaban detrás empujaban, decididos a avanzar luchando. Leia sabía que era un gesto inútil, pero la multitud se negaba a dispersarse, esperando contra toda esperanza que las fuerzas de la Nueva República consiguieran mantener a raya a los invasores hasta evacuar a todos los civiles y no combatientes.

Señora Leia —dijo C-3P0, acercándose apresuradamente con manos alzadas y fotorreceptores brillantes—, ¡el campo deflector se está debilitando! ¡Si no nos vamos pronto, pereceremos con toda seguridad!

Como muchos más lo harán en este día, pensó Leia.

—Nos iremos en la última nave —dijo a C-3P0—, no antes. Hasta entonces, procura ser de utilidad catalogando nombres y especies. C-3P0 alzó aún más los brazos y pivotó bruscamente sobre sí mismo. —Oh, ¿qué va a ser de nosotros?

Leia lanzó un suspiro, preguntándose eso mismo.

El bombardeo había empezado dos días antes, cuando una flotilla enemiga yuuzhan vong abandonó sus posiciones en el Espacio Hutt y entró inesperadamente en el cercano sistema Circarpous. Se improvisó un intento de fortificar el sector de la capital, pero las flotas y naves de la República se hallaban protegiendo los sistemas principales de las Colonias y el Núcleo, por lo que poca protección podían ofrecer a los mundos como Gyndine, de importancia secundaria pese a sus modestos artilleros orbitales.

Por otro lado, tampoco había motivo o razón aparente para que los yuuzhan vong atacasen ese mundo, aparte de su evidente deseo de sembrar confusión. Al caer los mundos del Borde Medio, la República había considerado a Gyndine ideal como centro de tránsito para refugiados debido a su remota situación, y muchos de los que en ese momento estaban al otro lado de la verja habían llegado procedentes de Ithor, Obora-Skai, Ord Mantell y toda una serie de planetas ocupados por el enemigo. Cada vez era más evidente que los yuuzhan vong disfrutaban casi tanto dando caza a poblaciones en fuga como sacrificando prisioneros e inmolando androides. Las tropas de asalto que descendieron en Gyndine parecían deseosas de demostrar que eran tan eficaces apoderándose de mundos como envenenándolos.

La voz del oficial de comunicaciones puso punto final a los pensamientos de Leia.

—Embajadora, tenemos imágenes en directo de las sondas de vigilancia del campo.

Leia dudó antes de agacharse y entrar en el búnker, donde un holograma a pequeña escala, deslumbrante por la estática de la transmisión, atraía la atención de los hombres y mujeres allí reunidos. Necesitó un momento para comprender qué estaba viendo, y, aun así, parte de ella se negaba a admitir la verdad.

—En nombre del cielo...

—Respiradores de fuego —dijo alguien, como anticipándose a su sorpresa—. Se rumorea que los yuuzhan vong hicieron escala en Mimban para que esas cosas se pudieran llenar de gas de los pantanos.

Las temblorosas piernas de Leia le hicieron sentarse. Luego se llevó una mano a la boca. Una legión de enormes criaturas semejantes a vejigas se acercaba desde el amanecer, desfilando como heraldos de un alba nueva y

mortífera, apoyándose en seis piernas rechonchas y equipadas con una serie de probóscides flexibles por las que brotaban chorros de gelatinosas llamas.

—El metano y el sulfato de hidrógeno deben mezclarse con algo de sus tripas para poder producir ese fuego líquido —comentó una mujer a los controles del holoprojector, más intrigada que horrorizada—. También exhalan un aerosol antiláser.

Los respiradores de fuego, de treinta metros de alto, eran una muestra más de las monstruosidades diseñadas genéticamente por el enemigo, y más *que* marchar rebotaban sobre el terreno, tambaleándose como globos más ligeros que el aire e incinerando todo y a todos los que encontraban a su paso.

Leia casi podía oler la peste de la carnicería.

—Sean lo que sean, tienen la piel muy gruesa —dijo el oficial de comunicaciones—. No los derriba nada inferior a una descarga de turboláser.

Las unidades de Gyndine, incapaces de detener el avance de los letales dirigibles, empezaban a abandonar sus posiciones en las trincheras para correr en oleadas hacia la ciudad. Por todas partes se veían máquinas bélicas ennegrecidas por el fuego: tanques droides, viejos turboláseres móviles Coronar, y hasta un par de AT-AT volcados, sin cabeza y espatañados en el suelo.

—¡Se retiran! —dijo Leia con dureza—. ¿Quién ha dado la orden de retirada?

En cuanto las palabras salieron de su boca, lamentó haberlas dicho. Los oficiales que no la miraban fijamente se miraron incómodos las manos. ¿Cómo podía culpar a las tropas de retirarse cuando eso mismo era lo que venía haciendo la Nueva República desde el principio de la invasión, retirarse hacia el Núcleo como si la mayor densidad de sistemas estelares significase una mayor protección? ¿Quién podía saber ya qué actos eran justos y cuáles deshonorosos?

Leia salió del búnker sin decir palabra y se encontró con un C-3P0 que la esperaba tembloroso.

—¡Señora Leia, acabo de recibir la más preocupante de las noticias!

Leia apenas podía oírle. La batalla había alcanzado los lindes de la capital en los pocos minutos transcurridos dentro del búnker. La multitud estaba más inquieta que antes, moviéndose hacia delante y de un lado a otro. Leia creyó discernir, a través de una abertura en la línea del cielo, la bamboleante silueta de un respirador de fuego yuuzhan vong.

—Parece ser —decía C-3P0—, que los ciudadanos de Gyndine tienen la impresión de que usted discrimina a los que son antiguos miembros del Imperio.

Leia se quedó boquiabierta, y sus ojos castaños refulgieron.

—Eso es absurdo. ¿Cómo creen que puedo distinguir a un antiguo imperial con solo mirarlo? Y en caso de poder hacerlo...

C-3P0 bajó la voz con tono conspirador.

—De hecho, hay cierta justificación estadística en esa afirmación, señora. Entre las cinco mil personas ya evacuadas hay un porcentaje abrumador de habitantes de mundos cuya lealtad a la antigua Alianza Rebelde está bien documentada. Pero estoy seguro de que eso sólo se debe a...

La explicación de C-3P0 se vio tragada por una explosión ensordecedora. La electricidad bailó salvajemente en la periferia de la cúpula de energía, y el escudo desapareció. Los indicadores que bordeaban la verja aturdidora titilaron y se apagaron. Un jadeo asustado se alzó en la multitud.

—¡Han dado al generador del campo! —dijo C-3P0—. ¡Estamos perdidos!

La multitud volvió a empujar, y los soldados cerraron filas. Las armas se cargaron con un zumbido ominoso.

C-3P0 empezó a retroceder hacia las puertas de la embajada.

—¡Nos van a aplastar!

Olmahk se puso al lado de Leia con eficiencia letal. Ella estaba a punto de decirle que mantuviera la calma cuando uno de los soldados se asustó y disparó un arma sónica contra la multitud, a quemarropa, derribando docenas de personas y haciendo que los demás se dispersaran en todas direcciones.

Leia corrió sin pensar hasta el aturdido soldado y le arrancó el arma de las manos.

— ¡Se supone que estamos rescatando a esas personas, no hiriéndolas!

Tiró el arma a un lado, se pasó la mano por la frente y se descolocó la gorra sin darse cuenta, derramando sus cabellos sobre los hombros. Volvió al búnker y cogió el comunicador más cercano para pedir conexión con el comandante de las fuerzas expedicionarias.

—Embajadora Organa Solo, al habla el comandante Ilanka —le respondió una voz grave.

—Necesitamos todas las naves disponibles, comandante... ¡De inmediato! Las fuerzas yuuzhan vong están entrando en la ciudad.

Ilanka se tomó un momento para responder.

—Lo siento, embajadora, pero tenemos las manos ocupadas. Al otro lado de la luna, tres naves bélicas enemigas más han emergido del hiperespacio. Tendrán que arreglárselas con las naves que aún quedan en superficie. Cárguenlas y despeguen. Y, embajadora, le sugiero que suba a bordo de una de ellas.

Leia apagó el comunicador y contempló alarmada a la multitud. *¿Cómo puedo escoger?*, se preguntó. *¿Cómo?*

Una tormenta de ardientes meteoros de coral yorik golpeó la embajada y los edificios adyacentes, prendiendo fuego a todo lo que tocaba. El infierno provocó una explosión en un tanque de combustible situado junto a la zona de aterrizaje, proyectando metralla en todas direcciones. El lado derecho de la cara de Leia gritó de dolor cuando algo se abrió paso en su mejilla. Se llevó instintivamente los dedos a la herida, esperando encontrar sangre, pero el fragmento al rojo blanco había cauterizado la herida al pasar.

— ¡Señora Leia, está herida! —dijo C-3P0, pero ella le apartó con un gesto antes de que pudiera llegar a su lado.

Con su visión periférica vio que dos soldados sujetaban a un humano alto y enjuto, empujándolo hacia ella. Llevaba una gorra encasquetada en la frente y el rostro herido e hinchado.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Leia a sus custodios.

— Es un agitador —informo el soldado más bajo—. Le oímos decir a la gente que sólo evacuábamos a los leales a la Nueva República. Que todo el que tuviera un pasado imperial podía irse a tomar...

— Le he entendido, sargento —dijo Leia, acallándolo.

Miró un momento al cautivo, preguntándose qué podría ganar difundiendo mentiras. Abrió la boca para preguntárselo cuando un significativo olfateo de Olmahk la alertó.

Leia se acercó al hombre y le miró fijamente a los ojos. Cuando alzó el índice de la mano derecha, un gruñido escapó de los labios de Olmahk. Al darse cuenta de lo que pretendía hacer Leia, el cautivo retrocedió, pero su reacción sólo reafirmó la decisión de los soldados de seguir sujetándolo. Los ojos de Leia se estrecharon con certeza. Hundió el dedo en el rostro del hombre, golpeándolo justo donde la ventana derecha de la nariz se unía a la mejilla.

Para asombro de los soldados, la carne del hombre pareció retraerse, llevándose su expresión consigo, revelando una mirada que combinaba dolor y orgullo en un rostro marcado por tatuajes de brillantes colores. La máscara de carne que había huido ante el tacto de Leia desapareció por el cuello de la holgada túnica del hombre, hinchándose en alguna parte del torso para luego deslizarse por la pernera del pantalón hasta formar un charco de sirope color carne en el suelo.

Los soldados retrocedieron asustados, el sargento desenfundando la pistola láser para disparar varias veces contra el charco. Al verse libre, el yuuzhan vong también dio un paso atrás, desgarrándose la túnica para descubrir un chaleco corporal tan vivo como lo había estado el enmascarador oogloth. Alzó el

rostro para mirar a Leia con ojos sin pestañas, y aulló lanzando un grito de guerra que helaba la sangre en las venas.

—¡Do-ro'ik vong prattle! ¡Y pesar para nuestros enemigos!

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —gritó Leia a todos los que tenía cerca.

Olmahk la arrojó al suelo antes incluso de que el primero de los insectos aturdidores brotase del chaleco del yuuzhan vong. El sonido no era muy diferente al de los corchos al salir disparados de botellas de vino efervescente, pero las explosiones iban acompañadas por exclamaciones de soldados y civiles que no oyeron o no hicieron caso del consejo de Leia. Hombres y mujeres en diez metros a la redonda cayeron como si fueran árboles.

Leia sintió que el peso de Olmahk se apartaba de ella, y cuando pudo alzar la mirada, éste había desgarrado la garganta del yuuzhan vong con los dientes. A derecha e izquierda, la gente se agitaba en el suelo gimiendo de dolor. Otros se tambaleaban sujetándose con ambas manos el vientre desgarrado, los brazos partidos, las costillas rotas o el rostro destrozado.

—¡Poned a esa gente a cubierto! —ordenó Leia.

Los proyectiles de coral yorik continuaban lloviendo sobre la embajada y la zona de aterrizaje, donde una docena de soldados supervisaba la carga final de la última nave de evacuación.

Ya hacía rato que la multitud había cruzado las puertas de la embajada, pero los bastones aturdidores y sónicos impidieron a muchos abordar la nave. Leia empezó a moverse a su vez hacia ella, tambaleándose aturdida, seguida por Olmahk. Se fijó en C-3P0, cuya placa frontal estaba abollada por un insecto aturdidor, justo encima del ensamblador energético.

—¿Te encuentras bien?

—¡Gracias al Hacedor que no tengo corazón! —dijo, y habría pestañeado de poder hacerlo.

Mientras los tres se acercaban a la nave de evacuación, un viejo TE-TT se acercó cojeando hasta ellos, goteando fluido hidráulico por un costado ennegrecido, y con un agujero donde antes hubo un lanzagranadas. El Transporte Explorador Todo Terreno, que era poco más que una caja acorazada dispuesta sobre patas de articulaciones inversas, chirrió y se detuvo con estrépito, derrumbándose con la barbilla por delante en la superficie de permeocemento de la plataforma de aterrizaje. La escotilla de babor se alzó, liberando una nube de humo, y de la carlinga salió un joven, tosiendo pero ileso.

—Wurth Skidder —gimió Leia, cruzando los brazos sobre el pecho—. Debí suponer que serías tú, dada la brillantez de tu entrada.

Skidder, rubio y de rasgos marcados, saltó ágilmente al suelo y se quitó la humeante capa de Caballero Jedi.

—Los yuuzhan vong han acabado con nuestras defensas, embajadora. La batalla está perdida. Quise que usted fuese la primera en saberlo.

Luke había comunicado a Leia que Skidder estaba en Gyndine, pero éste era su primer contacto con él. Ocho meses antes, durante la crisis rhommamuliana, le había dado problemas cuando él derribó un par de cazas osarianos pilotados por rodianos que querían interferir en su misión diplomática. En aquel momento lo encontró imprudente, insolente y demasiado confiado en sus habilidades, pero Luke insistía en que la batalla de Ithor y la herida recibida en ella lo habían cambiado a mejor. Seguro que era por lo mucho que disfrutaba usando el sable láser en todo momento, pensó Leia.

—Llegas un poco tarde con tu informe, Wurth —le respondió—, pero a tiempo de tomar el último vuelo fuera del planeta. —Asintió en dirección a la plataforma de aterrizaje—. Mi hermano no me perdonaría que no te devolviese sano y salvo a Coruscant.

Skidder le correspondió con una elaborada reverencia caballerosa, extendiendo la mano derecha hacia ella.

—Un Jedi evita las discusiones siempre que puede —sostuvo un momento la mirada de ella—. No hay nada en el Código Jedi que nos exija obedecer a los civiles, pero acataré esa orden en señal de respeto por su aclamado hermano.

—Muy bien —dijo Leia con sarcasmo—. Procura subir a bordo. Alguien le dio un golpecito en el hombro y se volvió.

—Embajadora, hemos reservado sitio para usted, para su guardaespaldas y para su androide —le informó un oficial varón—. Pero debe subir ya. El representante de la Nueva República ya está a bordo, y hemos recibido órdenes de despegar.

Leia asintió y se volvió hacia Skidder, sólo para verlo correr hacia las puertas de la embajada.

—¡Skidder! —gritó, formando un megáfono con las manos. Éste se detuvo, se volvió hacia ella y agitó una mano en un gesto que parecía ser reconocimiento.

—Sólo tengo que realizar antes una pequeña tarea —le respondió gritando.

Leia frunció el ceño furiosa y se volvió otra vez hacia el oficial de vuelo, clavando la mirada en el gentío que se amontonaba a los pies de la rampa de acceso de la nave.

—Seguro que la nave puede admitir unos cuantos pasajeros más. Los labios del oficial formaron una fina línea.

—Ya estamos al máximo, embajadora. —Siguió la mirada de ella hasta el

gentío, y respiró entre dientes—. Pero podríamos apretarnos y aceptar cuatro más.

Leia le tocó el antebrazo en gesto de agradecimiento, y los dos se apresuraron hacia la rampa. Tras la barricada de soldados, encabezando la fila de evacuados, había un grupo de alienígenas con cola, pelo de punta y sedoso vello ataviados con faldas envolventes y chalecos coloridos pero escasos.

Leia se dio cuenta con sorpresa de que eran ryn, la especie a la que pertenecía Droma, el nuevo amigo de Han.

—Cuatro —le recordó el oficial de vuelo, mientras Leia contaba a los ryn—, algunos tendrán que quedarse atrás.

Seis ryn para ser exactos, se dijo. Aun así, cuatro eran mejor que ninguno. Se deslizó entre dos soldados de anchos hombros para acercarse a la rampa y hacer una seña a los alienígenas que esperaban allí.

—Vosotros cuatro —dijo, señalando a cada uno de ellos—. ¡Deprisa!

En sus rostros aparecieron expresiones de alivio y alegría. Los cuatro elegidos se volvieron para intercambiar abrazos con los que iban a ser abandonados. Un bebé envuelto en telas fue pasado desde atrás a una de las mujeres de delante. Leia oyó que alguien decía:

—Melisma, si encuentras a Droma, dile que estamos aquí.

Leia se sobresaltó y buscó a quien había dicho ese nombre, pero no había tiempo para interrogarlo. Los soldados ya retrocedían hacia la rampa, llevándosela con ellos.

—¡Esperad! —dijo, parándose de pronto y negándose a moverse—. Skidder. ¿Dónde está Skidder? ¿Está ya a bordo?

Se inclinó hacia delante para mirar por la devastada zona de aterrizaje y lo vio corriendo hacia la nave, arrastrando tras él a una hembra humana y cargando con un niño de pelo largo en la mano izquierda. La imagen hizo pensar a Leia. Puede que Skidder sí hubiera cambiado.

—Asegúrense de que suben a bordo —ordenó al oficial al cargo, haciendo una pausa cuando un coralita lanzó un proyectil que impactó a sólo unos metros de la rampa—. Y me da igual si debe meterlos con calzador.

CAPITULO 2

La muerte persiguió a la lanzadera hasta el confín del espacio, escupiendo fuego desde abajo, aguijoneándola con misiles lanzados desde cazas, aferrándose a ella con los dovin basal de las naves bélicas ancladas al abrigo de Gyndine. La escolta de Ala-X tuvo que abrirse camino entre enjambres de coralitas para acabar con una fragata, sacrificando cinco pilotos en su intento de poner a salvo a los evacuados.

Leia iba sentada en la abarrotada carlinga, contemplando el curso de la batalla y preguntándose si conseguirían llegar a tiempo al transporte. Una nave que había despegado antes del alba no había tenido tanta suerte y su ovalada forma se movía ahora a la deriva bajo la dorada luz del sol, con el casco perforado por varios sitios y expulsando al espacio atmósfera y escombros.

Mirase donde mirase Leia, había naves yuuzhan vong y naves de la República persiguiéndose con láseres y misiles, mientras las naves de desembarco enemigas descendían en rumbo oblicuo, proyectando extensiones semejantes a alas, con los amortiguadores de coral enrojecidos por el calor. Los refuerzos mencionados por el comandante Ilanka estaban algo apartados del planeta. Dos de las naves tenían cascos cuya forma recordaba tiendas de campaña construidas con algún material diáfano del que sobresalía una docena o más de extensiones quebradas, como dendritas de un nido de insecto. La tercera apenas era un racimo de burbujas unidas, o de sacos de huevos esperando a eclosionar.

En la cabina de pasajeros de la lanzadera, los refugiados de Gyndine conversaban en voz baja o rezaban en alto a sus dioses. Del grupo brotaba el miedo en oleadas que golpeaban la nariz de Leia. Iba moviéndose entre ellos cuando un escalofrío familiar recorrió la nave. La mujer reconoció con alivio el rayo tractor que acababa de capturarlos.

Momentos después, la lanzadera era transportada con suavidad, casi amorosamente, al hangar del transporte.

Pero incluso allí les persiguió la muerte.

Cuando lo abordaban, una pareja de coralitas, que se las había arreglado para engañar de algún modo al escudo de energía del transporte, entró en el hangar en un rumbo suicida, resbaló por la cubierta y explotó contra una pared blindada que se alzó en su camino justo a tiempo. Varios refugiados y miembros de la tripulación murieron en el impacto, y otros tantos quedaron heridos.

Dos de las doncellas de Leia, que se habían quedado a bordo, corrieron hacia ella cuando ésta se levantó de la cubierta salpicada de coral. Les dejó muy claro lo que pensaba de sus intentos de peinarla y apartarle el pelo del rostro.

—¿Os preocupáis por mi peinado —repuso, fulminándolas con la mirada—, cuando hay gente que precisa atención médica?

—Pero su mejilla —dijo una de las mujeres, dolida.

Se había olvidado de la herida de metralla. Su mano repitió los movimientos que realizó antes, recorriendo con la yema de los dedos los bordes de la herida abierta. Suspiró cansinamente y se sentó en la cubierta con las piernas cruzadas.

—Perdonad.

Permitió en silencio que le curaran la herida, consciente de pronto de lo cansada que estaba.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que dormí —dijo cuando C-3P0 y Olmahk se acercaron a ella.

—Fue hace cincuenta y siete horas y seis minutos, señora —informó C-3P0—. Tiempo estándar, por supuesto. Pero, si lo prefiere, puedo expresar la duración empleando otras divisiones temporales, en cuyo caso...

—Ahora, no, Trespeó —dijo Leia débilmente—. De hecho, igual deberías tomar un baño de aceite antes de que se te congelen las partes móviles.

—Oh, gracias, señora Leia. Empezaba a temer que no volvería a oír esas palabras.

—Y tú —dijo Leia mirando a Olmahk—. Procura limpiarte esa sangre de yuuzhan vong de la barbilla.

El noghri murmuró algo truculento, asintió cortésmente y se alejó con C-3P0.

Cincuenta y siete horas, pensó Leia.

La verdad era que no había dormido bien desde que Han se marchó de Coruscant, casi un mes antes. No pasaba un día sin preguntarse qué podía estar haciendo, aunque debía de estar buscando a Roa, su antiguo mentor, capturado por los yuuzhan vong durante un ataque a la estación orbital *Rueda del Jubileo*, en Ord Mantell, junto a varios miembros del disperso clan de su nuevo compañero ryn. ¿Sería posible que el Droma mencionado en Gyndine fuera el mismo con el que estaba Han?

De vez en cuando le llegaba algún informe diciendo que el *Halcón Milenario* había sido visto en este o aquel sistema, pero Han todavía no la había llamado personalmente.

No era el mismo desde la muerte de Chewbacca, pero nada ni nadie había sido lo mismo, y más habiendo muerto al principio de la invasión yuuzhan vong, y por culpa de ellos. Era lógico que la muerte de Chewie afectase a Han más que a nadie, pero hasta a Leia le había sorprendido el rumbo que habían tomado sus actos, o al que le había empujado la pena. El Han alegre y despreocupado de antes estaba ahora dominado por una furia taciturna.

Anakin había sido la primera víctima de la rabia de su padre, y después, todas las personas cercanas a él.

Los expertos hablan de las etapas de la pena como si la gente pasase por ellas de forma ordenada y rutinaria. Pero las etapas en Han estaban mezcladas —ira, negación, desesperación— sin un atisbo de resignación, y mucho menos de aceptación. Esa incapacidad para progresar era lo que más preocupaba a Leia. Aunque él sería el primero en negarlo a voz en grito, su pena había provocado cierta involución, un retroceso al Han del pasado: al solitario que ocultaba sus sentimientos manteniéndose a distancia, que afirmaba no importarle nadie salvo él mismo, que dejaba que la excitación sustituyera a los sentimientos.

Leia se temió lo peor cuando Droma, otro aventurero, entró en la órbita de Han. Pero se había animado al conocer al ryn, aunque sólo fuese de forma superficial. Aunque no podía sustituir a Chewie, ¿cómo podía nadie?, Droma ofrecía al menos la posibilidad de una nueva relación para Han, y si Han llegaba a aceptarla, podría volver a aceptar sus demás relaciones personales. Sólo el tiempo diría lo que pasaba con Han, con su matrimonio, con los yuuzhan vong y con el destino de la República.

Leia se apartó de sus ayudantes llevando una tira de **picajosa sintocarne** en la mejilla y se dirigió hacia la bodega de los pasajeros, donde ya había muchos refugiados apropiándose de zonas de la cubierta. Pese a la batalla que se libraba alrededor del transporte, prevalecía en el lugar un ambiente de animosa y aliviada charla. Leia localizó al representante de la Nueva república en Gyndine y se dirigió a él. El hombre de distinguida apostura se sentaba apoyando la cabeza en las manos.

—Prometí sacarlos a todos —dijo a Leia con tono destrozado—. Les he fallado. —Negó con la cabeza—. Les he fallado.

Leia le acarició el hombro en gesto de consuelo.

—A usted le concedieron la Medalla de Honor en la Batalla de Kashyyyk, tiene una mención por servicio ejemplar durante la crisis yevethana, fue miembro del Consejo Asesor del Senado para el jefe del Estado... —Leia se interrumpió y sonrió—. Resérvese las recriminaciones para los yuuzhan vong. Ha hecho usted más de los que nadie creía posible.

Siguió avanzando, escuchando retazos de conversación, la mayoría referidos a un futuro incierto, a rumores sobre el horror de los campos de refugiados, o a críticas al Gobierno y el ejército de la Nueva República. Le alegró ver que los ryn habían encontrado sitio para ellos, hasta que notó que los habían relegado a un rincón oscuro de la bodega, y que nadie, de ninguna especie, se dignaba a sentarse a un metro de ellos.

Leia se vio obligada a tomar una ruta sinuosa para llegar hasta ellos, atravesando y rodeando a algunos grupos familiares. Se dirigió a la hembra ryn

que sostenía al niño.

—Cuando estabais abordando, oí que alguien mencionaba el nombre de Droma. ¿Es un nombre muy corriente en vuestra especie? Lo pregunto porque resulta que conozco a un ryn que se llama así.

—Es mi sobrino —respondió el único macho del grupo—. No lo vemos desde que los yuuzhan vong atacaron Ord Mantell. La hermana de Droma estaba entre los que usted... los que decidieron quedarse en Gyndine —hizo un gesto hacia el bebé—. El niño es suyo.

—Oh, no —dijo Leia, sobre todo para sus adentros. Respiró hondo y se irguió—. Sé dónde está su sobrino.

—Entonces ¿está a salvo?

—En cierto modo. Está con mi marido. Os buscan a vosotros.

—Ah, qué ironía —dijo el macho—. Y ahora nos vemos aún más divididos.

—Intentaré contactar con mi marido en cuanto lleguemos a Ralltiir.

—Gracias, princesa Leia —dijo la llamada Melisma, pillándola por sorpresa.

—Embajadora —la corrigió.

Todos ellos sonrieron.

—Para los ryn —dijo el macho—, usted siempre será una princesa.

El comentario la animó a la vez que le provocó un escalofrío. Los ryn no habrían estado en Gyndine si antes ella no los hubiera reubicado desde Bilbringi. ¿Y qué sería de los seis que se había visto obligada a dejar atrás para afrontar el encarcelamiento o la muerte? ¿Qué sería ella a ojos de la hermana de Droma, princesa o desertora? El halago había sonado sincero, pero también podría haber sido irónico.

Leia se dirigía al puente cuando sonó la alarma general en el transporte. Cuando llegó al centro de mando, la nave ya se agitaba por el impacto de las explosiones, que ponían a prueba el temple de los escudos.

—Embajadora Organa Solo —le dijo el comandante Ilanka desde su silla giratoria, mientras violentos fogonazos se desataban al otro lado de los curvados miradores—. Me alegra verla a bordo. Tengo entendido que fue usted la última en abordar la nave de evacuación.

—¿En qué situación estamos? —preguntó ella, ignorando el sarcasmo.

—Yo la clasificaría como desesperada al borde de lo irremediable. Aparte de eso, estamos en muy buen estado.

—¿Tenemos capacidad de salto?

—Los ordenadores están trazando las coordenadas —dijo el navegador

desde su consola.

—Vienen corralitas —añadió otro oficial.

Leia miró a la pantalla localizadora de objetivos, que mostraba veinte o más puntas de flecha acercándose a la nave. Se volvió para mirar a Gyndine y pensó nuevamente en los miles de seres que se había visto obligada a abandonar a su destino. Entonces se dio cuenta de que no había visto a Wurth Skidder ni en la lanzadera ni durante el paseo por el transporte. Estaba a punto de llamarlo por el comunicador cuando vio entrar en el puente al oficial de la nave de evacuación. Recordaba a Skidder, y las órdenes de Leia.

—Cuando me dijo que procurase que subieran a bordo, creí que se refería a la madre y a la niña, no a su rescatador. —Miró a Leia con docilidad—. Le ruego me disculpe, embajadora, pero él no tenía el menor interés por subir a bordo. ¿Quién era?

—Alguien que cree que puede salvar solo a la galaxia —murmuró Leia.

En Gyndine, las explosiones empezaban a florecer a lo largo de la línea de sombra y por todo su lado oscuro. El astillero orbital del planeta se desintegró lentamente, como una mota flamígera en el cielo. Leia sintió mareos ante esa imagen y tuvo que apoyarse en un mamparo. En vez de agitar recuerdos pasados, las explosiones le provocaban turbadoras visiones de algún acontecimiento venidero.

Del ordenador de navegación brotó una voz.

—Coordenadas de hiperespacio trazadas e insertadas —anunció el navegante.

La nave se estremeció. La luz de las estrellas se alargó, como si el pasado hiciera un intento desesperado por aplazar el futuro, y el transporte saltó.

—oOOOo—

Wurth Skidder se agazapaba en las sombras del humeante edificio de la embajada, contemplando cómo el último transporte de tropas se elevaba hacia el encapotado cielo. Miles de soldados indígenas de Gyndine se habían replegado al complejo con la esperanza de ser evacuados por los efectivos de la República. Pero se habían llevado a muy pocos, y muchos de los que consiguieron irse eran oficiales con conexiones políticas con Coruscant u otros mundos del Núcleo.

Aún se luchaba en la ciudad, pero la mayoría de las tropas de infantería, al darse cuenta de que sus esperanzas de salvación se habían ido con la última nave, tiraban los láseres de repetición y se desprendían de los uniformes creyendo que los yuuzhan vong se portarían mejor con los no combatientes.

Lo cual demostraba lo lentamente que llegaban las noticias a los mundos

remotos, pensó Skidder con pesar.

El enemigo no hacía distinciones a la hora de sacrificar cautivos a sus dioses. De hecho, en algunos casos, un uniforme o la evidencia de un espíritu combativo podía significar la diferencia entre la piadosa muerte rápida que ofrecían a los que estaban a la altura de sus ideales guerreros y la muerte lenta que reservaban para los que capturaban. Había oído historias sobre cautivos que habían sido desmembrados y viviseccionados, y de cargamentos de prisioneros arrojados al corazón de una estrella en un sacrificio para garantizarse así la victoria.

Como si necesitaran alguna ayuda.

Las bolsas de gas, esas abominaciones que respiraban fuego y habían quemado los bosques de Gyndine, convirtiendo lagos en hirvientes calderos, se agrupaban en el lindero oriental de la capital. Los proyectiles incendiarios no habrían conseguido hacer tanto daño por sí solos. Las unidades de infantería yuuzhan vong y los guerreros chazrack de aspecto reptilesco se desplazaban detrás de los respiradores de fuego para acabar con los focos de resistencia y hacer una limpieza general. El cielo se había iluminado ligeramente con el día, pero la poca luz que se filtraba entre el humo y las nubes era bloqueada por las naves de desembarco.

Sobre los terrenos de la embajada flotaba una de ellas, una especie de tienda de campaña erizada de palos retorcidos. Skidder cambió de posición para ver mejor la nave, cuando su casco en forma de tienda se abrió de pronto, soltando una docena o más de enormes formas redondas y erizadas que cayeron directamente al suelo. Skidder no se dio cuenta de que eran seres vivos hasta que vio los ojos bioluminiscentes, las antenas que se agitaban, y los cientos de pares de patas que brotaron a lo largo de sus cuerpos segmentados.

Observó a las criaturas con asombro nada contenido. Tenían la capacidad de desplazarse adelante y atrás, además de a los lados, cosa que empezaron a hacer de inmediato, formando un círculo vivo alrededor de la embajada y desplazándose lentamente hacia el interior, con la intención de empujar a todo el mundo hacia el centro.

La mera visión de las criaturas bastaba para despertar el miedo en el corazón del hombre más valiente, pero Skidder tenía a la Fuerza de su lado y no se amilanó. Por grandes que fueran las criaturas, él no carecía de habilidades propias, y podría escapar de ellas en cuanto lo deseara. Y luego le sería muy sencillo ocultarse de los yuuzhan vong para dirigirse al campo, lejos de la devastación, y vivir de la tierra, tal y como hicieron muchos de los residentes de Gyndine cuando se corrió la voz del inminente ataque. Pero Wurth Skidder no era un saqueador, y mucho menos un desertor.

Que hubiera tan pocos supervivientes capaces de hablar de su experiencia

como cautivos de los yuuzhan vong hacía imperativo que alguien fuera capturado, alguien más interesado en ganar la guerra que en comprender el enemigo, cosa que intentó hacer el senador caamasi Elegos A'Kla, que acabó despedazado por sus esfuerzos.

Danni Quee, una científica de ExGal capturada al poco de llegar los yuuzhan vong al mundo helado de Helska 4, le había hablado de los últimos días de otro cautivo, Miko Reglia, amigo de Skidder y compañero Jedi. Quee le había contado las torturas psicológicas que los yuuzhan vong y su tentaculado yammosk, el llamado Coordinador Bélico, habían infligido en el tranquilo y modesto Miko para poder doblegarlo, además de cómo murió al intentar escapar con ella.

La venganza iba contra el Código Jedi, o al menos contra el código que enseñaba el Maestro Skywalker. Según él, la venganza era un camino al Lado Oscuro. Pero otros Caballeros Jedi a los que Skidder juzgaba tan poderosos como Skywalker discutían las enseñanzas del Maestro. Tal era el caso, por ejemplo, del Maestro Jedi Kyp Durrón. Ante la invasión que se avecinaba, hasta en Yavin 4 se había susurrado que hay momentos en los que la oscuridad debe combatirse con oscuridad. Y los yuuzhan vong eran la maldad más oscura que se había visto desde el Emperador Palpatine.

Skidder era lo bastante listo como para admitir que estaba motivado en parte por el deseo de mostrar a Skywalker y a sus compañeros que no era un niño imprudente, sino un Caballero Jedi al estilo antiguo, dispuesto a arriesgar la vida, a sacrificarse si es preciso, por el bien de una causa. Se alzó de entre las sombras.

Las enormes criaturas insectoides caídas de la nave habían conseguido dirigir a todo el mundo hacia el centro. Algunas de ellas empezaban a enrollarse, formando corrales para sus cautivos, empleando sus numerosas patas para impedir que nadie escapase trepando por ellas.

Skidder tiró el sable láser, que se había fabricado para sustituir el perdido en Ithor, junto con todo lo que pudiera identificarlo como Caballero Jedi. Entonces eligió su momento. Cuando una de las criaturas se acercó a él, empujando ante ella a una veintena de seres, Skidder corrió hacia delante, infiltrándose en el grupo que huía antes de que la criatura consiguiera formar un círculo completo con su cuerpo, para desconcierto del grupo de ryn en el que acabó.

Cuando la criatura de bioingeniería unió la cabeza a su cola, Skidder se vio cara a cara ante una hembra ryn, con el terror reflejado en sus ojos oblicuos. Él le cogió la mano de largos dedos.

—Ánimo —le dijo en Básico—, ha llegado ayuda.

CAPITULO 3

Funciona mejor que nunca —dijo Han exultante, mientras el *Halcón Milenario*, recién pintado de negro, dejaba atrás un pequeño mundo de bosques verdes y púrpura.

—Una simple mano de pintura y ya te sientes invulnerable —dijo Droma frunciendo el ceño—. ¿Quién lo hubiera imaginado?

—Próxima parada, Sriluur —Han hizo algunos ajustes a los motores del *Halcón*—. Alguien lo describió una vez como el origen de todos los vientos que soplan por la galaxia, pero...

—...pero crees que sólo estaban siendo amables —completó Droma. Han contempló al *ryn*, absurdamente pequeño en la gigantesca silla que había pertenecido a Chewbacca.

—¿No te he advertido que no hagas eso? Bueno, de todas formas, deja de preocuparte; he estado en Sriluur más veces de las que puedo recordar. Y deja que te diga que esquivar cruceros imperiales era mucho más difícil que esquivar las naves de combate *yuuzhan vong*.

—Han Solo ha estado en Sriluur —puntualizó Droma, cada vez más nervioso—. A menos que pienses revelar tu verdadera identidad, sólo eres otro desaliñado viajero espacial con una nave recién pintada y ganas de morir.

Han frunció el ceño mientras se acariciaba la barba gris que le crecía en la mandíbula e intentaba vislumbrar su reflejo en el panel de transpariacero más cercano.

—Deja de preocuparte —lo imitó Droma—, tu barba tiene buen aspecto. Pero no impedirá que despertemos sospechas cuando empecemos a preguntar por las naves de prisioneros *yuuzhan vong*.

—Quizá no, pero Sriluur merece el riesgo. Puede que los *weequays* no sean los tipos más amables de la galaxia, pero son realmente buenos pegando la oreja al suelo. Y si alguien sabe por dónde debemos empezar a buscar a Roa o a tus compañeros de clan, éstos son ellos.

Droma se retorció nerviosamente el bigote.

—Espero que tu nivel de feromonas sea alto.

—Sólo se comunican así con los de su propia especie —respondió Han, haciendo un gesto de rechazo con la mano—. Siempre me he entendido con ellos en Básico. Me gustaría ver cómo te adelantas a lo que vayan a decir los *weequay*.

—Olfatear.

—¿Eh?

—Lo que vayan a olfatear los weequay.

Han apoyó la lengua en su mejilla, asintió con la cabeza y manipuló varios interruptores en el ordenador de navegación.

—Quizá tengamos suerte en Sriluur y nos topemos con una tormenta de arena —dijo de manera casual.

—¿Para disimular mejor la nave?

—No —gruñó él—. Para comprobar cuánta arena se necesita para tapar esa máquina de movimiento perpetuo que llamas boca.

Droma hizo una mueca y suspiró con resignación.

—Supongo que no me gusta la idea de aventurarme tan cerca del Espacio Hutt... con o sin yuuzhan vong de por medio. Los hutt y los ryn nunca nos hemos llevado bien. Esclavizaron a muchos de los nuestros para que entretuvieran en una u otra Corte. Algunos de mis antepasados fueron elegidos para pronosticar el futuro a un hutt Desilijic. Cuando algunos acontecimientos predichos no se cumplían, los hutt mandaban matar a un ryn o lo echaban a las bestias de la Corte.

—Era de esperar —dijo Han—. Pero tienes mi palabra de que ningún hutt nos impedirá localizar a tus compañeros de clan. Conseguiremos reunir a toda tu familia.

—Y después podremos empezar con la tuya —masculló Droma. Han le lanzó una mirada furiosa.

—¿Me explicas eso?

—Que podríamos empezar por Leia y tú —aclaró Droma—. Si no fuera por mi culpa, ahora estarías con ella. Sólo espero que algún día ella pueda perdonarme.

—Tú no tienes nada que ver con lo que se interpone entre nosotros —dijo Han, apretando los labios—. Diablos, ni siquiera tiene que ver con Leia y conmigo. Sino conmigo y... —hizo un ademán con la mano, abarcando las estrellas que podían verse más allá de la ventanilla— ...y eso.

Droma calló unos segundos, antes de proseguir:

—Ni siquiera los amigos están a salvo del destino, Han.

—No me hables del destino —cortó Han—. Nada está prefijado... ni lo que le ocurrirá a esas estrellas, y mucho menos lo que nos ocurrirá a nosotros —señaló las estrellas—. Ellas son las que determinan mi destino.

—Y aun así terminas metido en situaciones que no has buscado.

—Como viajar contigo, por ejemplo.

Droma frunció el ceño.

—He perdido de forma trágica a muchos amigos y seres amados, y he intentado hacer exactamente lo mismo que estás haciendo tú.

—¿Y qué estoy haciendo?

—Intentando escapar de la tragedia corriendo más que ella. Viviendo al límite, aunque eso te haga correr riesgos. Enterrando el dolor de tu corazón bajo toda la ira que puedas acumular sin ver que así entierras el amor y la compasión en la misma tumba. Vivimos por y para el amor, Han. Sin él, nada vale la pena.

Han pensó en Leia evacuando Gyndine, en Jaina volando con el Escuadrón Pícaro, en Anakin y Jacen dondequiera que estuvieran los Jedi. Cuando pensó durante una fracción de segundo dónde estaría él de no ser por todos ellos, las recriminaciones y los reproches que les hizo desde la muerte de Chewie lo taladraron como una descarga de láseres. *Si les sucediera algo...* pensó, sintiendo que un enorme agujero negro se abría bajo él, minando todo aquello en lo que creía. Sólo consiguió dejar a un lado aquellos pensamientos realizando un gran esfuerzo.

—Me las arreglé sin amor durante muchos años, Droma. El amor tiene la culpa de que todo vaya cuesta abajo. Es como ser absorbido por un pozo de gravedad o ser atrapado por un rayo tractor. Si te acercas demasiado, no se puede escapar a él.

Droma asintió con la cabeza, como si comprendiera sus palabras.

—Entonces, para empezar, tu error fue hacerte amigo de Chewbacca. Hubiera sido mejor mantenerte a distancia. Así no estarías sufriendo ahora.

—Ser su amigo no fue un error —dijo Han secamente.

—Pero si hubieras mantenido la guardia alta todos esos años, nunca habríais llegado a ser amigos tan íntimos.

—Vale, acepté el riesgo, pero eso fue entonces.

—Permíteme que te sugiera un error alternativo. No viste venir su muerte y ahora estás furioso por dejar que te sorprendiera con la guardia baja.

—En eso tienes razón. Tenía que haber estado alerta.

—Entonces, supongamos que hiciste todo cuanto podías y aun así fallaste. ¿Sufrirías como sufres ahora, o estarías lo bastante satisfecho como para no echarlo de menos?

—Claro que lo echaría de menos.

—Entonces, ¿con quién estás enfadado? ¿Contigo por todo lo que no hiciste o

con el destino por haberse reído de ti?

A Han le costó tragar saliva.

—Lo único que sé es que no volveré a cometer ese error. Pienso estar preparado para todo lo que me depare el destino.

—¿Y si vuelves a fallar?

—No fallaré.

—oOOo—

Por debajo de los insondables cañones formados por las superestructuras de Coruscant, el almirante sullustano Sien Sovv desconectó su comunicador privado e informó de las trágicas noticias a los doce oficiales sentados en la Sala de Guerra de la recién constituida Fuerza de Defensa de la Nueva República.

—Hemos perdido Gyndine.

El incómodo silencio que siguió al anuncio no fue ninguna sorpresa. La caída del planeta era una conclusión previsible desde el mismo momento en que se lo identificó como objetivo. Las máquinas llenaban el silencio zumbando y roncando, recibiendo y procesando informes de Inteligencia llegados desde todos los sectores del espacio de la Nueva República. Bajo los proyectores de luz, grupos de naves estelares se movían perezosamente entre mundos virtuales.

—Debemos avergonzarnos todos por permitir que haya ocurrido esto —dijo por fin el brigadier general Etahn A'baht, expresando en voz alta lo que pensaban muchos. Aun así, siguieron en silencio.

—Aunque me encuentro entre los que acabaron votando contra el envío a Gyndine de una fuerza lo bastante poderosa como para protegerlo —prosiguió el dorneano de color berenjena—, quisiera reiterar los argumentos que expuse antes de tomar tan lamentable decisión. Al ceder casi sin oposición mundos como Gyndine, reforzamos la sensación de que la Nueva República sólo está interesada en proteger el Núcleo y, al hacerlo, fortalecemos al enemigo debilitándonos desde dentro.

Un desdeñoso murmullo recorrió la mesa oblonga, y todas las cabezas se giraron hacia el comodoro Brand.

—Quizás habría sido mejor enviar toda una flota a Gyndine y retirar todas las defensas de Kuat o Fondor.

A'baht se mantuvo firme, buscando la mirada del humano.

—¿Y justificar así el permitir que los yuuzhan vong ocupen todo el Borde Interior? ¿Es el Borde Interior el precio que estamos dispuestos a pagar para proteger el Núcleo? —Hizo una pausa para comprobar el efecto de sus palabras

—. Lo más inteligente, comodoro, sería olvidarse de este ejercicio de defensa selectiva y empezar a enviar fuerzas adonde se necesiten.

A'baht miró uno a uno a todos los presentes.

—¿No les preocupa que los mundos que se vean amenazados empiecen a rendirse sin luchar? ¿Que viejos aliados se nieguen a permitirnos usar sus sistemas como escala para los saltos hiperespaciales por miedo a las represalias de los yuuzhan vong?

Y prosiguió, antes de que nadie pudiera responder.

—Incluso un simple vistazo superficial a la situación evidencia que todas aquellas poblaciones a las que instamos a organizar una resistencia propia son las que han visto cómo sus mundos eran envenenados o devastados, mientras los que llegan a un acuerdo con los yuuzhan vong, como los hutt, escapan al derramamiento de sangre.

—Mencionar a los hutt nos deshonra a todos —dijo Brand, furioso—. ¿Es que alguien dudó de su capitulación?

A'baht hizo un gesto de apaciguamiento.

—Sólo los menciono como ejemplo, comodoro. Pero el hecho es que Nal Hutta no ha sido aniquilado como Dantooine, Ithor, Obroa-Skai o incontables mundos más. El hecho es que las poblaciones de todo el Borde Medio y la Región de Expansión están perdiendo rápidamente su fe en que seamos capaces de terminar con esta guerra... y utilizo el término con toda intención, ya que incluso ahora parecen incapaces de comprender el grave peligro al que nos enfrentamos. Los acontecimientos están llegando a un punto en el que cada sistema vela por sí mismo.

A'baht hizo un gesto que abarcó pantallas y holoproyectores.

—Esta misma sala refleja nuestra negativa a aceptar el peligro que corremos. En lugar de reunirnos abiertamente ante todos los habitantes de Coruscant, nos encerramos aquí abajo, como si escondiéramos la verdad.

—Los saboteadores iban tras los Jedi, no tras nosotros —apuntó Addar Nylykerka, director de Inteligencia.

—¿Y por qué? —preguntó A'baht—. Porque los Jedi dirigían esta campaña hasta Ithor. Y ahora, o asumimos ese papel o permitimos que la Nueva República se desmembre lentamente hasta llegar a un punto sin retorno. Debemos demostrar cuál es nuestro compromiso deteniendo el avance de los yuuzhan vong, y debemos hacerlo antes de que caigan más mundos.

Adoptó un tono más afable antes de proseguir.

—No estoy diciendo que la seguridad no sea un problema, sólo que debemos dar ejemplo. Al reubicarnos en Ciudad Domo, invitamos a la gente a pensar que

hay que esconderse.

La construcción de Ciudad Domo, una caverna de un kilómetro de longitud llena de pisos particulares y edificios de oficinas, había sido financiada originalmente por un consorcio de inversores entre los que se encontraba el ex general Lando Calrissian. Pero los cientos de miles de seres que se esperaba cambiasen la frenética superficie por la tranquilidad subterránea nunca habían llegado a trasladarse, y la empresa terminó quebrando. Los bancos y entidades de crédito que la gestionaban acabaron haciendo que pasara a ser propiedad del ejército de la Nueva República.

—Nuevos hoteles y restaurantes se abren en los niveles más bajos —estaba diciendo A'baht—. Si los yuuzhan vong atacan, los que sean tan afortunados como para vivir en lo más alto de las torres de Coruscant no tendrán más remedio que huir hacia abajo. Y oídme bien: nada sobrevivirá a su ataque, ni siquiera allí. Porque si algo nos dice lo que le ha ocurrido a Sernpidal y a Obroa-skai, es que los yuuzhan vong reharán Coruscant a su imagen y semejanza, sepultando a todo el que haya huido a las profundidades.

—¿Ha pensado adónde iremos si cae Coruscant? —preguntó Ixidro Legorburu, mientras la mayoría de oficiales sopesaba la horrible predicción de A'baht. Legorburu era nativo de M'haeli y director de la División de Evaluación de Combate de la Nueva República.

—Coruscant nunca caerá —aseguró Sien Sovv, y bajó el tono de voz para agregar—: No obstante, estamos estudiando diversas opciones para evacuar a la constelación Koornacht a mandos clave del Gobierno y del personal militar, y, en caso de suceder lo peor, al sistema de la emperatriz Teta, en el Núcleo Interior.

—Los mandos clave —repitió alguien.

El almirante sullustano frunció el ceño.

—En todo caso, es una cuestión a debatir, dado que la mayoría de las propuestas encuentran oposición en ciertos miembros del Senado. Miradas cómplices circularon alrededor de la mesa.

—La observación del general A'baht acerca de honrar nuestro compro miso con los mundos secundarios debe tenerse en consideración —dijo Sovv—, pero estoy seguro que hasta él admitirá que enviar una flotilla a Gyndine no habría frenado el avance del enemigo.

Todos miraron a A'baht esperando confirmación. Él asintió con la cabeza, aunque a regañadientes.

—El ataque a Gyndine indica un cambio en la estrategia de campaña del enemigo. Buscan puntos débiles, quizá las rutas hacia el Núcleo. Además, hemos registrado un notable aumento de campos de minas en ciertas rutas

hiperespaciales, lo que ha limitado nuestro acceso a varios sectores periféricos.

—En otras palabras, intentan acorralarnos —dijo Brand.

El diminuto Sovv se puso en pie y llamó la atención de todos los presentes hacia un holomapa proyectado desde el centro de la mesa y que mostraba la actual disposición de las fuerzas yuuzhan vong.

—Esto es lo que hemos podido averiguar entre la observación directa, lo registrado por las sondas de reconocimiento y los escáneres orbitales hiperespaciales. Como pueden ver, sus flotas están concentradas entre Ord Manten y Obroa-Skai, y entre el Espacio Hutt y Gyndine. Si quieren atacar el Núcleo desde Obroa-Skai corren peligro Bilbringi, Borleias, Venjagga y Ord Mirit. Desde Gyndine son vulnerables Commenor, Kuat y Corellia. Los analistas sugieren que la conquista de Gyndine les sirvió para preparar el camino para un ataque por dos frentes. La lógica dicta que...

—Se equivoca creyendo que planean su estrategia como lo haríamos nosotros —interrumpió A'baht—. De hecho, están librando una guerra psicológica. La destrucción de la belleza natural y los centros de sabiduría, la persecución de refugiados... Esas tácticas son para confundirnos y descorazonarnos. Los yuuzhan vong nos están diciendo que la civilización, tal como nosotros la concebimos, no significa nada para ellos. Todo lo que nos es sagrado está en peligro.

La impaciencia hizo que Brand se apartara de su asiento.

—General, ahórrenos la retórica y vaya al grano. Ya que parece conocer tanto a los yuuzhan vong, estoy seguro que sabrá dónde atacarán a continuación.

—Sus próximos objetivos serán Bothawui y Kothlis —aseguró A'bath cuadrando los hombros.

Todos miraron al dorneano un largo momento.

—¿Tiene alguna prueba que lo apoye? —preguntó Sovv.

—No más de las que tiene usted para apoyar su teoría de que avanzarán hasta el Núcleo. Con sus fuerzas concentradas en el Espacio Hutt, están prácticamente a las puertas de Bothawui.

—Así que era aquí adonde quería llegar —murmuró Brand—. Se ha pasado al lado de Borsk Fey'lya. Del guerrero Fey'lya, el héroe de Ithor. A'baht se negó a responder.

—Propongo que se envíe al Espacio Bothano naves de la Tercera y Cuarta Flotas lo antes posible. Debemos trazar una línea en Bothawui e iniciar allí nuestra contraofensiva.

Brand resopló burlonamente.

—¿Y si se equivoca? ¿Y si los yuuzhan vong deciden asaltar Bilbringi, Kuat o

Mon Calamari?

—¿Sugiere que esos mundos son más importantes que Bothavruul? —estalló A'baht.

—Es exactamente lo que digo. La Nueva República estará perdida si cae cualquiera de nuestros astilleros.

—¿Y si cae Bothawui?

—Lamentaremos la pérdida, pero la Nueva República sobrevivirá.

—En momentos como éste desearía poder convencer a Ackbar de que abandone su retiro —dijo A'baht, sacudiendo consternado la cabeza.

Sovv alzó las manos para silenciar media docena de diferentes conversaciones.

—Pese a lo que podría parecer por las afirmaciones del general A'baht, aún no se ha desechado ninguna posibilidad. Basándonos en los datos que nos ha proporcionado Inteligencia, hay tantas posibilidades de que ataquen Bothawui como Bilbringi. Pero lo más importante es que no nos crucemos de brazos esperando el próximo movimiento de los yuuzhan vong. Ya se han puesto en marcha dos planes... —Miró a Brand—. Comodoro, si es tan amable...

A'baht se inclinó hacia delante interesado.

—El primer plan consiste en convencer al Consorcio de Hapes para que se una a la lucha —explicó Brand—. Los hapanos no sólo están bien armados, sino que se encuentran en muy buena posición para atacar el flanco del enemigo. Es más, puede que los yuuzhan vong hayan rodeado el cúmulo estelar Hapes para evitar un enfrentamiento con ellos.

—Entonces, ¿por qué iban a querer intervenir ahora los mundos del Consorcio? —preguntó A'baht—. ¿Por qué no reforzar su propio espacio como ha hecho el Remanente Imperial, o tratar con ellos como parecen haberlo hecho los hutt?

—Porque el Consorcio ya se alió con nosotros en el pasado —explicó tranquilamente Sovv—. Tras la batalla de Endor capturaron varios destructores estelares imperiales y, en lugar de apropiarse de ellos, los donaron a la Nueva República. Además, el mundo natal de su reina madre, Dathomir, está amenazado.

—Y eso no es todo —intervino Brand—, hace poco, los Jedi le hicieron un favor a la familia real desbaratando un complot contra la reina madre. Esperamos que la embajadora Organa Solo persuada a los dirigentes de las casas nobles para que nos lo agradezcan en especies.

A'baht fingió una mirada confusa.

—¿Los Jedi les hicieron un favor y ustedes piden a Organa Solo que

interceda por nosotros? Explíquemelo. Que yo sepa, ella no es miembro de esa Orden. ¿O es que la envían porque el príncipe Isolder pretendió casarse una vez con ella?

—No negaré que esa circunstancia influyó en nuestra decisión —concedió Brand.

—¿Y ella aceptó?

—Puso un precio. Tuvimos que prometerle que buscaríamos nuevos fondos para SELCORE y sus refugiados. Pero sí, aceptó. En cuanto vuelva de Gyndine, partirá inmediatamente hacia Hapes.

A'baht se permitió asentir con la cabeza.

—¿Y el otro plan?

Brand se ajustó el cuello de su uniforme.

—Esperamos provocar a los yuuzhan vong para que ataquen el sistema corelliano.

Por un instante, A'baht quedó tan sorprendido que no pudo hablar. Pero no tardó en recuperarse.

—Corellia no es Gyndine, comodoro. Si intenta convertir ese sistema en un campo de batalla para despejar así las rutas espaciales de Coruscant, no tendrá mi voto. ¿No les bastó con anular la capacidad de defensa de los corellianos tras la crisis de *Centralia*?

—*Centralia* es el cebo con el que esperamos atraer a los yuuzhan vong —explicó Sovv poniendo sus pequeñas manos sobre la mesa e inclinándose hacia A'baht.

Centralia era una base estación espacial más grande que la *Estrella de la Muerte*, que resultó ser un repulsor hiperespacial concebido por una raza desconocida en un oscuro pasado para capturar y transportar planetas hasta el sistema corelliano. La estación también era un arma de poder incomparable, capaz de hacer explotar una estrella o generar un campo restrictivo, y ocho años antes fue utilizada por un grupo conocido como la Tríada Sacorriana para intentar independizarse de la Nueva República. No lo consiguieron.

—¿Me está diciendo que *Centralia* sigue operativa? —preguntó A'baht escéptico—. Creía que se había desconectado.

—Se autodesconectó —le cortó Brand—, pero, mientras hablamos, hay varios cientos de científicos intentando devolverla a su estado operativo. Si conseguimos provocar a los yuuzhan vong para que ataquen Corellia, haremos que *Centralia* genere un campo restrictivo que impida a sus naves saltar al hiperespacio mientras las nuestras las atacan desde retaguardia.

—Para desolación de las especies del sector corelliano, supongo —dijo A'baht

—. Al fin y al cabo, no nos ganamos muchos amigos sabotando los intentos de autogobierno de los sistemas. Si la memoria no me falla, una de las consecuencias de esa política fue la dimisión de Organa Solo como jefe de Estado.

Sovv asintió en silencio.

—Pero la gobernadora general Marcha fue nombrada por la Nueva República, y ha dado el visto bueno con condiciones. Como ciudadana corelliana, su palabra tiene mucho peso, no sólo en su Drall nativo, sino en Selonía, Corellia y los Mundos Dobles. Y tampoco la hemos puesto al tanto de todos nuestros planes.

A'baht lo miró fijamente durante un segundo. Brand siguió hablando.

Ante los corellianos, estamos preparando *Centralia* para utilizarla como arma defensiva y ahorrarnos el envío de una flotilla.

—Muy noble por nuestra parte —escupió A'baht claramente asqueado—. Ellos nos suministran defensores estelares clase Estridente, y nosotros les ocultamos que pensamos utilizar su sistema como campo de batalla. ¿Cómo planean exactamente provocar el ataque de los yuuzhan vong?

—Haciendo que Corellia parezca un objetivo demasiado atractivo para obviarlo —aclaró Brand—. Dejaremos el sistema prácticamente indefenso. A'baht se acarició pensativo la mandíbula.

—Es un plan atrevido, lo reconozco. Pero ¿han informado de ese plan a Fey'lya y su Consejo de Asesores?

—Sólo saben lo mismo que sabe Corellia —ladró Brand. Después suavizó el tono para agregar algo más—. Fey'lya nunca aceptaría la reactivación de *Centralia*... aunque sólo sea por impedir que Corellia disponga de su poder —rió brevemente—. Y, de darse la remota posibilidad de que nos apoyase, ¿cómo estar seguros de que no habría filtraciones? Si el plan se filtrase, todos y cada uno de los mundos del sistema corelliano se volverían contra nosotros.

—Fey'lya no es la única voz del Consejo —bufó de disgusto A'baht—. Si la mayoría votase en su contra, tendría que aceptarlo.

Brand y Sovv intercambiaron miradas.

—Por lo que hemos podido determinar —intervino el almirante—, tres de los miembros del Consejo apoyarían a Fey'lya. Los otros cuatro quizá se pondrían de nuestra parte.

A'baht pensó detenidamente en aquellos datos. Tras la contaminación de Ithor, y en respuesta al clamor de los sectores más extensos por aumentar su representación en el Consejo, se habían nombrado dos senadores adicionales.

—Cuatro a favor y cuatro en contra. ¿Quién es la incógnita?

—El miembro más reciente del Consejo —dijo Brand—. La senadora Viqi Shesh.

—¿Alguien ha hablado con ella? —preguntó A'baht—. Extraoficialmente, claro.

—Todavía no —reconoció Brand.

Entonces, comodoro, sugiero que lo hagamos —Sovv apretó los puños—. Y mientras aún haya oportunidad.

Ixidro Legorburu tomó la palabra.

—¿Hay alguna esperanza de persuadir a los hutt para que se unan a nosotros, de forma activa o indirecta?

—Nuestros agentes de Inteligencia en Nal Hutta y Nar Shaddaa han informado de que la decisión de los hutt de aliarse con los yuuzhan vong es una estratagema —informó Sovv—. Aparentemente, desean servir como canal de información para la Nueva República.

—¿Y se lo cree usted? --preguntó A'baht.

—Dado su historial de alianzas, nunca se aliarían con nadie sin contar con un plan alternativo —Sovv se pasó una mano por la prominente mandíbula—. Ni siquiera los hutt pueden arriesgarse a verse en el bando equivocado cuando los yuuzhan vong sean derrotados.

—Ha dicho "cuando" y no "si" —puntualizó el comodoro Brand con una mueca arrogante—. Lo encuentro de un optimismo alentador. A'baht frunció el ceño.

—Yo creo que es hacerse ilusiones.

CAPITULO 4

Nom Anor contempló el desolado paisaje cubierto de apestosos pantanos, árboles achaparrados cubiertos de moho y lívidos pedazos de césped cubiertos de insectos desde la sala de espera del gran palacio con cúpulas en forma de cebolla de Nal Hutta, actual gobernante hutt. El cielo, saturado por la mezcla de contaminantes industriales y salpicado por bandadas de pájaros desgarrados, formaba un techado siniestro que parecía lamentarse de su estado descargando frecuentes duchas torrenciales de mugrienta lluvia. Por ninguna parte se veían los miserables recintos elevados, tan abundantes en las cercanías del espaciopuerto, pero, aun así, el terreno apestaba a pobreza y descomposición.

—¡Qué mundo más repugnante! —comentó el comandante Malik Carr cuando se unió a Nom Anor junto a la ventana.

—Los hutt lo llaman *La Joya Gloriosa* —replicó el Ejecutor con indiferencia—, pero tiene potencial. La luna, Nar Shaddaa, es mucho peor... Está completamente cubierta de edificios y tecnología.

—No le veo ningún potencial —gruñó Malik Carr—, pero puede que el único ojo que te queda vea con más claridad que los dos míos.

Nom Anor se permitió una sonrisa.

—Hace tiempo que vivo en esta galaxia, comandante, y he aprendido a ver más allá de las apariencias —se volvió ligeramente en dirección a Malik Carr—. Imagine a Nal Hutta como..., digamos, un laboratorio de experimentación genética.

—Sí, sí... —sonrió Malik Carr—. Incluso yo puedo imaginarme algo así.

Más alto que Nom Anor y sin enmascarador ooglith, el comandante se mostraba en toda su gloria. Los cortes de la cara y el desnudo torso superior de Malik Carr hablaban de una ilustre carrera militar. Una cinta de tela ceñía su frente y caía hacia atrás con sus borlas trenzadas en el lustroso pelo negro, formando una larga cola de caballo que casi le llegaba a la cintura. Recién llegado del Borde Galáctico, donde los argosias esperaban impacientes a que la casta guerrera completase la invasión, tenía órdenes del comandante supremo Nas Choka de supervisar la próxima etapa de la conquista.

Tanto por deferencia a Malik Carr como para mantener oculta su identidad —incluso ante los hutt—, Nom Anor llevaba un enmascarador ooglith que ocultaba sus cicatrices, sus modificaciones corporales y las pruebas de sus sacrificios a los dioses, así como la prótesis en la cuenca vacía de su ojo y que normalmente alojaba un plaeryin bol que escupía veneno.

Malik Carr se apartó de la ventana y clavó furioso los puños en sus caderas. —¿Cómo se atreve esa criatura a hacernos esperar? ¿Es que no sabe el riesgo

que corren tanto él como su patético mundo?

—Ella, comandante —corrigió Nom Anor—. Al menos en estos momentos. Se dice que los hutt son hermafroditas. Es decir, que combinan en un mismo ser características de varón y de hembra.

—¿Y ahora es sólo hembra? —preguntó Malik Carr mirándolo de reojo. — Completamente hembra, como pronto verá. En cuanto a la larga espera, es una tradición.

—Pero los precedentes...

—No se preocupe por los precedentes. Tengo un plan para tratar con esa formalidad pasada de moda.

Cuando los dos yuuzhan vong caminaron hacia el centro de la antecámara, un séquito de diez guardias de honor y otros tantos sirvientes se pusieron firmes. Los guardias llevaban armaduras de cangrejos vonduun y anfibastones vivientes, además de cuchillos coufee de doble filo. Las sirvientas iban ataviadas con velos, túnicas y capas que sólo dejaban visibles las sinuosas marcas que adornaban sus brazos desnudos.

Malik Carr respondió al rápido saludo de los guardias y se sentó en un banco acolchado. Nom Anor se quedó en pie. El alto techo de la sala de espera descansaba sobre una docena de pilares mohosos, el suelo era de piedra pulida hasta alcanzar un brillo deslumbrante y los muros estaban decorados con tapices de intrincados diseños.

Un bípedo de un verde luminoso y ojos saltones entró en la antecámara. La cabeza grumosa de la criatura tenía dos apéndices gemelos semejantes a cuernos, orejas puntiagudas y una estrecha cresta de espinas amarillas. Sus dedos largos, ahusados, parecían rematados en ventosas.

—Un rodiano —informó suavemente Nom Anor—. Una especie belicosa con inclinación a la guerra y al pillaje. Éste es Leenik, el mayordomo de la hutt.

Leenik se acercó a los invitados de su amo, agitando incesantemente su hocico de cerdo.

—Borga *La Todopoderosa* está preparada para recibirlos en audiencia —dijo, hablando en Básico.

Malik Carr lanzó a Nom Anor una mirada indignada. Todo el séquito de los yuuzhan vong se movió, siguiendo al rodiano a través de una enorme puerta flanqueada por rechonchos guardias cuyos puntiagudos dientes inferiores encajaban perfectamente con los enormes colmillos superiores.

—Le sugiero que aspire profundamente antes de que entremos —aconsejó Nom Anor a su comandante.

—¿Tan insoportable es el olor de los hutt?

—Piense en la apertura de una tumba.

Malik Carr hizo una mueca y respiró hondo.

El techo abovedado de la sala era más alto incluso que el de la antecámara, y un diván antigravitatorio flotaba entre el techo y *el* suelo. En él se hallaba una enorme babosa de cabeza bulbosa cuyos brazos desproporcionadamente cortos habrían parecido meros vestigios de no estar rematados en unas manos pequeñas que hacían señales imperiosas a Malik Carr y Nom Anor para que se acercaran.

Los filtros atmosféricos funcionaban a pleno rendimiento, pero aún quedaba la suficiente pestilencia residual en el aire como para provocar lágrimas en los ojos del comandante. Una corte de aduladores yacía sobre divanes y alfombras: músicos, pistoleros y bailarinas escasamente vestidas pertenecientes a diversas especies. Encadenada a una pared, aunque era obviamente un animal doméstico, se hallaba una bestia de aspecto feroz que Nom Anor reconoció como un zancudo kintano.

Borga distinguió a Nom Anor con una mirada.

—Qué agradable volver a verlo —resonó su profunda voz—. Venga y siéntese cerca de mí.

Nom Anor —a quien Borga conocía como Pedric Cuf, y que aseguraba ser únicamente un intermediario entre los yuuzhan vong y los hutt— sonrió sin mostrar los dientes, pero no se movió, manteniéndose a buena distancia de la plataforma repulsora. A una señal de su mano, los sirvientes llevaron hasta el centro de la sala varias cajas ornamentadas que daban la impresión de contener tributos. Nom Anor caminó hasta la caja más cercana y la abrió. Casi de inmediato, el diván flotante empezó a temblar, descendiendo brusca y ruidosamente hacia el suelo de piedra, casi lanzando a Borga *La Todopoderosa* sobre su corrillo de aterrados sicofantes.

—Lo siento mucho —exclamó Nom Anor, mientras el enfadado hutt se esforzaba por recuperar su antigua calma—. No sabía que los yuuzhan vong habían incluido un dovin basal para su entretenimiento. La criatura se habrá sentido ofendida por el intento de su diván de burlar la gravedad y habrá decidido rectificar el desequilibrio anulándolo.

Nom Anor era hábil imitando los sonidos subarmónicos que salpicaban de matices el lenguaje hutt. Aun así, Borga tuvo dificultades para captar la sinceridad de la disculpa. Sus ojos oblicuos y de párpados pesados pestañearon confusos. Entonces, se irguió rápidamente con un impulso de su musculosa cola llena de manchas púrpura y gesticuló a dos de sus sirvientes, indicándoles que trajeran sillas para sus invitados.

El comandante y el Ejecutor se sentaron con decoro, cuidadosamente, para

no mostrar excesiva presunción por su pequeña victoria, aunque Malik Carr no pudo evitar una fugaz sonrisa.

—Los yuuzhan vong han traído más maravillas —dijo Nom Anor.

Respondiendo una vez más a su señal, dos sirvientes situaron un acuario dentro del alcance limitado de Borga. Sus aguas oscuras contenían una variedad de formas de vida del tamaño de un puño que los hutt jamás habían visto. Borga susurró algo a Leenik, y el mayordomo pescó una de las criaturas del tanque, la olfateó y le dio un cauto mordisco.

Ante el asentimiento entusiasta del rodiano, Borga cogió aquella cosa de las manos de largos dedos de Leenik, se la tragó entera y soltó un largo y sonoro eructo de satisfacción.

—Otro —ordenó la hutt.

Esta vez, Borga abrió tanto sus mandíbulas que Nom Anor casi pudo oír el chapoteo del bocado viviente al caer en la cavidad de su enorme estómago. La hutt eructó de nuevo y se pasó la poderosa lengua por sus labios y sus orificios nasales.

—Sabe como una angula carnoviana, pero con una pizca de la resistencia que uno espera en las mejores ranas del árbol nala que suministran Fhnark y Compañía —dijo como una verdadera *gourmet*—. Es tan sabrosa como algunos de los clásicos aperitivos droch preparados por Zubindi Ebsuk —desvió su mirada hacia Nom Anor—. ¿Cómo los ha conseguido, Pedric Cuf? ¿De qué mundo son originarios?

—De ninguno de esta galaxia —Nom Anor sonrió complaciente—. Han sido creados genéticamente.

—¿Por él? —preguntó la hutt señalando a Malik Carr.

—No personalmente. Fue un cuidador yuuzhan vong.

—Y, esto... ¿ese cuidador puede replicar el producto?

—Estoy seguro de que sí podrá —Nom Anor se puso en pie y señaló respetuosamente a Malik Carr—. Borga, permítame presentarle al comandante supremo Malik Carr, encargado de supervisar este sector del espacio.

La hutt parpadeó repetidamente.

—¿Supervisar?

Con la cabeza ligeramente ladeada, Malik Carr la miró durante lo que pareció una eternidad.

—¿Habla usted en nombre de toda su especie? —terminó preguntando en un aceptable hutt.

—Sí —respondió Borga, irguiendo orgullosamente su bulboso cuerpo—. Y se

me ha investido con autoridad para negociar con su especie.

—¿Quién la ha investido?

—Los líderes de los kajidic con derecho a voto. Así como el Gran Consejo.

—¿Kajidic? —preguntó Malik Carr a Nom Anor.

—Los sindicatos del crimen —aclaró el ejecutor en su propia lengua. Malik Carr siguió estudiando abiertamente a Borga.

—Entonces, ¿su kajidic es el gobernante?

—Soy Borga Besadii Diori, prima de Durga Besadii Tai, hija de Aruk *El Grande*, hermana de Zavval. Pertenezco al kajidic más rico y más poderoso de todos los kajidic Besadii, y controlo a los Desilijic, a los Trinivii, a los Ramesh y a los demás clanes. Los tres mil millones de hutt de este mundo me deben obedien...

—¿Es macho o hembra? —cortó Malik Carr.

Borga pestañeó.

—Ahora estoy encinta —y señaló una bolsa situada en la parte baja de su abdomen.

—¿Dará a luz descendencia viva? —balbuceó Malik Carr, obviamente asombrado. Cuando Borga asintió con la cabeza, la mandíbula del comandante cayó ligeramente—. Como una mujer de nuestras castas más bajas —señaló a Nom Anor.

La ancha frente de Borga se arrugó por la incertidumbre.

—Hablemos de negocios —dijo Malik Carr abruptamente—. Como indudablemente le habrá informado... esto..., Pedric Cuf, los yuuzhan vong necesitamos algunos de sus mundos para reaprovisionarnos. Para ello quizá debamos trasladar la población de planetas enteros y, en algunos casos, terraformar los mundos seleccionados.

—Sí, Pedric Cuf me lo ha explicado ya —confirmó Borga tras un largo momento—. De hecho, los hutt sabemos bastante sobre terraformar mundos. Por ejemplo, cuando llegamos aquí desde Varl, *La Joya Gloriosa* no era el paraíso que se ve ahora, sino un mundo primitivo de densos bosques y mares indomables. Incluso existía una especie indígena que se hacían llamar evocii, que nos vimos obligados a reubicar en la luna de *La Joya Gloriosa*, donde esas lastimosas criaturas acabaron extinguiéndose. Naturalmente, para entonces ya habíamos reemplazado todas las estructuras evocii con palacios y templos más adecuados...

Malik Carr se giró hacia Nom Anor, mientras Borga seguía parloteando.

—Parece algo surgido de los laboratorios de nuestros Cuidadores.

—Cierto —admitió Nom Amor con una breve sonrisa—. La primera vez que la vi, pensé lo mismo.

Borga había dejado de hablar y contemplaba a Malik Carr con recelo.

—Me temo que me tiene en desventaja, comandante —dijo con alegre servilismo—. Aunque he hecho algún progreso con los tutoriales que me proporcionó Pedric Cuf, aún no estoy muy versado en su idioma.

—El comandante sólo me decía que le encanta cómo ha transformado este lugar —respondió Nom Anor tras aclararse la garganta.

—En ese caso —añadió Borga con una sonrisa ambigua—, volvamos a hablar de negocios... tal como usted sugirió antes.

Malik Carr asintió educadamente.

—A cambio de permitirles el uso de ciertos mundos —uno de los cuales ya les hemos proporcionado en señal de buena fe—, los hutt nos vemos obligados a exigir a los yuuzhan vong que no invadan el Espacio Hutt y que eviten los siguientes mundos: Rodia, Ryloth, Tatooine, Kessel y ciertos planetas del cúmulo estelar Si'klaata y del sector Kathol.

Borga alzó la voz, anticipándose a cualquier objeción.

—Soy consciente de que tienen una flota de naves estacionadas en los límites del sistema Y'Toub, pero los hutt tenemos armas y recursos, y una guerra contra nosotros sólo les desviaría de su objetivo principal: la derrota de la Nueva República —se detuvo un segundo—. Porque ése es su objetivo, ¿verdad?

Malik Carr y Nom Anor intercambiaron una breve mirada de confusión antes que el primero contestase.

—De momento, nuestros objetivos no les incumben. Además, sería prematuro decidir cuál de nosotros tiene derechos sobre qué mundos, cuando ni siquiera sabemos si la alianza que formemos será satisfactoria para ambas partes. En todo caso, esa decisión le corresponde a nuestro sumo señor Shimrra. Entretanto, sugiero que trate el tema con mi superior, el comandante supremo Nas Choka, que desea entrevistarse con usted en cuanto llegue al Espacio Hutt, dentro de unos días.

Borga asintió.

—Me complacerá concederle audiencia y haré lo que me ha sugerido, discutir con él los términos del acuerdo. No obstante, desearía proponer algo a su consideración. Además de embarcarnos en diferentes empresas, los hutt sentimos una clara inclinación por el comercio de esclavos y tenemos una larga tradición que lo demuestra. He pensado que nuestra experimentada y consolidada red de rutas espaciales e hiperespaciales nos permitiría servir mejor a los intereses de nuestra sociedad, como usted la ha llamado,

supervisando el transporte de cautivos, obreros, sirvientes y demás seres destinados a sus sacrificios..., una tarea para la que estamos especialmente preparados. De esa forma, los yuuzhan vong no necesitarían utilizar sus propias naves para el traslado de seres inferiores hasta su bien merecido castigo, sea la esclavitud o la inmolación.

—¿A cambio de qué? —preguntó Malik Carr precavidamente.

—De su promesa de no interferir en el comercio de especia y otros artículos prohibidos.

—¿Especia? —interrogó Malik Carr a Nom Anor.

—Euforizantes recreativos..., algunos de los cuales son derivados arácnidos.

Borga siguió el intercambio de palabras y dio una palmada con ambas manos. Aparecieron sirvientes humanos que portaban varias bandejas con polvos cristalinos de diversas composiciones y colores.

—Aquí tiene ejemplos de brilloestimulante y de kor extraído del mineral ryll —explicó Borga, señalando una bandeja tras otra—. Y allí tiene carsuno, lumni, especia, especia gree y andris. —Hizo una pausa para mirar a Malik Carr—. Si quiere probar cualquiera de ellas...

Malik Carr alzó la mano en un gesto de negativa.

—En otro momento quizás —dijo Borga cortésmente—. ¿Qué opina de mi propuesta?

Nom Anor se volvió hacia Malik Carr con excitada determinación.

—Esto encaja perfectamente con los planes del comandante supremo Nas Choka de reunir a las poblaciones resistentes en unos cuantos mundos seleccionados para su adoctrinamiento y seguridad.

Malik Carr asintió evasivamente antes de dirigirse a Borga.

—¿No tiene escrúpulos en traicionar a las distintas especies que abrazan los principios de la Nueva República?

Borga soltó una siniestra carcajada.

—No más que los que tiene Pedric Cuf. Al fin y al cabo, comandante, el negocio es el negocio, y si alguien tiene que sacar ventaja de la nueva situación de la galaxia, ese alguien bien pueden ser los hutt.

Sea —aceptó Malik Carr.

Borga sonrió ampliamente.

—Otro pequeño detalle, comandante. Dado que nuestro beneficio mutuo requiere que las naves hutt procuren no interferir involuntariamente en sus operaciones, ¿sería pedir demasiado que nos mantengan informados de sus...

bueno..., inminentes actividades?

Malik Carr cruzó una mirada con Nom Anor.

—Tal y como predijiste.

—La negociación también es parte de su tradición —respondió Nom Anor con una inclinación de cabeza apenas perceptible.

—Tienes buen ojo, Ejecutor.

—Tengo práctica, comandante.

Borga los miró sin comprender.

—Estábamos discutiendo las condiciones —le explicó Nom Anor.

—Consideren nuestra demanda como parte del acuerdo —dijo Borga despreocupadamente—. Una muestra de confianza.

—Lo que solicita parece bastante inofensivo —concedió Malik Carr—. Como quiera, Borga, no queríamos que sus naves de especia interfirieran inadvertidamente con nuestras actividades.

—Eso mismo decía yo, comandante.

—Entonces, hasta nuevo aviso, quizá le convenga evitar los sistemas tynnano, bothano y corelliano. Especialmente, Tynna.

La amplia mueca de Borga volvió a su rostro.

—Tynna, Bothawui y Corellia... Así pues, comandante, debemos reducir nuestro comercio con todos esos sistemas.

Malik Carr aspiró con arrogancia.

—Le sugiero que reduzca su comercio a cero.

—oOOOo—

En cuanto los yuuzhan vong y su séquito abandonaron el palacio, tres hutt entraron apresuradamente en el salón de la corte de Borga. Un joven hutt, de uniforme color canela, se deslizaba por sus propios medios; uno más viejo, con una banda verde recorriéndole el dorso y la cola ahusada, era transportado en una litera llevada a hombros por una docena de weequays cuya piel parecía cuero; y otro aún más viejo, que lucía una espigada barba gris, utilizaba un trineo flotante.

Este último, Pazda Desilijic Tiure, tío del famoso Jabba Desilijic Tiure, fue el primero en expresar su indignación.

¿Quiénes se creen que son, presentando exigencias a los hutt como si fuéramos una especie insignificante que sólo intenta evitar el derramamiento de sangre? Ese Malik Carr me recuerda a los peores moffs imperiales de Palpatine.

Y el que se hace llamar Pedric Cuf es igualmente traicionero... Habla por ambos lados de la boca.

Pazda mostró a Borga su expresión más austera.

—Los Desilijic nunca habrían permitido tales indignidades en su corte.

Jabba hubiera arrojado a Malik Carr y a Pedric Cuf a la guarida de un rancor, y se habría arriesgado a un enfrentamiento con la flota de los yuuzhan vong.

—¿Como se arriesgó con el Maestro Jedi Skywalker? —señaló el hutt más joven, Randa Besadii Diori—. Personalmente, siempre creí que la aridez de Tatooine trastornó el juicio de Jabba —realizó una inclinación de cabeza a su madre, Borga, elevándose sobre su poderosa cola—. Los has manejado con mano experta.

—Cachorro impertinente —susurró Pazda—. ¿Qué sabes tú de manejos y estrategias si has crecido entre riquezas y privilegios?

—Sé una cosa, anciano hutt, que nunca perderé mis riquezas y mis privilegios —respondió Randa.

—Ya basta —cortó Gardulla *El Joven*, el hutt que iba en la litera, traspasando a Randa con su mirada—. Respeta a tus mayores... aunque no estés de acuerdo con ellos. —Ordenó a sus musculosos porteadores que lo acercaran a Borga, saludando con un movimiento de cabeza al diván levitante del jefe Besadii—. Si quieres engañar a un enemigo, finge temerlo.

La mueca sonriente que Borga había exhibido ante Malik Carr y Nom Anor se había trocado en una de furia.

—Es preferible que los yuuzhan vong sobreestimen nuestro servilismo a nuestra agudeza.

Gardulla rió sin alegría.

—Conseguiste engañarlos para que revelasen sus próximos objetivos. —Como os prometí que haría.

—Una información así es potencialmente inestimable. ¿Informaremos a la Nueva República de sus planes de invasión?

Borga negó con la cabeza.

—Los agentes de Inteligencia de la Nueva República ya han dado los primeros pasos para contactar con nosotros. Esperemos y veamos lo que ponen encima de la mesa de negociaciones.

—Será mejor que nos hagan una oferta que valga la pena —dijo Randa. Gardulla ignoró el comentario.

—No hay duda que los yuuzhan vong esperan que revelemos su plan.

—No, no la hay —aceptó Borga—. Por eso no haremos ningún movimiento. La Nueva República deberá acudir a nosotros.

Se deslizó de la cama hasta el suelo.

—Cuando Xim *El Déspota* y sus legiones androides intentaron invadir el Espacio Hutt, el Gran Kossak los derrotó en Vontor y los envió de un coletazo a su Hegemonía Tion. Y cuando el moff Sarn Shild intentó levantar un bloqueo en torno a Nal Hutta y destruir nuestra luna, los grandes clanes dejaron a un lado sus diferencias para manipular a los débiles imperiales y enviarlos también de vuelta a su patético Imperio.

Hizo una pausa y paseó su mirada por Pazda, Randa y Gardulla *El Joven*.

—Hemos capeado muchos temporales, y también capearemos éste. Si hacemos bien las cosas, conseguiremos enfrentar a la Nueva República con los invasores para beneficio de los hutt.

Y sin necesidad de una chapucera *Estrella de la Muerte* para conseguirlo —susurró Pazda, en referencia al fracasado Proyecto *Espada Oscura* de Durga.

Borga lo fulminó con su mirada.

—Vuelve a insultar a mi familia y dejarás de ser bienvenido en esta Corte. Pazda bajó la cabeza.

—Perdonad los desvaríos producidos por mi avanzada edad, alteza. Gardulla agitó su masa al compás de una risa siniestra.

—Como solía decir mi padre: "Siempre hay bastante para dividir, bastante para guardar, bastante para derrochar y bastante para robar... Siempre y cuando se sea el primero en ponerle la mano encima."

Borga se rió con él.

—De momento, avisemos a nuestros subcontratistas para que sean cautelosos con sus transacciones y entregas —miró a Leenik—. ¿Quién se encarga de nuestros asuntos en los sistemas amenazados?

El rodiano hizo una leve inclinación de cabeza antes de responder: —Boss Bunji supervisa los embarques a Corellia, y Crev Bombaasa los de Tynna y Bothawui.

Borga se relamió los labios.

—Infórmelos de que suspendemos todo negocio en los sistemas en peligro... y que redoblen sus esfuerzos en los demás —empezó a dar fuertes palmadas para despertar a los sicofantes que se habían quedado dormidos—. ¡Oigamos música y bailemos para celebrar este día!

CAPITULO 5

Leia caminaba de mamparo a mamparo en el reducido espacio de su cabina a bordo del transporte de la Nueva República. C-3P0 seguía sus movimientos, moviendo la cabeza de un lado a otro y con los servos zumbando y chirriando, mientras Olmahk y Basbakhan, el segundo guardaespaldas personal de Leia, permanecían en pie, vigilantes, junto a la compuerta curvada. Una iluminada media luna planetaria azul y pardo dominaba la vista de la ventana de observación de transpariacero.

El comunicador de la *suite* emitió un tono que hizo que Leia se detuviera bruscamente.

—Embajadora —dijo una voz chillona—, tenemos al ministro ralltiiri por el canal uno.

C-3P0 presionó una tecla iluminada de la consola, y sobre ella apareció la holografía a tamaño natural de la cabeza y los hombros de un hombre de pelo gris.

—Embajadora —saludó el hombre mientras Leia se situaba en posición para que la máquina emitiera su imagen—. ¿A qué debo este honor?

—No se burle de mí, ministro Shirka —respondió Leia frunciendo el ceño furiosa—. ¿Por qué nos niegan permiso para desembarcar en el espaciopuerto de Grallia?

—Lo siento, embajadora —se disculpó Shirka—, pensé que ya había sido informada.

—¿Informada de qué?

—El Secretariado Ralltiiri ha vetado la propuesta que nos habría permitido aceptar a los refugiados.

—Me lo temía —bufó Leia—. ¿Y qué se supone que debo hacer con los seis mil refugiados a los que se les prometió una acogida temporal en Ralltiir?

—Me temo que no está en mis manos responder a esa pregunta.

—Pero el Secretariado estaba de acuerdo la semana pasada. ¿Qué ha cambiado desde entonces?

—Es bastante complicado —Shirka parecía incómodo—. Pero, en resumen, la idea de aceptar refugiados no le sentó nada bien a algunos de nuestros inversores extraplanetarios más influyentes. Eso, naturalmente, hizo que los bancos centrales presionaran al Ministerio de Finanzas y...

—Le aseguré que el Senado de la Nueva República había aprobado una partida de fondos para Ralltiir. Es cierto, embajadora, pero esos fondos no han

llegado y, para ser francos, existen rumores fundamentados de que nunca llegarán. Por eso, los inversores han perdido la confianza. Y sé que usted es consciente de que lo que ocurre en Ralltiir afecta a la respuesta del mercado en toda la Ruta Comercial Perlemiana.

—No hablamos de acciones y mercancías, ministro, sino de solidaridad —protestó Leia, cruzándose de brazos—. Puede que lo que ocurre en el Borde Medio no parezca importante en el Núcleo Galáctico, pero se engaña si cree poder mantenerse al margen. ¿Ya ha olvidado lo que hizo el Emperador cuando Ralltiir prestó su apoyo a la Alianza?

Shirka se puso en guardia.

—¿Nos está amenazando, embajadora?

—No me ha entendido. Sólo estoy sugiriendo que considere los odiosos actos de Lord Tion y el gobernador Dennix Graeber como un simple preludio de lo que los yuuzhan vong son capaces de hacer... y sin provocación alguna. ¿Recuerda lo que significa que le nieguen ayuda, ministro? ¿Recuerda todo lo que Alderaan arriesgó por Ralltiir?

—No hemos olvidado la ayuda que nos prestó en aquellos momentos difíciles —reconoció Shirka, frotándose la mandíbula—. Pero la Alianza recibió algo a cambio...

La alusión de Shirka estaba clara. Leia había rescatado a un soldado imperial herido, que fue el primero en hablarles de la superarma de Palpatine, la *Estrella de la Muerte*.

—Al margen de quién ganó qué entonces... —dijo ella tras un momento de duda—, ¿tiene Ralltiir intención de permanecer neutral ante la tormenta que se avecina sólo para no molestar las vidas privilegiadas de sus inversores y habitantes ricos?

El rostro de Shirka se contrajo por la furia.

—Esta conversación ha terminado, embajadora —dijo, y cortó la conexión. Leia miró a C-3P0 y soltó un bufido.

—¡Será posible...!

—Embajadora —le interrumpió la misma voz chillona de antes—. El gobernador general Amer Tariq de Rhinnal por el canal cuatro.

C-3P0 presionó otra tecla, y una imagen miniaturizada de Tariq surgió del holoprojector.

—Leia, me alegra ver que se encuentra a salvo —saludó el anciano estadista y reputado médico. Llevaba un traje impecable, cuya mezcla de colores era demasiado vívida para el bolo.

—Gracias, Amer. ¿Ha recibido mi mensaje?

—Sí, Leia, pero lamento informarle de que no tengo buenas noticias. Rhinnal no puede aceptar nuevos refugiados en estos momentos, ni siquiera temporalmente.

—Amer, si es por los fondos... —Leia estaba confusa.

—No confundas a Rhinnal con Ralltiir, querida —cortó él con un seco movimiento de cabeza—. Lo que ocurre, simplemente, es que los diez mil refugiados que recibimos de Ord Mantell han forzado al límite nuestros recursos. Ayer nos vimos obligados a desviar a más de dos mil al sistema Ruano. Las cejas de Leia se alzaron de sorpresa.

—¿Ruan acepta más exilados?

—Más que aceptarlos, los solicita. De hecho, estoy seguro de que Ruan no sólo puede alojar a todos los evacuados de Gyndine, sino que le encantaría hacerlo.

Ruan, uno de los numerosos mundos agrícolas controlados por la Corporación Salliche Ag, se encontraba en los límites del Núcleo Interior, entre Coruscant y el sistema de la emperatriz Teta, a apenas un corto salto de distancia según los estándares galácticos.

—Eso espero, Amer —dijo Leia.

—Recibe mis más humildes disculpas, querida.

La transmisión se cortó abruptamente, y Leia se derrumbó en una silla, llevándose una mano a la boca para esconder un bostezo.

—Igual puede descansar un poco cuando lleguemos a Ruan —empezó a decir a C-3P0 cuando el comunicador volvió a sonar—. ¿Sí?

—Hemos recibido una transmisión de origen desconocido, reenviada desde Bilbringi.

Leia suspiró cansina.

—¿Y ahora qué?

—Creo que es su esposo, embajadora.

Una imagen llena de estática apareció en la pantalla de la consola de comunicaciones. Leia reconoció de inmediato la bodega delantera del *Halcón Milenario*, aunque le costó un segundo reconocer el rostro de Han enmarcado tras una barba.

—¿Te gusta mi nuevo aspecto? —preguntó él, acariciándose el mentón.

—¡Han! ¿Dónde estás?

—Preferiría no decírtelo —respondió, girando la silla del ordenador de navegación.

Ella asintió con la cabeza, comprendiendo la precaución de su marido, pero no pudo evitar una punzada de amargura.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Me enteré de lo que ocurrió en Gyndine... y a partir de ahí no fue demasiado difícil. Sigues siendo muy conocida, te guste o no.

—Tú también, Han. Y según los rumores, los yuuzhan vong podrían estar ahora buscándoos tanto al *Halcón* como a ti.

Las cejas y la boca de Han formaron una "O".

—No soy un completo estúpido, ¿sabes? Por eso me he dejado crecer la barba y he repintado al *Halcón*.

—¿Repintado? —los ojos de Leia se abrieron como platos.

—En realidad, lo he anodizado. Ahora es una encantadora sombra de negro mate. Parece el sueño de un empresario de pompas fúnebres. —¿En qué sistema planeas colarte furtivamente esta vez? —¿Furtivamente?

—Ya me has oído.

—Oh, ya lo capto. Quieres decir que en vez de ir saltando alegremente por ahí, debería dedicar mi tiempo a salvar planetas.

—No estoy interesada en salvar planetas, Han —bufó Leia—. Estoy interesada en salvar vidas.

—¿Qué te crees que intento hacer yo? Estoy buscando a Roa y a los parientes de Droma, Leia. Esto no tiene nada que ver con Ord Mantell, Gyndine o cualquier otro planeta. Además, un hombre sólo puede cumplir sus promesas de una en una... y le hice una a Droma.

—Lo siento, Han, entiendo lo que haces —se disculpó Leia soltando aire lentamente—. Al menos todavía tenemos algo en común.

Han apartó su mirada un instante.

—Hablando del tema, ¿fuiste tú la que ordenó que los refugiados de Ord Mantell fueran trasladados a Gyndine?

—Lamentablemente, sí.

—Estás complicando mi búsqueda, cariño —le reprendió con una sonrisa.

—¿Ah, sí? —la frustración volvió a apoderarse de Leia—. ¿Y quién creó tal confusión en Vortex, que el gobernador local decidió no cumplir su promesa de aceptar refugiados vinieran de donde vinieran?

—Sólo intentaba... —la imagen de Han osciló de repente a un lado, como si el *Halcón* se hubiera inclinado—. ¡Eh, Droma, cuidado con lo que haces ahí arriba! —Volvió a mirar a la cámara, señalando con su pulgar en dirección a la cabina

de control de la nave—. Ese tipo dice que es piloto, pero nadie lo diría por la forma en que trata a la nave.

Leia se mordió el labio inferior, inquieta.

—¿Cómo os lleváis vosotros dos?

—Si no le debiera la vida, lo echaría por la borda.

—Estoy segura —dijo Leia con tranquilidad.

—A propósito, quizá quieras informar a la Armada que han visto una flotilla de yuuzhan vong cerca de Osarian. Un par de pseudodestructores y...

—Han —le interrumpió—, la hermana de Droma está en Gyndine.

—¿Qué? —Han se irguió de repente en su asiento—. ¿Cómo lo sabes?

—Porque algunos de sus compañeros de clan estaban en el grupo que evacuamos de Gyndine. No tuvimos tiempo de embarcarlos a todos, y su hermana fue una de los ryn, seis por lo menos, que nos vimos obligados a dejar atrás. No lo supe hasta que los transferimos a todos a los transportes.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —protestó Han.

—Porque ni tú ni yo podemos hacer nada al respecto. Los yuuzhan vong han ocupado Gyndine.

—Hay maneras de solventar eso —masculló Han distraídamente. —Eres exasperantemente predecible —dijo Leia apretando los labios.

—Y tú te preocupas demasiado.

—Alguien tiene que hacerlo.

—Leia, ¿te quedarás allí algún tiempo? En Ralltiir, quiero decir. Ella negó con la cabeza.

—Si mi opinión cuenta, iremos a Ruan. Después viajaré hasta Hapes.

—¿Hapes? —repitió Han, incrédulo—. ¿Y tú me acusas de correr riesgos? ¿Por qué Hapes precisamente?

—Si tengo suerte conseguiré la ayuda del Consorcio. La flota de la Nueva República está demasiado desperdigada para defender las Colonias, y el Núcleo está desprotegido. Y ahora que Bilbringi, Corellia y quizás Bothawui corren peligro, necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir. Y eso, Han, me recuerda que el almirante Sovv ha pedido a Anakin que vaya a Corellia para ayudar a poner en funcionamiento la estación *Centralia*.

—Ya era hora que la Nueva República empezara a pensar en la defensa de Corellia —resopló Han.

—Entonces ¿estás de acuerdo con ese plan y con la intervención de nuestro hijo... aunque ninguno de los dos podamos estar allí con él?

—¿Cuántos años tenías cuándo aceptaste llevar los planos técnicos de la *Estrella de la Muerte*? ¿Cuál de nosotros cuida de Jaina cuando vuela con el Escuadrón Pícaro?

Pero...

—Además, Anakin es un Jedi.

—Supongo que tienes razón —aceptó Leia, aunque parecía claramente escéptica.

Han sonrió ambiguamente.

—Da recuerdos de mi parte al príncipe Isolder.

—¿Por qué no me acompañas a Hapes y se los das en persona? —¿Cómo? ¿Y estropearle la diversión? —rió Han ante la idea. —¿Qué se supone que significa eso?

Él abrió la boca para contestar, pero se lo pensó mejor y empezó de nuevo:

—¿Qué esperanzas tienen los que no pudiste evacuar de Gyndine? Leia cerró los ojos y agitó su cabeza.

—No estoy segura ni de que hayan sobrevivido.

—oOOOo—

Soy Chine-kal, comandante de la nave en la que os encontráis —anunció el yuuzhan vong en perfecto Básico, mientras serpenteaba lentamente entre los seres inmovilizados y esposados capturados en Gyndine.

Era delgado y muy alto, llevaba un turbante en el que anidaba una criatura alada de redondos ojos negros que brillaban a apenas unos centímetros encima de los del propio Chine-kal. Su capa de mando también parecía tener mente propia y flotaba por encima de la flexible cubierta. Los dibujos que adornaban sus antebrazos tenían motivos decididamente animales, aunque de una clase de animales desconocida para cualquiera de los cautivos, y los dedos de sus largas manos eran garras curvadas.

—Esta nave, que en vuestro idioma responde al nombre de *Guardería*, será vuestro mundo en el previsible futuro. El propósito de su diseño esférico lo comprenderéis a su debido tiempo. Pero, aunque no comprendáis sus misterios, quiero que la consideréis como vuestro hogar, y a mi tripulación y a mí mismo como vuestros padres y maestros. Todos vosotros habéis sido seleccionados entre los derrotados de Ord Mantell y Gyndine para que prestéis un servicio singular.

Chine-kal se detuvo frente a Wurth Skidder, quizá por casualidad, aunque el Jedi prefirió pensar que parte de su verdadera naturaleza, un toque de Fuerza, se filtraba a través del escudo mental que había levantado para proteger su

identidad. Detrás del comandante, vistiendo una túnica gastada, caminaba el Sacerdote que supervisó la selección de prisioneros en Gyndine y la inmolación de miles de androides.

Skidder y los centenares de prisioneros desnudos reunidos en el orgánico recinto cavernoso de la nave fueron literalmente pegados en los lugares elegidos para cada uno mediante pegotes de gelatina blorash, e inmovilizados con pinzas de criaturas vivientes. Skidder tenía a su derecha un anciano, obviamente capturado en una campaña anterior, que parecía más joven gracias a los tratamientos cosméticos; a su izquierda, dos de la media docena de ryn que también habían sido seleccionados para aquel "servicio singular" a bordo de esa nave yuuzhan vong que desde el espacio parecía un racimo de uvas. Por todas partes se veían otros cautivos veteranos: unos macilentos, otros fortalecidos por las pruebas que habían superado, fueran las que fuesen.

—Seguro que habéis oído rumores de lo ocurrido en los mundos que conocéis como Dantooine, Ithor y Obroa-Skai —prosiguió Chine-kal, avanzando de nuevo—. Y seguro que habéis oído rumores sobre cómo tratan los yuuzhan vong a sus prisioneros. Puedo aseguraros que todo lo que habéis oído son sólo mentiras y exageraciones.

"Sólo intentamos enseñaron una verdad que os ha sido tristemente vetada desde que os alzasteis del barro primigenio. Al resistiros a ella no nos dejáis más opción que inculcárosla a la fuerza; si la hubierais aceptado, habríamos sido mucho más caritativos de lo que vuestra Nueva República lo será nunca con nosotros.

"Debido a los pactos políticos y a otro tipo de alianzas, los distintos mundos no suelen tener la opción de aceptar o rechazar nuestra oferta de iluminación; la voz de unos pocos decide el destino de muchos. Pero, en esta nave, todos y cada uno de vosotros sois individuos, y todos y cada uno de vosotros tendrá la oportunidad de decidir por sí mismo si nos rechaza o nos acepta. Vuestro destino está en vuestras propias manos.

Flanqueado por guardias armados hasta los dientes y siempre seguido por el Sacerdote, Chine-kal se detuvo junto a la enorme estatua de una criatura que sólo podía haber surgido de algún bestiario yuuzhan vong. Su cuerpo parecía modelado a partir de un cerebro humano, pero mostraba dos grandes ojos y lo que asemejaba una boca o unas fauces arrugadas. Brazos o tentáculos se extendían desde su base, algunos achaparrados, otros gráciles.

—No quiero que penséis en vosotros mismos como cautivos o esclavos, sino como colaboradores de una gran empresa —continuó el comandante—. Servidme bien, poned vuestro corazón en la tarea y seréis recompensados con vuestras vidas. Si fracasáis a causa de vuestra debilidad, quizá pueda, perdonaros, pero si intentáis sabotearnos, el castigo será rápido y despiadado.

En cualquier caso, yo siempre seré recompensado por los dioses, aunque me vea obligado a buscar otros colaboradores.

Skidder miró al hombre que se encontraba a su lado.

—¿Cuánto hace que estás a bordo? —preguntó susurrando.

—He perdido la cuenta del tiempo —respondió el prisionero en voz igualmente baja—. Un par de meses estándar, creo —con un leve movimiento de mandíbula señaló al hombre enflaquecido de su derecha—. Mi amigo y yo fuimos capturados en la *Rueda del Jubileo* de Ord Mantell. Nos absorbió una especie de gusano espacial. Primero nos llevaron a bordo de una nave de esclavos, y por un tiempo creímos que iban a sacrificarnos arrojándonos a una estrella. Después nos trasladaron aquí. —El hombre miró a Skidder a los ojos—. ¿Y tú?

—Me capturaron en Gyndine.

—¿Soldado?

—Fuerzas terrestres indígenas.

El hombre se giró ligeramente en dirección a Skidder.

—Pero no eres nativo de Gyndine. Yo diría que eres del Núcleo.

—¿En qué te basas?

—Para empezar, por el peinado. Y por cómo te mueves. ¿Especialista en infiltración? ¿Agente de Inteligencia?

—No.

—Ésos no son los pies de un soldado de infantería —insistió, estudiándolo de arriba abajo.

—No he dicho que lo sea. Manejaba un explorador TE-TT.

El hombre asintió con la cabeza.

—De acuerdo, tú mismo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Skidder.

—Roa. Mi amigo se llama Fasgo. ¿Y tú?

—Keyn. ¿Tienes idea de adónde nos dirigimos, Roa?

—No.

—¿Y lo de ese "servicio singular"?

—Pronto lo sabrás, Keyn —resopló Roa suavemente.

Chine-kal estaba hablando de nuevo:

—Ha llegado el momento de que veáis el objeto de nuestros esfuerzos. Por

ahora, pensad en él como en una tarea inconclusa que ayudaréis a completar entre todos.

Tras él había un mamparo membranoso, al otro lado del cual —Skidder estaba seguro— se encontraba el núcleo de la nave. Cuando Chine-kal se dio media vuelta, la membrana se abrió como el telón de un escenario.

Aunque Skidder nunca había visto uno en persona, supo al momento que estaba contemplando el modelo viviente de la estatua que adornaba la sala: un Coordinador Bélico inmaduro..., la grotesca criatura biogenética que los yuuzhan vong llamaban yammosk.

CAPITULO 6

Una fría llovizna oscurecía las florecientes copas de los árboles más altos de Yavin 4. Las empinadas escaleras de los antiguos templos que la Alianza Rebelde utilizó tantos años antes, y que ahora eran terrenos de entrenamiento para los Caballeros Jedi, se alzaban hasta la niebla para desaparecer en ella. Los chucklucks y chitterwebs, normalmente estridentes a esas horas de la mañana, se encaramaban sobre las ramas bajas de los árboles massassi, esperando a que el cielo se despejase. Los lagartos cornudos y los roedores stintaril permanecían inmóviles como estatuas. No podía verse ni al gigante gaseoso que era el sol Yavin, aunque ya impregnase a la niebla de un profundo color anaranjado.

Luke Skywalker se empapaba en esa quietud en medio de una senda que ascendía serpenteante hasta el Gran Templo. La Fuerza, habitualmente lúcida, parecía cubierta por la niebla y apenas le transmitía poco más que un susurro.

Desde alguna parte del verdoso paisaje fantasmal le llegó el arrullo de un ventripájaro. Luke sabía que aquel melodioso sonido era producido por el pájaro para marcar su territorio y alejar a sus rivales. Escuchó con más atención y captó el sonido de otras criaturas que forrajeaban o cazaban en busca de comida. La Fuerza decidía de esa forma que algunos sobrevivieran y otros murieran. La muerte en la Naturaleza, sin un propósito malévolo, no tenía un Lado Oscuro. La serpiente de cristal buscando una presa no podía compararse con lo que había hecho el Emperador durante su cruel reinado, ni con lo que hacían ahora los yuuzhan vong. Luke se había preguntado, casi desde el principio de la invasión, cómo sería la vida a los ojos y oídos de los yuuzhan vong.

Contempló fijamente la niebla. Era como si alguien hubiera levantado un velo brumoso ante sus ojos. Le llegaron imágenes de insectos que se disfrazaban de hojas, ramitas y flores florecientes, de animales pequeños que se mimetizaban entre la variada basura del lecho del bosque. *Camuflaje*, pensó Luke.

Engaño, sigilo, disimulo...

Los yuuzhan vong estaban arrasando la galaxia como una de las impredecibles tormentas que azotaban Yavin 4. La fe que depositaban en sus dioses era como la de Palpatine en el Lado Oscuro de la Fuerza. Y, aun así, pese a todo el mal que personificaban, no eran Sith, no eran emisarios del Lado Oscuro. La obediencia ciega proporcionaba una justificación hasta para sus actos más horribles. No era su fe lo que les convertía en siervos del mal, sino su necesidad de imponer esa fe en los demás y destruir perversamente a todo lo que se interpusiera en su camino. No reconocían la luz o la oscuridad porque, en cierto sentido, existir era una ilusión para ellos. Al despreciar los valores

intrínsecos de la vida, ésta sólo merecía ser vivida poniéndola al servicio de los dioses, y la recompensa por ese servicio sólo podía recogerse en la otra vida.

Cuando Luke o cualquier otro Jedi intentaron captarlos mediante la Fuerza, descubrieron que los yuuzhan vong sólo transmitían vacío, estaban desprovistos de la animada luminosidad que envolvía a todas las cosas vivas. Y si la Fuerza no fluía a través de ellos, ¿sería posible que no existiera en la galaxia en la que habían evolucionado? ¿Podía ser la Fuerza algo específico de un lugar concreto, como si fuese una ocurrencia evolutiva única en el universo? ¿O acaso la Fuerza se limitaba a estar ausente de los yuuzhan vong... y de sus armas vivientes, claro, que eran poco más que extensiones de sí mismos?

Con toda probabilidad, Mara había caído víctima de una de esas armas — una enfermedad propagada por los yuuzhan vong —, y aunque su dominio de la Fuerza había mantenido en jaque a la enfermedad cuando otros sucumbían ante ella, Luke no estaba completamente seguro de que la Fuerza hubiera sido decisiva en la batalla de Mara. No, cuando su reciente recuperación se debía a un antídoto proporcionado indirectamente por los yuuzhan vong.

Engaño, sigilo, disimulo...

A pesar de toda la curiosidad que sentía por los invasores, Luke comprendía que derrotarlos era algo imperativo. Si esa derrota no conllevaba el total exterminio de los yuuzhan vong, mucho mejor, ya que así obtendría respuesta a algunas de sus preguntas. Pero, hasta entonces, los Jedi estaban obligados a ayudar en la guerra que asolaba la galaxia. La forma de cumplir con el compromiso que tenía todo Jedi para con la paz y la justicia era un problema que todavía estaba asimilando.

El críptico murmullo de la Fuerza lo devolvió a la realidad. Se dio cuenta de que su visitante había dejado de hablar hacía rato, y se giró para enfrentarlo.

—Lo siento, Talon, ¿qué decías?

Talon Karrde sonrió débilmente. Pero, en lugar de seguir la conversación donde había quedado, acarició las puntas de su oscuro bigote y continuó observando al Maestro Jedi con franco interés.

—¿Sabes, Luke? A menudo me he preguntado cómo se ve el universo a través de los ojos de un Jedi. Solía decirme a mí mismo que no erais muy diferentes a un sacerdote de H'kig o a un ithoriano que ha oído la llamada, pero que en vez de venerar a H'kig o a la naturaleza, adorabais a la Fuerza. Pero las comparaciones son odiosas. Veis cosas que los demás no vemos, o no sabemos ver, y esas cosas no son sólo producto de una mentalidad cultivada por los Jedi para vivir en una realidad separada de la nuestra. Veis el corazón de la realidad, y ésa es una habilidad que condiciona vuestros actos. Los ojos azules de Karrde chispearon.

—Te he visto tomar decisiones que yo no podía entender en aquel momento, pero que después resultaron ser correctas. Y lo mismo puedo decir de Mara. Y como alguien que siempre se ha enorgullecido de manejar información privilegiada, me preguntaba si tomabais esas decisiones basándoos en datos a los que yo no tenía acceso, o si la Fuerza os daba la habilidad de manipular la realidad según vuestras necesidades... según el dictado de vuestras visiones. Siento ese tipo de verdad en ti, pero no estoy seguro de que también pueda aplicarse a Mara —Karrde soltó una corta risita—. Lamento no haberte conocido cuando eras joven y vivías en Tatooine, antes de convertirte en alguien que se lo piensa todo dos veces antes de actuar. No digo que Mara no lo haga también, pero la Fuerza parece impulsarla a actuar de forma más intuitiva.

Luke se quitó ceremoniosamente la capucha de su atuendo Jedi.

—Mara y yo somos distintos pero complementarios... como lo son Anakin y Jacen. La Fuerza tiene diferentes aspectos, y no todos los Jedi se centran en el mismo aspecto. Mis Maestros me regañaban por mirar siempre hacia el futuro sin verlo realmente.

—¿Tu padre podía ver el futuro? —preguntó Talon cuidadosamente.

—Mi padre no era el vidente sino la lente —Luke permaneció en silencio por un momento, después sonrió enigmáticamente—. A propósito, si Mara hubiera sabido que venía a Yavin 4, habría pospuesto su visita a Coruscant.

—¿Más análisis?

—Al contrario. Se niega a ser escaneada, examinada o evaluada por nadie.

—Entonces ¿está curada? ¿Funcionó ese elixir mágico que le dio Solo?

—No era un elixir..., eran lágrimas. Y nadie se atreve a pronunciar la palabra "cura", ni siquiera Mara. Le insté a que no tomase el antídoto hasta que pudiéramos estar seguros de que no era potencialmente peligroso, pero se negó. Insistió en correr ese riesgo.

Talon asintió con la cabeza.

—Su intuición. Pero ¿tú no estás convencido?

—La Sacerdotisa yuuzhan vong que pidió asilo político era un arma enviada para asesinar a tantos Jedi como pudiera congregarse cerca de ella —explicó Luke sin dejar de mirar fijamente a la selva—. El ser que viajaba con ella, Vergere, no era yuuzhan vong, pero eso no significa que no sirviera a sus intereses.

—El elixir podría formar parte del plan —dijo Talon—. Puede que los yuuzhan vong quisieran que esa Vergere diera la impresión de estar de nuestra parte para que no dudáramos de la eficacia de la sustancia que le entregó a Han.

Luke no dijo nada.

—Pero Mara ha mejorado.

—Está más sana de lo que lo ha estado en todo el año pasado —admitió Luke—. Y contenta... Tanto como yo.

—Si empeora, si el efecto resulta ser sólo temporal...

—Los elementos de las lágrimas de Vergere no pueden ser reproducidos. Las reacciones químicas son tan confusas como todo lo que sabemos de los yuuzhan vong. Sólo podemos esperar que el efecto sea permanente.

—Sabes que haría lo que fuera para ayudar a Mara —apuntó Karrde—. Buscaré a Vergere y, si hace falta, le arrancaré más lágrimas.

—Gracias, Talon —respondió Luke sonriendo—. Se lo diré a Mara de tu parte, aunque sospecho que ya lo sabe.

Reemprendieron el camino hacia el Gran Templo. A un lado del sendero, una docena de jóvenes Jedi entre los cuatro y los doce años de edad observaba una demostración técnica del empleo de la Fuerza a cargo de Tionne y Kam Solusar. Luke hizo una pausa para observar cómo uno de los niños mayores, Tahiri, intentaba imitar las manipulaciones de Kam.

—Yavin 4 ha permanecido indetectable, pero los yuuzhan vong están cerca, en Obroa-Skai, y puede que nos veamos obligados a evacuar a todo el mundo a un planeta más seguro.

—Me sorprende que todavía no hayan marcado a Yavin como objetivo.

—Estamos proyectando una ilusión —explicó Luke—. Es algo que aprendí de los fallanassi.

Los ojos de Talon se estrecharon ante la revelación.

—Por eso insististe en guiarme cuando entramos en el sistema de Yavin.

—Tus ojos hubieran contradicho lo que indicaban los instrumentos de la nave.

Talon chasqueó la lengua y se rió.

—De dominar yo mínimamente esa técnica, no habría tenido que dejar Myrkr, donde los árboles formaban una barrera natural contra los escáneres —sonrió ampliamente—. Pero, claro, ya lo sabes...

—Sí —admitió Luke sin mostrar ninguna expresión—. Y a pesar de eso, el gran almirante Thrawn te encontró. Dado que el compromiso de los Jedi aumenta paralelamente al conflicto, pronto no seremos suficientes para mantener el espejismo y tendremos que enviar a los niños a otra parte.

—Si necesitas ayuda con ese problema, házmelo saber —ofreció Talon sin dejar de contemplar a los niños.

—Lo haré.

No habían dado ni diez pasos cuando Karrde preguntó:

—¿Es verdad que murió un Jedi en Gyndine?

—¿Te refieres a Wurth Skidder? —precisó Luke—. No estamos seguros que haya muerto. Leia estuvo allí hasta el final e insiste en que Wurth se quedó deliberadamente.

—¿Dejó que lo capturasen?

—Quizá quería unirse a la resistencia de Gyndine.

—No conozco a Skidder, pero he oído rumores —apuntó Karrde moviendo la cabeza—. ¿Es la persona adecuada para ese trabajo?

Es habilidoso.

—Ser hábil es importante, pero... ¿es afortunado?

Luke no contestó la pregunta.

—Ahora, como tantos de nosotros que han perdido amigos y familia, ansía venganza. Era amigo íntimo de Miko Reglia y de Daeshara'Cor.

—Bueno, no hay nada malo en dejarte motivar por la venganza... si eso te permite obtener resultados.

La expresión de Luke indicaba lo contrario.

—¿Estás en contra?

—Digamos simplemente que no vemos el mundo desde la misma perspectiva.

Siguieron caminando. Por encima del rumor procedente del río que fluía más allá del Gran Templo llegaron fuertes voces que debatían apasionadamente.

—Parece que hay división en nuestras filas —comentó Talon mientras se acercaban a la sala común del Templo.

—Seguro que son Jacen y Anakin.

—Complementándose entre sí, no hay duda.

Cuando Luke y Karrde entraron en el amplio espacio débilmente iluminado, Jaina ya se había situado entre sus dos hermanos con los brazos extendidos. Un puñado de otros Jedi, incluidos Kyp Durrón, Ganner Rhysode, Streen, Lowbacca, Kenth Hamner y Cilghal, los contemplaba con interés. Al descubrir a Luke, R2-D2 empezó a dar pequeños botes piando y trinando, apoyándose en una pata y luego en otra.

—Sólo estaban... esto..., discutiendo la invitación de Anakin para visitar la estación *Centralia* —explicó Jaina.

Luke paseó su mirada de Jacen a Anakin, para volver al primero. —Terminad la discusión.

Jacen frunció el ceño encarándose con su hermano pequeño.

—Te lo diré una vez más, y no pienso repetirlo: *Centralia* es esto —asíó la empuñadura del sable láser que colgaba de su cinturón—, pero a una escala gigantesca. Suponiendo que la estación pueda volver a ser operativa, sólo debería ser utilizada como defensa.

Anakin resopló de cansancio.

—Y yo también te digo por última vez que estoy completamente de acuerdo.

—Entonces, mantente alejado de Corellia —replicó Jacen—. No te involucres en el restablecimiento de *Centralia* o de los repulsores hiperespaciales. La primera vez eras un niño... Todos lo éramos.

Anakin soltó un bufido.

—Olvidas que mis actos inconscientes acabaron desbaratando los planes de la Tríada para detonar otra estrella, y aniquilando a todas y cada una de las naves que los bakuranos enviaron contra ellos.

—¡Eso fue un acto defensivo! ¡Fue tu manipulación del repulsor de Drall lo que impidió que se pudiera disparar *Centralia*!

—¡Manipulación! —repitió Anakin burlonamente—. Déjame preguntarte una cosa: ¿estás en contra de que Jaina vuele con el Escuadrón Pícaro?

Jacen miró a su hermana gemela, que se había tomado un permiso temporal del escuadrón al que se había unido cuatro meses antes.

—En teoría, no.

—¿Estás en contra de que mamá y Tenel Ka vayan a Hapes?

—En principio, no.

—¿En principio, no? La Nueva República espera que el Consorcio se involucre en la guerra. Si crees que el Escuadrón Pícaro o los hapanos son armas, una extensión de eso —dijo Anakin, señalando el sable láser de Jacen—, entonces, ¿cuál es la diferencia entre lo que le piden hacer a Jaina o a mamá, y lo que me piden a mí hacer en Corellia? Prometí que ayudaría a resucitar la estación, no dije nada de disparar su arma.

Jacen emitió un sonido exasperado y se giró hacia Luke:

—¿Qué opinas de esto, tío Luke?

Luke cruzó los brazos.

—Como dije al Estado Mayor de las fuerzas de Defensa, me opongo al restablecimiento de *Centralia* porque su poder es demasiado incontrolable. Y ya sabéis que estuve en contra de los intentos de Daeshara'Cor para resucitar otro *Ojo de Palpatine*. Pero si existe la más mínima posibilidad de que *Centralia* pueda

utilizarse para defender Corellia, incluso para ahorrar el traslado de las flotas estacionadas en otros sistemas, estamos obligados a hacer todo cuanto podamos para que la estación vuelva a ser operativa.

Jacen apretó los labios y volvió a mirar a su hermano.

—Está bien, Anakin, hazlo a tu manera. Pero pienso ir contigo. Anakin se encogió de hombros.

—Me alegrará tenerte a mi lado.

Terminada la discusión, los adolescentes se calmaron y todos formaron lentamente un círculo alrededor de Luke y Karrde.

—Talon tiene una propuesta que hacernos —anunció Luke—. Todavía no me la ha contado, pero, conociéndolo como lo conozco, seguro que será interesante.

—O al menos entretenida —susurró Kyp Durrón, provocando sonrisas en los demás.

Karrde se tomó la broma con calma.

—Estoy seguro de que sabéis que los hutt han hecho un trato con los yuuzhan vong. Y al decir trato, lo digo literalmente, dado que los hutt tan pronto se enrolan en una guerra como dan media vuelta ante el enemigo. Así que, a cambio de permitir que los yuuzhan vong entren en su sector del espacio, los hutt han pedido y recibido algo a cambio. Para saber qué ha sido, sólo había que seguir el rastro de la especie.

Karrde hizo una breve pausa.

—Me he puesto a ello y no he visto indicios de que se interrumpiera el mercado de especie..., salvo en tres sistemas: Tynna, Bothawui y Corellia. Esperó a que los murmullos se calmasen para continuar. Los hutt no interrumpirían bruscamente las entregas a tres sectores muy rentables a menos que tengan una buena razón para hacerlo. Y apostaría a que esa razón es que los yuuzhan vong han cumplido con su parte del trato, es decir, informarles de que esos sistemas serán el objetivo de una invasión inminente.

"El hecho de que nadie se haya apresurado a cubrir el hueco dejado por los hutt sugiere que éstos han advertido a todos sus socios y subcontratistas de que eviten el espacio que rodea a Tynna, Bothawui y Corellia. Pero ni siquiera eso nos da argumentos bastante sólidos ante la Nueva República. Exigirán pruebas de que el vacío creado en torno a esos mundos no es únicamente el resultado de una *especulación* de los hutt sobre dónde pueden golpear los yuuzhan vong.

—¿Por qué no contactan con los hutt y les preguntan directamente? —preguntó Kenth Hamner. Alto y de buena cuna, Hamner había sido coronel de las Fuerzas de Defensa antes de abandonar la vida militar para seguir el camino Jedi.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo —dijo Karrde—. De hecho, la Nueva República está intentándolo. Pero si alguien externo al estamento militar pudiera aportar una prueba irrefutable, Defensa tendría lo que necesita para poder coger a los yuuzhan vong por sorpresa.

—¿Por qué acude a nosotros? —se interesó Streen—. Desde que se estableció el acuerdo de paz, usted ha actuado de enlace entre el Remanente Imperial y la Nueva República. No nos necesita para llamar la atención del almirante Sovv.

—Sé por qué ha venido hasta aquí —intervino Kyp Durrón, manteniendo la mirada fija en Karrde—. Porque la Nueva República lo apartó del centro de atención cuando pidió a Leia que negociara con el Remanente Imperial para que éste se implicara en la guerra.

Karrde lanzó un resoplido.

—Yo no era el adecuado para negociar con el Remanente. Soy un comerciante, Kyp, no un embajador.

—Entonces ¿por qué cree que es el adecuado para negociar con nosotros? —replicó Kyp.

—La verdad es que no sé en quién más confiar. Si debo juzgar por la forma en que el Departamento de Inteligencia de la República se ocupó de la desertora yuuzhan vong, yo diría que ese Departamento, puede que hasta el mismo Consejo Asesor de la República, está infiltrado por agentes enemigos. Es más, las Fuerzas de Defensa no pueden actuar sin la aprobación del Senado, y no es probable que el Consejo de Seguridad e Inteligencia respalde al almirante Sovv sólo por la palabra de un excontrabandista.

—Todavía no nos ha dicho por qué nos necesita —apuntó Ulaa. Era un bith, y como tal tenía un aspecto delicado y talento musical—. Después de lo de Ithor, tampoco nosotros estamos bien vistos por el Senado.

—Ésa es la cuestión: necesitáis que vuelvan a escucharos. Era de esperar que aprendiesen la lección tras lo ocurrido en Ithor, pero los viejos hábitos son difíciles de romper y aún son reacios a confiar en vosotros. No quieren dar la impresión de estar en deuda con los Jedi. Sería una bofetada contra la forma de pensar de la Vieja República.

Ganner hizo una mueca, arrugando la cicatriz facial que le había quedado tras su aventura en Garqi.

—Me llega al corazón lo mucho que se preocupa por nosotros, Karrde, pero los Jedi no necesitan relaciones públicas.

—Te equivocas, Ganner, eres demasiado confiado. El sentimiento antiJedi se extiende por todas partes. Unos creen que no hacéis todo lo que podéis, y otros que sois unos incompetentes. Hay mucha gente que desearía que el emperador Palpatine siguiera en el poder, convencida de que él sí sabría enfrentarse a los

yuuzhan vong. Si queréis volver a ser monjes, eso es decisión vuestra. Pero necesitáis mejorar vuestra imagen si queréis servir a la paz y la justicia. Y una forma de conseguirlo es proporcionando información que permita a la Nueva República obtener una victoria importante. La mejor defensa contra la traición es la propia traición.

—¿Qué papel jugaríamos? —preguntó Jacen con impaciencia.

—Puedo prepararos una reunión con uno de los contrabandistas de especia de los hutt —respondió Talon, sosteniendo su mirada—. Podemos descubrir por qué nadie hace entregas en Tynna y en el resto de los planetas.

Jacen hizo rodar los ojos.

—Volvemos a encontrarnos en la misma situación que en *Centralia* —desvió la vista hacia Luke—. Los Jedi no deberían participar en esto. Nos degrada.

—Esto no degrada a nadie —interrumpió Anakin—. Podemos ayudar a la República sin tener que mover un dedo... o un sable láser. Y tú, más que nadie, debería estar a favor de algo así.

Todos miraron a Luke.

Hasta él llegaron imágenes de insectos disfrazándose de hojas, de ramitas y de flores, de animales pequeños que mimetizaban la basura del suelo del bosque. La Fuerza volvió a susurrarle una vez más: *engaño, sigilo, disimulo...*

Comprendió que necesitaba actuar con cuidado para no dividir todavía más a los Jedi. Mientras muchos loaban lo que había hecho Corran Horn en Ithor, otros apoyaban la tesis de Kyp Durrón de que debían responder a la agresión en los mismos términos. Aún más, en Ithor, Luke había renunciado a la responsabilidad de ser la punta de lanza de los Caballeros Jedi.

—No intento mejorar nuestra deteriorada imagen —dijo finalmente—. En todo caso, la Nueva República no parece muy ansiosa por criticar nuestros actos. Pero si podemos proporcionar información que impida la caída de otro mundo, la decisión es clara.

—Quisiera ir con Talon —dijo Jaina.

Kyp hizo una mueca.

—¿Pretendes hacerte pasar por una compradora de especia de diecisiete años? Dudo que los hutt se lo traguen —miró a Karrde—. Iré yo. Necesitaré a alguien que sepa descubrir la verdad oculta en las mentiras.

Es improbable —dijo Karrde—, pero agradezco la oferta.

—Entonces, cuente también conmigo —se sumó Ganner. Miró fijamente a Kyp—. Sólo para asegurarnos de que averiguamos toda la verdad.

—Entonces, ¿trato hecho? —preguntó Karrde.

Sólo Jacen permanecía escéptico.

—*Centralia*, alistamiento, espionaje... Nunca creí que terminaríamos así. Kyp Durrón sonrió abiertamente y le dio una fuerte palmada en el hombro.

—Alégrate, chico. Las cosas ya no pueden empeorar.

CAPITULO 7

En el cartel que colgaba entre las enormes torres de vigilancia podía leerse: "BIENVENIDOS A RUAN. CAMPO DE REFUGIADOS 17". Pero, bajo la frase de saludo, alguien había garabateado con una letra diminuta y casi ilegible: "ÚLTIMA OPORTUNIDAD PARA DAR MEDIA VUELTA".

Melisma leyó el letrero en voz alta, aprisionada entre los miles de refugiados de distintas especies recién desembarcados de las naves de transporte, todavía mojada y posiblemente envenenada por el proceso de desinfección de Ruan, y dirigió una mirada angustiada a Gaph, que llevaba al sobrino de Droma sentado sobre los hombros.

—¿"Última oportunidad para dar media vuelta"?

—Alguien con un retorcido sentido del humor —dijo Gaph restándole importancia—. Vamos, no puede ser tan malo. Estamos en medio del campo, respiramos aire puro en lugar de oxígeno reciclado, nos han prometido comida y bebida, y disfrutaremos de la compañía de diez mil seres inteligentes melancólicos —sonrió abiertamente y bajó el tono de voz para añadir—: Y allí donde hay inteligencia melancólica, siempre hay abundantes oportunidades para los ryn.

Melisma sonrió insegura, aunque lo que Gaph había dicho sobre el paisaje era una verdad innegable. Ruan era uno de los planetas más hermosos del Núcleo Galáctico.

Era uno de los dieciocho mundos agrícolas administrados por Salliche Ag y tenía el aspecto inmaculado de un parque, al menos la parte del planeta donde habían desembarcado los refugiados. El camino recto que unía el bullicioso espaciopuerto con el Campo de Refugiados 17 estaba bordeado por altos y recortados setos; al otro lado de éstos, y hasta donde alcanzaba la vista, podían verse campos escrupulosamente cultivados en distintos estados de crecimiento. A diferencia de Orron III, Ukio, Taanab y la mayoría de los otros mundos-granjeros en los que los ryn solían buscar empleo de vez en cuando, Ruan no confiaba meramente en su inclinación axial y su fértil terreno, sino que controlaba su clima para aumentar su rendimiento al máximo. También se veían menos androides cosechadores y agricultores de los que Melisma esperaba, lo cual implicaba más oportunidades de trabajo para los seres inteligentes.

Inhaló profundamente el aire dulce. Gaph tenía razón. Llegar a Ruan, sobre todo tras pasar más de una semana estándar en las atestadas y fétidas bodegas del transporte, era como llegar al paraíso. Pero vagas preocupaciones seguían acosándola. ¿Cuánto tiempo se quedarían en Ruan y adónde los llevarían después? La princesa Leia había dejado claro que su estancia en Ruan sería temporal, pero con los yuuzhan vong amenazando la Región de Expansión,

¿cuánto tiempo tardarían en invadir el Núcleo Galáctico? Y, si o hacían, ¿qué ocurriría luego?

Registrar a los desterrados recién llegados era un proceso dolorosamente tedioso. Se apretujaban tanto unos contra otros que no tenían forma de sentarse, mucho menos reclinarse, y no podían escapar del ardiente sol que el supervisor climático había elegido para aquel día. La muchedumbre parecía extenderse eternamente delante y detrás de ellos. Pero, por fin, los cinco —Gaph, Melisma, sus dos primas de clan, y el pequeño— llegaron a un puesto de control atendido por guardias de seguridad armados y con distintivos que los identificaban al servicio de Salliche Ag.

Un varón humano con una mandíbula llena de cicatrices los evaluó a través de la ventanilla del puesto de control.

—¿Qué rayos son éstos? —preguntó a alguien fuera de vista.

Instantáneamente, una hembra uniformada de aspecto igualmente siniestro apareció en la ventanilla y apuntó directamente a Melisma con un escáner óptico de forma esférica.

—Puede que el sistema tarde un poco en reconocerlos —dijo al primer guardia. Cuando el escáner emitió un solo pitido, miró la pantalla—. Ryn.

—¿Ryn? ¿De qué montón de barro proceden?

—Planeta de origen desconocido —respondió la mujer, sacudiendo la cabeza—. Pero ¿qué más da? Han llegado de Gyndine. Comprueba si tenemos más de su especie.

Melisma volvió a sentir aprensión. Los abogados de SELCORE y los oficiales de Ruan en el espaciopuerto habían sido cordiales, pero estos guardias, con sus uniformes y sus modales bruscos, le recordaban el tipo de policía que, años atrás, vigilaba muchos de los mundos del Sector Corporativo.

—Sí, tenemos algunos otros —estaba diciendo el primer guardia—. Treinta y dos, según el último recuento. —Sonrió con desprecio a Gaph—. Sección 465, Ryn. Detrás de los lavatorios comunales.

Gaph oyó que Melisma aspiraba aire ruidosamente y se volvió a ella:

—Bien, olvidemos lo que he dicho sobre el aire fresco. Pero seguimos teniendo comida y bebida para calmar el apetito y un techo sobre nuestras cabezas.

—También teníamos todo eso en la cárcel —se quejó Melisma.

—Confía en mí, pequeña —pidió Gaph, moviendo su dedo índice—. La cárcel no es lugar para los ryn. Al menos aquí podremos cantar, bailar y disfrutar de nuestra buena fortuna.

—Seguid al androide —ladró el guardia—. Obedeced y no andéis moles-

tando por ahí... o responderéis ante mí.

—Ah, buena fortuna —dijo Melisma sarcásticamente—. Recemos por que al menos nos den un techo, Gaph.

El androide, un modelo de protocolo cojo y chirriante, los precedió por un laberinto de destartaladas viviendas pegadas las unas a las otras y construidas con partes de viejas segadoras y naves espaciales: escotillas, mamparos, cuchillas, placas de aluminio, etc., etc... Más allá, vieron cabañas de plastiduro sobre placas de ferrocemento, tiendas levantadas con armazones en forma de A, cobertizos primitivos, refugios formados con piezas de plástico, chozas elípticas forradas con pieles de animales, o cónicas recubiertas de lubricante alquitranado.

—El Campo de Refugiados 17 se construyó sobre un antiguo vertedero de chatarra —informó con orgullo el androide—. Todo el mundo ha mostrado mucha inventiva para aprovechar el equipo obsoleto.

En los interiores no iluminados, el terreno fangoso o los escasos parches de césped pisoteado podían percibirse seres pertenecientes a especies originarias de sectores tan remotos como el Remanente Imperial y tan cercanos como la constelación Koornacht, todos desplazados de mundos que una vez consideraron su hogar, algunos de los cuales estaban ahora destruidos o inhabitables gracias a los yuuzhan vong. A derecha e izquierda, Melisma pudo ver ruurianos, gadianos, saheelindeelis, bimm, weequays, myneyrshis, tammarians, gotalos y wookiees. Pero no reinaba un ambiente de camaradería, sino que el aire parecía corrompido por una sensación de inminente sublevación. Los seres se miraban entre sí frunciendo el ceño y permanecían en pie con las mandíbulas encajadas y las manos convertidas en puños.

El androide de protocolo pareció captar sus preocupaciones y se dirigió a ella hablando en Básico.

—Como todos se ven obligados a compartir el mismo espacio, sin diferencias ni distinciones, han resurgido prejuicios reprimidos y hostilidades ocultas que han producido ciertos contenciosos sobre el territorio o el sustento, e incluso ciertas refriegas que se han extendido a todo lo largo del campo. Pero, claro, esos incidentes fueron rápidamente sofocados por el personal bien entrenado de Salliche Ag, que empleó la fuerza física sólo cuando fue estrictamente necesario.

Tal y como había pasado a bordo del transporte, los ryn se encontraron con miradas de sospecha y repugnancia. Los padres guardaban los artículos familiares de valor, y las madres abrazaban protectoras a sus hijos. Unos hacían gestos religiosos de auto-protección, y otros gritaban a voz en grito el desagrado que sentían por que se permitiera la entrada de los ryn en el campamento.

Melisma miró fijamente hacia delante. Estaba acostumbrada a recibir aquel trato y comprendía que la pasión de los ryn por los viajes y el secretismo era parcialmente responsable de las historias que se contaban de ellos. Condenados al ostracismo por numerosas sociedades, con el tiempo los ryn se habían vuelto más viajeros, reservados y autosuficientes y al ser marginados, habían tenido la oportunidad de convertirse en perspicaces observadores de las conductas de otras especies y en adivinadores de lo que muchos seres tenían en su mente, sobre todo los humanos. Y con ello aumentó su afición por las canciones, el baile y las comidas especiadas, así como su talento para las falsificaciones y decir la buenaventura, puesto que carecían de verdadero talento psíquico. El juego que se conocía como sabacc tenía sus raíces en un mazo de cartas que los ryn habían inventado como medio de disfrazar sus doctrinas místicas.

—Nos acercamos al centro de distribución —anunció el androide.

—Me pregunto qué es ese olor —dijo Melisma a Gaph, que la reprendió por ser tan abiertamente crítica, aunque cambió su tono cuando le echaron un buen vistazo a la situación.

Cientos de seres formaban una sinuosa cola ante unos improvisados establos para recibir un chorro incoloro de comida sintética de aspecto semejante a la masa de un pastel, repartido por unos androides que lo sacaban de enormes recipientes flexibles. Otras colas serpenteaban entre remendados cascos de antiguos barcos, llenos hasta el borde de un agua cubierta de espuma.

—Por una suma miserable —comentó el androide—, algunos miembros del bien entrenado personal de Salliche Ag les proporcionarán gustosamente alimentos capaces de contentar a los paladares más refinados. También pueden conseguirse alojamientos de categoría superior por una cuota razonable, tal y como demuestra la Colina Noob.

Melisma siguió el dedo metálico del androide hasta un terreno elevado rodeado por una cerca electrificada. Podía verse allí a una veintena de ithorrianos aislados del resto del campo, ocupados en sus negocios e instalados en pabellones abiertos, sin paredes y con techo de paja. A un lado, unas profundas zanjias de desagüe los separaban de un conjunto de gamorreanos que vivían en bungalows hechos de ladrillos cocidos al sol. Al otro lado, más allá de un muro de arbustos espinosos, una ruidosa multitud de wookiees habían construido una cabaña de troncos de árboles.

Cuanto más se adentraban en el campo, peor era todo. El barro, que al principio apenas era una ligera capa, les llegaba al tobillo durante largos trechos, y los refugios, un ghetto de cobertizos sin techo y chabolas de listones de madera se arracimaban en la base de una colina a la que apenas llegaba la luz del sol y donde la lluvia caía directamente sobre la zona de distribución de comida. En lugar de tiendas prefabricadas y chozas de plástico eran estructuras

más apropiadas para ganado que para seres inteligentes. Aquí, una tribu de vors de huesos huecos habían aprovechado las aspas de maniobra de una nave estelar para construirse una especie de emparrado elevado; y allí, una nidada de batracios rybets había construido una espaciosa madriguera con los contenedores vacíos de una nave de carga y las barquillas de un Ala-Y como pilones de apoyo.

Casi todos vivían en medio de una espantosa suciedad.

Un nuevo hedor dijo a Melisma que se acercaban a las letrinas comunales.

—Quizá sólo ocurra cuando no hay viento —comentó Gaph.

—Entonces, quizá deberíamos pedir al supervisor climático que programe un huracán —ironizó Melisma tras la mano con la que se tapaba nariz y boca.

Tal como les habían prometido, una vez pasadas las letrinas, un cartel anunciaba la Sección 465, a la que alguien había agregado las palabras: "Ciudad Ryn".

Más de la mitad de sus treinta y dos congéneres se acercaron a saludar al quinteto de Gaph y Melisma, mientras avanzaban por un patio que algunos hubieran calificado de extraordinariamente higiénico, pero que era normal para los ryn, que sentían una obsesión casi ritual por el orden y la limpieza.

El líder del grupo, un macho alto llamado R'vanna, les dio la bienvenida con unos cuencos de sabrosa comida ryn y un montón de preguntas sobre las circunstancias que los habían llevado hasta Ruan. Gaph las explicó desde el mismo principio: cómo habían huido del Sector Corporativo cuando su caravana de naves fue atacada por una patrulla yuuzhan vong, cómo, al dispersarse por los saltos hiperespaciales de emergencia, muchos habían terminado en la *Rueda del Jubileo* de Ord Manten, donde sufrieron otro ataque yuuzhan vong. Convertidos en refugiados, algunos encontraron transporte a Bilbringi, otros a Rhinnal, y otros a Gyndine.

R'vanna les contó a su vez su historia, que tenía mucho en común con el relato de Gaph, aunque empezaba en la Hegemonía de Tion.

Una de las mujeres llevó a Melisma y a sus primos hasta un dormitorio. Dejando al niño al cuidado de sus primos, Melisma se reunió con Gaph y R'vanna cuando éste trazaba un vívido retrato de la vida en el Campo 17.

—El agua no suele ser un problema porque nuestros supervisores ruanos programan un fuerte aguacero siempre que es necesario, pero la escasez de comida ha empezado a ser normal y las enfermedades campan a sus anchas. Podrían ser erradicadas fácilmente, claro, y Ruan sería capaz de suministrarnos toda la comida que necesitamos sólo con aprovechar lo que los androides obreros dejan que se pudra en los campos cultivados, pero a Salliche Ag le beneficia que los refugiados del campo vivan en unas condiciones tan

miserables como le sea posible.

—¿En qué le beneficia? —preguntó Melisma—. ¿Y por qué la princesa Leia elogia a la compañía por su generosidad incondicional si somos una carga para todo el mundo?

—Salliche desea tener cuantos más refugiados, mejor, niña, pero no en estos campamentos... sino en los campos de cultivo.

—¿Para trabajar en ellos?

—Más o menos —R'vanna hizo una pausa para meter un taco de t'bac carbonizado en la cazoleta de una pipa tallada a mano—. La Nueva República se preocupa realmente por distribuirnos a todos en mundos habitados, pero, a causa de la guerra y todo eso, las posibilidades son más bien escasas..., aunque eso no te lo contarán en las clases de familiarización.

—¿Familiarización? —se extrañó Melisma—. ¿Para qué?

Intentan prepararnos para lo que será nuestra nueva vida entre los pueblos civilizados del Núcleo. Pronto lo comprobaréis vosotros mismos. Pero, como ya he dicho, las posibilidades son escasas. Alguno de los que viven en la Colina Noob pueden permitirse el lujo de comprar pasajes en las compañías de transporte privadas, pero no todos tenemos tanta suerte. En todo caso, nadie quiere permanecer aquí más tiempo del necesario, así que muchos han aceptado la oferta de Salliche Ag para intentar salir así de Ruan.

—Trabajando en los cultivos —dijo Gaph.

R'vanna asintió con la cabeza.

—Pero muy pocos consiguen ganar lo suficiente como para comprar el pasaje. La mayoría de los que llegaron primero al campo se han visto obligados a firmar unos contratos que los convierten prácticamente en siervos, ya sea aquí, en Ruan o en otros mundos administrados por Salliche, y existen rumores de que quienes se niegan a aceptar la benevolencia de Salliche terminan desapareciendo.

—Pero eso no tiene sentido —dijo Melisma—. Los seres inteligentes no pueden reemplazar a los androides. Los inteligentes necesitan algo más que un baño de aceite de vez en cuando y una actualización periódica. Por no mencionar que la producción se vería reducida de forma drástica.

R'vanna sonrió pacientemente.

—Eso mismo le dije a un representante de Salliche que vino a Ciudad Ryn la semana pasada. ¿Y sabes lo que me contestó? Que contratar inteligentes no sólo alivia el problema de los refugiados, sino que permite a la compañía anunciar sus productos con el eslogan: "cosechados manualmente".

Gaph lo pensó un momento.

—Así que, de momento, nuestras opciones son trabajar para Salliche Ag o seguir atrapados aquí.

Melisma miró a su alrededor, al patio y a los dormitorios y cocinas perfectamente contruidos.

—¿Cómo os las habéis arreglado tan bien? Mientras atravesábamos el campamento temí que nos atacarían y acabaríamos muertos. Estoy segura que, si pudieran, nos harían responsables de la invasión de los yuuzhan vong.

—La vida siempre ha sido así para los ryn —sonrió R'vanna con tristeza—. Pero no todo el mundo nos teme o desconfía de nosotros. Gracias a esos pocos sobrevivimos con cierta comodidad.

—¿De su caridad?

—Muérete la lengua, niña —dijo Gaph teatralmente—. Los ryn no aceptamos caridad de nadie. Todo lo que tenemos nos lo hemos ganado con nuestro trabajo.

—¿Qué clase de trabajo podemos hacer aquí? —preguntó Melisma a R'vanna

—Aquel en el que somos los mejores: dar opciones a quienes nos las solicitan, haciéndoles ver los errores que han cometido y proporcionándoles pistas que les permitan superar las complejidades de la vida diaria.

—Diciendo la buenaventura —añadió Melisma con un ligero desdén—. Leyendo las cartas del sabacc.

Gaph sonrió ampliamente.

—Y cantando, bailando y aceptando los regalos que nos ofrecen todos los que recibieron buenos consejos... La vida podría ser peor, niña. La vida podría ser mucho peor.

—oOOOo—

—¿No dijiste que había llegado ayuda? —preguntó la ryn de pelaje rojizo llamada Sapha a Wurth Skidder, a bordo de la nave esclavista *Guardería*.

—Quizá dije algo parecido, sí —admitió el Jedi—. El calor del momento y todo eso.

Roa miró a Skidder con interés antes de dirigirse a Sapha.

—¿Cuándo dijo eso?

—En Gyndine —respondió ella—, cuando se apresuró a dejarse capturar por la criatura de múltiples pies que nos estaba reuniendo como si fuéramos un rebaño de animales. Dijo: "Ánimo, ha llegado ayuda."

—¿Se apresuró? —Roa miró una vez más a Skidder.

—Me dio esa impresión desde donde yo estaba —aseguró Sapha enco-

giéndose de hombros.

Los tres estaban hombro con hombro, en pie, sumergidos hasta la cintura en el viscoso nutriente color canela en el que se marinaban a los jóvenes yammosk, como cerebros depositados en la bandeja de la autopsia. Apenas se habían acostumbrado ya al olor empalagoso del lugar, semejante al de flores de ajo bañadas en perfume nlora, y casi todos los cautivos habían superado las náuseas, aunque un macho sullustano se había desmayado unos momentos antes y había tenido que ser sacado de la sala.

Uno de los tentáculos más gráciles de la criatura flotó delante de Skidder y sus camaradas, y tuvieron que acariciarlo y masajearlo, como hacían los bimm con ciertas crías de nerf para obtener filetes de extraordinaria ternura. Fasgo, el compañero de Roa, y dos ryn más hacían lo mismo al otro lado del tentáculo. Por toda la cubeta redonda se repetía la acción en grupos de seis seres por tentáculo, a excepción de los más cortos y gruesos para los que bastaban dos o tres cautivos.

—Se apresuró —repitió Roa, más para sí mismo que para los demás. Volvió a dirigir una mirada interrogante a Skidder—. Sapha lo hace parecer como si quisieras ser capturado, Keyn.

—¿Para terminar aquí arriba? —contrarrestó Skidder—. Un tipo tendría que estar loco o desesperado para hacer eso.

Junto a los ojos de Roa aparecieron arrugas de sonrisa.

—En mis tiempos he conocido gente que era ambas cosas al mismo tiempo. No puedo apostarme nada, pero algo me dice que tú encajas en esa descripción.

Dos conductos pulsantes, huecos, se proyectaban desde la cabeza bulbosa del yammosk hasta desaparecer en el abovedado y membranoso techo de la cámara. Skidder supuso que al menos uno de ellos suministraba a la criatura la mezcla de gases respiratorios que necesitaba, aunque Chine-kal les había asegurado que mientras maduraban para convertirse en Coordinadores Bélicos los yammosk eran capaces de respirar oxígeno.

En aquel momento, el comandante de la nave-racimo terminaba de dar una vuelta completa por la pasarela enrejada que recorría el borde de la cubeta de coral yorik. Una compañía de guardias con armas ligeras vigilaba junto al lugar.

Pese a la repulsión que parece provocar en algunos de vosotros, el yammosk es una criatura sumamente sensible —estaba diciendo—. Uno de los efectos de su poderoso deseo de unirse a otros seres es una empatía de primer orden que más tarde culminará en una especie de telepatía. Como parte de su temprano entrenamiento, el yammosk está condicionado para considerar a ciertos dovin basal como sus hijos, sus crías..., los mismos dovin basal que impulsan nuestras naves estelares y los cazas unipersonales que el ejército de la Nueva República

llama coralitas. Cuando entramos en contacto con las fuerzas armadas de vuestros mundos, el yammosk considera que sus hijos están siendo amenazados e intenta coordinar sus actividades para minimizar las pérdidas.

Chine-kal se detuvo cerca del lugar donde se encontraban Skidder y los demás y gesticuló hacia el techo.

—Las arterias del yammosk, las que tienen un color azul más oscuro y penetran en él por encima de sus ojos, están enlazadas con el impulsor de esta nave porque el yammosk aún se está familiarizando con el dovin basal. Cuanto más amables seáis con él, cuanto mejor se sienta gracias a vosotros, mejor será su enlace con el dovin basal y mejor se comportará la nave.

El comandante dio media vuelta sobre sí mismo para pararse frente a una de las membranosas paredes. En una burbuja transparente, visible para todos los cautivos, pulsaba un organismo con forma de corazón.

—Aquí podéis ver un pequeño dovin basal, aproximadamente del mismo tamaño que los que se colocan en el morro de los coralitas. Su color es indicativo de si estáis cumpliendo o no con vuestra tarea, y ese rojo pálido actual me dice que lo estáis haciendo razonablemente bien, pero no tanto como sería deseable. Así que incrementaremos el ritmo para adecuarlo al latido del dovin basal. Si tenemos éxito, la nave responderá. Empecemos, pues...

Skidder se abrazó a sí mismo. No porque el trabajo en sí fuera agotador, sino porque el intenso y constante contacto con los tentáculos los dejaba rápidamente exhaustos, como si el yammosk se alimentase de la energía de los cautivos para incrementar de algún modo la suya propia. Era bastante fácil negarse a participar, pero hacerlo sólo conseguía que cogieran a un prisionero al azar y lo castigaran.

El dovin basal empezó a latir con más rapidez, los cautivos aumentaron la velocidad y la fuerza de sus masajes, esforzándose por mantener el ritmo. Las pulsaciones aumentaron todavía más, y las manipulaciones se hicieron más rápidas y frenéticas. El latido volvió a acelerarse. Muchos de los prisioneros empezaron a respirar con dificultad, a jadear incluso. Ríos de sudor resbalaban por caras y brazos. Aquellos que no podían mantener el ritmo se derrumbaron sobre los tentáculos que les habían sido asignados o cayeron sobre el pegajoso nutriente, pero el resto encontró un ritmo colectivo al que el yammosk respondió haciendo ondular sus tentáculos.

Skidder casi pudo sentir la energía que alimentaba a la nave.

Entonces, el dovin basal ralentizó su latido hasta volver a una lenta pulsación.

—Bien —dijo por fin el comandante Chine-kal—. Muy bien.

Skidder tragó saliva con dificultad e intentó calmarse. Sapha y Roa jadeaban,

y Fasgo parecía delirar.

Chine-kal empezó a trazar otro círculo sobre la pasarela orgánica.

—Como algunos de vosotros habréis descubierto, la coordinación de los dovin basal durante las batallas sólo es una de las habilidades de los yammosk. No exageraba antes, cuando os dije que su empatía bordeaba la telepatía. Como parte de su entrenamiento, el joven yammosk también está condicionado para establecer un enlace cognoscitivo con el comandante bajo cuya custodia sirve. De hecho, este yammosk y yo ya nos hemos familiarizado. Pero vamos a intentar algo que nunca se ha hecho antes, algo verdaderamente extraordinario en este esfuerzo colectivo. Queremos que el yammosk se familiarice con vosotros, con todos vosotros, para así poder acelerar esta invasión y llevarla a una conclusión rápida y relativamente indolora.

Skidder miró a Roa.

—¿Sabías algo de esto?

El anciano le devolvió un sombrío asentimiento de cabeza.

—Cuando el yammosk se acostumbre más a vuestro contacto —dijo Chine-kal—, puede desear tocaros, sobre todo en pecho, espalda, cuello y cara. Y vosotros se lo permitiréis. Puede que algunos no le intereséis y que comparta una profunda afinidad con otros. En cualquier caso, os advierto que no os resistáis a sus sondas telepáticas porque os arriesgáis a dañar al yammosk y a vosotros mismos. La resistencia puede conducirlos a la locura o a la muerte. Reid, llorad, gritad si queréis, pero no os resistáis.

—Habla en serio —dijo Roa de repente, solemne. Miró intensamente a Sapha y después a Skidder—. Intentad mantener la mente en blanco o perseguir vuestros pensamientos como un depredador a su primera presa del día. Y ahí podéis perderos. Creedme, lo he visto más de una vez.

Skidder había estado haciendo todo lo posible por ocultar que era un Jedi, por ocultar su dominio de la Fuerza, los acontecimientos que lo habían motivado a dejarse capturar, su deseo de vengar a los camaradas caídos. No obstante, enfrentado a la revelación de Chine-kal, no pudo evitar acordarse de lo que le contó Danni Quee sobre cómo utilizaron los yuuzhan vong un yammosk para quebrantar la resistencia de Miko. No pudo reprimir la urgencia de contactar con sus compañeros Jedi para informarles de los últimos planes del enemigo.

Se volvió ligeramente para enfrentarse al yammosk, y aquellos ojos teñidos de negro parecieron contemplarlo fijamente. El tentáculo entre sus manos onduló y su extremo se alzó del caldo nutriente para envolverse alrededor de los hombros de Skidder.

Roa, Sapha y los demás retrocedieron sorprendidos.

¡Vaya, Keyn, eres afortunado! —exclamó Roa tras un momento—. Creo que el yammosk te ha cogido cariño.

CAPITULO 8

Vista desde el fondo del vestíbulo de Lorell, en Hapes, Leia era una luminosa manchita blanca contra el negro azulado del cielo nocturno, visible a través de las altísimas ventanas panorámicas situadas a su espalda. La sala de asambleas se alzaba en ángulo agudo desde las escarpadas murallas de arenisca que dominaban la capital, y desde ella se disfrutaba de una vista impresionante de las Nieblas Transitorias y, en aquel momento, de cuatro de las siete lunas del planeta. Tan completa era la ilusión, que quienes se encontraban en los asientos del tercio más bajo de las gradas podían imaginarse fácilmente a bordo de una nave espacial, avanzando hacia la estrella que era la embajadora Organa Solo.

—Queridos representantes de los mundos del Consorcio de Hapes —empezó diciendo, con voz que no ocultaba su resolución ni siquiera en los rincones más lejanos de la sala—. Hace dieciocho años, cuando la Nueva República conquistó el Núcleo Imperial, acudí ante ustedes para solicitarles el apoyo financiero que necesitaba un gobierno en bancarrota a causa de la guerra y plagado por un insidioso virus que mataba a miles de seres no humanos a cada día que pasaba.

"Esa visita abrió una puerta de comunicación entre nuestras respectivas regiones espaciales, cerrada durante tres mil años, pero que desde entonces ha permanecido abierta. De hecho, poco después de mi visita inicial, el Consorcio regaló a Coruscant una reunión amistosa en este mundo, durante la cual nos ofrecieron unos tesoros que nunca habíamos soñado que existieran: gemas preciosas arco iris, rompecabezas y árboles de sabiduría, junto a una docena de destructores estelares capturados a los comandantes imperiales que intentaron entrar en vuestros dominios.

"Entonces pensamos que la Nueva República y el Consorcio podrían sellar una alianza por medio de un matrimonio..., pero el destino había reservado otras uniones para los supuestos contrayentes de ese matrimonio.

Risas amables e intercambio de susurros recorrieron el público junto a ciertos aplausos, unos contenidos y otros más entusiastas.

Leia aprovechó la oportunidad para mirar tras ella, un poco a la derecha, donde el príncipe Isolder se inclinaba hacia delante, expectante ante aquel reconocimiento. A su lado, también sonriendo y elegantemente ataviada, se sentaba su esposa, la reina madre Teneniel Djo de Dathomir, con dedos refulgentes por los anillos de lava y los cabellos castaño rojizo recogidos bajo una deslumbrante tiara de gemas arco iris, estrellas del amanecer y lunas de hielo.

Junto a Teneniel se encontraba su suegra, Ta'a Chume, con los cabellos grises elaboradamente peinados y mostrando únicamente sus ojos por encima de un velo color escarlata. Tras ellos había varios dignatarios y oficiales, incluido el embajador del Consorcio ante la Nueva República.

La embajadora de Coruscant en Hapes se sentaba a la izquierda del podio, entre otros dignatarios y oficiales, y, junto a ella, la hija Jedi de Isolder y Teneniel, Tenel Ka. Los bíceps del muñón de su brazo izquierdo —seccionado por encima del codo unos años antes, durante un duelo de entrenamiento con sable láser con Jacen— iban adornados con bandas de electro, y un sable láser colgaba del estrecho cinturón que ceñía su túnica.

En un extremo se encontraba C-3P0, recién pulido y abrigado, y Olmahk, indignado por tener que llevar polainas, túnica y gorra.

—Amigos míos —prosiguió Leia cuando los aplausos se fueron apagando—, la Nueva República y el Consorcio siempre han sido aliados, pero esta noche me presento ante vosotros con una petición que pondrá a prueba la solidez de esa alianza. Y en lugar de regalos, sólo traigo una advertencia urgente.

Un silencio tenso cayó sobre todos los reunidos.

—Hablo en nombre de la Nueva República al decir que respeto el gran valor que le dais a vuestro aislamiento. —Sin mirar, señaló con un gesto amplio el ventanal que tenía detrás—. Así como el Consorcio ha sido bendecido con un fenómeno celestial tan majestuoso como las Nieblas Transitorias, la Nueva República también podría haber elegido un camino más introspectivo, más personal, pero, tristemente, ése no es el caso.

"Una enorme sombra se cierne sobre la galaxia, una sombra que ya ha eclipsado muchos mundos pertenecientes a la Nueva República. Por ello, hemos hecho una llamada a las armas. Aunque Hapes, Charubah, Maires, Gallinore, Arabanth y los demás mundos que forman el Consorcio no se han visto engullidos por la oscuridad, su suerte no durará eternamente. Porque esa sombra es tan espantosa, tan monstruosa y enorme, que quizá tenga poder suficiente para extinguir toda luz.

Leia hizo una pausa y permaneció en silencio hasta que se apagó el agitado murmullo.

—La fuente de esa sombra se encuentra más allá de los confines de nuestra galaxia, pero la intención de quienes la proyectan es clara: la conquista. Inequívoca y completa. Se llaman yuuzhan vong y, mientras hablo, se aprestan a invadir las Colonias y el Núcleo.

Otra vez tuvo que esperar a que amainasen los murmullos.

—La coexistencia pacífica no es una opción porque los yuuzhan vong sólo buscan rehacer la galaxia a su imagen y semejanza. Quieren que todos juremos obediencia a los dioses a los que rinden culto y en cuyo nombre han emprendido esta campaña. Algunos mundos se han rendido para evitar la guerra, y no se les puede reprochar esa capitulación, sabiendo lo que los yuuzhan vong hicieron en los mundos que se les resistieron. Pero la Nueva

República no negociará ni se rendirá. Hay que detener esa invasión, y eso sólo se logrará mediante un esfuerzo conjunto de todos los mundos que prefieren la libertad a la esclavitud.

Leia posó en el podio las manos abiertas y dejó que su mirada vagase por el público.

—Seré franca. El senador de la Nueva República, Elegos A'Kla, intentó negociar la paz y fue asesinado brutalmente. Las fuerzas defensivas de la Nueva República intentaron salvar Ithor, Obroa-Skai y muchos otros mundos, pero no lo consiguieron. Y parece ser que los hutt han firmado un tratado con los yuuzhan vong que permite a los invasores ocupar y utilizar los mundos hutt para obtener recursos esenciales para la invasión.

"Ahora, vengo a pedir al Consorcio que decida el camino que prefiere tomar.

"No hago esta petición a la ligera. Existe una posibilidad remota de que los yuuzhan vong dejen en paz el cúmulo estelar Hapes, y en ese caso os encontraríais luchando por una causa y no por la simple supervivencia. La Nueva República emprenderá esta batalla en solitario si se ve obligada a ello, pero nuestras posibilidades de victoria se verán enormemente reforzadas si contamos con el apoyo del ejército del Consorcio.

Tomó aliento y mostró las palmas de las manos.

—El futuro es incierto, así que no puedo prometer nada a cambio de vuestro apoyo. Pero os conmino a todos a que penséis cuidadosamente a quién preferís tener como vecino galáctico, y que recordéis todo lo que hizo el Emperador Palpatine para oscurecer la luz de tantos mundos con su propia sombra.

"Os agradezco que hayáis escuchado a quien se ve obligada a expresar en palabras lo que siente en su corazón.

La sala no habría estado más silenciosa de ser catapultada al espacio profundo.

—oOOOo—

—Delegada Miilarta, la embajadora Organa Solo —presentó Ta'a Chume—. Embajadora Solo, Lol Miilarta de Terephon.

Leia extendió su mano derecha con experta cortesía, y Miilarta la estrechó.

—Encantada, embajadora —y bajó el tono de voz para agregar—: Puedo asegurarle que Terephon votará por prestar su ayuda.

—La Nueva República se lo agradece —respondió Leia sonriendo con los ojos.

Miilarta hizo una ligera reverencia y se apartó de la cola de la recepción. Siguiendo el protocolo formal que tipificaba eventos como aquél, Leia le pre-

sentó al embajador de la Nueva República en el Consorcio y volvió con Ta'a Chume, que le presentó a otra delegada igualmente guapa, la representante de Ut, el mundo que había enviado una canción con motivo de la visita del Consorcio a Coruscant.

De pie tras Leia, C-3P0 susurró en su oreja derecha:

—La delegada Miilarta representa treinta y un mundos, ama. Ya ha conseguido la mitad de los votos que necesita.

Leia echó un vistazo a la cola, que entre esposos, esposas, parientes y niños llegaba hasta la gran entrada del Palacio de la Fuente, residencia de la familia real de Hapes.

—¿Cansada de tantas formalidades, embajadora? —preguntó Ta'a Chume tras su velo.

—En absoluto —aseguró Leia volviéndose ligeramente hacia ella.

—¿No encuentra el proceso un poco, cómo decirlo, anticuado?

—En realidad, me hace pensar en Alderaan.

—¿Alderaan? Me sorprendes, Leia. Equiparar un antiguo y brillante ejemplo de democracia con un matriarcado fundado por piratas. ¿Cómo se te puede haber ocurrido?

Leia sonrió.

—La Nueva República ha prescindido de las ceremonias movida por el pragmatismo, pero, a veces, echo de menos la pompa y circunstancia de la Vieja República. Y Hapes reaviva viejos recuerdos congelados en el tiempo.

—¡Vaya! Muy amable por tu parte reducir nuestro estilo de vida a simple nostalgia —el velo escarlata ocultó la expresión de Ta'a Chume, pero su tono de voz daba a entender que era una sonrisa burlona.

—Malinterpretar mis palabras, Ta'a Chume... A propósito, supongo que... — Leia paseó la mirada por la sala de recepción— ... de no ser por el Imperio, mi vida podría haber sido ésta. La realeza, las recepciones sociales... las intrigas.

Los ojos de Ta'a Chume se entrecerraron.

—¡Ah, todo eso habría podido ser suyo fácilmente, querida! Fuiste tú quien eligió a Han Solo en vez de a mi hijo.

Leia miró hacia Chume'da Isolder; alto, impecablemente vestido e increíblemente guapo, situado en cabeza de la cola. *Sí, se dijo a sí misma, preferí un aventurero peleón sin un crédito en el bolsillo a un hijo de piratas con los bolsillos lo bastante llenos como para financiar su propia guerra. Y sigo dando gracias a las estrellas por haberlo hecho.* Los recuerdos de la niñez suelen perder parte de su encanto cuando se ven a la luz de la edad actual. Leia no podía imaginarse a sí

misma siendo una princesa, como no se imaginaba siendo actriz o empresaria. Miró a Teneniel Djo, con las manos cruzadas y la barbilla alzada en gesto regio, y se estremeció ante la mera idea de estar allí parada como ella, calzando zapatillas de mil créditos.

Y mientras pensaba en todo aquello, una sensación de temor nubló su satisfacción. Con Han lejos, distante en más de un sentido, el futuro que habían forjado juntos se le mostraba difuso y nublado. Odiaba tener que preocuparse por él, pero la verdad era que lo añoraba terriblemente, y el boato de la realeza, la contemplación de un sendero que no quiso tomar, le producía una sensación de frialdad y distanciamiento.

—Arconte Thane, la embajadora Organa Solo —estaba diciendo Ta'a Chume—. Embajadora Solo, el arconte Beed Thane de Vergill. Robusto y barbado, una cabeza más alto que Leia, Thane era uno de los pocos delegados varones del Consorcio. Frunció el ceño mientras daba un paso para situarse frente a ella.

—Embajadora Solo —dijo, arrastrando las palabras—. La infame Jedi. Ta'a Chume se quedó rígida.

—Le aconsejaría que contuviera su lengua, arconte. ¿O es que ha tomado demasiados sorbos de la bebida que le hemos ofrecido gratuitamente?

—Mil perdones, muy venerable Ereneda —se disculpó, utilizando un título reservado a las reinas madre hapanas pasadas o presentes—. Ciertamente, su generosidad me ha desarmado.

Leia tanteó sus sentimientos. Thane no estaba borracho, sólo lo fingía.

—No soy una Jedi, arconte —le dijo—. Y en cuanto a mi infamia... piense lo que quiera, es su prerrogativa.

Thane se giró hacia ella.

—Habla como una Jedi: tranquila y en plena posesión de sus facultades. Una mente débil se sentiría inclinada a creer que dice la verdad.

—Cuidado, arconte —advirtió Ta'a Chume, respirando agitadamente—. Estoy segura de que no quiere provocar una escena embarazosa.

—Eso es precisamente lo que pretende, Ta'a Chume —Leia cruzó los brazos por debajo de su pecho—. ¿Por qué privarlo de su diversión? Thane dejó escapar una leve sonrisa.

—Resulta que estaba en Coruscant cuando se presentó ante el Senado para soltar el mismo discurso que ha lanzado esta noche aquí. ¡Cuánto debió de molestar a su naturaleza Jedi que no le hiciesen el más mínimo caso!

—Quizá no me escuchó la primera vez, arconte...

—Si tiene problemas con los Jedi, puede dirigirse a mí.

De repente, Tenel Ka estaba de pie junto a Leia, descansando la mano en la empuñadura de su sable láser, adornada con un diente de rancor. Quejosa y terca por naturaleza, Tenel Ka siempre había sido rápida en lanzarse a una pelea, y ahora taladraba a Thane con sus ojos grises.

El arconte resistió la provocación sin dejar de sonreír de forma ofensiva.

—¡Vaya! Pero si es la Dathomiri que rechaza su herencia hapana, pero se digna a salvar a la familia real de las maquinaciones del embajador Yfra. —Su mirada recorrió la fila de personalidades—. ¡Qué grupito tan feliz!

Una multitud empezó a reunirse en torno a Thane, y se fueron apagando las conversaciones a lo largo de la inmensa sala. Leia vio por el rabillo del ojo cómo el príncipe Isolder se dirigía en línea recta al centro de la conmoción.

—Únicamente tenemos la palabra de la embajadora Solo de que son incapaces de enfrentarse a los yuuzhan vong —decía Thane a todo el que quisiera escucharlo—. Y si es cierto lo que dice sobre formar un frente unido, ¿por qué la Nueva República no es capaz de ponerse de acuerdo acerca de dónde desplegar sus flotas y a qué sistemas ayudar? —Giró sobre sí mismo mientras hablaba—. ¿Es eso lo que queremos para el Consorcio, una dirección dividida? Como arconte de Vergill, digo que deberíamos permanecer neutrales hasta que los invasores revelen sus planes hacia el Consorcio, sea de palabra o mediante la fuerza.

Gesticuló señalando a Leia.

—Viene a nosotros pidiéndonos un favor y trayendo únicamente una advertencia como regalo. ¿Por qué no nos regala la tecnología turboláser de recarga rápida que la Nueva República oculta desde hace tantos años?

—Ya basta, Thane —intervino Isolder, enfadado—. No es momento ni lugar para tener un debate político. Si no puedes cumplir con unas mínimas reglas del decoro...

—¿Me echarás de tu palacio? —cortó Thane—. ¿Das más crédito a una descendiente de esos Jedi que mataron a tus antepasados que a alguien que se atreve a decir la verdad en tu presencia?

—Basta —exclamó Isolder.

Pero Thane no quería terminar. Se dirigió una vez más a la multitud.

—Prefiere la compañía de una hija que ha rechazado su herencia hapana... Tenel Ka dio un paso adelante, pero fue detenida por su padre. —...y la de alguien que sólo dice verdades a medias, como la embajadora Solo...

Con una velocidad y una precisión increíbles, Isolder abofeteó el rostro de Thane, lanzándolo contra la multitud y haciéndole sangrar por el labio inferior. Instantáneamente, el capitán Asarta, viejo amigo de Isolder y su guardia personal, se situó junto a él, echándose la espesa trenza de pelo rojo por encima

del hombro y adoptando una posición intermedia de parada o ataque, según conviniera.

Dos de los partidarios de Thane se apresuraron a cogerlo por los brazos y ponerlo en pie, pero él los empujó a un lado, se limpió la boca con el dorso de la mano y lanzó una risotada a Isolder.

—El aspirante despreciado acude al rescate.

El corazón de Leia se hundió. Podía sentir cómo luchaba Isolder para controlar su rabia. Por muy enfadada que estuviera con él por permitir la provocación, temía el próximo movimiento de Thane.

—Mis padrinos te visitarán mañana por la mañana, Chume'da Isolder — anunció el arconte de Vergill completamente sobrio.

Isolder le devolvió una inclinación formal de cabeza.

—Los míos estarán esperando.

—Así empieza el cisma —susurró Ta'a Chume en voz baja, triste, mientras Thane y sus partidarios se dirigían hacia la puerta.

CAPITULO 9

Entiéndelo ya, Droma! —gritó Han haciendo virar el *Halcón* en un giro muy cerrado.

Murmurando nerviosamente hacia sí mismo, Droma inyectó energía en los motores sublumínicos y apretó a fondo el acelerador.

—No pasará nada por adentrarnos en el Espacio Hutt, dijiste. Tuve muchos contratos por todo Sisar, y Sriluur era como mi segundo hogar, dijiste. No hay nada de qué preocuparse...

— ¡Deja de quejarte y dame los datos actualizados de esas naves!

Droma giró la pantalla del autenticador amigo-enemigo de la nave, que le mostró siete iconos con forma de bezel acercándose rápidamente a la popa del *Halcón*.

—Son yuuzhan vong, seguro.

Han contempló la pantalla. Las imágenes de los escáneres podrían pertenecer a unos asteroides de no ser por las protuberancias que formaban las cabinas de los pilotos y los característicos morros donde se alojaban las armas y el dovin basal.

—Coralitas.

Entrando coordenadas para el salto a Nar Shaddaa.

—Todavía no —gritó Han manipulando varios interruptores de la consola de mandos—. No hay forma de despistar a esos coris. Desvía parte de la energía a los escudos deflectores traseros y traza un curso de vuelta a Sriluur. Prefiero enfrentarme a ellos en la atmósfera que hacerlo aquí fuera.

Droma se aplicó rápidamente a la tarea.

—Al menos no nos estrellaremos desde tanta altura.

—Gracias por tus ánimos.

El *Halcón* realizó medio bucle, y tuvieron ante ellos la curva parda del planeta. Los datos del terreno les dijeron que viajaban en dirección norte, mirando a un arco de ese hemisferio al este de la línea horaria planetaria.

—Los **coris** no maniobran bien con gravedad —aseguró Han—. Dependen de las capacidades antigravitatorias del dovin basal.

Como si lo hubieran escuchado, los pilotos enemigos empezaron a disparar cometas de oro fundido desde los lanzadores de plasma situados en la proa de sus pequeñas naves. Dos de los proyectiles impactaron en la nave de Han y, aunque debilitados por la distancia, con potencia suficiente para hacer temblar

la nave más grande. Todos los sensores del *Halcón* empezaron a aullar.

—Los escudos traseros resisten —informó Droma mientras activaba las contramedidas y los sistemas de distorsión—. De momento.

Han aspiró todo el aire que pudo, posó la mano derecha en la palanca de aceleración y se lanzó hacia el planeta. El transporte ligero penetró en la atmósfera superior de Sriluur temblando pero sin desviarse de su trayectoria oblicua. Los yuuzhan vong se zambulleron tras él, mostrando su patente desprecio por la envoltura protectora del planeta.

—¿Ves lo que te decía? —exclamó Han—. ¡Se pegan como una lapa!

Los indicadores de la nave siguieron protestando a medida que el *Halcón* penetraba en las capas más densas de aire, descendiendo en espiral para esquivar los disparos letales que la buscaban. Dejando a un lado toda precaución, Han aumentó el ángulo de descenso, perdiendo control a cambio de aumentar la velocidad.

—¡El puente es tuyo! —gritó a Droma.

—¿Qué? —Droma le lanzó una mirada llena de pánico.

Han se desabrochó las correas que lo aseguraban a la silla del piloto, se puso en pie, giró sobre sus talones y se dirigió a la escalerilla principal. No había pasado de la compuerta de la cabina del piloto cuando unos impactos en la popa lo derribaron sobre la cubierta e hicieron que se pensase dos veces la idea de intentar llegar hasta las armas de las torretas.

—Conecta el automático de los láseres cuádruples —dijo atropelladamente mientras intentaba ponerse en pie. Volvió a sentarse en la silla del piloto, se puso unos auriculares y empezó a reunir los datos de localización de blancos en la pantalla del control de armas—. Veamos si podemos nivelar la desventaja.

Droma empuñó la palanca que controlaba el cañón ventral del *Halcón*, mientras Han se encargaba del dorsal. Los datos se volcaron en sus respectivas pantallas. Han situó la retícula de localización sobre un coralita y apretó el gatillo del mando.

La nave enemiga se tragó el rayo.

Han dio un puñetazo a la consola.

¡Los láseres no bastan! ¡Tenemos que darles algo más de lo que preocuparse!

Abruptamente, hizo que el *Halcón* rodase sobre sí mismo mientras Droma seguía disparando el cañón ventral. En un esfuerzo por mantenerla persecución, el coralita líder forzó la potencia de su dovin basal y aceleró.

Han volvió a situar la retícula sobre su blanco, pero el coralita desapareció de su vista con una llamarada.

Dejó que Droma siguiera disparando y maniobró la nave para que acentuase su trayectoria descendente. Varios proyectiles impactaron contra los escudos traseros, y el plasma se derramó entre las mandíbulas de la nave. Han desvió energía hacia el deflector delantero y volvió a aumentar el ángulo de descenso.

Atravesaron un espeso manto de nubes y siguieron descendiendo en espiral. Muy por debajo de ellos, el océano se abría a un lado, y el desierto al otro. Un sistema tormentoso cubría el horizonte occidental de Sriluur; al norte, una especie de niebla color castaño tapaba el terreno.

Droma le echó un vistazo a los sensores meteorológicos.

—¡Es una tormenta de arena!

—¿Lo ves? —dijo Han—. Algunos deseos se hacen realidad.

Apenas había terminado de hablar cuando el coralita líder se acercó a una velocidad increíble hasta situarse bajo el *Halcón* y disparó hacia arriba. Géiseres de plasma surgieron de los emplazamientos de sus armas.

Han surgió de la espiral, forzó el acelerador y trazó un círculo hacia atrás que lo llevó directamente hasta la cola del coralita. Un proyectil fundido procedente de la nave enemiga impactó de lleno contra uno de sus compañeros de escuadrón. El coralita se estremeció, mientras pedazos de coral yorik volaban en todas direcciones. Una explosión interior surgió de la cristalina cabina del piloto, y la nave entró en caída libre, condenada a muerte por la gravedad.

Los compañeros del coralita destruido viraron y se engancharon a la cola del *Halcón*, bombardeándolo con sus proyectiles y negándose a despegarse pese a los giros desesperados y las maniobras de evasión de Han.

Han intentó aprovechar la ventaja, pero no tuvo tiempo. Algo golpeó el *Halcón*, como si recibiera una palmada en la espalda. Luchando con los mandos, consiguió enderezar la nave, sólo para dejar de girar y encontrarse con otros tres coralitas pegados a él cuando entró en la tormenta de arena.

El pelaje de Droma se erizó.

—¡Otro impacto como ése y será como si nos arrojaras contra la arena para que el *Halcón* nos sirva de tumba!

Más proyectiles pasaron rozando la cabina de pilotaje. Han llevó la nave hasta sus límites dando bandazos y haciendo rugir el motor Quadex del *Halcón*, mientras los coralitas seguían abriendo fuego contra ellos. Dejó caer la nave en otra zambullida, y Droma tuvo que luchar para ajustar la impulsión y evitar el desastre mientras los proyectiles enemigos se acercaban más y más.

De repente, una montaña apareció ante ellos. Han trazó un giro a estribor tan cerrado que Droma y él apenas pudieron mantenerse en sus asientos. El líder de los coralitas los persiguió ferozmente, obviamente incapaz de mantener al

Halcón en su punto de mira, pero disparando igualmente, quizá con la esperanza de romper la concentración de Han.

Sin previo aviso, una descarga de plasma estalló contra los sobrecargados escudos traseros. Desde popa llegó una explosión sorda, seguida del siseo sibilante de los sistemas extintores. Un olor acre flotó en el ambiente antes de ser expulsado por los extractores.

Han olfateó y le lanzó a Droma una mirada de ojos desorbitados:

—¿Qué ha sido eso?

—El convertidor de energía —respondió Droma, revisando los indicadores de la consola.

Han hizo una mueca.

¡Maldita suerte!

Aprovechó la sorprendente velocidad de su nave para mantener la ventaja y se adentró aún más en los remolinos de la bruma. Los tres coralitas frenaron su marcha y esperaron divisar al *Halcón* entre la arena, pero Han aceleró al máximo, ascendió, dio una vuelta de campana y logró situarse tras el trío de naves.

Droma disparó instintivamente el cañón ventral. El láser atravesó fácilmente el escudo del coralita al estar su dovin basal demasiado ocupado en controlar al mismo tiempo la navegación y las defensas. El impacto en la parte derecha del morro hizo que la nave volase en pedazos.

Han lanzó un grito de triunfo mientras desviaba el *Halcón* a un lado y se colocaba con ventaja tras el segundo de sus perseguidores. El piloto coralita, dándose cuenta de que su posición lo situaba en desventaja, intentó elevarse, sin darse cuenta de que la maniobra lo situaba en campo de tiro de las baterías superior e inferior del *Halcón*.

—¡Hagan juego! —gritó Han—. ¡Cien créditos al primero que lo derribe!

—¡Hecho! —contestó Droma.

Ambos apretaron el gatillo al mismo tiempo. Los láseres cuádruples vomitaron un torrente de dardos rojos que atravesaron la popa del enemigo y perforaron la cabina del piloto, desintegrando la nave.

Han y Droma aullaron de alegría, mientras el primero realizaba un tirabuzón intentando esquivar los restos del coralita. Pasados éstos, Han invirtió el impulso de los motores y regresó a la tormenta.

Allí donde podía vislumbrarse la superficie, la tierra era de un color rojo oscuro y estaba tachonada con monolíticas torres de piedra, restos de erupciones volcánicas erosionados por el viento y la arena. A pesar de su tamaño, los torbellinos de arena hacían que los enormes peñascos apenas pudieran verse.

Han apuntó deliberadamente al obelisco más cercano, con los ojos clavados en la pantalla que mostraba el relieve del suelo, controlando manualmente las maniobras del *Halcón*. Fingiendo que ascendía, mantuvo a la nave de lado y se desvió a estribor, mientras Droma disparaba el cañón ventral. Todo aquello que no estaba atornillado o fijo en el interior de la nave volaba por los aires, chocaba contra los mamparos o rodaba por cubiertas y pasillos. Pero dos láseres bien colocados impactaron en la cabina de mando del coralita partiéndolo en dos, como si un maestro albañil lo hubiera golpeado con su cincel.

Aun así, los tres coralitas restantes siguieron obstinadamente tras la cola del *Halcón*. Cerca de la superficie, Han zigzagueó a través de un bosque de agujas ocultas por la tormenta y esculpidas por el viento. Los motores gimieron y la nave vibró como si estuviera a punto de desmenuzarse. Desviando energía hacia los escudos traseros, Han colocó al *Halcón* de costado una vez más para minimizar su perfil mientras el plasma les pasaba rozando por ambos lados.

Droma enrolló su cola alrededor del asiento para evitar que el arnés de éste lo estrangulase.

—¡A1 menos avísame cuando vayas a hacer algo así!

Han niveló la nave y realizó un viraje absurdamente cerrado, forzando los motores hasta que el *Halcón* casi frenó por completo, para después aplicar toda la potencia posible a los impulsores y ascender casi en vertical. Intentando evadir los disparos de Droma, el coralita más cercano perdió el control, se dirigió hacia uno de los afloramientos de lava y estalló en llamas.

Los impulsores del *Halcón* refulgieron, y Han lo sacó de la tormenta a toda velocidad.

Ninguno de los dos coralitas supervivientes lo siguió.

—oOOOo—

Se dejaron caer en sus asientos, mientras las estrellas dejaban de centellear y se arracimaban a su alrededor como luminosas puntas de alfiler.

—Buen tiro —dijo Han después de buscar por última vez el rastro de sus agresores.

—Buena maniobra —Droma le devolvió la sonrisa.

El *Halcón* corcoveó. Los indicadores parpadearon y la consola emitió tonos de aviso. Han y Droma callaron un instante, desconcertados, antes de seguir con la dolorosa tarea de evaluar los daños sufridos por la nave.

—El motor de hipervelocidad ha resistido, pero responde erráticamente —anunció Droma tras un largo rato.

Han asintió con displicencia.

—Debió de sufrir daños colaterales cuando el conversor de energía recibió el impacto.

—Quizá podamos llegar a Nar Shaddaa —titubeó Droma tirando de la punta de su caído bigote—, pero no lo aseguraría.

—No —dijo Han—. No podemos arriesgarnos.

—¿Volvemos a Sriluur?

Han negó con la cabeza.

—Dudo que encontremos los recambios que necesitamos. Además, no quiero arriesgarme a encontrarme de nuevo con esos coralitas.

—Entonces Kashyyyk —apuntó Droma tras consultar los mapas estelares—. Dos saltos rápidos y habremos llegado.

Han le puso la mano sobre la boca.

—No es una buena idea. —Como Droma no respondió, añadió—: No es lo que piensas. Puedo controlar los recuerdos, pero la familia de Chewbacca todavía se hace responsable de mi bienestar, y ahora no puedo enfrentarme a eso.

—Así pues, ¿adónde vamos?

Han estudió el mapa desplegado y sonrió para sus adentros.

—Conozco cierto lugar un poco apartado donde tendrán todo lo que necesitamos.

—Todo lo que Han Solo necesita —puntualizó Droma.

—Quizá tengas razón —admitió Han. Se giró ligeramente hacia Droma—. ¿Crees que podrás hacerte pasar por capitán unos cuantos días?

—oOOo—

En Coruscant, en la nueva oficina que le habían adjudicado tras su inesperado nombramiento en el Consejo Asesor, la senadora Viki Shesh dirigía a los dos androides a los que había encargado reestructurar la decoración y el mobiliario.

—Girad el escritorio hacia la ventana —les ordenó, moviéndose por la sala.

Los androides humanoides manipularon el flotador sobre el que descansaba el escritorio. Cuando estuvo en el lugar indicado, se volvieron hacia ella, aparentemente ansiosos por ver si le complacían los resultados. No era así.

—No, no, muy mal —protestó Shesh agitando la cabeza y pasando después una mano por su lustrosa melena de pelo negro como la tinta—. Volved a dejarlo donde estaba y poned la silla debajo de la ventana.

La pareja de androides parecía triste.

—En seguida, senadora —respondieron al unísono.

Shesh se sentó en un viejo sillón de su Kuat nativo y contempló todo el despacho en su conjunto, ampliando su sonrisa al comprobar que todo parecía encajar en la espaciosa sala. Diseñada para no ser ostentosa, la oficina disfrutaba de unas vistas de la avenida del Comercio y del Obelisco de la Nueva República que dejaban sin aliento. Con un poco de trabajo se convertiría en la más elegante del edificio y dejaría una impresión indeleble en todos los que la visitasen.

No está mal para alguien que ha entrado en la arena política hace sólo seis años, pensó Shesh. Pero no había esperado menos desde el principio, y anticipaba mucho más para los próximos años, a pesar de no haber conseguido la unanimidad en su elección al Consejo Asesor.

Algunas supuestas autoridades políticas acusaban al jefe de Estado Borsk Fey'lya de intentar ganarse el apoyo del rico Kuat. Otros denunciaban a Shesh por dejarse seducir por el poder y la acusaban de dar la espalda a todo lo que había propiciado su rápido ascenso. ¿Qué ocurriría con su apasionada defensa de los necesitados, su patrocinio económico hacia los mundos privados de voz y voto, su claro respaldo hacia los Caballeros Jedi y todo lo que representaban si se dejaba dominar por Fey'lya?

La sonrisa de Shesh se ensanchó al pensar en esas cuestiones. En el fondo demostraban lo equivocados que estaban todos con ella y el gran éxito que había tenido alimentando sus ilusiones.

El comunicador de la oficina zumbó en aquel momento.

—Senadora Shesh, ha llegado el comodoro Brand —anunció su secretaria.

—Que pase —respondió ella tras mirar su reloj.

Se levantó del sillón, se arregló la falda negra que cubría sus largas piernas y ordenó a los androides que salieran de la sala. Cuando Brand entró, ya se encontraba detrás de la mesa de su escritorio.

—Comodoro Brand, es un placer volver a verlo —sonrió y extendió la mano por encima del escritorio.

Brand, un funcionario severo, oscuro y con la mirada de quien sólo es capaz de ver su propia verdad, se quitó la gorra, estrechó la mano de la mujer tan decorosamente como le fue posible e intentó sentirse cómodo entre los rígidos confines del sillón.

Shesh hizo un gesto amplio, abarcando toda la oficina.

—Disculpe este desastre. Acabo de instalarme.

—Felicidades por su nombramiento para el Consejo, senadora —respondió, recorriendo la sala con los ojos.

—Espero colmar todas las expectativas de los que me han apoyado y me han nombrado —dijo Shesh con solemnidad.

—La guerra acelera el ascenso de los más preparados para el liderazgo —apuntó Brand inclinando el torso hacia delante—. Estoy seguro de que superará las expectativas de todo el mundo.

—Gracias, comodoro —Shesh hizo una breve pausa—. ¿A qué debo el honor de su visita?

Brand carraspeó para aclararse la garganta.

—La situación corelliana, senadora.

—El restablecimiento de la estación *Centralia* —asintió la mujer—. Una decisión juiciosa, en mi opinión.

—Entonces ¿no le preocupan las posibles... repercusiones?

—¿Una Corellia armada y peligrosa, por ejemplo? Claro que no. Una Corellia con buena capacidad defensiva beneficia a todo el Núcleo. Brand la estudió un largo momento.

—Sí, pero... ¿y si le dijera que puede sernos más beneficioso engañar a los yuuzhan vong para que ataquen Corellia?

Shesh enarcó una ceja.

—¿Está hablando en serio, comodoro? Porque si es así, y a pesar de que me siento en el Consejo de Seguridad e Inteligencia, me vería obligada a presentar de inmediato ese asunto al Consejo Asesor.

—Las Fuerzas de Defensa sólo intentan hacer honor a su nombre, senadora —dijo rápidamente Brand—. Por desgracia, nos encontramos en un dilema.

—Un dilema —repitió Shesh.

—En el supuesto de que pudiéramos atraer a los yuuzhan vong hasta Corellia, deberíamos asegurarnos de poder derrotarlos allí... aplastarlos. Y para ello deberíamos concentrar todas nuestras naves en Corellia. Y para reunir esa flota habría que retirarlas de Bothawui y de un montón de mundos semejantes.

Shesh se tomó un momento para responder.

—Le preocupa que el Consejo Asesor se niegue a respaldar cualquier acto que ponga en peligro a Bothawui y a los demás. Y para lograr ese objetivo tendría que parecer que estamos defendiendo Bothawui a cambio de desproteger Corellia.

Brand casi sonrió ampliamente.

Ella lo estudió sin disimulo.

—Ya veo que lo he interpretado correctamente. Pero sigo preguntándome

por qué ha querido llamar mi atención sobre ese tema.

—Quizá la votación dependa de un solo voto —Brand sostuvo la mirada inquisitiva de la mujer—. De ser así, las Fuerzas de Defensa quieren asegurarse de que su plan se aprobará.

—Pero, comodoro —dijo Shesh sonriendo—, si los yuuzhan vong son dirigidos hacia Corellia, ¿no serán vistos con desaprobación quienes hayan votado a favor de Bothawui?

—Quizá, pero cualquier voto emitido en interés de un bien mayor será visto como un voto meditado.

Shesh calló un largo momento.

—Hace un segundo, usted dijo que todo el plan se basa en la presunción de que se puede incitar a los yuuzhan vong para que ataquen Corellia. Tal como yo lo entiendo, espera lograrlo dejando a Corellia básicamente indefensa, con la esperanza de que el enemigo se dé cuenta y tome nota de ese hecho. Pero ¿no sería más provechoso filtrar lo que está haciendo realmente? Dada su capacidad tecnológica, la estación *Centralia* sería un blanco irresistible por sí misma.

Brand se frotó el lóbulo de la oreja.

—Esto no es algo que se pueda anunciar por la HoloRed, senadora. Shesh soltó una breve risita.

—Hay mejores maneras de llegar hasta los yuuzhan vong que la HoloRed. —Dejó que lo pensase un momento—. Por ejemplo: los hutt. Si tuvieran aunque sólo fuera un indicio de su plan, seguro que informarían a los yuuzhan vong movidos por el interés egoísta de preservar su propio futuro.

—Pero la Nueva República ha roto sus relaciones diplomáticas con los hutt. Comunicarnos con ellos a estas alturas...

—El cónsul general hutt todavía se encuentra en Coruscant. Yo podría hacerle una visita y dejar que se me escapasen unas cuantas cosas. Brand la miró fijamente.

—¿Usted haría eso?

—Podría hacerlo, pero, a cambio, en el supuesto de que alguna vez salga a la luz el verdadero propósito de mi visita al cónsul, querría que se supiera que las Fuerzas de Defensa solicitaron mi intercesión.

—Me está pidiendo que niegue su participación voluntaria —dijo Brand. —De forma irrefutable, comodoro.

Tardó un momento, pero terminó aceptando.

—Creo que puede arreglarse. Podríamos decir que sólo queríamos sondear la opinión de los hutt.

—Me parece bien.

—Debería ser militar, senadora. Sería una estupenda oficial táctica.

—¿Militar? —Shesh resopló burlona—. No quiero faltarle al respeto, comodoro, pero, ¿por qué iba a querer ser quien dispara el arma, cuando puedo ser quien decide a quién apunta esa arma?

CAPITULO 10

El enorme transporte *Amo Estelar*, del tamaño de un destructor estelar clase Victoria, flotaba inerte sobre Ryloth, el mundo natal de los twi'lekos. Lo rodeaban multitud de distintas naves —gabarras, cañoneras y transbordadores—, algunas de casco tan liso como las criaturas marinas, y otras tan apelmazadas y desgarradas como el propio transporte. Un yate de lujo ubrikkiano flotaba anclado a la sombra de la enorme nave. También bajo su sombra, otra nave con forma de media luna que había sido lanzada desde la zona más mezquina de Ryloth, con su inhabitable crepúsculo, se dirigía al hangar de atraque rectangular del *Amo Estelar*.

En un compartimento delantero del transporte, dos rodianos supervisaban en una pantalla el acercamiento de la media luna. Cuando la pequeña nave desapareció de su vista, cambiaron a un plano interior del hangar de atraque.

—¿Ésa es su nave? —preguntaron los twi'lekos situados tras ellos cuando la nave entró en el campo magnético de contención del hangar y aterrizó. Como casi todos los demás a bordo del *Amo Estelar*, el trío llevaba trajes espaciales hinchados y con enormes bolsillos.

—Su nave... —se mofó uno de los rodianos—. Tiene docenas de naves. Esperemos a ver quién desembarca.

En la rampa extensible de abordaje de la nave aparecieron tres varones y una hembra humanos. Caminando con una elástica economía de movimientos, los dos primeros podrían haber sido hermanos, aunque el rostro del más alto mostraba unas cicatrices horrorosas y el del otro era delgado y anguloso. La mujer, esbelta y de cabello oscuro, también se movía despacio, pero su paso desprendía cautela y sus ojos un destello vigilante. El último hombre tenía un aire de segura indiferencia. En alguien que hubiera heredado un título, la barbilla erguida y las finas manos podrían tomarse como muestra de arrogancia, pero él llevaba esos refinamientos como sólo puede hacerlo quien se lo ha ganado a pulso. En contraste con las botas espaciales, que le llegaban hasta la espinilla, y las afectadas capas largas de sus compañeros, él se vestía de seda y cuero.

—Es él —dijo el otro rodiano, señalando en la pantalla al último hombre con la punta de un largo dedo rematado por ventosas—. Ése es Karrde.

El twi'leko se colocó los extremos de los tentáculos tatuados sobre sus hombros y se inclinó entre los dos rodianos para verlo mejor..

—¿Estás seguro?

—Si no lo es, es su hermano gemelo o un clon —respondió el que lo había identificado, torciendo el corto hocico.

— Avisaré al jefe — anunció el twi'leko.

Atravesó presuroso la escotilla del compartimento y entró en una enorme estancia llena de actividad. Amontonadas por toda la sala hasta el techo podían verse cajas metálicas recién traídas de Ryloth, desde el espaciopuerto de Kala'uun. Carretillas binarias bípedas dirigidas por capataces twi'lekos enmascarados ordenaban las cajas para facilitar más cargas y descargas, mientras androides de aspecto utilitario las etiquetaban con los datos de sus puertos de escala, aplicándoles códigos legibles mediante láser. Oscuras partículas danzaban y se arremolinaban en el aire reciclado pese a la potente absorción de unos sobrecalentados aspiradores de aire.

Con una mano tapándose la boca, el twi'leko se abrió camino entre el laberinto de cajas apiladas y llegó finalmente a un laboratorio aislado de la estancia por altas ventanas de permeoplástico. Dentro, dos humanos con gastadas gafas protectoras, respiradores y trajes de aislamiento evaluaban la calidad de un fino polvo negro extraído de una caja abierta que llevaba el logotipo corporativo de Exotismos Galácticos, y que se suponía llena de hongos comestibles. El más rechoncho se quitó la máscara y las gafas protectoras para revelar unos ojos saltones en un rostro, por otra parte, anodino.

— Acaba de llegar — informó el twi'leko —. Hangar 6738. Lo acompañan dos hombres y una mujer. Ahora están en control y descontaminación.

— ¿Seguro que es él?

— Seguro, pero, por si acaso, nos aseguraremos pasándole un escáner de identificación.

El hombre se quitó los guantes que le llegaban hasta el codo, se desembarazó del traje de aislamiento y se situó frente a una consola.

— Mantenga la cámara y el escáner abiertos para que pueda verlo y oírlo todo.

— ¿Informará a Borga?

El hombre lo pensó un instante.

— Ya veremos.

El twi'leko deshizo el camino hasta el compartimento. Al llegar echó un vistazo a la pantalla por encima del hombro del rodiano, cuando Karrde y sus compañeros llegaban literalmente a la puerta.

— Identificación positiva de Karrde — dijo el rodiano tras estudiar las lecturas del escáner —. No tenemos información registrada de los otros hombres, pero ninguno lleva pistolas láser. El escáner indica que la mujer es Shada D'ukal, una conocida socia de Karrde. — El rodiano miró al twi'leko —. Letal. Incluso sin armas.

El segundo rodiano sacó una pistola láser de la funda de la cadera, comprobó la carga y la conectó.

—Innecesario —le aseguró el twi'leko—. Serían estúpidos si intentasen algo.

Los redondos ojos negros del rodiano se clavaron en él.

Me paga por estar preparado.

El twi'leko asintió con la cabeza, sonriente, mostrando los afilados dientes.

—Tiene razón.

—Mirad —interrumpió el compañero del rodiano—. Está a punto de llegar.

El twi'leko desvió su mirada hacia la pantalla a tiempo de ver cómo Karrde saludaba hacia el escáner óptico oculto en el mamparo situado sobre la escotilla.

—Sigo sin entender por qué le interesa tanto a Karrde tratar con nosotros —comentó el rodiano armado—. Suele traficar con información, no con especia.

—Esto no tiene nada que ver con la especia. —El twi'leko acarició su abultada frente y se acercó a la escotilla—. Pero esperemos, escuchémoslo y después veremos lo que hacemos.

Apuntó al sensor de la escotilla con un control remoto, y la compuerta se deslizó al interior del mamparo. Karrde y los otros entraron. Sus dos compañeros masculinos se situaron tras él, y Shada D'ukal se apostó en una esquina desde la que podía vigilar todo el compartimento.

—Bienvenido, Talon Karrde —saludó el twi'leko en Básico—. Soy Rol'Waran.

—Es un placer. —No se molestó en presentar a los demás.

—Su silla —ladró Rol'Waran a uno de los rodianos, que se puso inmediatamente en pie y dio un paso lateral. Esperó a que Karrde se pusiera cómodo—. Me dicen que está interesado en conseguir nuestro producto.

—Ocho bloques.

Los ojos habitualmente estrechos de Rol'Waran se ensancharon.

—Una cantidad importante. Sin embargo, dado que conozco tanto su pasado como sus recientes actividades, ¿le importaría explicarme por qué está repentinamente interesado en nuestro producto?

Karrde se rió inocentemente.

—Si le preocupa que se trate de una trampa o algo similar...

—De ninguna manera —aseguró rápidamente Rol'Waran—. Al fin y al cabo, sólo somos jugadores secundarios en el gran juego. Pero me dieron a entender que usted había abandonado las actividades ilegales por otras de naturaleza... diplomática.

Karrde cruzó las piernas, dejando que uno de sus tobillos descansase en la rodilla.

—Mi posición como enlace entre Bastión y Coruscant ha quedado obsoleta por culpa de la invasión yuuzhan vong.

—Es decir, se ha quedado sin empleo —dijo el más bajo de los dos hombres que se encontraban detrás de él.

—Sí —admitió Rol'Waran, acariciándose pensativo el lekku izquierdo—. Los yuuzhan vong también nos han obligado a hacer muchos cambios.

—No lo parece, según los rumores —comentó el mismo hombre.

—¿Y qué dicen esos rumores? —preguntó Rol'Waran.

—Que la especia sigue siendo una apuesta segura.

Karrde aclaró su garganta.

—Quiere decir que ese producto siempre ha sido un artículo muy apreciado. Y ahora, con más bocas que alimentar...

—Son tiempos difíciles y la gente necesita un poco de evasión —cortó el compañero de Karrde—. ¿Por qué no dejar que entierren la cabeza en la arena si eso es lo que quieren?

Rol'Waran clavó sus rosados ojos en Karrde.

—Así que le interesa entrar en el negocio.

—Suponiendo que puedan entregar el cargamento.

—Por supuesto, siempre que pague el precio —la sonrisa del twi'leko se tornó tensa—. ¿Y dónde tiene pensado hacer la entrega?

—Empezare por Tynna.

El silencio se adueñó del compartimento, mientras Rol'Waran y los rodianos intercambiaban disimuladas miradas.

—En estos momentos, Tynna es un planeta sumamente problemático —dijo por fin Rol'Waran—. Podría enviar el cargamento a Rodia, quizás incluso a Kalarba. Pero, a partir de ahí, será cosa suya.

—¿Qué me dice de Kothlis o Bothawui? —preguntó Karrde.

—Actualmente, no —respondió Rol'Waran.

Karrde resopló fastidiado.

—Si puede enviarlo a Rodia, ¿no puede conseguir que llegue por lo menos a Corellia? Ése es el verdadero destino.

—Me temo que de nuevo tenemos un problema —balbuceó el twi'leko.

—¿Qué problema? —preguntó secamente el acompañante de Karrde con la

cicatriz en la cara—. Nos dijeron que podía mover la especia impunemente gracias a las nuevas condiciones.

—¿Las nuevas condiciones? —repitió Rol'Waran entrecerrando los ojos.

Estaba a punto de seguir hablando cuando la compuerta se abrió para revelar a un técnico de laboratorio. Los compañeros de Karrde reaccionaron instantáneamente, pero Karrde fue todavía más rápido y, sonriendo abiertamente, se interpuso entre el intruso y ellos.

—¡Crev Bombaasa! —exclamó con genuina sorpresa—. Estás muy lejos de casa.

—Tú también, Talon —Bombaasa miró en dirección a Shada—. Y la, siempre encantadora Shada D'ukal. En cuanto a mí, hasta la vida en el sistema Pembrico puede resultar aburrida.

Con un gesto explícito, Bombaasa despidió a Rol'Waran y a los rodianos. Luego se sentó en una silla frente a la consola y desconectó los sistemas de seguridad del cuarto.

—Si no recuerdo mal —dijo a Karrde—, la última vez que nos vimos fue en Erwithat. Buscabais a Jorj Cardas, y Shada y tú solicitasteis un salvoconducto para el sector de Kathol. Te lo conseguí para saldar una deuda anterior contraída con tu ex compañera, Mara Jade. Estamos en paz. Te lo recuerdo por si esperas algún favor de mí, como la entrega de nuestro producto en los sistemas estelares que has mencionado.

Miró a Kyp Durrón y a Ganner Rhysode antes de dedicar una sonrisa a Karrde.

—Aclarada la situación, ¿por qué has venido, Talon? Y no me mientas diciéndome que has pensado en serio meterte en el negocio de la especia.

—Agradezco tu franqueza, Crev —aceptó, mirándolo fijamente a los ojos—. La verdad es que los yuuzhan vong han cambiado la forma de hacer negocios de todos nosotros. La mayoría de los jugadores seguimos siendo los mismos, pero las reglas del juego han cambiado. En el Borde, los imperiales combaten junto a las fuerzas de la Nueva República. Los viejos enemigos dejan de lado sus diferencias para unirse en una causa común. Hasta los hutt se han visto obligados a ceder parte de su territorio para evitar una guerra que podría aniquilarlos.

Bombaasa volvió a centrarse en el Jedi.

—Sí, lo único bueno que nos ha traído esta guerra es que Kyp Durrón tiene algo más para distraerse aparte de perseguir contrabandistas. —Hizo una breve pausa para mirar de reojo a los compañeros de Karrde, y después suspiró—. Pensé que tu amigo reaccionaría ante esto, pero ya veo que no es momento para ironías.

—Puedes reírte cuanto quieras— cortó Kyp.

—Puedo reírme cuanto quiera —repitió monótonamente Bombaasa. Se dio unos golpecitos en la cabeza, teatralmente—. ¿Alguien aquí dentro me ha hecho decir eso?

Ganner tocó suavemente el brazo de Kyp para tranquilizarlo. Bombaasa miró a los dos Jedi e hizo con la cabeza un gesto de asentimiento a Karrde.

—Tienes razón, Talon, las reglas del juego han cambiado. El problema es si los jugadores como tú y yo podemos seguir jugando o si estamos eliminados de la partida.

—Habla por ti, Crev. Yo sigo en la partida.

Bombaasa respiró hondo.

—Soy un hombre práctico, Talon. Sólo deseo sobrevivir... y en las mejores condiciones posibles para mí. Tú has tomado una decisión, ¿qué tal si me cuentas lo que tienes en mente?

Los ojos de Karrde se estrecharon.

—No estás enviando cargamentos a Tynna, Bothawui y Corellia.

—Cierto —Bombaasa entrecruzó los dedos y dejó que sus manos descansaran sobre su prominente barriga—. Y alabo tu perspicacia al elegir los sistemas donde hemos suspendido temporalmente nuestras operaciones.

—Los yuuzhan vong están en el espacio hutt —siguió Karrde—. Ya han atacado Gyndine. Así que resulta razonable suponer que evitas las zonas potencialmente conflictivas.

—Muy perspicaz nuevamente. ¿Por qué arriesgar nuestros embarques enviándolos a un sector espacial en disputa? Sería peligroso incluso para los hombres y las naves que los transportasen.

—Entonces, ¿estás siendo simplemente precavido... o estás siguiendo órdenes de los hutt?

Bombaasa contempló atentamente el techo.

—Digamos que, en la coyuntura actual, los hutt están en buena posición para saber qué sectores espaciales pueden ser peligrosos.

—Eso pensaba. ¿Y cómo justificarás esta conversación ante Borga?

—Le explicaré lo que ha ocurrido —replicó Bombaasa encogiendo los hombros con esfuerzo—: Talon Karrde quería que le entregáramos nuestro producto en los sectores prohibidos y no conseguimos llegar a un acuerdo. —Su rostro volvió a tornarse irónico—. De todas formas, Borga sabía que esto pasaría tarde o temprano.

—¿Está apostando por ambos bandos?

—Intenta no perder.

—No olvidaré esto, Crev —aseguró Karrde sin poder contener una sonrisa.

Bombaasa apoyó la barbilla en sus entrelazados dedos.

Entonces, cuéntaselo a tus amigos... para que sepan de qué lado estoy.

Cuenta con ello —dijo Karrde—. Puede que algún día, todos nosotros..., contrabandistas, informantes, piratas y mercenarios..., tengamos que trabajar juntos. Y esto me parece un buen principio.

—oOOOo—

La nave *Guardería* orbitaba sobre el planeta Ando. En el hangar de atraque, similar a una gruta, el comandante Chine-kal y el Sacerdote Moorsh daban la bienvenida a Randa Besadii Diori. Los primeros en salir del yate espacial ubrikkiano procedentes de Ando fueron el twi'leko del joven hutt y los criados rodianos, seguidos por los guardaespaldas aqualish, con su aspecto humanoide y sus enormes colmillos. Sólo entonces apareció Rada, impulsado por su musculosa cola, sonriendo ampliamente y sintiéndose como en su propia casa dentro de aquel espacio cavernoso y poco iluminado.

—Veo que les gusta tanto la penumbra como a nosotros, los hutt —dijo Randa a Chine-kal tras la protocolaria sesión de saludos y presentaciones. El comandante le sonrió amistosamente.

—Preferimos la oscuridad... cuando conviene a nuestros propósitos. Randa atribuyó la ambigüedad del comentario a la inexperiencia del traductor del yuuzhan vong.

—Tendría que venir a Nal Hutta y visitar el palacio de mi padre, comandante. Estoy seguro que lo encontraría de su gusto.

—Hemos oído hablar mucho de él, joven hutt —reconoció Chine-kal con una sonrisa de cortesía—. El comandante Malik Carr quedó muy impresionado.

—Como Borga con Malik Carr —replicó Randa con elegancia—. Estoy ansioso por saber todo lo posible sobre sus operaciones para que los hutt podamos atender a sus necesidades. —Sus saltones ojos negros desaparecieron brevemente tras las membranas que los mantenían humedecidos—. Con tantos mundos cayendo ante su potencia superior, la tarea de transportar cautivos debe de ser cada vez más pesada.

—Y nos distrae de nuestro principal objetivo —concedió Chine-kal—. Por eso estamos tan ansiosos por instruirlos, como ustedes por aprender.

—Entonces, cuanto antes empecemos, mejor —sentenció Randa—. Pero quizá antes pueda indicarme mis habitaciones para que pueda refrescarme y

descansar del viaje.

—Le hemos preparado un aposento especial, Randa Besadii Diori —intervino el Sacerdote—. Y hemos pensado en presentarle al pasajero más importante de la nave.

—Me sentiré muy honrado —aceptó Randa, uniendo las manos en gesto de respeto.

Chine-kal lanzó una brusca orden a sus guardias, que se golpearon los hombros con sus puños opuestos y se colocaron en formación de escolta. La mitad precedió a los invitados a través de un pórtico en forma de iris que se abrió en el mamparo biótico de la bodega, mientras el resto se situaba tras Randa y su séquito.

Se internaron en la nave pasando de un módulo al siguiente, ascendiendo en ocasiones gracias a las propias cubiertas, que se elevaban como si fueran una lengua que quisiera tocar el paladar de la boca. La iluminación variaba, pero la bioluminiscencia que raramente emanaba de los muros proporcionaba una luz más que débil. Lo que aumentó progresivamente fue cierto olor acre que, si bien no era desagradable, tendía a irritar las fosas nasales y a provocar mucosidad y lagrimeo. Randa, por supuesto, encontraba aquellas condiciones ambientales de lo más agradables.

Chine-kal detuvo la procesión en el vientre de la nave y dirigió la atención de Randa hacia una abertura en el mamparo membranoso que permitía una visión panorámica de la sala adyacente. Bajo ellos, en el centro en un tanque redondo lleno de líquido almibarado, flotaba una forma de vida tentacular que sólo podía haber sido creada por los yuuzhan vong. Varias docenas de cautivos compartían el tanque con la criatura, y la asistían solícitamente, sumergidos en el líquido, unos hasta la rodilla y otros hasta el hombro. Unos cuantos eran acariciados por los tentáculos, y, uno de ellos, un humano, parecía completamente entrelazado por dos de los apéndices más delgados.

Randa se descubrió pensando que a ciertos miembros del clan Desilijic les gustaba encadenar a sus bailarinas o sirvientes..., incluso a ellos mismos. Sus ojos se vieron atraídos por el humano que abrazaba la criatura. Viendo a los seres que se encontraban cerca de él, Randa se volvió excitado hacia su mayordomo twi'leko.

—¿Ésos son ryn? —preguntó, señalándolos con uno de sus rechonchos brazos.

El twi'leko asintió con la cabeza.

—Sí, excelencia, creo que son ryn.

Chine-kal había seguido el intercambio de palabras y pidió una traducción.

—¿Hay algo que le llame la atención, joven hutt?

—Sí, comandante. Ha capturado especímenes de una rara especie.

—¿A quién se refiere?

—¿Ve al humano que tanto parece interesar a su criatura?

Chine-kal miró hacia el yammosk y sus sirvientes cautivos.

—El llamado Keyn, sí.

—¿Y ve a los bípedos de morro afilado que se encuentran a su lado y frente a él? —siguió preguntando Randa—. ¿Y allí, junto al tentáculo adyacente? Son ryn, una especie interesante y entretenida, muy apreciada por los hutt, aunque denostada por muchos otros.

—¿Apreciada por qué?

—Son famosos por su habilidad para el canto y la danza, pero su verdadero talento es el de la adivinación.

Chine-kal esperó la traducción y después se giró hacia Moorsh.

—¿Era consciente de eso?

—No, comandante —negó el Sacerdote.

Chine-kal volvió a Randa.

—¿Dice que son adivinos?

—Y bastante astutos.

—¿Qué técnica utilizan?

—Varias. Dicen que pueden leer el futuro en las rayas de las manos, los abultamientos de las cabezas o el color de los ojos. A veces utilizan un mazo de naipes que se rumorea crearon ellos mismos.

—Dicen, se rumorea... ¿Quiere decir que no ha tenido ninguna experiencia personal con ellos?

—Tristemente, no —sonrió Randa—, pero quizá usted pueda relevarlos temporalmente de sus deberes y juzgarlo usted mismo. Al fin y al cabo, su criatura parece mostrar poco interés por ellos.

—Confieso que ha despertado mi curiosidad —dijo Moorsh en respuesta a la mirada interrogante de Chine-kal.

El comandante asintió y se volvió hacia uno de los guardias.

—Lleve a esos seis ryn a los aposentos del joven hutt.

CAPITULO 11

El mar era una superficie de agitado verde escarchado con puntillas blancas, deslumbrante bajo la luz del sol del amanecer, y se perdía en el horizonte que Leia tenía a ambos lados y ante ella. A su espalda se alzaban las espirales rocosas y los imponentes parapetos de la Fortaleza del Arrecife, la mansión veraniega de la familia real hapana y su refugio en tiempos de crisis. La brisa era fresca, y Leia se abrazó a sí misma dentro de la envoltura azul oscuro de su larga capa. Dio media vuelta y paseó la mirada por la costa y los rompientes de piedra negra donde batían las olas, mirando la majestuosa fortaleza, un androide que recogía bayas silvestres y, más cerca, a Olmahk acompañado de los visitantes que llegaron al alba en un yate-dragón para presenciar el duelo entre Isolder y Beed Thane.

El arconte de Vergill y sus padrinos se reunieron en el cuadrado de exuberante césped que iba a servir como escenario de la contienda. Como ofendido y públicamente deshonrado por la bofetada de Isolder, Thane había elegido sus armas de un amplio surtido que lo incluía todo, desde vibrocuchillas a láseres deportivos. No obstante, el lugar fue elegido por Isolder, que había pasado la noche en la Fortaleza del Arrecife junto a Teneniel Djo, Tenel Ka, Ta'a Chume, Leia y un mínimo personal de consejeros y criados.

Aunque se acercaba la hora pactada, aún no habían aparecido Isolder y su segundo, el retirado capitán Astarta. Claramente inquieta por esa falta de etiqueta, Tenel Ka era incapaz de seguir quieta un segundo más.

Leia podía sentir claramente la agitación de la joven Jedi a través del prado que las separaba. Fue en esta misma fortaleza donde Jacen, Jaina, Lowbacca —el sobrino de Chewie— y ella se enfrentaron a las algas carnívoras y a los asesinos de Bartokk para desenmascarar al embajador Yfra, que planeaba derrocar a la monarquía. También fue aquí donde Tenel Ka aceptó finalmente la accidental mutilación sufrida a manos de Jacen, prefiriendo conservar el muñón a colocarse una prótesis... hasta para nadar.

Mientras los recuerdos de lo que Jacen le contó sobre aquel incidente eran sustituidos por las preocupaciones actuales, Leia vio cómo Tenel Ka contemplaba fijamente los senderos orillados de setos que ascendían hasta la fortaleza y se dirigía rápidamente hacia ellos. Un instante después, Ta'a Chume apareció por el camino natural que desembocaba en el prado, con su encanecido pelo castaño-rojizo cayendo por debajo de una gorra cónica en la que había cosido un triángulo de vaporosa tela blanca que velaba la parte inferior de su rostro. A pesar de los denodados esfuerzos de Tenel Ka en beneficio de la monarquía hapana, la antigua matriarca se negaba a perdonar la decisión de su nieta de abrazar la vida Jedi en lugar de convertirse en la futura reina madre.

Ta'a Chume siguió con la mirada la apresurada partida de Tenel Ka. Después se volvió hacia Leia y se dirigió hacia ella, recogiendo su largo vestido con una mano.

—Espero que hayas dormido bien, embajadora —saludó mientras se acercaba.

—Me gustaría decir que sí, pero la verdad es que no he pegado ojo.

—Por el duelo, ¿verdad? —preguntó Ta'a Chume—. No te preocupes.

—¿Tan segura estás de tu hijo? —dijo Leia, mirando fijamente sus ojos verdes.

—¿Tú no?

—He visto cómo los mejores eran derrotados, Ta'a Chume. La antigua reina madre la estudió.

—Me pregunto a quién te refieres. A tu padre, quizá, derrotado por tu hermano; o a mi hijo, derrotado por el contrabandista al que ayudaste a convertirse en un héroe.

—Isolder no debió permitir que lo provocaran —argumentó Leia, negándose a morder el anzuelo.

—Pero, querida, ¿qué otra cosa podía hacer después de que Thane te insultara?

—Pudo dejarme responder a mí.

En las comisuras de los ojos de Ta'a Chume aparecieron arrugas.

—Querida Leia, aquí, en Hapes, se espera que las nobles no se comporten como guerreros. Así ha sido desde que se fundó el Consorcio. Culpa a los piratas Lorell por ponernos en un pedestal.

—No soy una noble hapaná, Ta'a Chume. Y me han llamado cosas peores que mentirosa.

—De eso estoy segura.

Leia se puso en guardia, pero recuperó rápidamente la compostura.

—Me preocupa mucho más la unidad entre los mundos del Consorcio que defender mi honor.

—No puede haber unidad sin honor, Leia —Ta'a Chume soltó un suspiro hastiado—. Y hablando de honor y deshonor, quería preguntarte por tu encantador marido. ¿Por qué no está aquí contigo?

Leia aguantó la mirada punzante de Ta'a Chume.

—Han está contribuyendo a su manera al esfuerzo de guerra.

—Qué respuesta más curiosa —Ta'a Chume bajó el tono de voz para fingir una intimidad que no existía entre ambas—. Confío en que no haya ningún problema en casa.

—Hay problemas en todas partes. Por eso estoy aquí.

—Naturalmente —Ta'a Chume calló un momento, antes de proseguir—. Desde tu llegada a Hapes, he querido confesarte lo equivocada que estaba sobre ti.

Leia esperó.

—Al contrario que la hija de esa bruja de Dathomiri —lanzó una mirada en dirección a Tenel Ka—, tú no quisiste convertirme en Jedi.

Leia tuvo que recordarse a sí misma que hablaba con una mujer que no sólo había ordenado los asesinatos de su hijo mayor y del primer amor de Isolder, sino que era hija de alguien que despreciaba a los Jedi con tanta pasión como el propio Palpatine. A la abuela de Isolder le hubiera encantado ver extinguirse a los Jedi, aunque sólo fuera para impedir la resurrección de lo que ella consideraba una oligarquía gobernada por hechiceros y lectores de auras.

—Tenel Ka escogió sabiamente —dijo Leia por fin—. Y su hijo también. Teneniel Djo es perfecta para Isolder.

Ta'a Chume agitó su cabeza.

—No, querida. Su matrimonio no ha podido sobrevivir a las dificultades. Se dice que Teneniel Djo volverá a Dathomir.

—Lo siento, no lo sabía...

—Tú hubieras sido perfecta para mi hijo. Ha provocado este duelo para demostrarme que un hombre es capaz de tomar iniciativas, y para demostrarte que te sigue queriendo. Por eso, sea cual sea el resultado del enfrentamiento de hoy, ten la completa seguridad de que recibirás todo mi apoyo para que el Consorcio se alíe con la Nueva República contra los yuuzhan vong.

Leia aún se estaba recuperando de aquella inesperada revelación cuando aparecieron Isolder, Teneniel Djo y Astarta.

—Llega en el momento justo —señaló Ta'a Chume al verlos—. Le encanta hacer eso.

Tras el príncipe y la reina madre llegaron los miembros del personal y otros testigos, incluido C-3P0, que se apresuró a colocarse junto a Leia.

—Ama Leia —le dijo el androide—, esperaba que decidiera ahorrarse el tormento de tener que ver al príncipe Isolder tomar parte en lo que sólo puede ser considerado un ejercicio de jerarquía política tan anticuado como vano.

Leia frunció el entrecejo, mientras pensaba en el duelo de Corran Horn

contra el comandante Shedao Shai, de los yuuzhan vong, en Ithor.

—Como parte insultada no podía estar ausente, Trespeó.

—Pero, ama... —insistió C-3P0—, ¿tiene la menor idea de lo que el príncipe Isolder y el arconte Thane están a punto de hacer?

Leia contempló el prado donde los padrinos de Thane y Astarta estaban acordando las reglas, y donde el arconte y el príncipe ya se colocaban cascos, guantes, botas y armadura. Todo estaba plagado de los sensores y electrodos inherentes al duelo.

—Sí, la tengo —respondió Leia.

—Entonces, no debería mirar —dijo el androide, inclinando la cabeza a un lado y batiendo sus brazos rígidos—. Esta clase de combate cuerpo a cuerpo tiene su origen en un arte marcial desarrollado por los piratas Lorell cuando su principal preocupación era la captura y distribución de prisioneras hembras. Aunque quizá no sea tan letal ni tan mística como el teräs käsi, la técnica de "manos de acero" de los Seguidores de Palawa en el cúmulo estelar de Pacanth Reach, en el Borde Exterior, sigue siendo...

Leia le hizo callar.

—Isolder fue corsario durante dos años —dijo tranquilamente—. Seguro que sabe unos cuantos movimientos.

—Pero, ama... —protestó C-3P0 con desesperación.

Ella volvió a imponerle silencio para poder oír lo que Isolder le decía a Thane, frente a frente, en el centro del prado.

—Si tú ganas, no sólo habrás lavado tu honor, sino que te habrás ganado el derecho a presumir de haber derrotado al príncipe de Hapes. Si yo gano, no gano más que el derecho a exigirte que pidas perdón a mi hija y a la embajadora Organa Solo por tus palabras.

—Si quieres subir las apuestas, príncipe Isolder, sólo tienes que decirlo —Thane sonrió con desprecio.

Isolder metió la mano derecha en el guante y flexionó los dedos.

—Si yo gano, quiero tu promesa de que Vergill apoyará a la Nueva República.

Los testigos aguantaron la respiración.

—¡Eso no puede permitirse! —gritó alguien.

—¡Ninguno tiene derecho! —agregó otra voz.

Thane lo pensó mientras seguían oyéndose protestas.

—Tienes mi promesa —respondió por fin el arconte—. Siempre y cuando

Hapes retire su apoyo si pierdes.

—¡Esto traerá la desgracia sobre todas nuestras Casas! —señaló un testigo. Isolder asintió.

—Tienes mi promesa.

El corazón de Leia se desbocó.

—Ése ha sido el objetivo de Thane desde el principio —dijo Ta'a Chume a su lado—. Allí donde va Hapes, va la mitad del Consorcio de Mundos —miró a Leia—. ¿Ves lo que está haciendo mi hijo por ti?

En el prado, el árbitro principal levantó un pañuelo rojo por encima de las cabezas de todos los presentes y lo dejó caer al suelo. Apenas había tocado la hoja de hierba más alta cuando comenzó el combate.

La tradición de Hapan dictaba que los duelos de honor dieran comienzo con pocas fanfarrias y aún menos preámbulos. Leia comprendió rápidamente que era, sobre todo, para asegurarse de que todo el mundo había hecho sus apuestas. Por lo que sabía de escuchar conversaciones detrás de las puertas, y las confesiones de Ta'a Chume en sentido contrario, Thane llevaba ventaja y era el favorito.

A pesar de su agitación, o quizás en respuesta a ella, C-3P0 insistió en seguir protestando, incluso con el duelo empezado. En contraste, Olmahk estaba claramente extasiado, en cuclillas al borde del prado, con los ojos clavados en Isolder y Thane, mientras ambos contendientes giraban en círculos y se tanteaban con patadas y puñetazos.

Thane era alto y musculoso, como Isolder, pero sus sólidas piernas y sus anchos hombros hacían que Isolder, en comparación, pareciera mucho más pequeño. Sus movimientos sugerían tanta fuerza como destreza, y no tenía reparo en mostrar que era bueno. Se lanzó contra Isolder con combinaciones dobles y triples de patadas con la misma pierna, fanfarroneando y saltando sobre ambos pies.

Y sus manos también eran rápidas.

Isolder frenó los golpes con habilidad, pero no entró en el intercambio de golpes, como si no estuviera seguro de la táctica ofensiva a emplear. Aun así, para Leia era obvio que ambos eran mejores con los pies que con las manos. El estilo de Thane se basaba en la técnica tradicional, mientras que el de Isolder era más directo.

Las reglas de los duelos de honor eran conocidas por todos los presentes, a excepción de Olmahk y de ella, pero Leia comprendía que la armadura y el casco servían para un propósito doble. Además de amortiguar los golpes propinados con guantes y botas, capaces de romper huesos y transmitir descargas eléctricas, los sensores que llevaban incorporados indicaban, gracias a un

receptor remoto, cuándo uno de los duelistas conseguía un golpe merecedor de ser puntuado.

—¡Qué exhibición más espantosa! —protestó C-3P0 con preocupación—. Y me temo que sólo puede empeorar, ama. ¡La mayoría de los antagonistas estaría de acuerdo en contenerse para no infligir serias lesiones a su adversario, pero el príncipe y el arconte han renunciado a las restricciones habituales!

Leia intentó ignorarlo. Al mismo tiempo, reprimió el impulso de pensar: *"no lo hagas, Isolder"*, por miedo a que lo oyera a través de la Fuerza y se hundiera moralmente. Lo que hizo Corran Horn en Ithor había sido noble, pero, aun así, no pudieron salvar el planeta.

Isolder y Thane siguieron girando en círculos uno alrededor del otro durante varios minutos, sin conseguir puntuar, aunque los demoledores golpes que se propinaban resonaban como ahogados disparos de antiguas armas de fuego. La carne que podía verse bajo el pesado equipo estaba enrojecida e hinchada. Un puñetazo de Isolder hizo trastabillar a Thane por el prado; un puntapié frontal del arconte levantó del suelo al príncipe. Ambos puntuaron en rápida sucesión cuando Isolder abrió su defensa y recibió un golpe en la cabeza para poder conectar un fuerte puñetazo en las costillas de Thane.

Los gritos de ánimo de los espectadores eran entusiastas, pero nada parecidos al tumulto sanguinario que habrían levantado luchadores profesionales. Teneniel Djo, Tenel Ka y algunos de los consejeros entonaban cánticos tranquilizadores de forma casi inaudible.

Leia controló su preocupación diciéndose a sí misma que lo que veía no era diferente a tantos y tantos duelos de práctica con sables láser que había presenciado a lo largo de los años.

Isolder y Thane volvieron a lanzarse el uno contra otro. Esta vez, la iniciativa era de Isolder, con una combinación de izquierda y derecha. Thane encajó los golpes y se preparó para bloquear una patada circular de la pierna derecha del príncipe, sólo para comprender demasiado tarde que era una finta. Isolder retiró la pierna como un relámpago y volvió a golpearlo en las costillas. Thane retrocedió con una mueca de dolor, pero se las arregló para contraatacar con una desequilibrada patada que, no obstante, pilló por sorpresa a Isolder.

El árbitro principal miró al receptor remoto y puntuó a los dos combatientes. Con el duelo empatado a dos y ambos luchadores jadeantes, anunció un asalto a muerte súbita.

—¿Muerte súbita? —gimió C-3P0 alarmado— ¿Muerte súbita?

Estaba claro que Thane había comprendido cómo le había tendido Isolder su trampa. Se movió una vez más con precaución, pero con menos respeto por la capacidad de Isolder que por su habilidad para el engaño.

Isolder también guardó las distancias, intentando obligar a Thane a que se aburriera y atacase. El arconte amagó un puñetazo, giró y disparó el pie derecho contra el muslo del príncipe. Este se retorció para evitar toda la fuerza del impacto, pero se le escapó un grito ahogado y todos comprendieron que había quedado prácticamente incapacitado.

La pierna herida le falló y cayó sobre una rodilla, lanzando un golpe al torso de Thane para aprovechar la caída. Thane anticipó el golpe y lo detuvo con facilidad, apartándose para quedar fuera del alcance de su contrincante y preparar una patada descendente destinada a romper el antebrazo extendido de Isolder y abrir su guardia para un ataque frontal. Pero el príncipe retiró el brazo a tiempo y rodó sobre el hombro para apartarse. Se puso en cuclillas y se abalanzó contra el arconte.

Thane retrocedió, moviendo sus brazos en molinete para parar puñetazos y puntapiés, dio un paso lateral y trazó un arco con el pie derecho que buscaba golpear la cara de Isolder.

Éste se detuvo, atrapó la pantorrilla de Thane en el vértice de la cruz formada por sus antebrazos y tensó los músculos del muslo para impulsar la, pierna del arconte hacia arriba. El pie que Thane mantenía en tierra resbaló sobre la hierba y cayó de espaldas al suelo.

Isolder fue a por él, girando para lanzar un puntapié lateral. Pero Thane se alzó ligeramente sobre uno de sus hombros y casi consiguió que los pies del príncipe quedaran bajo él, atrapados por su cuerpo. Ambos se pusieron nuevamente en pie e intercambiaron relampagueantes series de puntapiés y puñetazos al cuerpo. El retumbar de los impactos cortó el aire salino mientras ambos adversarios intentaban dejar sin aire a su contrincante.

El pie derecho de Thane golpeó el antebrazo izquierdo de Isolder justo por encima del extremo del guante, y Leia estaba segura de haber oído el chasquido de un hueso al romperse. De repente, le asaltó la idea de que "muerte súbita" podía tener un significado literal.

Sorprendida de que ninguno de los dos hubiera anotado puntos, la multitud rugió con más fuerza, animando a su favorito. Leia oyó la voz del capitán Astarta por encima del fragor general, ordenando a Isolder que recuperase la concentración. Sólo Leia y Ta'a Chume guardaban silencio, llenas de preocupación.

Con un salto ágil, Isolder invirtió su posición para mantener su brazo dañado fuera de la línea de ataque y preparó otra contraofensiva. El enorme puño de Thane impactó contra un lado de la cabeza de Isolder, pero el arconte recibió a cambio un puntapié en la rodilla.

Thane no parecía acostumbrado a luchar con alguien de su propio tamaño, e Isolder se aprovechó de la situación. Una y otra vez desviaba los pies de Thane

con brazos u hombros, o agachaba la cabeza para apartarla de la trayectoria de los golpes. Pero el príncipe parecía estar cansándose. Había probado ya casi todas sus estrategias, pero volvió a atacar con una combinación de derecha e izquierda, mientras preparaba una patada con la pierna derecha.

Leia apenas podía respirar. Era un ataque de lo más elemental. Thane sólo tenía que decidir si el movimiento de Isolder era una finta o iba en serio, si creía que el príncipe era lo bastante estúpido como para jugárselo todo —su reputación, la promesa de Thane de combatir junto a Hapes contra los yuuzhan vong, incluso el respeto de la familia real y de Leia— usando el mismo truco con el que había perdido el primer asalto.

Thane apostó a que era un truco y se preparó para el verdadero ataque. Isolder le dejó creer que había elegido correctamente frenando un instante, dando a entender que era una finta, para después completar la patada lateral.

Por el sonido del impacto, quedó claro que Isolder había efectuado el golpe con la potencia suficiente para terminar el combate. Aun así, se contuvo más de lo que se hubiera contenido Thane de estar en su lugar. El impacto de la bota en el casco del arconte levantó ecos en las negras piedras de la orilla, y el árbitro principal levantó una mano concediendo el punto definitivo antes de que Thane chocase contra el suelo.

Las apuestas cambiaron de manos, mientras los dos antagonistas inclinaban sus cabezas a modo de saludo. Pero las promesas añadidas poco antes de la pelea hicieron que muchos de los presentes se sintieran escandalizados, y las discusiones empezaron a generalizarse por todo el prado.

Acostumbrado al éxito, Isolder no se jactó de su victoria. Los abrazos de su esposa y de su hija no despertaron en él más que una sonrisa. El arconte Thane lo felicitó a regañadientes, y Leia pudo vislumbrar que la paz entre la Casa Thane y la Casa Isolder no sería duradera.

No obstante, eso no importaba ahora. Thane había perdido, y eso significaba como mínimo un voto más en apoyo a la Nueva República.

Thane y sus padrinos empezaron a alejarse del prado, pero, antes de llegar al sendero que llevaba hasta el muelle, el arconte cambió de dirección y se dirigió hacia Leia.

—Embajadora, cuando los representantes del Consorcio voten sobre si ayudamos o no a la Nueva República, le presentaré mis disculpas formales —dijo—. Puede estar segura de que cumpliré mi promesa de alinearme con el príncipe Isolder. Frunció el ceño, a su pesar—. De momento, sólo deseo felicitarla por hacer que el Consorcio dé un paso más hacia lo que, sin duda, resultará ser una campaña catastrófica.

CAPITULO 12

Melisma, Gaph, y una docena más de ryn avanzaron trabajosamente a través del espeso barro que les llegaba hasta las espinillas, creado por el último aguacero programado de Ruan. Las condiciones del Campo 17 se deterioraban rápidamente, y ya nadie sonreía, ni siquiera Gaph, que normalmente se mantenía imperturbable hasta en las peores situaciones.

Los supervisores del campamento habían pedido a los ryn que acudieran al sector de familiarización por algún motivo todavía desconocido. El sector era un facsímil de civilización, según definición de muchos mundos del Núcleo, y funcionaba como un campo de entrenamiento y adoctrinamiento para los refugiados cuyo destino final era el corazón de la Nueva República.

A pesar de los esfuerzos de Salliche Ag por conservar en Ruan tantos refugiados como le fuera posible, una amalgama de mundos y corporaciones tenía en mente planes de empleo similares para los desplazados de los Bordes Medio y Exterior. Los que tenían intereses en las industrias ópticas buscaban especies con una agudeza visual innata, y aquellos con interés en las industrias acústicas buscaban especies con un umbral auditivo lo más amplio posible. Algunas compañías sólo aceptaban especies de gran tamaño y fuerza bruta. Aun así, la mayoría de los refugiados sólo había residido en las Colonias, no en los mundos del Núcleo, y necesitaban clases de adoctrinamiento para acostumbrar a los marginados culturalmente al ritmo acelerado de su nueva vida.

Melisma y el resto pasaron por delante de edificios y pabellones donde ruurianos y ugos aprendían un Básico elemental. Otras estructuras estaban dedicadas a sesiones informativas sobre interacción con androides, ordenadores y formas de vida virtuales; a montaje de turboascensores, pozos de gravedad y carreteras de circunvalación; a aplicaciones de tratamientos bacta, duraláminas y plastifino; a utilización de enlaces de comunicaciones y holoproyectores; a la conducta apropiada en restaurantes, teatros y otros establecimientos públicos; y al adecuado comportamiento en presencia de gente rica, de políticos o de personas influyentes.

El contingente de ryn había sido convocado en la Estructura 58, vacía cuando ellos entraron, a excepción de un grupo de mesas y sillas raquílicas y una humana a la que casi se le salen los ojos de las órbitas al verlos. Estudió la pantalla de un datapad que llevaba colgado del cuello, se recompuso rápidamente y pidió que se sentasen.

El hecho de que Melisma y los demás optasen por sentarse en el suelo minó el aplomo de la mujer, que evidentemente era tan endeble como el mobiliario, y recurrió una vez más al datapad para pedir consejo de algún tipo.

—Les han pedido que se presenten aquí —empezó a explicar en Básico— porque se ha presentado una oportunidad que podría proporcionarles transporte hasta Esseles, así como empleo una vez llegados a destino.

Una sorprendida Melisma se volvió hacia Gaph, cuyo optimismo había regresado súbitamente.

—El trabajo es un poco peculiar, pero como es el único dirigido específicamente a su especie, estoy segura de que querrán considerarlo. Aclaró su garganta de una manera significativa.

—En esencia, ustedes vivirían en una especie de museo viviente, coexistiendo con diversas especies, mostrando a un público intelectualmente inquieto o simplemente curioso los variados elementos que les caracterizan como especie.

Nadie habló durante un largo momento. Entonces, Gaph preguntó: —¿Qué nos exigirían hacer, exactamente?

—Sólo que sean ustedes mismos —dijo la mujer en un tono de voz involuntariamente agudo.

Gaph olvidó su sonrisa anterior y miró a Melisma. Después se giró hacia la mujer.

—¿Nos está sugiriendo que sería como si estuviéramos aquí..., sólo que tendríamos miles de visitantes molestándonos día y noche. —Observándolos —corrigió la mujer—. No molestándolos.

Melisma agitó la cabeza con pesadumbre.

—Lo siento, pero rechazamos su oferta —dijo, hablando en nombre de todos.

La mujer perdió un segundo pellizcándose el labio inferior, y acto seguido fue hasta la puerta para asegurarse de que no había nadie cerca. Cuando volvió con los ryn, sus ojos centelleaban como no lo hacían antes y su tono de voz tenía un deje de misterio.

—En realidad no debería decirles esto, pero Salliche Ag está dispuesto a ofrecerles un empleo aquí, en Ruan. —Hizo una pausa para dejar que sus palabras calaran hondo—. Estoy segura de que algunos de ustedes han tenido pasadas experiencias en mundos agrícolas, y que se adaptarían fácilmente al trabajo y al ambiente. A cambio, Salliche Ag sólo esperaría que firmasen un contrato mediante el cual se comprometen a permanecer en este mundo durante los próximos tres años estándar, al menos.

—¿Cuál es la paga? —preguntó Gaph con moderado entusiasmo.

—Salliche Ag les proveerá con todo lo que necesiten en cuanto a alojamiento y comida, y deduciría el coste de sus sueldos. Por supuesto, el resto pueden gastarlo como mejor les plazca... pero la compañía anima a sus empleados a no

aceptar créditos en metálico para que no se los gasten en frivolidades o los pierdan en el juego. Lo último que Salliche Ag desea son empleados que han gastado más de la cuenta y se han quedado sin recursos, y a quienes sólo les queda trabajar para pagar las deudas acumuladas.

—¡Ése sí es un buen trato! —exclamó Gaph, dándose una palmada en el muslo con fingida alegría.

Cuando todos dejaron de reírse, Melisma dijo:

—No estamos interesados.

—¿Ni siquiera considerarán la oferta? —sugirió la mujer cruzando los brazos sobre el pecho—. Estoy segura que no querrán permanecer en este campo más tiempo del estrictamente necesario.

Cuando los ryn salieron del edificio, momentos después, la amenaza apenas velada todavía resonaba en las orejas de Melisma. No sabía si estar enfadada, ansiosa o ambas cosas a la vez. Habían ganado bastantes créditos prediciendo el futuro, suficientes para comprar comida decente, pero el negocio empezaba a decaer. Sin créditos, el campo se convertiría en una prisión y, al final, se verían obligados a aceptar la oferta de Salliche Ag.

Creía que no podía sentirse más descorazonada, hasta que llegaron al campamento ryn y descubrieron que les esperaban dos humanos, enviados sin duda a convencerlos de lo desesperado de su situación, y a intentar nuevamente hacerles ver lo inteligente que sería para ellos aceptar la oferta de Salliche Ag.

Aun así, algo en la pareja le hizo dudar. Para empezar, eran demasiado desastrados para ser representantes de Salliche Ag. El más alto era desgarrado y barbudo, y sus largos dedos estaban manchados de tac. Vestía un mono de una talla demasiado pequeña, y sus botas parecían más apropiadas para trabajar en un espaciopuerto que en una oficina. El otro tenía un aspecto igualmente desaliñado, con grasa bajo las uñas y mugre en la frente. Una cortina de pelo negro enmarcaba su cara pálida y le caía, largo y sucio, hasta los hombros.

—Cuando se puede vivir mejor en otro planeta, Ruan resulta ser un montón de rocas como cualquier otro, por lujoso que pueda parecerles ahora —dijo *alto* a Gaph mientras se acercaba.

—Pero todo montón de rocas tiene sus salidas secretas —añadió el otro—. Incluso Ruan.

Gaph sonrió tranquilamente.

—Cierto. Y todas esas salidas secretas requieren un peaje que no podemos permitirnos pagar.

Alto se tomó la respuesta como una buena señal.

—Entonces, quizá les gustaría ganarse ese peaje.

Gaph les ofreció un par de sillas que R'vanna había arreglado, al tiempo que pedía que les trajeran algo de té y comida.

—Representamos a una empresa que proporciona transporte privado a otros mundos —explicó Alto .

—Y que cuesta miles de créditos por pasajero —replicó Gaph.

—Créalo o no, pero aquí hay gente que puede pagar todavía mucho más.

—El problema —dijo el más bajo—, es que les falta un permiso oficial de viaje. Normalmente también podrían comprar documentación con sus créditos, pero Salliche Ag lo está poniendo difícil porque tiene razones personales para querer que todo el mundo se quede en este planeta.

—Somos conscientes de esas razones —suspiró R'vanna.

—Bien, entonces el asunto es como sigue —dijo el primer hombre—. La empresa que representamos tiene permiso oficial para transportar un cargamento de clientes de pago hasta Abregado-rae, y acepta exiliados.

—Abregado-rae..., una alternativa mucho mejor que cualquiera de los mundos del Núcleo —admitió R'vanna con deleite—. Cargada positivamente de oportunidades.

Alto asintió con la cabeza.

—Sin campos, sin contratos de trabajo, sin huellas dactilares... Todo el mundo puede empezar de nuevo desde cero. Pero, a menos que podamos mostrar los nombres de nuestros clientes en los permisos oficiales de tránsito, ni todos los créditos del universo conseguirán que salgan de Ruan.

Gaph reflexionó en voz alta.

—Entonces necesitan un buen especialista en informática que meta esos nombres en el banco de datos.

—Salliche Ag tiene a todos los especialistas en nómina —arguyó *Alto* agitando la cabeza—. Todo tiene que hacerse con duraláminas y sellos oficiales.

Gaph y R'vanna intercambiaron una mirada de complicidad. —Siga —propuso Gaph.

Los humanos también compartieron miradas.

—No es ningún secreto que ustedes son buenos falsificando permisos y todo eso —dijo *Alto*.

—Sí, como los que les permitieron emigrar al Sector Corporativo hace algún tiempo.

—Rumores sin fundamento —cortó R'vanna apresuradamente.

—Aun así... —sonrió *Alto*.

—¿Tienen una muestra del sello que quieren copiar? —cortó Gaph. *Bajo* abrió un maletín y pasó a Gaph un cuadrado de duralúmina que llevaba un sello oficial muy elaborado.

—Esto viene directo de Coruscant. Cada carta de tránsito puede llevar cien nombres, así que necesitaríamos cinco.

Gaph y R'vanna conferenciaron unos instantes.

—Tanto el sello como la caligrafía son intencionadamente anticuados —dijo Gaph por fin—. Necesitaríamos herramientas apropiadas, además de tintas y demás.

Alto se encogió de hombros.

—Tendrán todo cuanto necesiten.

—¿Y qué ganamos nosotros? —preguntó Melisma, adelantándose a los demás.

El mismo hombre volvió a encogerse de hombros.

—Ustedes deciden: ropa, comida, mobiliario, lo que pidan.

—¿Qué tal transporte para salir de Ruan?

Los dos hombres intercambiaron miradas una vez más.

—¿Cuántos son? —preguntó el primero.

—Treinta y siete... incluido un niño.

—Podríamos arreglarlo —aceptó *Alto* tras reflexionar.

—Sólo hasta Abregado-rae, compréndanlo —agregó su compañero—. No hay destinos alternativos.

Gaph paseó la mirada por Melisma, R'vanna y algunos de los otros. —Abregado-rae nos va bien.

Alto se cruzó de brazos.

—Entonces, trabajaremos así: nosotros les proporcionaremos todo lo necesario para falsificar los permisos. Si estamos satisfechos y convencidos de que pasarán la comprobación de Salliche Ag y de las autoridades del espaciopuerto aquí, en Ruan, cerramos el trato.

—oOOOo—

—Me llamo Plaan —dijo el weequay, jefe de seguridad de Tholatin, cuando se unió a Droma y a Han en la cubierta delantera del *Halcón*.

Plaan llevaba los pulgares de ambas manos metidos en el ancho cinturón que sujetaba una tela acolchada del color de los desiertos de Sriluur que le llegaba a las rodillas. Su rostro reseco y de ancha nariz tenía profundos pliegues, y

manchas de avanzada edad aparecían en la placa huesuda en forma de almendra que reforzaba su cráneo desde la frente a la columna vertebral. Sus ojos profundos le daban un aspecto fantasmal, temible. Detrás de él, dos humanos permanecían firmes y enfundados en trajes de combate de camuflaje; uno empuñando un rifle láser de última generación, y el otro un BlasTech E-11 de hacía veinte años, el arma preferida de las tropas de asalto imperiales. Media docena de humanos y alienígenas inspeccionaban diversas partes de la nave. Han no podía evitar hacer comentarios en voz baja; la mera idea de que manosearan su propiedad lo llenaba de rabia. Necesitó todo el control que era capaz de reunir para no cargar contra ellos.

—Éste es Miek, mi primer oficial —dijo Droma, señalando a Han.

—Lamento verme obligado a registrar su nave, capitán Droma. Los códigos son correctos, pero tal como están las cosas, hasta nosotros debemos tomar precauciones.

Plaan era más apto para comunicarse mediante feromonas que con palabras, y su acento era espeso y entrecortado.

El viaje hasta Tholatin había sido largo y lento por culpa del errático comportamiento de la hipervelocidad. Era un mundo deshabitado, a excepción de una profunda y casi indetectable fisura que legiones de contrabandistas utilizaban desde hacía años. El *Halcón* —ahora llamado: *Franquicia Solar*— había sido dirigido hasta una zona de aterrizaje en el fondo de una hendidura arbolada, pero los hangares de aterrizaje y las zonas de mantenimiento se hallaban bajo un techo de piedra voladiza en la base de un precipicio. Aunque sintió alivio al comprobar que los antiguos códigos seguían vigentes, a Han le preocupaba la naturaleza variopinta de algunas de las naves atracadas.

—¿Había estado antes en el Espinazo de Esau? —preguntó de repente Plaan, estudiando a Han con interés.

—Hace muchos años.

—¿Quién lo dirigía todo por entonces?

Han se acarició la barba, como si intentara recordar.

—Veamos..., estaba Bracha e'Naso. Y un corredor de información llamado Formyaj... un yao, si mal no recuerdo.

Plaan asintió con la cabeza.

—Hace mucho que desaparecieron, como casi todo el mundo. Se marcharon cuando los yuuzhan vong se instalaron en el sector espacial de los hutt —miró a Droma—. ¿Dónde consiguió los códigos, capitán?

—De un amigo de Nar Shaddaa —explicó Droma, tal como Han le había instruido—. Un humano llamado Shug Ninx.

Plaan volvió a asentir.

—Conocemos a Ninx. ¿Así que vienen de Nar Shaddaa?

Droma abrió la boca para confirmar que venían del Espacio Hutt, cuando una voz de barítono llegó del pasillo circular de estribor.

—Plaan, échele un vistazo a esto.

Han y Droma siguieron al jefe de seguridad por el pasillo. Allí donde se bifurcaba la cabina del bote salvavidas, dos humanos del equipo de búsqueda habían descubierto los paneles removibles que cubrían los compartimentos secretos que Han había utilizado para ocultar el contrabando, en lo que le parecía una vida anterior. Como Plaan, los dos fisgones tenían mirada huesuda de mercenarios o piratas, más que de contrabandistas, cosa que cuadraba con la mezcolanza de naves que Han había visto en los hangares de aterrizaje.

Plaan sonreía divertido.

—¿Contrabandistas?

—Siempre que se puede —dijo Droma.

—¿Independientes o trabajáis para los hutt?

—Somos contratistas independientes.

Plaan resopló.

—Hoy en día hay mejores maneras de ganarse unos créditos. Hasta los hutt deben tener cuidado. Con Boss Bunji expulsado de la *Rueda del Jubileo*, no queda en Ord Manten brilloestimulante suficiente para llenar siquiera un cuerno de bantha.

Mientras hablaba, un hombre bajo que llevaba gastadas herramientas de mecánico entró en el pasillo procedente de la rampa de descenso.

—Parece que su nave ha entrado hace poco en acción —dijo a Droma—. De quien sea que huyeran ustedes le destrozó su nuevo anodizador.

—Nos encontramos con una patrulla yuuzhan vong —respondió Droma ante la mirada inquisitiva de Plaan—. Afortunadamente, escapamos con apenas daños, sólo el convertidor de energía y la hipervelocidad.

El mecánico hizo una mueca, miró a su alrededor y movió apreciativamente la cabeza.

—Esta nave no es un último modelo, pero creo que podremos conseguirle los repuestos que necesita.

Plaan se relajó un poco.

—Si conociera a la gente adecuada, no tendría que preocuparse por las patrullas yuuzhan vong —dijo mientras seguía a Droma y a Han hasta el

compartimento delantero.

Droma miró a Han antes de hablar.

—Conocer a la gente adecuada es algo en lo que nunca hemos sido especialmente buenos.

El jefe de seguridad soltó una risa áspera.

—Puede que su suerte esté a punto de cambiar —caminó hasta la entrada, al pasillo circular, y se asomó a la bodega de los circuitos—. ¿Cuántos pasajeros puede transportar este cacharro? —preguntó sin darse la vuelta.

—Es más pequeña de lo que parece —respondió Han, dando unos cuantos pasos hacia Plaan—. Bajo la cubierta sólo hay espacio para las tuberías y los cables. Aunque los metiéramos apretados como sardinas, el suministro de oxígeno no llegaría para más de cincuenta aproximadamente... Y sólo durante unas cuantas horas.

—¿Por qué lo pregunta? —apuntó Droma.

Plaan dio media vuelta y volvió al compartimento.

—Aquí, en el Espinazo de Esau, hay muchos que trabajan para gente que tiene trato directo con los yuuzhan vong.

—Un par de amigos nuestros trabajaban para un tipo que decía tener trato directo con los yuuzhan vong —aseguró Han a Plaan—, pero cuando llegó el momento, no nos ayudó en absoluto. ¿Ha oído hablar de la Brigada de la Paz?

Plaan asintió lentamente.

—El equipo de Reck Desh.

—¿El mismo patrón?

—El mismo —confirmó Plaan—. Pero el tipo de actividades que llevaba a cabo la Brigada de Paz era muy arriesgado. Nuestra especialidad son los traslados.

—Los traslados... —repitió Han.

—Transportes privados para refugiados deseosos de escapar de los campos de la Nueva República.

Los ojos de Han se entrecerraron por la sospecha.

—Dependiendo de lo que cobre por los servicios, es un filántropo o un depredador.

Plaan se rió.

—Como nos pagan unos buenos extras en destino, los pasajeros sólo aportan modestas cantidades.

—¿Así que ese contratista anónimo es un filántropo? —dijo Droma.

—Para ganar los extras, el contratista exige que entreguemos a los refugiados en mundos concretos..., mundos que acaban siendo objetivos de los yuuzhan vong.

Han tuvo que obligarse a hablar.

—Los estáis reciclando. Los refugiados pagan para salir de un campo, se encuentran en medio de una invasión y terminan en otro campo. —Luchó contra el impulso de despedazar a Plaan miembro a miembro—. Y, por supuesto, los yuuzhan vong están contentos porque actuando así complican todo lo posible la situación de la Nueva República.

Plaan se encogió de hombros.

—Para la Nueva República será un problema, pero para nosotros es un trabajo bien pagado. ¿Interesados?

—Es posible —aceptó Droma—. ¿Tiene algo preparado en estos momentos?

—Lástima que no llegasen antes —Plaan emitió un sonoro lamento girando la cabeza hacia un lado—. Nuestra gente embarcará dentro de poco un cargamento en Ruan.

Droma se sentó vacilante en el sillón de ingeniería, dispuesto a no mirar a Han.

—¿Ruan?

Han lo miró de reojo un instante.

—Quizá no sea demasiado tarde para participar —logrando sólo en parte que su voz no trasluciera la alarma y el temor que sentía, se volvió hacia Plaan—. ¿Cuánto tardarán en suministramos los repuestos que necesitamos?

CAPITULO 13

En la húmeda y oscura sala que servía de comedor y dormitorio a los cautivos privilegiados de la nave transporte del yammosk, Wurth Skidder colocó su cuenco bajo el dispensador de nutriente, esperó mientras se vertía su ración y regresó a su sitio habitual, donde se sentó con las piernas cruzadas, obligándose a comer.

Como todo lo relacionado con los yuuzhan vong, el cuenco procedía de alguna criatura, probablemente la cáscara del huevo de un ovíparo enorme, y la cuchara, aunque parecía de una madera exótica, no tenía rastros de haber sido tallada o manufacturada, y daba la impresión de haber crecido con el mango ya incorporado. Incluso el grifo del dispensador de nutriente tenía todo el aspecto de estar conectado a algo vivo que permanecía oculto al otro lado del curvo y membranoso mamparo.

Poco después, como era habitual, Roa y Fasgo se unieron a él. Ambos estaban tan agotados y empapados por las largas sesiones en el tanque con el yammosk como casi todos los demás. Cuatro prisioneros habían muerto a consecuencia de los esfuerzos de la criatura por sondear sus mentes, y más del doble estaban catatónicos. Skidder había sobrevivido gracias a una suave utilización de la Fuerza, la justa para conservar la cordura sin revelar su identidad de Jedi.

Estaba a punto de terminar la última cucharada de nutriente cuando habló Roa.

¡Vaya, mira quiénes han vuelto!

Skidder se giró siguiendo la mirada de Roa y vio a Sapha y a sus cinco compañeros ryn entrando en la sala. Se puso en pie al instante y les hizo señas para que se acercaran. No habían visto a ninguno de los seis desde que se los llevó el comandante Chine-kal..., lo cual debió de ocurrir unos cuantos días estándar antes. Todos se preguntaban por los motivos de su misteriosa desaparición, y Skidder estaba ansioso por saber adónde los habían llevado.

—Con un hutt —dijo Sapha en respuesta a la pregunta, mientras se dejaba caer en el suelo.

Roa se quedó con la boca abierta.

—¿Un hutt? ¿A bordo de esta nave?

—Randa Besadii Diori. El hijo de un hutt llamado Borga.

Skidder esperó hasta que tres de los compañeros de Sapha se alejaron para unirse a la cola de la comida.

—¿Qué hace aquí ese tal Randa? —preguntó tranquila pero enérgicamente.

Sapha lo miró un momento.

—Creemos que los yuuzhan vong están preparándolo para que se encargue de transportar los prisioneros de guerra. Quizá para sacrificarlos, o para algún otro propósito.

—Así que ése es el trato que han conseguido —masculló Skidder apretando los dientes—. Pero ¿por qué os llevaron con Randa?

—Para que le dijéramos la buenaaventura —rió ella sin ganas—. Los hutt siempre han tenido el pasatiempo de usar a los ryn como futurólogos... Es divertido para ellos y muy a menudo letal para nosotros. Cuando las predicciones no se cumplen, suelen matarnos de formas tan variadas como repugnantes. Crecí oyendo ese tipo de historias.

—Así que Randa os pidió que le leyerais el futuro —dijo Skidder por fin—. ¿Y qué le dijisteis?

—Vaguedades abiertas a toda clase de interpretaciones.

—¿Por ejemplo? —quiso saber Roa.

—El futuro será una mezcla de placeres y desafíos. Tiene mucho que meditar sobre los recientes acontecimientos que le han ocurrido. Su destino depende de su habilidad para razonar con claridad y estudiar la situación desde todos los ángulos...

Fasgo se rió con la boca llena.

—Tu gente me ha dicho lo mismo muchas veces.

—¿Y Randa se lo tragó? —dijo Skidder.

—Eso parece —Sapha hizo un gesto amplio para abarcar la bodega—. Estamos aquí y, por lo que sé, no se ha programado nuestra ejecución inminente.

Skidder entrecerró los ojos.

—¿Ha pedido volver a consultaron?

—Tras su sueño embellecedor. Probablemente para evaluar nuestros aciertos.

—¿Estaba presente Chine-kal?

—La primera vez. El comandante mostró interés en nuestra lectura de las marcas corporales de Randa y las líneas de la palma de su mano. En la segunda, se aburrió. Dudo que asista la próxima vez.

—Está siendo complaciente con el hutt —sugirió Roa—. Sospecho que los yuuzhan vong se consideran moldeadores del futuro, no seres destinados a acatar los designios del destino.

Skidder meditó el tema profundamente.

Uno de los ryn volvió con un cuenco de nutriente para Sapha, pero ella lo apartó con desagrado.

—Lo mismo en todas las comidas y para todas las especies.

—Las gachas sirven para todos —asintió Fasgo sin dejar de mirar el cuenco intacto que Sapha había dejado de lado—. ¿Te lo vas a comer? —preguntó finalmente.

—Sírvete —respondió ella.

Y lo hizo, vorazmente, deteniéndose únicamente para decir:

—Ya te acostumbrarás. Además, es la única manera de conservar las fuerzas.

—Contéstame a una pregunta —dijo Sapha—. Mientras nosotros utilizamos máquinas, los yuuzhan vong emplean tecnología orgánica, ¿correcto? —De momento —aceptó Roa.

—Entonces, no utilizan máquinas o androides para preparar la comida. —No creo.

—Y no he visto ningún cocinero ni personal de cocina. Así que ¿quién la prepara?

Fasgo se detuvo con la cuchara a medio camino de su boca e intercambió una mirada con Roa.

Bichos —respondió a Sapha—. Criaturas.

La ryn contempló fijamente las gachas grises.

—¿Unas criaturas cocinan eso?

Roa y Fasgo volvieron a cruzar la mirada.

—En cierto sentido —admitió Roa con delicadeza.

—¿En qué sentido? —insistió Sapha.

Fasgo soltó el cuenco.

—No te preocupes por la comida. Quizá no deberías preguntarte de dónde viene o quién la cocina.

Sapha estaba a punto de replicar, pero Skidder despertó repentinamente de su ensueño meditativo.

—¿Randa ha traído a su séquito, a sus guardias personales?

—Rodianos, aqualish y twi'lekos —enumeró Sapha—. Lo habitual.

—¿Cuántos guardias?

Sapha se volvió hacia uno de sus compañeros de clan, que respondió:

—Diez.

—Más o menos el mismo número de guardias que vigilan el tanque del yammosk —murmuró Skidder. Volvió a callar unos segundos, y después miró con dureza a Sapha y al otro ryn.

—Escuchadme atentamente. La próxima vez que os llamen diréis a Randa que van a traicionarlo, que lo han traído a bordo para que el comandante Chine-kal pueda sacrificarlo, ¿entendido?

Los dos ryn se miraron contrariados.

—¿Y cuándo todo eso no ocurra? Nos lanzarán a todos al vacío. Skidder agitó la cabeza.

—Ocurrirá. Porque pienso implantar en el yammosk la idea de que Randa piensa traicionar a Chine-kal, y que sólo aceptó subir a bordo para liberarnos. El yammosk avisará a Chine-kal, y hasta puede que éste pida al yammosk que intente atisbar lo que tiene el hutt en la cabeza.

Sapha agitó la cabeza como si intentase aclarar sus ideas.

—La gente suele hacer proposiciones extrañas a los ryn, pero esto... Roa frunció el entrecejo.

—Oye, Keyn, que la criatura te haya cogido cariño no significa que puedas hablar con ella. Y mucho menos sembrar una idea en su cerebro. Skidder sonrió con desprecio.

—Te equivocas. He estado conversando con el yammosk.

Fasgo se atragantó con la comida e hizo un gesto cómico para indicar que estaba loco.

—Alguien ha pasado demasiado tiempo en el tanque —comentó con sinceridad.

Pero Roa no apartó sus ojos de Skidder.

—¿Estás diciendo en serio que has conversado con él?

—Gracias a la Fuerza.

—¿La Fuerza? —repitió Fasgo incrédulo, rompiendo el tenso silencio.

—Soy un Caballero Jedi —anunció Skidder, logrando combinar modestia y orgullo—. Mi verdadero nombre es Wurth Skidder.

—¡Vaya, vaya! —bufó Roa—. Esto responde a muchas de las preguntas que me hacía sobre ti.

—Entonces, tenía razón —exclamó Sapha—. Te dejaste capturar deliberadamente.

Skidder asintió.

—Entonces no sabía que tenían un Coordinador Bélico en esta nave, pero una

cosa está clara: lo llevan a un mundo que planean invadir y utilizar como base de operaciones. Tenemos que averiguar nuestro destino y encontrar una forma de pasar esa información a los Jedi o al ejército de la Nueva República.

Roa fue el primero en responder.

—Supongamos que consigues que Chine-kal y el hutt se enfrenten entre sí. ¿En qué nos ayudará eso a conseguir lo que quieres?

Skidder iba un paso por delante de él.

—Una vez me gane la confianza del yammosk, él me dirá hacia dónde nos dirigimos.

—De acuerdo —aceptó Roa.

—Y utilizaré al yammosk para controlar el dovin basal que impulsa la nave.

Roa y Sapha intercambiaron una mirada.

—¿Y entonces? —preguntó el anciano.

—Entonces, nos amotinaremos —contestó Skidder, sonriendo ferozmente.

—oOOOo—

El consulado hutt en Coruscant era un caos.

Sirvientes y docenas de obreros estaban ocupados vaciando el edificio de la inmensa cantidad de antigüedades, recuerdos y colecciones que Golga había reunido en su escaso tiempo como cónsul general. Se reclinaba en el diván que ocupaba el centro de la sala que llegó a considerar su hogar, procurando no perder la esperanza de que la galaxia volvería a la normalidad en un futuro cercano y que Borgia *La Todopoderosa* seguiría confiando en él para seguir siendo el representante de Nal Hutta ante la Nueva República. Hasta entonces tendría que aceptar el puesto que Borgia le asignase, aunque sentía escalofríos al pensar que podía enviarlo a planetas como Sriluur, Kessel o — ¡los dioses no lo quieran! — ...Tatooine.

— ¡Cuidado con esos hookahs! —gritó a los tres gamorreanos que embalsaban sus pipas de agua—. ¡Algunos pertenecieron al propio Jabba!

Bajó los rechonchos brazos, maldiciéndose a sí mismo por no haber tenido el buen juicio de pedir a los rodianos de su séquito que se ocupasen ellos de los hookahs. Pero éstos se encontraban en el dormitorio empaquetando cosas aún más personales, y todos los demás estaban demasiado ocupados destruyendo documentos, yendo y viniendo de la plataforma de embarque o impidiendo que los manifestantes arrasaran el consulado, tal y como habían intentado hacer la tarde anterior.

Los tumultos estaban a la orden del día desde que la HoloRed anunció que Nal Hutta había firmado un tratado de paz con los yuuzhan vong, y que los

hutt rompían relaciones diplomáticas con la Nueva República. Gorga habría cerrado el consulado, de habérselo notificado Borgia por adelantado, pero el ático de la torre Valorum, uno de los edificios emblemáticos de la Vieja República, se había convertido en objetivo de todos los refugiados del Borde Exterior en Coruscant y un lugar peligroso en el que residir.

Criados, agregados y miembros del personal habían huido, incluido el encargado de negocios de Golga. Los proveedores se negaron a entregarles comida y otros artículos de primera necesidad. La Compañía Energética de Coruscant había provocado diversos cortes de energía, y la Compañía de Aguas de Coruscant redujo tanto el suministro que se había hecho imposible su baño diario en la reformada fuente del ático. El número de amenazas de bomba superaba el centenar, aunque no habían descubierto ninguna, y por la HoloRed circulaban descontrolados los rumores que acusaban de todo a los hutt, desde traición a sabotaje, provocando que muchos pidieran el arresto de todos los hutt, incluso que se les declarase la guerra.

En ese momento, una multitud compuesta por seres de muy variadas especies se congregaba en la plataforma del observatorio de la torre clamando venganza, alzando los puños al aire y atrayendo la atención del incesante flujo de circulación aérea con enormes y coloristas holopancartas en las que se condenaba a los hutt. Al principio, Golga había tolerado las ruidosas manifestaciones, pero pidió que pusieran cortinas en las ventanas de transpariacero para no tener que verlas cada vez que entraba en la sala.

De todas formas, las furiosas multitudes pronto no serían más que un recuerdo desagradable; él estaría camino de Nal Hutta y de sus deberes diplomáticos en otra parte en la galaxia. Volvieron a asaltarlo los temores de acabar en Tatooine, pero se vieron interrumpidos por la llegada de su secretario twi'leko.

—Alteza, la senadora Shesh de la Nueva República solicita audiencia.

—¿Ahora? —inquirió Golga incrédulo—. ¿No sabe la senadora Shesh que estoy preparando mi partida?

—Lo sabe, Alteza, pero dice que es vital que hable con usted antes de marcharse. Afirma que si no le concede audiencia, estará dejando pasar una oportunidad única.

—Una oportunidad única, claro. ¿Es la senadora Viki Shesh de Kuat?

—Sí, Alteza.

Golga hizo una mueca burlona.

—La senadora es miembro del Consejo Asesor y del Consejo de Seguridad e Inteligencia. ¿Quieres que te diga de qué se trata esa "oportunidad única"? Va a pedirme que me convierta en agente del Servicio de Inteligencia de la Nueva

República. Me prometerá una generosa compensación por mantener a su comité informado de lo que sucede en la corte de Borga, de quién viene y quién va, y de qué asuntos se habla. Me dirá que los yuuzhan vong terminarán traicionando a los hutt y que Borga será derrocada. Me asegurará que la Nueva República denotará a los yuuzhan vong y que, llegado ese momento, mi contribución a su derrota se hará pública y podré recoger los frutos de mi traición con un cargo adecuado a mi nueva vida. Quizá en un palacio aquí, en Coruscant, o un cargo político en un mundo de mi elección.

El twi'leko esperó hasta estar seguro de que Golga había acabado.

—Entonces, ¿debo informarle de que Su Alteza no está interesado en hablar con ella?

Golga parpadeó y se humedeció los labios con su grasienta y puntiaguda lengua. Verbalizar lo que hasta ese momento sólo eran unas reflexiones muy privadas les había otorgado una súbita credibilidad. Movié sus manitas fingiendo sufrir enormemente.

—No, hazla pasar. Pero asegúrate de dejar claro que no puedo perder mi vuelo.

El twi'leko se inclinó ante Golga y salió de la estancia. Cuando volvió, un momento después, lo hizo acompañado de una hermosa humana de pelo negro cuyas grises vestiduras senatoriales le sentaban como un vestido de fiesta. Golga era un Besadii, pero tenía más de una gota de sangre Desilijic en sus venas y no era indiferente a las hembras humanas. Viendo a Viki Shesh la imaginó bailando para él o alimentándolo con succulentos pedacitos de comida viva. Más sorprendente que su belleza era que hubiera acudido sola, sin un intérprete siquiera.

Golga se arrellanó en su diván e hizo a Shesh una seña para que se acomodase en cualquiera de las sillas de la sala.

—Que no se diga que Golga Besadii Fir ha dejado escapar una "oportunidad única" —dijo en Básico cuando su secretario se hubo marchado.

—Me alegra que opine así, cónsul Golga —sonrió Shesh con intención—. Simplifica mucho las cosas.

Golga se relamió los labios y esperó.

—Quizás esté al tanto, o quizá no, pero las últimas informaciones indican que los yuuzhan vong piensan atacar Tynna.

—¿Tynna? No sé nada de eso.

—Algunos grupos interesados pensaron que era extraño que no se estuviera distribuyendo especia en Tynna, y se lo hicieron notar al Servicio de Inteligencia de la Nueva República. Dada la alianza de los hutt con el enemigo, la

comunidad de Inteligencia se preguntó si esa interrupción de las entregas no sería un mensaje encubierto de Borga..., una forma indirecta de revelar las intenciones de los yuuzhan vong.

Golga se interesó por lo que estaba oyendo.

Está claro que usted sabe más sobre ese asunto que yo mismo, senadora. En todo caso, no esperará que hable en nombre de Borga, ¿verdad?

—¿Acaso no es su representante?

—Sí, pero...

—Entonces, no se preocupe por hablar en su nombre. Sólo escuche como si fuera ella.

Sintiéndose insultado, Golga tuvo el impulso de llamar a sus guardias para que escoltasen a Shesh fuera de la sala, pero consiguió reprimirlo. —La escucho, senadora..., como lo haría Borga.

Shesh exhibió su más cálida sonrisa.

—Si las sospechas de Inteligencia sobre Tynna resultan acertadas, habría que preguntarse si la suspensión de las entregas de especia a Bothawui y Corellia indica que estos sistemas también están amenazados. —Alzó un dedo cuidadosamente manicurado—. O si eso es precisamente lo que los yuuzhan vong quieren que pensemos, mientras se preparan para atacar otro sistema completamente distinto.

Concedió un instante a Golga para pensar en sus palabras, y después continuó.

—Ya ve, el Senado y las Fuerzas de Defensa están muy divididas al respecto. Con las flotas de la Nueva República demasiado dispersas para proteger a los Mundos del Núcleo, tenemos que decidir si trasladar más naves a Bothawui o Corellia.

—Senadora, no tengo la más mínima idea de los planes de los yuuzhan vong —rió Golga—. Además, es absurdo suponer que hayan informado a Borga de esos planes.

Shesh cruzó las piernas y se inclinó hacia delante.

—¿Puede asegurármelo?

—Sí. Todo el mundo ha dado demasiada importancia a esa supuesta alianza. Borga y los líderes del Gran Consejo deseaban evitar la guerra a toda costa. Para conseguirlo, permitieron que los yuuzhan vong tuvieran acceso a ciertos mundos de nuestro sector espacial, mundos de poca importancia, para extraer sus recursos o terraformarlos de alguna manera. Le concedo que es una forma de ayudar al enemigo, pero si hubiéramos optado por ir a la guerra, es muy posible que el resultado final hubiera sido el mismo. Somos poderosos, pero no

tanto como el enemigo.

—Los hutt mantuvieron a raya al Imperio —señaló Shesh—. Presentar cierta resistencia a los yuuzhan vong habría ayudado.

—No lo negaré, pero nuestra sociedad habría sido destruida. Siempre hemos protegido nuestra independencia, senadora. Nunca hemos invadido el espacio de la Nueva República... Bueno, salvo por aquel lamentable episodio protagonizada por Durga. Aparte de eso, los hutt se han contentado con transportar especia y divertirse con la comida, la bebida, la música y la danza. No somos guerreros, senadora, y mucho menos señores de la guerra.

Los ojos de Shesh mostraron la concentración con la que escuchaba las palabras del hutt.

—Así que sólo intentan conservar lo que tienen y realmente no se han aliado con los yuuzhan vong...

—No lo hemos hecho.

—¿Y si derrotan a la Nueva República?

—Si puedo hablarle con franqueza, seguiremos como siempre... Quizá más pobres por no poder vender especia o quizá más ricos por vender más de lo que vendemos ahora...

—... a las masas derrotadas y desgraciadas —terminó Shesh, soltando una breve carcajada.

Como el comentario no exigía una respuesta, Golga no se la dio.

—Quiero que entregue un mensaje a Borga, cónsul. Dígle que, mientras sus flotas están desplegadas por media galaxia, a la Nueva República le gustaría que los yuuzhan vong atacasen Corellia. Ese sistema les tiene preparada una sorpresa... que incluye un juguete enorme y brillante que puede causar más de un problema a los invasores. Pero dígle también que le ofrezco esta información como una forma de reparar un error anterior. Puede que Borga no lo entienda, pero otros sí lo harán.

Golga la miró fijamente.

—Si no fuera tan inocente —dijo por fin—, hasta pensaría que me está ofreciendo una información de gran valor para los yuuzhan vong.

—Piense lo que quiera —replicó Shesh encogiéndose de hombros.

—No obstante ¿cómo puedo saber que no intenta tenderme una trampa para que los hutt queden como imbéciles?

Shesh no respondió.

—Sea como sea, senadora, ha sido una información muy inesperada. La sonrisa de Shesh fue enigmática.

—¿Quién sabe, cónsul? Puede que algún día nos veamos forzados a trabajar juntos. Ante esa posibilidad, creo que ha sido un buen comienzo.

CAPITULO 14

Los dos humanos —*Alto* y *Bajo*— alababan las recién completadas cartas de tránsito en el dormitorio de Ciudad Ryn, rodeados por los treinta y siete ryn que esperaban conteniendo el aliento. Las falsificaciones habían llevado casi cuatro días ruanos de trabajo clandestino, y casi todos habían contribuido de una forma u otra. Si Gaph tenía talento para el dibujo, R'vanna dominaba la caligrafía. Muchas de las mujeres se habían ocupado de mezclar y aplicar los colores, y hasta Melisma había echado una mano repasando y corrigiendo los nombres de los pasajeros y buscando imperfecciones en las cartas.

Ahora estaba parada entre Gaph y R'vanna, apoyando al niño de Sapha en la cadera, aprovechando que, para variar, estaba tranquilo como un skimp. La cargada atmósfera del dormitorio era tan tensa que cuando *Alto* acabó considerando "perfectas" las cartas, le pareció que se habían disparado fuegos artificiales.

Todo el mundo suspiró aliviado y sonrió abiertamente. Melisma entregó al niño a una de las otras hembras y abrazó con alegría a Gaph y R'vanna.

Los humanos esperaron a que los ryn se calmaran. *Alto* dirigió a Gaph una mirada valorativa mostrándole una de las hojas de duralámina.

Veo que ya os habían incluido en la lista.

Gaph hinchó el pecho en teatral gesto de orgullo.

—Lo hicimos porque sabíamos que las encontraríais impecables.

Alto asintió y le entregó las cartas a *Bajo*, que las colocó dentro de un castigado estuche metálico.

Esta mañana las entregaremos a Salliche Ag. Demorarán el proceso uno o dos días, pero si todo va según lo previsto deberíais prepararos para salir pasado mañana. ¿Qué os parece?

En vez de contestar, Gaph alzó las manos sobre la cabeza, empezó a chasquear rítmicamente la lengua y empezó a bailar, cruzando las piernas y girando lentamente mientras se movía por la habitación. Un momento después, todo el mundo aplaudía y chasqueaba siguiendo el ritmo, uniéndose a él en la celebración.

Melisma apenas podía creerse su buena fortuna. Dentro de dos días estarían rodeando el Núcleo, rumbo a Abregado-rae.

—oOOo—

Randa, al parecer muy necesitada de un sueño reparador, no había pedido la presencia de los ryn, como se esperaba. Skidder calculaba que habían pasado

dos días estándar desde que los llamó el hutt, pero ese mismo día, cuando lo condujeron a la bodega, le alegró descubrir a los seis ryn trabajando ya en el tanque del yammosk.

Entró en el líquido gelatinoso y asumió su puesto ante uno de los tentáculos, dirigiendo a Sapha una mirada significativa, pero sin decir nada.

La sesión empezó como siempre, con los cautivos luchando por inducir al yammosk a que forzara al dovin basal a mover la nave a mayor velocidad, sumiendo a la criatura en un estado de relajación táctil mediante masajes y caricias.

Aunque esas sesiones eran cada vez menos agotadoras a nivel psicológico, seguían siendo físicamente agotadoras, y cuando Chine-kal ordenó que la velocidad volviera a la normalidad, muchos de los cautivos estaban doblados sobre los tentáculos, luchando por recuperar el aliento y frotándose manos, brazos, hombros y pechos para alejar el dolor.

Lo importante era que Chine-kal estaba complacido con sus esfuerzos y, por tanto, no habría más trabajos de velocidad para lo que quedaba de sesión.

Cuando el recorrido del comandante por el borde del tanque le alejó 180 grados de Skidder, el Jedi dirigió a Sapha una mirada rápida y habló entre dientes.

—¿Habéis visto a Randa?

Ella le respondió con un débil asentimiento de cabeza.

Venimos de estar con él.

¿Hiciste lo que te pedí?

En contra de mis deseos. Pero, sí, hicimos lo que pediste.

¿Cómo reaccionó?

Con palpable preocupación. Nos despidió casi de inmediato, probablemente para hablar con sus guardaespaldas y consejeros.

Los ojos de Skidder se estrecharon con disimulado placer.

Había llegado el momento de hablar al yammosk. En las sesiones anteriores, sólo había recurrido a la Fuerza lo suficiente para conceder a la criatura acceso a sus pensamientos y emociones superficiales. La facilidad de la conexión había atraído una y otra vez al yammosk a su lado, y Skidder le mostraba cada vez algo más de sí mismo para reforzar la unión. Ahora tenía que invertir el flujo y hablar directamente al yammosk, tal y como éste creía haber estado haciendo con él.

Había practicado en la Fuerza la técnica que necesitaría desde el momento en que los ryn le contaron su reunión con el hutt. Skidder se sumió en un suave

trance con el mismo esfuerzo que necesitó para entrar en el fluido nutriente en el que flotaba el yammosk.

Su objetivo era comunicar mediante imágenes que Randa Besadii Diori conspiraba contra el comandante Chine-kal. Había repasado tantas veces el engaño en los últimos dos días que las imágenes se sucedieron ante él como en un drama de la HoloRed. Casi de inmediato, el tentáculo le rodeó los hombros con ternura y empezó a estremecerse, luego empezó a temblar.

Entonces, el apéndice se tensó a su alrededor. Al mismo tiempo, y por todo el tanque, los tentáculos que rodeaban a otros cautivos se aflojaron, salpicando el fluido con fuerza suficiente para derramar nutriente fuera del borde y salpicar la cubierta de la bodega.

Varios cautivos gritaron alarmados cuando el cuerpo del yammosk se puso rígido. Skidder rompió el contacto mental casi de inmediato y se agachó para librarse del abrazo del tentáculo. Pero eso sólo provocó que la criatura se retorciera hacia él, como si quisiera fijarlo en su mirada. Skidder, Roa, Sapha y algunos de los demás tuvieron la previsión de sumergirse en el nutriente, pero una docena de los demás cautivos fue arrojada fuera del tanque por el giro a contrarreloj del yammosk. Fasgo se encontraba en este grupo y fue arrojado más lejos que los demás. Su ya debilitado cuerpo chocó contra el mamparo de coral yorik con fuerza demoledora y se quedó allí pegado por un momento, antes de deslizarse lentamente hasta la escabrosa superficie del suelo.

Algunos de los tentáculos más largos intentaron coger a Skidder cuando salió a la superficie, pero éste emergió del líquido con una voltereta hacia atrás y aterrizó en la pasarela del borde. El yammosk se estiró frustrado hacia arriba, antes de aplanarse sobre el líquido, extendiendo su alcance hasta el borde del tanque. Los tentáculos se agitaron y golpearon la rejilla de coral, pero Skidder los evitó diestramente saltando de un pie al otro y ejecutando volteretas con las que saltaba sobre los resbaladizos apéndices.

En otra parte de la bodega, Chine-kal y los guardias se encontraban presos de la confusión. Corrían alrededor del tanque, haciendo inútiles intentos de calmar a la criatura, convencidos por un momento de que Skidder era la víctima y no el instigador. El Jedi saltó hasta la cubierta y aterrizó de pie, pero los guardias no pensaban dejarle mucho margen. Podría haber esquivado o derrotado a los que corrían hacia él desde todas partes, pero al no tener hacia dónde huir decidió que le iría mejor interpretando a un cautivo asustado temeroso por su vida.

Simuló forcejear, derribando a algunos de los guardias con la fuerza que otorga el pánico, pero dejó que acabaran doblegándole y se dejó caer a cubierta bajo su fuerza, chillando, gimiendo y gesticulando hacia el yammosk.

— ¡Intentó matarme! ¡Quería matarme!

Una vez calmado, el Coordinador Bélico se balanceaba sobre las olas provocadas por sus propios actos. Muchos de los cautivos se apretaban contra los bordes del tanque. Los que habían sido arrojados fuera por el brusco giro de la criatura ya se levantaban de la cubierta, aturridos pero no heridos de gravedad. Todos salvo Fasgo, que estaba caído sin vida sobre un creciente charco de sangre.

Hasta Chine-kal parecía temeroso mientras se acercaba al yammosk. Skidder supuso que no todas las criaturas se desarrollaban según lo previsto, y que pese a la bioingeniería con la que habían sido desarrolladas, siempre podía salir alguna defectuosa, como solía pasar con los coris y con otras muestras de la tecnología orgánica yuuzhan vong.

Viendo, o quizá sintiendo, que el comandante se acercaba, el yammosk extendió dos tentáculos hacia él, y luego un tercero con el que le rodeó el cuello. El comandante puso los ojos en blanco, y se habría desplomado de no sujetarle los tentáculos. Entonces parpadeó recuperando la consciencia y se volvió para mirar a Skidder con ojos muy abiertos.

Skidder no tenía ni idea de lo que podía haberle contado el yammosk sobre Randa o sobre el propio Skidder, pero las palabras que le dirigió Chine-kal fueron lo último que esperaba oír.

¡Un Jedi! —El comandante se liberó del abrazo del yammosk y se acercó a Skidder—. ¡Un Jedi!

Skidder vio por el rabillo del ojo a Roa y a Sapha cabizbajos y derrotados. Chine-kal se paró ante Skidder, agitando la cabeza con incredulidad y maravilla.

—Un intento valiente, Jedi. Inspirado de verdad. Pero lo que no supiste ver es que los yammosk no se producen, sino que nacen. Cada uno transmite la suma total de sus conocimientos a su progenie. Miró a la criatura—. Los progenitores de éste tuvieron experiencias con los Jedi.

Chine-kal se volvió hacia Skidder y posó las manos en sus hombros.

—Pero puedes sentirte orgulloso, Jedi, pues me has complacido mucho. De hecho, serás mi regalo al maestro bélico Tsavong Lah, que un día gobernará Coruscant.

CAPITULO 15

El ritmo de la marcha que recibió al comandante supremo Nas Choka a bordo de la nave de guerra *Yammka* era mantenido por los guerreros mediante tambores, pero la melodía la proporcionaba todo un zoológico de insectos y aves biocreadas que zumbaban, trompeteaban y silbaban desde sus jaulas y perchas situadas a lo largo de la gran bodega.

Enormes transparencias villip rompían la monótona obsidiana del mamparo de estribor, proporcionando un panorama estelar de la flota anclada, además de una distante imagen del mundo hutt conocido como Príncipe Fugitivo, modificado para sembrar coral yorik, arbustos villip y otras necesidades bélicas. Las naves que se asemejaban a asteroides, los gigantes marinos y las gemas facetadas estaban ahora acompañadas de un espécimen todavía más grande y siniestro. Un orbe liso de lustroso negro, en cuyo denso centro giraba media docena de extremidades, en oscura imitación de la galaxia que los yuuzhan vong querían conquistar.

El comandante supremo Choka se desplazó sobre flotantes colchones de dovin basal situados a diferentes alturas sobre la cubierta, acompañado por sus comandantes y principales subalternos. Ante ellos flotaban cuatro colchones más pequeños, y sus diminutos creadores iban casi tapados por aleteantes criaturas semejantes a recuadros dibujados de tela. A ambos lados del grupo había cinco mil guerreros vestidos con túnica de combate, armados con anfibastones y cuchillos.

En un pequeño espacio en medio del grupo congregado a estribor había doscientos prisioneros asustados, capturados en Gyndine y ya purificados para el sacrificio. Excrecencias óseas sujetas a sus laringes y mandíbulas les impedían dar voz a sus miedos.

Tras Choka marchaban las tropas a su mando, y sus pisadas precisas aplastaban una alfombra compuesta por flores marrones que les llegaban a los tobillos y cuyo aroma, agitado por el rítmico batir de las alas, inducía a los insectos a cantar. Sus sonoros frotamientos de alas se intensificaban y disminuían, emitiendo notas surgidas de una escala musical de otro mundo. En un momento, la marcha era aguerrida e inspiradora, trocándose al siguiente en un sombrío lamento fúnebre.

Al otro lado del hangar de entrada, al final del perfumado pasillo del desfile esperaba el comandante Malik Carr con sus subalternos jefes, un cónclave de Sacerdotes y, a un lado, el Ejecutor Nom Anor, exhibiendo todo su tatuado y alterado esplendor.

Cuando la comitiva de guerreros de élite llegó hasta ellos, cesó el tamborileo y el sonido de insectos y Malik Carr avanzó hasta el borde de la plataforma en

la que estaba.

—Bienvenido, comandante supremo Choka —dijo con un graznido; su voz resonó en los mamparos y el abovedado techo—. El *Yammka* y todos los aquí reunidos estamos a su servicio.

Un zumbido iracundo llenó el hangar. Diez mil puños saludaron golpeando simultáneamente su hombro opuesto.

El comandante supremo Choka, comandante militar de la recién llegada mundonave espiral, se desplazó desde el cojín del dovin basal hasta un asiento elevado situado en el centro de la plataforma. Mientras los cuatro colchones flotantes que le seguían se alienaban tras él, los Sacerdotes, los Cuidadores y los demás se situaban a ambos lados de él. Sólo cuando todos estuvieron sentados les imitó Malik Carr y su contingente. En cubierta, los guerreros ordenaron a sus anfibastones que se enroscaran alrededor del desnudo brazo derecho y clavaron ceremoniosamente una rodilla en el suelo, inclinando las cabezas en reverencia.

El tamborileo y las estridencias se reanudaron, tocando tanto para el cuerpo como para el oído. Algunos de los insectos callaron tras cinco sonoras fanfarrias, pero otros emitieron inmediatamente heroicos alaridos, como en respuesta a los anteriores. El contrapunto continuó durante algunos momentos. Entonces, Choka alzó un bastón ofidiforme del manto y el hangar se sumió en un silencio sobrenatural.

—Os traigo saludos del maestro bélico Tsavong Lah —canturreó—. Os felicita por el trabajo que habéis hecho preparando el camino, y espera impaciente el momento de poder unirse a vosotros en el combate.

La modesta estatura de Choka no le quitaba presencia. De caderas estrechas pero piernas gruesas y musculosas, se sentaba con rigidez en la silla de coral tallado y pulido, como si fuera una estatua a su vez, mientras aves de plumas negras refrescaban con sus grandes alas el aire que lo rodeaba. Los tatuajes faciales, la nariz aplanada y los ojos caídos sobre grandes bolsas azuladas le proporcionaban un aspecto regio. Su túnica sin adornos iba cubierta por una capa de mando rojo sangre que le caía de los hombros, y anillos de diferentes colores crecían desde sus dedos para rodearle muñecas y antebrazos. Sus largos y finos cabellos, completamente negros, estaban peinados hacia atrás desde la amplia frente y le llegaban casi a la cintura.

—Yo también os felicito por el éxito de vuestra cosecha —continuó diciendo al cabo de un momento—. Os habéis portado bien. Los cautivos que cogisteis en Obroa-skai, Ord Manten y Gyndine ensangrentarán vuestra nominación. Pero antes de llevar a cabo el sacrificio de los cautivos, o de que el comandante Malik Carr nos informe del estado de la invasión, debemos emplear este momento para recompensar a algunos de vosotros por el compromiso demostrado.

El Sumo Sacerdote que acompañaba a Choka se puso en pie y habló. — Damos gracias a los dioses por traernos a este dominio prometido. Que la sangre que derramáis lo limpie y purifique para cuando llegue el sumo señor Shimrra. Honramos a los dioses con la savia nutritiva que fluye en nosotros para que puedan crecer y permitirnos continuar como albacea de sus creaciones. Todo lo que hacemos, es a imitación y veneración de ellos.

El Sacerdote se volvió hacia los colchones que flotaban detrás de Choka e hizo un gesto con la mano. Las aves alzaron el vuelo, descubriendo cuatro estatuas religiosas de cuatro metros de alto. La primera representaba a Yun-Yuuzhan *El Señor Cósmico*, carente de las partes de su ser que sacrificó para crear a los dioses menores y a los yuuzhan vong. La segunda y tercera estatuas representaban a Yun-Yammka *El Aniquilador* y Yun-Harla *La Diosa Oculta*. La cuarta estatua, y sin duda la más grotesca, era Yun-Shuno, la deidad de los muchos ojos patrona de los Avergonzados, aquellos cuyos cuerpos rechazan los implantes vivientes por falta de preparación o excesiva ambición.

Esta vez se levantó el comandante subordinado.

—Subalterno Doshao -empezó—, por sus actos en el mundo llamado Dantooine. Subalterno Sata'ak, por sus actos en el mundo llamado Ithor. Subalterno Harmae, por sus actos en el mundo llamado Obroa-skai. Y subalterno Tugorn, tanto por su labor sembrando el mundo llamado Belkadan como por sus actos en el mundo llamado Gyndine. —Hizo una pausa antes de añadir—: Den un paso para ser ascendidos.

Cuando los cuatro oficiales de menor grado ascendieron a los cojines, un cuarteto de implantadores salió de entre las grietas de la sala del trono. Cuando los candidatos se pararon en fila, mirando al Comandante Supremo, los implantadores asumieron su posición detrás de cada uno de ellos.

Los implantadores eran una variante de la criatura responsable de las excrecencias que apresaban a los cautivos, y eran pequeños, grises y de seis piernas. Al igual que sus parientes estaban equipados con órganos ópticos botrioidales y un cuarteto de apéndices que podían cortar la carne e insertar coral en heridas abiertas. Pero si el calcificador empleaba partes de su ser en su trabajo, el implantador transportaba todo lo necesario para la escalada ritual. Cada uno de los cuatro que empezaba a trepar lentamente por la espalda desnuda de los subalternos cargaba con cuernos de coral de dos dedos de largo, de puntas ligeramente engaritadas.

Los implantadores no empezaron su trabajo hasta reafirmarse en la nuca de los subalternos, desde donde podían llegar a los dos hombros. Emplearon los apéndices más afilados para hacer cortes profundos en la parte superior de los músculos del hombro, hasta llegar a los huesos que conformaban la articulación. Una vez completadas las incisiones, mientras los acólitos recogían

en cuencos la sangre derramada, los implantadores insertaron los cuernos engarfiados en el corte, empleando una exudación resinosa para unir los cuernos a los huesos del hombre y sellar las heridas a su alrededor. Al mismo tiempo, un ngdin babosoide dibujó entre los pies de los candidatos un rastro en hélice, enjugando la sangre que no pudieron recoger los acólitos.

Aunque el sudor corría libremente y las piernas les temblaban, ni uno solo de los oficiales gritó de dolor o hizo la menor mueca. Complacido con su sangre fría, Choka hizo una seña a cuatro de sus ayudantes, que se apresuraron a adelantarse hacia ellos con capas de mando de diferentes colores plegadas con cuidado.

Para entonces, los acólitos ya habían llevado al Sumo Sacerdote los cuencos llenos de sangre, y mientras éste vaciaba el contenido de los cuencos sobre los ídolos, los ayudantes de Choka desplegaron las capas y las colgaron de las protuberancias recién implantadas.

Los tamborileros tocaron un redoble corto y se detuvieron.

—Habéis ascendido y sido rehechos —pronunció Choka—, y ahora que lleváis la capa de mando, se os hará entrega de vuestra propia nave, se os nombrará jefes de sector y se os encomendará la labor de supervisar y reeducar al populacho de los mundos que conformen vuestro dominio.

—¡Por la gloria de los dioses! —gritaron guerreros y oficiales por igual. Choka contempló cómo los guerreros ascendidos bajaron de los cojines, volviéndose ligeramente hacia Malik Carr.

—Un asunto más antes de proceder, comandante. —Miró más allá de Malik Can, adonde estaba sentado Nom Anor—. Venga hacia aquí, Ejecutor.

Nom Anor, vestido de forma más llamativa que cualquier otro en la bodega, se levantó y caminó despacio por la plataforma. Se detuvo ante Nas Choka e inclinó la cabeza en gesto de asentimiento. Al ser miembro de la casta Administrativa no estaba obligado a saludar, pese a ser de rango inferior.

—Dado que no pertenecemos a la misma Orden, no tengo autoridad para ascenderlo. Pero sabed esto, Ejecutor: De tener yo esa autoridad, estaría más inclinado a degradarlo que a ascenderlo.

Claramente sorprendido, Nom Anor no respondió, aunque su boca se contrajo varias veces en rápida sucesión.

—Sus actos, Ejecutor, han sido vigilados de cerca y ampliamente discutidos, y en la corte de Shimrra hay muchos que opinan que se ha desviado del rumbo encomendado. Primero se alió a la Pretoria Vong, que creyó poder dirigir una invasión de esta magnitud sin padecer trágicas consecuencias.

—No me alié con ellos —dijo Nom Anor en cuanto pudo—. Mi misión era desestabilizar a la Nueva República en la forma que él considerase más ade-

cuada. Eso es lo que hice entre los moff imperiales y en el sistema Osariano, y lo que he hecho desde entonces, en media docena más de sistemas.

Choka le miró fijamente.

—¿Quién ayudó a la Pretoria Vong a obtener un yammosk, y además uno imperfecto?

Nom Anor tragó saliva.

—Pude mencionarles algo...

—Se lo facilitaste tú.

—Sólo desde cierto punto de vista.

—No intente jugar con las palabras, Ejecutor. Quizá consiguiera distanciarse del prefecto Da'Gara y de los demás escapando al precio que pagaron ellos por su error de cálculo, pero no puede negar que concibió el plan que acabó con la muerte de la sacerdotisa Elan, hija del sumo sacerdote Jakan, el cual, debo añadir, está muy disgustado contigo.

—No existen pruebas de que Elan o su mascota Vergere hayan muerto. Y en caso de ser así, difícilmente se me puede hacer responsable de lo que les pasó.

—¿No asume la culpa por emplear agentes que actuaron sin órdenes tuyas?

Nom Anor añadió fuerza a su tono de voz.

—Mis agentes pretendían complacerme, complacemos, recuperando a

Elan. No tuve conocimiento de sus planes hasta que fue demasiado tarde. —¿Es cierto que Elan debía asesinar a varios Caballeros *jedis*? —Lo es.

Choka atemperó su voz con curiosidad.

—¿A qué viene esta fascinación por los *jedi*, Ejecutor? Yo, por ejemplo, no estoy convencido de que supongan una amenaza seria a nuestra conquista.

—La amenaza no son los Jedi, sino la Fuerza, el poder místico que encarnan.

—La Fuerza no es más que una idea —dijo Choka sonoramente—, y la mejor forma de acabar con una idea es reemplazándola con otra mejor, como la que nosotros traemos.

Nom Anor se arriesgó a soltar un bufido complaciente.

—Como diga, Comandante Supremo.

—Y ahora el comandante Malik Carr me dice que ha sido usted básico para obtener la alianza de las criaturas que ocupan este espacio, esos hutt.

El ojo sano de Nom Anor se estrechó.

—Los hutt son vitales para un plan concebido por el comandante Malik Carr y por mí para infligir una derrota significativa a la Nueva República. De hecho

—inclinó la cabeza a un lado—, llega en un momento muy auspicioso, pues pronto pondremos en acción parte del plan. Si nos acompaña en combate, podrá ver de primera mano cómo se desarrolla nuestro plan para conquistar los mundos del Núcleo antes de la llegada del maestro bélico Tsavong Lah.

Choka se tomó un momento para sopesar las consecuencias de una acción semejante, y luego gruñó afirmativamente.

—Iré. Pero deje que le prevenga contra los peligros de la ambición, Ejecutor. Resulta evidente que está sediento de ascenso, pero no hay atajos para conseguir el rango de Cónsul, y mucho menos para el de Prefecto. —Hizo un gesto sobre su hombro—. Pida consejo a Yun-Shuno, Ejecutor. El ascenso sólo se concede a quien cumple con sus obligaciones para con los dioses. Parece actuar en su propio beneficio, como si se jugara algo personal en los resultados. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. ¿O es que le han corrompido esta galaxia y las creencias paganas de quienes la pueblan?

Nom Anor sostuvo la mirada, deseando llevar en la cuenca vacía de su ojo un plaeryin bol escupidor de veneno.

Sólo me importa lo que esta galaxia puede proporcionar a los yuuzhan vong. —Clavó la mirada en Malik Carr—. Con el debido respeto, comandante, nuestro objetivo nos espera.

Malik Carr asintió en dirección a Choka.

—Dice la verdad.

El Comandante Supremo cruzó los brazos.

—Realicemos los sacrificios y veamos lo que han pensado el comandante Malik Carr y el Ejecutor Nom Anor. —Señaló al grupo de prisioneros—. Que avancen los cautivos. Puede que su sacrificio ayude a que el Ejecutor Nom Anor obtenga la victoria que tanto necesita.

CAPITULO 16

Desde un punto de vista completamente objetivo, las batallas espaciales no dejan de tener una belleza salvaje, un esplendor incendiario. Cualquier comandante de nave de guerra o piloto de caza lo admitiría si se le ordenase decir la verdad. Los más ingenuos hasta confesarían los momentos de emoción o, como mínimo, los momentos de hipnótica fascinación que sienten ante las descargas láser alineadas o el fulgor estroboscópico de las explosiones breves que bastan para poner a un piloto fuera de sí. Añade distancia a ese espectáculo y el encantamiento se multiplica por cien, pues junto a la luz violenta y coherente tenemos el terciopelo negro sobre el que se recortan estrellas, planetas, lunas... y toberas de naves encendidas, quemadas por la luz estelar, reducida a fugaces cometas, girando y haciendo piruetas en un lento y pirotécnico ballet de muerte.

La batalla de Tynna no fue una excepción.

Estar a setecientos mil kilómetros de distancia de la gema de color verde oscuro y frío azul castigada por las explosiones era como tener un palco de entresuelo en la Ópera de Coruscant, compensando la altura con la carencia de detalles. Y, al igual que en la Ópera, había ayuda tecnológica disponible para todo el que deseara presenciar la acción en primer plano.

El mayor Showolter podría haberse expresado así ante su compañera, la oficial de Inteligencia Belindi Kalenda, pero temía ser incomprendido. Por tanto, se guardó sus pensamientos mientras las dos mujeres al timón del KDY LightStealth-18 de reconocimiento (LSR) se echaban cada una a un lado para permitir que tanto él como Kalenda tuvieran una visión sin obstáculos de la destrucción de Tynna.

El LightStealth era una nave de seis pasajeros negra como el carbón, con un cuerpo ahusado y estabilizadores desproporcionados; era lo más parecido que había a una nave estelar capaz de permanecer oculta incluso siendo escaneada. A diferencia de la gran variedad de naves diseñadas por Raith Sienar en tiempos del Imperio, como el Sección Imperial 19 o los Brujos Warthanel, el LSR no tenía un sistema de ocultación, sino que se había construido para ser invisible y viajar a gran velocidad. Estaba erizado de antenas de bajo perfil y atiborrado de anuladores de sensores, transmisores de hipercomunicación en banda ciega, escáneres de cristal gravimétricos y un núcleo energético más apropiado para un crucero de línea, por lo que podía observar todo el universo que lo rodeaba y ser más veloz que cualquier cosa que pudiera percatarse de su presencia.

Las pilotos de la nave, cedidos temporalmente por el Escuadrón Fuerza Negra de la división de Inteligencia, garantizaron a Showolter que el LSR podía

moverse dentro del alcance visual de los yuuzhan vong y aun así evitar su detección. Pero Showolter no sentía deseos de acercarse a ellos más de lo necesario. De todos modos, estaban allí sólo como observadores.

—Es horrible —dijo Kalenda, apartándose de los estrechos miradores—. No soporto quedarme aquí quieta, sin hacer nada.

—Mostrarnos haría que los yuuzhan vong descubrieran que hemos encontrado un fallo en sus planes —señaló Showolter, confirmando que no podían hacer nada. Dio punto final a sus meditaciones sobre la belleza de la batalla y frunció las comisuras de la boca—. Pero estoy de acuerdo en que es horrible.

Kalenda era delgada, de piel oscura y ojos algo vidriosos, mientras Showolter era robusto, pálido y llamaba la atención un poco más de lo que Inteligencia deseaba en sus agentes. No hacía mucho que trabajaron juntos para supervisar el caso de la desertora yuuzhan vong, que no sólo había dado pie a un debate político de grandes proporciones, sino que además había acabado con los dos sumergidos en tanques de bacta.

En sus momentos de intimidad, Showolter seguía reprochándose el haberse dejado manipular tan fácilmente por Elan, la Sacerdotisa yuuzhan vong y falsa desertora que también estuvo a punto de matar a Han Solo. Showolter nunca había confiado en ella, pero había relajado la guardia pese a sus sospechas, y al final no consiguió entregarla en Coruscant. A menudo se preguntaba qué habría ocurrido de tener éxito. ¿Habría sido también víctima de su aliento venenoso, como estuvo a punto de serlo Solo? ¿Habría conseguido ella su objetivo de asesinar a Luke Skywalker y otros Caballeros Jedi? También se preguntó por el destino del extraño ser que acompañaba a Elan, la llamada Vergere, que había huido en una de las cápsulas de salvamento del *Halcón Milenario*, quizá para volver a manos enemigas o quizá no.

Kalenda también tenía cicatrices del asunto, ya que la habían acusado de divulgar involuntariamente detalles vitales a un informador desconocido perteneciente al Senado o al Consejo de Seguridad e Inteligencia.

Era obvio que lo que motivó a Talon Karrde a recurrir a ellos fueron sus reputaciones mancilladas. Karrde y el hecho de que los Jedi hubieran descubierto pruebas que relacionaban al mercado de especia con los mundos de la Nueva República en inminente peligro de ser atacados por los yuuzhan vong. Pero la naturaleza de esta relación era tan tenue que pocos le habían prestado atención, exceptuando a dos oficiales difamados deseosos de limpiar su nombre a cualquier precio.

Al saber que los militares de alto rango no se sentirían inclinados a hacerles caso, Showolter y Kalenda sólo habían compartido la información de Karrde con miembros selectos de la comunidad de Inteligencia. Uno de esos miembros

les había mantenido informados de los movimientos de las flotas yuuzhan vong en el Espacio Hutt, y de todas las alteraciones de la HoloRed que tenían lugar en las rutas hiperespaciales que conectaban al Espacio Hutt con el sistema Tynanni. El salto de varias naves bélicas desde el Espacio Hutt había bastado para que Showolter y Kalenda apostaran por el lugar al que se dirigía esa flotilla. Iban camino de Tynna cuando les confirmaron las alteraciones en la HoloRed, y llegaron casi simultáneamente a las naves yuuzhan vong.

Kalenda se abrazaba el cuerpo con fuerza mientras miraba hipnotizada los distantes fogonazos de luz.

—¿Qué estamos pensando, Showolter? Debimos intentar traer a la Fuerza de Defensa.

—Ya hemos discutido eso —reflexionó amargamente—. No nos habrían oído. Y, en caso de hacerlo, habrían descartado la evidencia debido a la fuente de la información, diciendo que era poco sólida o basada en coincidencias. —Miró por encima del hombre al quinto y único pasajero civil del LSR—. Dicho sea sin ánimo de ofender, Karrde.

—No me ofendo —le aseguró Karrde desde uno de los asientos. Miró a Kalenda y añadió—: Recuérdele, mayor, cuál es el principal motivo para no hablar con el ejército.

Showolter bufó con pesar.

—Por si el almirante Sorv llegaba a hacernos caso y enviaba fuerzas de combate a Tynna.

Kalenda sopesó esa cuestión.

—Si los yuuzhan vong hubieran encontrado naves de la Nueva República esperándolos, habrían sabido que los hemos descubierto —miró la pantalla—. Tynna debe caer para que Corellia y Bothawui se salven.

Showolter se encogió de hombros.

—Y quizá deban caer docenas de mundos más.

—He estado en Tynna —dijo Kalenda con un suspiro significativo—. Es uno de los mundos más hermosos de la Región de Expansión. Y los tynnanos una de las especies mejor informadas e intencionadas del universo. —Se volvió hacia Karrde—. No puedo aceptar que no haya otra forma de corroborar la información que nos has proporcionado.

—Al menos será rápido —comentó una de las pilotos—. Las defensas espaciales de Tynna no superan los doscientos cazas y, según nuestros cálculos, ya tienen menos de treinta.

Kalenda entrecerró los ojos, como para apartarlos de la batalla.

—¿Por qué no se rinden? Es un suicidio. —Apretó los labios con amargura—.

Si tan sólo supieran por qué mueren...

—Decírselo no habría cambiado nada —repuso Karrde, uniéndose a ellos ante el mirador—. ¿Qué harías tú si te dan a elegir entre luchar hasta el último aliento y dejar que te capturen para ser sacrificado?

Kalenda guardó silencio mientras Showolter estudiaba la pantalla verificadora del LSR.

—¿Reconocen los escáneres a alguna de las naves yuuzhan vong? La piloto buscó los datos.

—Clases de naves más que nada. Pero hay tres de ellas identificadas. Dos estuvieron en Obroa-skai. Una, la que parece un crucero pesado, estuvo en Gyndine.

—Cazas enemigos y naves de desembarco entran en la atmósfera —anunció la copiloto—. Van rumbo al complejo de Tanallay Surge.

—¿Podemos acceder a las comunicaciones por satélite? —preguntó Showolter.

La copiloto movió varios conmutadores.

—En pantalla. Estamos viendo lo que se transmite en directo a todas las ciudades de Tynna.

La pantalla mostró la gran estructura de muchos pisos que era el complejo Surge; con sus piscinas, fuentes y cascadas circundantes. En los anchos escalones de la entrada del complejo había varios cientos de bípedos de piel oscura y brillante, todos con orejas puntiagudas, colas erectas y morros de temblorosos bigotes alzados hacia el cielo.

De pronto, la cámara pasó a un contraplano de las naves yuuzhan vong descendiendo por la atmósfera como meteoros a cámara lenta. Las cámaras siguieron el descenso de las más cercanas hasta el complejo Surge, y no se apartaron de ellas mientras aterrizaban al otro lado de los puentes que cubrían el pintoresco lago sobre el que se alzaba el complejo y donde se habían reunido los tynnanos.

—No hay señales de armas en el contingente tynnano —dijo Showolter cuando la cámara volvió a un plano medio de los alienígenas de dientes saltones y dedos palmeados—. Debe de ser un comité de bienvenida.

—Debe de serlo —musitó Kalenda—. La astucia y la inteligencia siempre fueron las mejores armas tynnanas, pero necesitarán tiempo para poder desplegarlas.

—Mientras tanto, parecen dispuestos a rendir los códigos de la ciudad —dijo Showolter.

Karrde se alisó el bigote.

—Sigo sin entender qué pueden querer los yuuzhan vong de Tynna. Vale, es un planeta rico en recursos naturales, pero no tiene nada que no pueda encontrarse en el Espacio Hutt.

—Tynna está un paso más cerca del Núcleo —sugirió el piloto. Showolter negó con la cabeza.

—Karrde tiene razón. Tiene que haber algo peculiar en Tynna.

El plano volvió a variar, esta vez enfocaba a los guerreros y oficiales yuuzhan vong que llenaban una de las naves de desembarco más grandes. La cámara se centró en dos oficiales acucillados en dos asientos flotantes. El que parecía tener más rango de los dos era de pelo negro y relativamente más bajo para la media yuuzhan vong. El otro era muy delgado y tenía elaborados tatuajes.

—No creo que pueda acostumbrarme nunca al aspecto de esos carniceros —dijo Kalenda.

Karrde lanzó un bufido e hizo un gesto de brindis.

Brindo por que nunca tengas que hacerlo.

Showolter tenía los ojos clavados en la pantalla. Tocó a la copiloto en el hombro.

—Quiero todo esto grabado con copia por triplicado.

—Ya estoy en ello —repuso ella.

El que manejaba la cámara debió de pensar que los yuuzhan vong cruzarían el puente para encontrarse con los tynnanos reunidos al otro lado, porque la cámara se adelantó momentáneamente a los que enfocaba cuando el enemigo se paró en seco ante el lago.

—Quieren que los tynnanos vayan a ellos —supuso Showolter.

—No sabría decirte —dijo Karrde escéptico—. Creo que buscan otra cosa.

Mientras decía eso, la cámara se centró en el oficial de pelo negro cuando hacía un gesto hacia las naves de desembarco. Entonces se movió por el paisaje, centrándose en una de las naves, a tiempo de ver cómo se abrían unos compartimentos en su base y un enjambre de minúsculas esferas rojas salía al terreno y rodaba hacia ella como si fueran autopropulsadas.

—Pero, ¿qué...? —dijo el piloto.

Kalenda buscó instintivamente, y con clara aprensión, el brazo más cercano, encontró el derecho de Karrde y lo agarró.

El borde del grupo de esferas rojas había llegado a la costa del lago, y la primera de ellas se sumergía ya en las frías aguas azules. Los tynnanos de los escalones se amontonaban hacia delante, olisqueando con los hocicos con inquieta curiosidad.

Showolter, Karrde y Kalenda se amontonaron ante el monitor. De pronto, el lago perdió color.

Lo primero que pensó Showolter fue que le había pasado algo a la señal del satélite. Pero cuando alzó los ojos hacia el mirador del LSR, vio, incluso a esa gran distancia del planeta, que el brillante azul de las aguas del norte de Tynna cambiaba rápidamente a un enfermizo tono amarillo pálido.

—oOOo—

En ausencia del comandante supremo Choka y de Malik Carr, y ante la segura victoria de Tynna, los Sacerdotes realizaron los rituales necesarios para sacar de su nido en el *Yammka* un enorme villip que Choka había traído consigo desde el otro extremo de la galaxia. Entre los ritos estaba la entonación de incontables oraciones, el uso de mucha sangre para sacrificios e incesantes caricias en el borde óseo que era el rasgo más prominente del villip con forma de casco.

Cuando los comandantes volvieron de su breve visita a Tynna, el villip había sido reubicado en el entorno ceremonial de una bodega donde sólo se encontraban los Sacerdotes más exaltados. Bajo su enorme compañero se hallaban los villip transmisores unidos en consciencia a Nas Choka y Malik Carr, los cuales realizaron una genuflexión ante el enorme comunicador, agachando las desnudas cabezas, cruzando las muñecas sobre la rodilla elevada y con las capas de mando extendidas a su alrededor como si fueran sudarios.

Los Sacerdotes se sentaban cerca con las piernas cruzadas, entonando una invocación que pondría al villip en contacto secuencial con decenas de villip de señales posicionadas en el espacio, a lo largo de su sendero de conquista.

Una cavidad semejante a una cuenca de ojo cobró vida con sonoros ruidos de absorción en el centro del borde óseo del villip; entonces, el villip se hinchó a lo largo de ese borde, asumiendo los rasgos del maestro bélico Tsavong Lah.

Tsavong Lah, protector electo del sumo señor Shimrra y encaminado a una especie de apoteosis, había llegado a asemejarse a la encarnación de Yun-Yammka, dios de la guerra, mediante una serie interminable de ascensos. La cabeza de Tsavong Lah sobresalió de su cara, con el pelo negro echado hacia atrás y con borlas en las puntas. Las bolsas azules bajo ojos que eran todo pupila cayeron como bolsillos hasta las comisuras de una boca de aspecto cruel, y una profunda arruga biseccionó su cráneo entre oreja y oreja. Sus labios gruesos estaban accidentados con una miríada de cicatrices y sus orejas sobresalían del cráneo como pequeñas alas, descendiendo el lóbulo de cada una hasta casi tocar los hombros, como alargadas gotas de cera derretida. Bajo el cuello, escamas superpuestas del color del óxido crecían desde el esternón y las clavículas como placas de armadura.

—Contemplad a vuestro líder —dijo el villip de Tsavong Lah a los comandantes, con voz distorsionada por el espacio y el tiempo.

—Maestro Bélico —dijeron los dos al alzar la mirada.

Los dos conocían el papel que había tenido el Maestro Bélico en el envenenamiento de Ithor y la caída de Dominio Shai. Deshonrar a Tsavong Lah era cortejar una muerte segura.

Los ojos del facsímil se clavaron en Nas Choka.

—Informe de los últimos acontecimientos, Comandante Supremo.

—Hemos ocupado el mundo llamado Tynna, Poderoso, que cayó en nuestras manos con tan poca lucha que lo habríamos considerado indigno de no ser tan conveniente a nuestras necesidades y nuestra campaña.

Los ojos se desplazaron hacia Malik Carr.

—Quisiera oír más de eso.

—Las plácidas aguas de Tynna proporcionarán un día dovin basal del tamaño necesario para superar los escudos que protegen Coruscant y otros mundos del Núcleo. Estamos convencidos de que la especie indígena, compuesta por bípedos peludos de tamaño diminuto, puede ser reeducada y entrenada para ser capaces y amables cuidadores de nuestras creaciones.

—¿Y la importancia que tiene Tynna para la conquista?

—Poderoso, ese mundo nos servirá también de zona de pruebas para eventuales incursiones en los sectores corellianos y bothanos.

—Eventuales, dices.

—Tynna sólo es la primera etapa de una estrategia que acelerará nuestra llegada al Núcleo. Para asegurarnos de ello hemos llegado a un acuerdo con los hutt, cuyas condiciones requieren que les informemos del sistema planetario que deben evitar en su difusión de un producto ridículo llamado especia. Lo hicimos esperando que así alertarían a la Nueva República, o que los analistas de la Nueva República descubrieran que la especia se movía libremente en unos sectores, pero no en otros, llegando a la conclusión de que los segundos les proporcionarían una idea de cuál es nuestro plan de batalla. Tynna es uno de los mundos a evitar por los hutt, junto con Corellia y Bothawui. Tynna se conquistó de forma deliberada para asegurar la desinformación.

El villip guardó silencio por un largo momento.

—La escasa batalla librada sugiere que la Nueva República no reaccionó como se esperaba. Si no, su flota habría estado esperándonos.

—Eso hay que achacarlo a la idea de astucia que tiene la Nueva República, Maestro Bélico —respondió Nas Choka—. A lo largo de toda la batalla y en las

horas siguientes a la misma pudimos distinguir a espías observándonos desde una nave oculta que estoy seguro creen indetectable. Podrían habernos atacado y salvar a Tynna, pero la Nueva República es muy consciente de que tenemos en mente objetivos mucho más importantes, así que prefirieron entregarnos Tynna.

"Esto se lo debemos al comandante Malik Carr. Estoy convencido de que la misma táctica funcionará para el ataque que tenemos planeado. Ya hay muchos pilotos de coralitas preparándose para el sacrificio que requerirá el ataque. Y pronto empezaremos a posicionar dovin basal autónomos en las rutas que usarán las naves de la Nueva República para saltar al objetivo cuando descubran la verdad.

—Entonces, ¿esos hutt alertaron a la Nueva república?

—Considero eso de escasa importancia, Poderoso. El remate es que los hutt supondrán un abundante sacrificio una vez acabemos con ellos. Los ojos del facsímil se cerraron por un momento.

—No estoy completamente decidido. En el supuesto de que vuestra suposición sea correcta y la Nueva República esté ahora convencida de que pensamos atacar Corellia o Bothawui, seguramente tendrán naves suficientes para proteger a ambos mundos.

—Así es, Maestro Bélico —dijo Malik—, pero Corellia permanece relativamente desprotegida, mientras Bothawui disfruta de la protección de una gran flotilla.

—¿Tan poco le importa Corellia a la Nueva República?

Nas Choka sonrió débilmente.

—Eso desean que pensemos, Poderoso.

—Nuestras maniobras son para hacer que fortifiquen uno sólo de esos mundos —explicó Malik Carr—, y los dioses nos han favorecido proporcionándonos ayuda de una fuente inesperada. Un senador de la Nueva República informó a los hutt de que en Corellia preparan alguna clase de trampa.

—Un engaño.

—Usted disculpe, Maestro Bélico, pero tenemos motivos para confiar en este ser humano. Puede ser la misma persona que creyó ayudarnos al avisar a nuestros agentes de la desertión de la sacerdotisa Elan.

—Entonces ya conocéis la identidad de ese traidor.

—Se llama Viqi Shesh, Poderoso.

—Esto va bien —concedió el villip de Tsavong Lah—, pero posponed cualquier contacto con ella hasta que el plan se ejecute con éxito. Puede sernos de mayor utilidad cuando más cerca estemos del Núcleo. —El villip empezó a cerrarse—.

Os dejo el resto a vosotros.

—Se hará su voluntad, Poderoso —dijeron los comandantes al unísono.

CAPITULO 17

El comodoro Brand intentó no distraerse con el tráfico que se desplazaba vertical y horizontalmente al otro lado de la pared de transpariacero de la sala del Consejo Asesor, o del paisaje de la ciudad en sí, iluminado con titilante esplendor al alejarse del sol esa parte de Coruscant. El Jefe de Estado Borsk Fey'lya y los ocho miembros que componían su consejo se sentaban de espaldas a la pared de cristal y sólo se fijaban en Brand, rígidamente apoyado en un podio situado ante ellos, leyendo de una pantalla de notas preparada apresuradamente por su personal a partir de los informes de Inteligencia sobre la caída de Tynna.

—Lo más significativo —continuó Brand— es que sabíamos que el ataque ocurriría, y esto es una corroboración adicional a la creencia de la división de Inteligencia de que los hutt nos han estado proporcionando información. El enemigo tiene en su punto de mira a los sistemas donde los hutt han reducido sus operaciones de especia. No sabemos en qué pensaban los hutt al pedir previsiones para sus empresas contrabandistas, y lo estamos estudiando, pero el hecho es que Tynna, que es más una etapa de tránsito que un mercado de venta propiamente dicho, no ve una nave con especia desde que los hutt firmaron su pacto con los yuuzhan vong.

Fey'lya emitió un evidente bufido burlón en la breve pausa que hizo Brand, y luego tuvo la caradura de ofrecer una simulación de disculpa.

—Perdone, comodoro, pero creo que tengo algo en la garganta. Por favor, continúe con su... informe. Sé que hablo en nombre de todos al decir que apenas puedo esperar a oír el resto.

Brand se negó a dejarse afectar por el sarcasmo.

—En este momento, los únicos otros sistemas donde se han suspendido las operaciones de especia son Corellia y Bothawui. Aún queda por determinar en qué orden los atacarán los yuuzhan vong, pero esperamos un ataque más pronto que tarde. Por este motivo, tanto el almirante Sovv como la Fuerza de Defensa consideramos que hay que tomar una decisión crítica para redistribuir las naves bélicas de la Nueva República.

Brand activó la mesa holoprojectora situada junto al podio. Apretando una tecla de la consola incorporada en la inclinada mesa en la que se apoyaba, se desplegó ante todos, en el cono creado por los moduláseres del proyector, un mapa de la galaxia débilmente azulado.

—Los yuuzhan vong han establecido y fortificado lo que parece ser un corredor de avituallamiento que se extiende desde el Borde Exterior hasta el Espacio Hutt. Desde la batalla en Obroa-skai han estado recibiendo envíos

continuados de material y de naves bélicas, en evidente preparación de una gran ofensiva, la primera desde Ithor. Para enfrentarnos a una flota tan formidable sin debilitar nuestra seguridad en el Núcleo o en Bilbringi, donde siguen los ataques pese a las maniobras del Remanente Imperial, podemos movilizar una fuerza de naves de distracción de grupos de combate actualmente de servicio en Commenor, Kuat, Ralltiir y una veintena de mundos más. También podríamos destinar a esta fuerza alguna nave del Consorcio Hapes si éste acaba apoyando a la Nueva República, que sería dirigida por el crucero pesado *Yald*, bajo mi mando.

Brand volvió a hacer una pausa y plantó sus grandes manos en el podio.

—Consejeros, no hemos dejado de tener en cuenta la posibilidad de que la información reunida sea un simple truco para que no identifiquemos un blanco diferente, pero tampoco podemos permitirnos ignorar las evidencias.

—Evidencias —gruñó Fey'lya—. Inferencias, deducciones o posibilidades remotas, pero, desde luego, no evidencias. —Sus ojos violeta miraron burlonamente a Brand sin disimulos—. ¿Qué ha decidido el mando respecto a esta movilización de potencia naval?

Brand se dirigió hacia el hológrafo.

—Como ya sabrá, hemos dispersado la flota por todos los sectores, permitiendo que mundos como Gyndine y ahora Tynna cayeran en manos invasoras a cambio de proteger a otros como Kuat, Bilbringi y Commenor. Nuestras acciones, o mejor inacciones, no nos han granjeado muchos amigos en mundos que creen estar en la lista de sus próximas invasiones. Al margen de ello, y en el supuesto de que consigamos reunir una fuerza de ataque importante, no sería lo bastante grande para proporcionar protección a Bothawui y Corellia a la vez.

Se incorporó en toda su altura.

—Tras analizar todos los datos disponibles, el mando ha llegado a la conclusión de que el blanco es Corellia. Por tanto, el almirante Sovv recomienda que se envíen lo antes posible todas las naves y recursos disponibles al sector corelliano.

El vello color crema de Fey'lya se erizó.

—Lo suponía —dijo con voz plana y amenazadora—. Piensan abandonar Bothawui para así salvar Corellia. Pero no pienso permitirlo. —Negó furioso con la cabeza—. Lo siento, comodoro, pero me niego a autorizar una acción semejante en este momento. Sus "evidencias" son demasiado escasas.

—Nadie ha dicho nada de abandonar Bothawui —contrarrestó Brand—. La flotilla que ya está estacionada allí seguirá allí. Sólo queremos proteger Corellia.

—Proteger el Santo Núcleo, querrá decir. —El bothano se levantó para mirar

a sus ocho pares—. Quisiera que el Consejo meditara atentamente en la procedencia de esta información. El comandante Brand quiere hacerles creer que fue conseguida por la división de Inteligencia, o descubierta tras horas de esforzada investigación y análisis. Pero, de hecho, le fue proporcio nada a dos oficiales de posición cuestionable dentro de la comunidad de Inteligencia por una persona de reputación todavía más dudosa, que afirma ser una especie de defensor del pueblo para los Caballeros Jedi: Talon Karrde.

—No consigo ver la pertinencia de eso —dijo Cal Omas—. Talon Karrde es conocido por este Consejo.

Fey'lya le miró fijamente.

—Pues claro que no ve la pertinencia, consejero Omas, porque no se da cuenta de que los Jedi preferirían liberar a la galaxia de los bothanos a hacer algo para protegerlos.

—Los Jedi no tienen nada que ver con nuestra decisión —argumentó Brand.

Fey'lya desechó esa idea con un gesto.

—Todos sabemos que los Jedi se han estado conteniendo, manteniéndose en segundo plano hasta que llegase el momento de mostrar sus verdaderos objetivos. La derrota de Bothawui sería su excusa para hacerlo.

—¿En qué se han estado conteniendo? —interrumpió Cal Omas—. No han hecho sino encabezar esta lucha desde el principio, resistiendo en Dantooine y en Ithor mientras el Senado insistía en que los yuuzhan vong no eran más que un "problema local".

Fey'lya estaba preparado para defender sus acusaciones.

—Piense en lo que se dice que hicieron los Jedi cuando su pequeño retiro en Yavin 4 se vio amenazado por los almirantes imperiales Pellaeoun y Daala, y en cómo Luke Skywalker venció él solo a los yevetha *con ilusiones*. Y después hableme de sus contribuciones actuales.

Agitó su índice engarfiado en dirección a Omas.

—No subestime lo que son capaces de hacer, consejero. Los Jedi de Skywalker no son los Caballeros Jedi de antaño, sino una nueva especie traidora y ambiciosa. Con Bothawui invadido, darán el paso final para asumir el control del Senado.

Chaelch Dravvad de Corellia entró en liza.

—El Jefe de Estado debería aprender a guardarse para sí mismo sus miedos privados. Va contra el Código Jedi encabezar una ofensiva, ni en el campo de batalla ni en cualquier otra parte. Los nuevos Jedi no se diferencian en esto de los antiguos. Skywalker y los demás sólo intentan hacer lo que siempre han hecho los Jedi: defender la paz y la justicia sin convertirse en guerreros. Si cada

vez se les comprende peor, se debe a la falta de información: quizá tengan parte de culpa por aislarse en Yavin 4, y quizás habrían hecho mejor dedicando su tiempo a demostrar cuál es su posición. Aun así, siguen compartiendo nuestros intereses, y, desde luego, nunca han calificado a los bothanos como enemigos suyos.

La voz de Fey'lya se tomó aguda.

—Se equivoca, consejero. Y repito que no pienso conceder la petición de que se refuercen las defensas de Corellia, sólo por los datos del comandante Brand.

—Entonces, solicito que se someta a votación —dijo Omas.

Fey'lya alzó la mano para acallar el debate y miró a Brand.

—¿Qué le han dicho sus agentes de campo, comodoro? ¿Qué dicen sus analistas? ¿Qué informan esas costosas sondas hiperespaciales que ha enviado? Deberíamos disponer de datos puros y duros en vez de hacer conjeturas. Aceptar como verdad absoluta lo que nos ha dicho es como pedirle consejo a una adivina.

—Nuestros hallazgos no se basan ni en profecías ni en conjeturas —dijo Brand con firmeza—. Los datos que respaldan nuestra decisión son extremadamente delicados, pero estarán a su disposición en cuanto solicite verlos.

Fey'lya sonrió burlón.

—Oh, estoy seguro de que presentará un caso muy sólido, comodoro. —Examinó a los ocho consejeros—. Para que conste, entonces, ¿quién empieza la votación?

—Yo estoy con el Jefe de Estado —declaró Fyor Rodan, de Commenor—. No confío ni en Karrde ni en los Jedi. Skywalker sabe que el Senado se vería forzado a acatar sus demandas si consigue el suficiente apoyo popular. Entonces sólo será cuestión de tiempo que los Jedi supervisen todas las decisiones. Les prevengo: si Bothawui cae, nos veremos abocados a tiempos malévolos, a un Imperio disfrazado de teocracia—. Se detuvo para tomar aliento—. Commenor corre peligro si cae Corellia, pero me veo forzado a votar contra los Jedi, y por Bothawui.

—Gracias, consejero —dijo Fey'lya.

—¿Por qué no llevamos la batalla a los yuuzhan vong antes de que consigan rodearnos del todo? —preguntó el consejero Triebajj a Brand mediante su traductor droide.

Brand se volvió hacia el enorme wookiee.

—No es posible sin dejar el Núcleo desprotegido. Podríamos considerar una contraofensiva si conseguimos echarle encima al Remanente Imperial y a los hutt, o que el Consorcio Hapano abra un nuevo frente en el Borde Medio. Pero

éste no es el momento.

—Estoy de acuerdo en que no podemos dejar desprotegido ni a Coruscant ni a ninguno de los mundos del Núcleo —dijo Dravvad—, pero ¿de verdad espera que nos pongamos a debatir cuál de los dos mundos, Bothawui o Corellia, es más importante para la Nueva República?

—Más importante no, consejero; cuál corre más peligro.

—No perdamos más tiempo —saltó Fey'lya—. Su voto es para Corellia y lo sabemos todos.

—Como el suyo lo es para Bothawui —repuso Dravvad asintiendo una vez con la cabeza.

Fey'lya se volvió hacia Cal Omas.

—Su voto.

—Corellia, pero no por las razones que imagina. No tiene sentido que los yuuzhan vong hayan atacado Gyndine y Tynna si el objetivo fue siempre Bothawui. Además, Corellia está básicamente indefenso, mientras que Bothawui está muy defendido. ¿Cómo íbamos a presentarnos ante nuestro votantes si permitimos que caiga un sistema indefenso, un sistema que nosotros mismos dejamos indefenso? Sería como convencer a Corellia para que se rinda.

—Habla como un verdadero alderaaniano —musitó Fey'lya—. Además, consejero, asume falsamente que rendirse a los yuuzhan vong asegura la supervivencia, pero ésa es otra cuestión.

Se volvió hacia Niuk Niuv, el sullustano, esperando su decisión.

—Hace mucho que los corellianos quieren la independencia —empezó Niuv—. Estuvimos a punto de ir a la guerra con ellos por esa cuestión, una guerra que sólo consiguió tensar aún más las relaciones. La Nueva República no tiene la obligación de defender Corellia, pero el hecho es que la falta de defensas de Corellia puede acabar siendo su salvación. Los yuuzhan vong atacarán Bothawui.

—Un razonamiento muy astuto, consejero —comentó Fey'lya—, y le aplaudo por distanciarse de la postura del almirante Sovv. —Se volvió 180 grados—. Consejero Triebakk, ¿necesito preguntarle?

—Acepto la información del comandante Brand y me inclino ante los conocimientos del mando —dijo el wookiee mediante su traductor—. Los yuuzhan vong piensan utilizar Corellia como punto de partida para invadir el Núcleo...

—No hay necesidad de insistir en ese punto —le interrumpió Fey'lya. Estrechó los ojos al mirar al Consejero Pwoe—. ¿Y usted?

Los tentáculos de la máscara del quarren se estremecieron y sus ojos

abolsados se estrecharon furiosos.

—Corellia. Como dice el consejero Omas, Bothawui está bien defendido por algunos de los mismos cruceros de asalto bothanos que financió la Nueva República.

—Y puedo prometerle que haremos uso de todos esos cruceros, aunque haya que hacerlos venir desde el Núcleo —ladró Fey'lya.

—¿Es que Bothawui no tuvo siempre la intención de quedarse con esas naves y demostrar así que es más poderosa que Mon Calamari, Sullust y Coruscant?

Fey'lya sonrió.

—Así que Pwoe, desconcertado por la pérdida de prestigio militar de Mon Calamari, vota no tanto por Corellia como contra Bothawui. ¡Siguiente!

Miró a Navik de Rodia, y éste asintió afirmativamente.

—La proximidad de Rodia a Bothawui me deja poca opción. El jefe de Estado asintió y empezó a hacer recuento.

—Pwoe, Omas, Triebakk y Dravvad votan por Corellia. Roidan, Niuv, Navik y yo por Bothawui.

Todo el mundo miró al noveno y reciente miembro del consejo.

—Me temo que la decisión recae en usted —dijo Fey'lya.

El comodoro Brand esperó, expectante.

—Un ataque al Núcleo carece de sentido estratégico, por mucho que la evidencia de Tynna respalde una posible amenaza a Corellia. Si los yuuzhan vong quieren lanzar una ofensiva tan lejos de sus actuales posiciones en el Espacio Hutt, ¿por qué malgastar unos recursos muy valiosos en un sistema prácticamente sin defensas a raíz de las crisis de la estación *Centralia* en vez de atacar a un objetivo más apropiado, como Kuat o Bremntaal? No, yo creo que todo apunta a un ataque contra Bothawui, primero desde el Espacio Hutt y luego desde Tynna. Estoy de parte del jefe de Estado Fey'lya.

Éste lanzó un largo suspiro de alivio.

—Le felicito por su intachable razonamiento, senadora Shesh. —Sonrió malévolamente al comodoro Brand—. El asunto está decidido. Reúna esa fuerza de ataque, comodoro, pero diríjala a Bothawui.

—oOOo—

—Los hemos vencido en su propio juego —anunció el comodoro Brand al cruzar las puertas de su despacho en la flota—. La senadora Shesh mantuvo su promesa. Ha votado por Bothawui.

Aullidos de victoria llenaron la sala.

—Shesh ha informado de que su encuentro con el cónsul general hutt también fue bien —añadió Brand—. Puede que obtengamos alguna ayuda de los hutt. Ya sólo queda recibir noticias de Hapes.

—El Consorcio votará mañana —comentó su ayudante.

Brand no pudo contener una sonrisa.

—Todo está saliendo según lo previsto, pero es ahora cuando empieza el trabajo de verdad. —Se dirigió a un holomapa no muy diferente al que había empleado momentos antes en la sala del Consejo Asesor—. Es evidente que los yuuzhan vong llevan tiempo estudiando Corellia y Bothawui, calibrando la valía de cada uno. Al desplegar a una nueva fuerza de ataque en el espacio bothano, dejaremos a Corellia lista para ser atacada. —Se volvió hacia su ayudante—. ¿Qué noticias tenemos de *Centralia*?

—Los chicos de Solo han llegado a Drall. Anakin Solo fue quien conectó la otra vez el repulsor, y los técnicos confían en que podrá volver a hacerlo. En este momento están afinando el aparato, asegurándose de que funcionará como esperamos, en vez de hacer con él pruebas que sin duda alarmarían a Corellia, Drall, Selonía y los demás planetas. Aunque eso importa poco porque ya circulan rumores de todas clases. Hay revueltas en Coronet, Meccha y el puerto L'pwacc Den, y se habla de expulsar al gobernador general Marcha.

Brand asintió lúgubrementemente.

—Bueno, si esto funciona, Corellia acabará siendo considerada la salvadora de la galaxia y desaparecerá todo el mal ambiente. —Se volvió hacia el mapa en 3D que rotaba lentamente—. Alerte al Mando del Núcleo con una transmisión restringida para que preparen elementos de la Tercera Flota para saltar a Kuat en cuanto dé la orden. También deben prepararse elementos de la Segunda Flota para saltar hacia Ralltiit. —Insertó la mano en el cono de luz del holoprojector—. Y lo que es más, quiero que se draguen las rutas que unen Corellia con Kuat, Ralltiit y Bothawui en busca de equivalentes yuuzhan vong a las minas o las armas detectoras de masa. Brand se volvió y miró alrededor de toda la sala.

—Cuando el campo interferidor de *Centralia* los retenga en el sistema y se vean con una flota detrás, los yuuzhan vong lamentarán haber entrado en esta galaxia.

CAPITULO 18

Las palabras del arconte Thane apenas podían oírse a causa de los gritos de vergüenza y desaprobación. Él se mantenía ajeno a todo ante sus sesenta y dos pares, la mayoría femeninos, mostrando orgullosamente los cardenales y las magulladuras recibidas en su duelo de honor con Isolder y disculpándose convincentemente por haber comprometido el voto de Vergill en el combate. La audacia de Thane no era sorprendente, pero allí donde Leia esperaba encontrar amargura y sarcasmo, sus palabras de apoyo a la Nueva República parecían casi sinceras.

Muchos de los reunidos en la enorme sala estaban seguros de que el voto de Vergill proporcionaría a Teneniel Djo la mayoría que necesitaba para actuar militarmente contra los yuuzhan vong, pero Leia ya no tenía claros sus propios objetivos. Aunque la entrada del Consorcio en la guerra podía ser decisiva, las acusaciones por intereses personales y las conspiraciones internas no sólo amenazaban con socavar el proceso político, sino la alianza entre el Consorcio y la Nueva República.

Entre bastidores, en una pequeña salita que daba a la tribuna del orador, Leia paseaba nerviosamente ante la exasperación de C-3P0, que intentaba seguir sus largos pasos y prever a sus repentinos cambios de dirección. Al menos, se dijo ella, la votación pondrá punto y final a su visita a Hapes, que le resultaba más incómoda a medida que pasaban los días, tanto en la Fortaleza del Arrecife como en el Palacio de la Fuente. Sentía que estaba perdiendo la esperanza al verse apartada de actividades que ahora eran más importantes para ella. Su estancia allí empezaba a parecerle un destierro en un planeta imaginario —una tierra de dragones y gemas arco iris, de árboles de sabiduría y armas poderosas—, y la reyerta entre Isolder y Thane era la gota que había colmado el vaso.

Todavía tenía que pasar algún tiempo en privado con el príncipe y, si fuera por ella, lo evitaría. Había temido desde el principio que Isolder interpretase equivocadamente la naturaleza de la misión que la había llevado hasta Hapes, y que Ta'a Chume le dijera que ella habría sido una esposa ideal para el príncipe sólo contribuyó a que las cosas se volvieran aún más extrañas y complicadas. El destino de la galaxia ya no se decidía en intrigas cortesanas, y Leia no quería formar parte de las intrigas de los hapanos.

Estaba atrapada en el pasado, en un remolino de recuerdos casi olvidados, anhelando más que nunca recibir noticias de Han. Sabía que Jaina estaba con el Escuadrón Pícaro, y que Anakin y Jacen se dirigían al sistema corelliano, si es que no estaban ya allí, pero no tenía ni idea de dónde estaba Han. Irrumpía en sus pensamientos incontables veces al día, desorganizándolos rápidamente. Pero no veía al Han de los últimos meses, sino al sinvergüenza del que se

enamorado poco a poco, el Han que estuvo a punto de ser condecorado por su actuación en la Batalla de Yavin, el Han que le hizo su primera declaración de amor con una respuesta al mismo tiempo sincera y engreída, el Han que se quedó sin habla al descubrir que Luke era hermano de ella...

Aunque su reputación podría verse menoscabada si Han demostraba estar preocupado por ella, no había excusa para su continuo silencio, y Leia estaba tan furiosa como angustiada por él.

Un nuevo rugido llenó la sala.

Leia vio que Isolder estaba parado ante los delegados. Al igual que Thane, el príncipe parecía disfrutar con la mezcla de aprecio y condena que recibió su llegada, con su cara hinchada por los golpes y un brazo vendado.

No hay tratamiento de bacta para la realeza de Hapes, pensó Leia.

—Todos los que han querido dar su opinión sobre la posible ayuda del Consorcio a la Nueva República han sido escuchados —empezó Isolder cuando los gritos se calmaron—. Está claro que no tenemos consenso en este tema y la votación estará muy igualada. En todo caso, la decisión de ir a la guerra nunca es fácil, y hoy, esa decisión será aún más difícil porque la guerra no nos amenaza directamente. Pero tened presente el consejo de la embajadora Organa Solo. Esta aparente seguridad no durará. La luz que hoy brilla en el Consorcio bien podría eclipsarse mañana, y las batallas que hoy podemos evitar, habrá que librarlas mañana, y quizá librarlas solos. No pienso repetir los muchos argumentos que ya hemos oído, atacando una posición o defendiendo la otra. Sólo os pido que todos y cada uno de vosotros deje a un lado la política y vote en nombre de aquellos a los que representáis. Ése es nuestro compromiso, así que votemos según nuestra propia conciencia para cumplirlo.

El proceso era meticulosamente exasperante. Teneniel Djo y sus sirvientes siguieron desde una balconada la votación personal, no electrónica, con los representantes de cada Casa exhibiendo su mejor oratoria y su caligrafía más barroca. Los votos —a veces largas misivas— eran leídos y contabilizados por un conjunto de jueces y después llevados hasta el balcón real en un pergamino de fibra natural que era colocado sobre un enorme almohadón de brillante seda.

La propia reina madre leyó el resultado final.

—Por treinta y dos votos a favor y treinta y uno en contra, el Consorcio jura ayudar a la Nueva República en su justa y decisiva guerra contra los yuuzhan vong.

Los partidarios de Isolder aplaudieron y los detractores abuchearon. Pasó bastante tiempo antes de que Teneniel Djo pudiera restaurar el orden.

—La votación ha concluido —anunció por fin—. Ahora os pido que apartemos nuestras diferencias y aceptemos el resultado según la ley para que

podamos afrontar estos trascendentales momentos con espíritu de unión.

El murmullo fue remitiendo poco a poco y los delegados se estrecharon las manos o se abrazaron ceremoniosamente entre sí. Ese súbito compañerismo le pareció a Leia tan falso como un matrimonio pactado.

—Ama, el príncipe se acerca —susurró C-3P0 un poco alarmado.

Leia dio media vuelta y vio a un radiante Isolder dirigiéndose hacia ella, tirando hacia atrás y por encima del hombro su capa ricamente bordada. Por un instante, temió que fuera a cogerla por la cintura, elevarla por los aires y dar vueltas de alegría, pero se detuvo justo ante ella.

—Hemos ganado, Leia. A pesar de todo, hemos ganado. —Buscó al arconte Thane con la mirada y, cuando logró localizarlo, lo saludó con un seco asentimiento de cabeza—. ¿Has visto lo enfurruñado que está Thane? Si su plan hubiera tenido éxito, el resultado habría sido el contrario. —Se giró hacia Leia—. Ya sabrás que sus insultos no fueron fruto del momento, sino premeditados. Quería retarme a duelo y derrotarme tras aceptar su apuesta. Pero hemos vencido en todo.

Leia lo miró con creciente inquietud.

—Lo último que quería es que esta decisión dependiera de un combate lleno de rencor, Isolder.

—Quizá no —sonrió su héroe—, pero ése suele ser el estilo de Hapes... Además, ya sabes que no haría menos por ti.

—Pero no quería que lo hicieras por mí... ni que tuvieras que batirte para proteger mi honor.

Isolder la contempló con una sonrisa burlona.

—¿Por quién iba a combatir si no fuera por ti? ¿Por qué viniste a mí entonces?

—No vine a ti, vine a Hapes, Isolder..., como enviada de la Nueva República. Es la verdad.

—Claro que sí. E hiciste bien viniendo —Isolder aligeró la tensión con una sonrisa comprensiva—. De todas maneras, ya tienes lo que querías. Combatiremos juntos.

El esfuerzo de Leia por imitar su expresión falló, mientras algo que había estado rondando toda la semana por los límites de su consciencia brotó repentinamente en su mente.

Apenas ocho años antes, cuando muchas de las naves de la flota de la Nueva República estaban en el dique seco, reparándose y mejorándose, el Senado pidió a Luke que ayudase a los bakuranos a terminar con una rebelión en el sector corelliano. Más concretamente, pidieron a Luke que llamase a su amiga Gariel Captison, aunque se hubiera retirado del servicio activo tras la muerte de su

esposo, el imperial Pter Thanas. Gaeriel aceptó la petición, y la crisis se resolvió satisfactoriamente con la ayuda de varias naves bakuranas. Pero pagando un precio terrible. Gaeriel, el almirante bakurano Ossilege y miles más murieron en el conflicto. Luke todavía se sentía culpable por aquello, sobre todo cuando visitaba a Malinas, la joven hija de Gaeriel, a la que había ocultado en un lugar seguro.

Y junto a esos recuerdos empezó a florecer en la mente de Leia algo incluso más terrible. Su corazón se aceleró y su frente se perló de sudor. Su vista se nubló, los sonidos se fueron debilitando y tuvo que buscar el brazo de Isolder para apoyarse y seguir en pie. Cerró los ojos un instante y, de la oscuridad, surgió una feroz visión de naves de guerra asaeteadas por lanzas de brillante luz, de explosiones devastadoras y lamentos agónicos de miles de seres, de cazas estelares vaporizados, de cegadoras erupciones de fuego, de cadáveres flotando en el vacío, de un mundo en llamas...

—¿Qué ocurre, Leia? —preguntó Isolder, sosteniéndola—. ¿Leia? Recuperándose con la misma rapidez con la que se había perdido, aspiró profundamente y soltó el brazo del príncipe. Lo miró con ojos desorbitados.

—No puedes hacerlo, Isolder. No puedes unirme a nosotros. —¿De qué hablas? —exclamó frunciendo el ceño—. La votación ha terminado. Ya está decidido.

—Entonces, pide una segunda votación. Di a todo el mundo que has reconsiderado tu posición.

—¿Estás loca? ¿Sabes lo que me pides?

—Isolder, tienes que escucharme...

—La decisión está tomada.

Leia, desesperada, quiso seguir discutiendo, pero se quedó sin palabras, con la mirada ausente. Se tocó la frente con los dedos, consciente de que Isolder la contemplaba fijamente.

—Estás angustiada por si algo sale mal —dijo el príncipe— y no quieres aceptar la responsabilidad de decidir nuestro destino. No te preocupes por eso. Tomamos nuestra decisión libremente y sabemos exactamente dónde nos metemos. Lo llevamos en la sangre, Leia, no temas habernos influido.

—Pero...

—¿Existe alguna posibilidad de que los yuuzhan vong nos dejen en paz? Ella lo pensó.

—Probablemente no.

—Entonces ¿qué opción nos queda? ¿Unimos fuerzas contra los invasores y nos aprovechamos de ello o esperamos a ser atacados, viéndonos obligados entonces a defendernos en nuestro propio espacio y únicamente con nuestras

naves?

Ella apretó los labios y asintió.

—Tienes razón —consiguió esbozar una débil sonrisa—. Siento haber dicho lo que dije, Isolder.

—Las palabras no importan. Lo que importa es que siempre seamos amigos.

—De acuerdo.

Él le ofreció el brazo y dieron unos cuantos pasos juntos, ante la desaprobación de C-3P0.

—Creo que tu androide está inquieto —susurró Isolder.

—Oh, estoy segura —rió ella—. Trespeó era partidario de Han cuando tú estabas lo bastante loco como para pretender que fuera reina madre. Isolder rió brevemente, y sólo se detuvo para mirarla fijamente.

—¿Puedo preguntarte algo como amigo, Leia? Has estado preocupada por tu estancia aquí. Cada vez que he intentado visitarte, me has evitado. ¿Algo va mal entre nosotros o con alguien más?

—He estado distraída —concedió ella.

—¿Puedo saber la razón?

Ella forzó un suspiro.

—No sabría por dónde empezar.

—Mi madre me dijo una vez que cuando un Jedi está distraído, cuando pierde su concentración, se vuelve vulnerable.

—No soy Jedi.

—Pero eres tan poderosa en la Fuerza como cualquiera de ellos. ¿Qué ocurre, Leia?

—Corremos peligro, Isolder. Corremos peligro de perder todo aquello por lo que hemos luchado desde la derrota del Imperio.

—¿Estás diciendo que no podremos derrotar a los yuuzhan vong? Leia tardó un momento en responder.

—No estoy segura. Preveo que nos espera un largo camino. —¿Lo ves con mucha claridad?

Ella agitó la cabeza.

—No la bastante como para saber dónde están las dificultades y evitarlas. Volvieron a caminar sin hablar durante unos segundos.

—¿Me acompañarás a Coruscant en mi nave personal? —preguntó Isolder por fin.

—¿Y Teneniel Djo?

—Ella se quedará en Hapes —cortó Isolder con rotundidad.

La visión estalló de nuevo en la mente de Leia. *¿Qué luz he visto? ¿Qué mundo he visto?*

—Iré, por supuesto —respondió ella tras un momento.

—oOOoo—

Una vez atracado el *Halcón*, Han y Droma pasaron la aduana de Ruan y se dirigieron a la terminal del espaciopuerto. De no ser por la multitud, hubieran corrido a toda velocidad.

—Espera un momento —dijo Han cuando Droma estaba a punto de empezar a abrirse paso a cuatro patas. Sujetó al ryn por la parte trasera de su chaleco, lo puso en pie y le ajustó decorosamente su raída ropa mientras hablaba—. No creo que tus compañeros de clan estén tan desesperados por salir de este mundo como para dejarse engañar por un puñado de piratas y mercenarios espaciales. Son más inteligentes que eso, ¿verdad?

Droma se estiró del bigote.

—Son bastante listos, pero cuando la situación parece desesperada, incluso los más inteligentes pueden ser engañados. Gaph y Melisma detestan estar encerrados. Una vez, Gaph estaba en la cárcel y...

—Ésa no es la respuesta que quería oír —cortó Han, sacudiendo la cabeza.

Droma calló un segundo y después movió la cabeza comprensivo.

—¿Mis compañeros de clan dejándose engañar por un puñado de piratas y mercenarios espaciales? Son demasiado listos. De hecho, estoy seguro de que siguen en Ruan, en alguna parte, y de que hemos llegado a tiempo de salvarlos.

—Menudo alivio —suspiró Han.

Repetían la misma conversación desde que habían dejado Tholatin. El jefe de seguridad weequay fue demasiado precavido como para darles el nombre de los hombres enviados a Ruan, o el de su nave, pero el tema de Ruan surgió varias veces en conversaciones casuales entre los mecánicos del Espinazo de Esau, y Han tenía una idea bastante aproximada del calibre de los mercenarios con los que tendrían que tratar Droma y él. Aunque los mercenarios que llegaban a Ruan no trabajaban directamente para los yuuzhan vong, seguramente irían bien armados y serían peligrosos... como los miembros de la Brigada de la Paz, con los que Han y Droma se habían enfrentado a bordo del *Reina del Imperio*, y con quienes no deseaba volver a encontrarse.

El espaciopuerto de Ruan tenía su ritmo propio. Con miles de refugiados huyendo ininterrumpidamente de los mundos ocupados, había muchas más

llegadas que partidas, pero, de algún modo, Salliche Ag conseguía que todo el proceso funcionase con eficacia. Docenas de filas, una para cada especie, se alineaban frente a las terminales, y una flota de vehículos de superficie esperaba para llevar a los refugiados a uno u otro campo de refugiados. Sin embargo, localizar a esos refugiados una vez instalados era otro asunto. En una caseta de información con personal humano, Han y Droma descubrieron listas de casi un centenar de instalaciones; algunas a apenas unos kilómetros de distancia, y otras al otro lado del planeta.

—Investigar todos los campos nos llevaría mucho más tiempo del que tenemos —resopló Han—. Tiene que haber una forma más fácil.

—Pruebe con el banco central de datos —dijo una voz de androide tras ellos—. Sea quien sea el que buscan, quizá lo tengan registrado allí.

Han giró sobre sí mismo y se encontró cara a cara con un viejo androide de forma humanoide, aunque rechoncho y no más alto que Droma. La máquina, que necesitaba de una buena capa de pintura y algunas reparaciones corporales, tenía brazos largos, un torso en forma de barril y una cabeza redondeada de un diseño tan anticuado como los servomotores que operaban sus miembros.

—¿Bollux? —dijo Han, incrédulo.

Los rojos fotorreceptores del androide se clavaron en él.

—¿Perdón, señor?

—Eres un androide obrero, ¿no? Un BLX.

—¿Un BLX? —repitió el androide—. Soy un CFS, aunque ambos modelos somos un producto de Serv-O-Droides Incorporada. Soy un CFS. Llámeme *Confuso*, buen señor.

—¿*Confuso*? —las cejas de Han se arquearon mostrando una sorpresa escéptica; entonces, sus ojos se entrecerraron—. ¿A quién pretendes engañar? ¿Dices que nunca has estado en el Sector Corporativo?

—No, gracias al Creador. Nunca he salido del Núcleo, salvo en el momento de mi activación, en los astilleros de Fondor..., según mi memoria mecánica, por supuesto.

Han se negó a aceptarlo. Rodeó a *Confuso* bajo la atenta mirada de Droma, fijándose en la rejilla que formaba su boca y su rígida forma de moverse—. ¿Nunca has sido propiedad de un técnico llamado Doc Vandangante?

—Ese nombre es nuevo para mí.

Sin previo aviso, Han golpeó la placa pectoral del androide con el puño, produciendo un sonido a hueco.

—¿Y nunca has llevado a otro androide ahí dentro? Uno de forma cúbica, así de grande—Han separó sus manos unos cuantos centímetros—, pero listo como

una ardilla.

—¿Otro androide? ¡Naturalmente que no! ¿Por quién me toma? Han se acarició la barbay movió la cabeza desconcertado, hasta que estalló en carcajadas.

—Me estás tomando el pelo.

—Me adula recordarle a alguien, señor..., supongo —dudó *Confuso* haciendo honor a su apelativo.

—Bien, ¿qué decías del banco central de datos?

El androide los condujo hasta la pantalla de un ordenador ante la cual esperaban diversos seres. Han y Droma se colocaron al final de la cola, tras una pareja de duros, y esperaron a que todos hicieran sus consultas. Cuando les llegó el, turno, Han se situó ante el teclado.

—Los refugiados están agrupados por especies —dijo, frunciendo el ceño—, pero los ryn ni siquiera están en la lista.

—Pruebe con "otros" —sugirió el androide.

Droma hizo una mueca sarcástica.

—El androide tiene razón. Permítame que haga los honores.

Han se apartó del teclado, pero manteniendo los ojos fijos en la pantalla.

—Aquí estamos —anunció Droma—. Donde teníamos que estar, entre los rybets y los saadules. ¡Y mis compañeros de clan están aquí! —se giró excitado hacia Han—. Bueno, al menos cinco de ellos.

—¿Tu hermana está con ellos?

Droma volvió a leer la lista y agitó la cabeza.

—Me temo que Leia tenía razón. Sapha debe de haberse quedado en Gyndine.

Los labios de Han formaron una fina línea.

—La buscaremos después. ¿Dónde están los demás?

—Campo 17... con treinta y dos ryn más.

—¡Oh, conozco muy bien ese campo, señores! —admitió *Confuso*—. Algunos de mis colegas han tenido ocasión de trabajar allí.

—¿Cuál es la forma más rápida de llegar?

—Mi taxi.

—¿Eres taxista?

Confuso señaló la ventana del espaciopuerto, a través de la cual se veía un abollado deslizador SoroSuub.

—Allí, señor... Aquel al que le falta un parabrisas y necesita un poco de

pintura.

Han miró el deslizador y otra vez al dentado y manchado androide.

—Creo que tu vehículo y tú acudís al mismo mecánico. ¿Seguro que esa cosa llegará al Campo 17?

—Sin problemas, señor. En realidad, podrían ir hasta el campo caminando... si tienen tiempo suficiente, claro está.

Los tres se dirigieron al taxi. El androide se situó en la cabina del conductor al aire libre y conectó el generador del campo repulsor de turbinas situado en la popa. Cuando Han y Droma se abrocharon los cinturones de seguridad de los asientos, situados bajo su cabina, el androide enfiló una carretera en buenas condiciones que se extendía entre campos inmaculadamente cultivados. Han pudo ver androides de infinitas variedades a través de los huecos de los arbustos que se encontraban a ambos lados del camino, aunque muchos menos de los que estaba acostumbrado a ver en mundos agrícolas similares.

—¿Por qué no estás ahí fuera con los demás? —gritó al androide.

—Oh, soy demasiado viejo para ese tipo de trabajo, señor.

—¿Salliche te ha marginado, ¿eh?

—Básicamente sí. Desde que Salliche Ag aceptó refugiados, Ruan se ha vuelto un poco caótico, así que fui reasignado para actuar de taxista de este fiable, aunque un poco destartado, vehículo.

—Parece que llegan muchos más de los que se van —apuntó Han.

—Es muy observador, señor. La verdad es que muchos refugiados se han enamorado tanto de Ruan que prefieren quedarse en este mundo trabajando para Salliche Ag.

Han y Droma intercambiaron una mirada de desconcierto.

—¿Trabajando para Salliche? —preguntó Han—. ¿En que?

—En labores agrícolas, señor. Gracias a la estación de control del clima de Ruan, ese trabajo resulta una labor muy agradable para la mayoría. Han dejó escapar una risita.

—Eso es una locura. Salliche tiene un ejército de androides a su disposición.

—Lo tiene, señor, es verdad, pero Salliche Ag ha desarrollado recientemente cierta preferencia por los trabajadores vivos.

Han volvió a mirar a Droma, que se encogió de hombros.

—Sólo estoy de paso por aquí, ¿recuerdas? —dijo el ryn.

Han podía haber seguido sonsacando al androide, pero en aquel momento tomaron una amplia curva y el campo de refugiados apareció a la vista. —El

Campo 17, buenos señores.

El androide los llevó hasta la verja de entrada, desde donde se podía acceder al interior a través de una especie de torretas de seguridad. Han golpeó la ventana de transpariacero con los nudillos, atrayendo la atención de un fornido guardia que se encontraba dentro. El hombre uniformado pegó la cara llena de cicatrices a la ventana, estudió detenidamente a Han y a Droma y frunció el ceño.

Échale un vistazo a esto —dijo a otra persona de la torreta. Una mujer se unió al guardia, clavando también su mirada en la pareja de forasteros.

—¿Qué quieren?

—Estamos buscando a un par de amigos —explicó Han.

—¿No lo somos todos? —respondió el hombre, riéndose de su propio chiste.

—Son un grupo de ryn —insistió Han—. Llegaron hace aproximadamente dos semanas estándar.

—Un grupo de ryn, dices —el guardia señaló con su pulgar a Droma—. Como ése.

Han puso los ojos en blanco.

—Correcto, como éste. Si tiene algún problema con él, igual debería salir fuera para que lo discutamos.

—Yo no tengo ningún problema, tipo duro —dijo el guardia sonriendo ampliamente—, pero puede que tu amiguito sí los tenga.

Han oyó el zumbido de láseres cargándose y dio media vuelta para encontrarse con media docena de guardias uniformados surgiendo de tres lados de la torreta. Levantó las manos precavidamente hasta la parte superior de la cabeza, y Droma lo imitó.

—No buscamos problemas —aseguró Han—. Tal como le he dicho al comité de bienvenida, sólo estamos buscando a un par de amigos. Uno de los guardias lo ignoró y apuntó directamente a Droma.

—Hazte a un lado —Droma obedeció, y el guardia añadió—: Estás arrestado.

Han se quedó helado.

—¿Arrestado? ¿Con qué cargos...? ¡No hemos estado aquí tiempo suficiente ni para tirar la basura!

Con cuatro rifles láser apuntando a Droma y dos a Han, el guardia colocó un par de esposas cilíndricas en torno a las muñecas de Droma.

—El cargo es falsificación de documentos oficiales —informó a Han—. Y, si tienes sentido común, te largarás de Ruan antes de que te arrestemos por

cómplice.

CAPITULO 19

En reposo absoluto sobre su diván lleno de cojines y almohadones, Borga Besadii Diori concentró su mirada en Nas Choka mientras Leenik escoltaba al Comandante Supremo de los yuuzhan vong y sus favoritos hasta el salón de visitas de palacio. Aunque no solía refrenar sus impulsos, Borga se abstuvo de elevar el diván en el que yacía reclinada para tener con Choka un comienzo mejor que el que había tenido con el comandante Malik Carr durante su primera visita a Nal Hutta.

Siguiendo a Choka, y vestido de forma semejante —con casco y capa de mando—, iba Malik Carr y, tras él, Pedric Cuf, el traidor a la Nueva República, luciendo pantalones ajustados, negras botas bajas y chaqueta de cuello rígido. Consejeros y guardias armados se distribuyeron a ambos lados de la comitiva de Choka, tomando posiciones que buscaban la confrontación con los miembros del contingente de seguridad de la propia Borga.

—Os doy la bienvenida a Nal Hutta —saludó Borga en idioma yuuzhan vong, mientras Choka estudiaba los adornos del salón desde la silla que le había indicado el rodiano Leenik—. Estamos a vuestra disposición.

Choka sonrió sorprendido.

—Excelente, Borga. No sabía que dominases nuestro idioma.

—Unas pocas frases —siguió Borga, cambiando al Básico—. Gracias a las lecciones de Pedric Cuf.

Choka miró fijamente a Nom Anor antes de volver sus ojos hacia Borga.

—Me han dicho que ya has sido extremadamente complaciente.

—Somos famosos por nuestra hospitalidad —sonrió Borga—. Sobre todo por la que ofrecemos a nuestros más respetados invitados.

—"Invitados" —repitió Choka cambiando el tono de su voz. Deliberadamente o no, el conjunto de las protuberancias y cicatrices de su rostro le daban el aspecto de alguien recién salido de quince durísimos asaltos con un luchador hapano—. Una interesante elección de palabra, Borga. A menos que quieras implicar que los yuuzhan vong sólo son visitantes en esta galaxia.

—Los visitantes que saben adaptarse a su nuevo entorno se convierten en residentes —contestó Borga, negándose a ponerse nerviosa—. Cuando se hayan instalado en Coruscant, me sentiré muy honrada en llamarlos vecinos.

—Harías bien en llamarme "señor" —dijo Choka sonriendo levemente. Los grandes ojos de Borga parpadearon.

—Lo haré... cuando el título se adecue a las circunstancias.

Choka asintió con la cabeza, aparentemente satisfecho.

—No soy diplomático, Borga. Respecto a tu amable oferta de supervisar el transporte de cautivos a cambio de información sobre los sistemas estelares en peligro, he decidido que tales servicios no son necesarios en la fase actual de nuestra campaña. Sin embargo, en gesto de buena voluntad, de vez en cuando seguiremos ofreciéndote algunas noticias de nuestras actividades. —Hizo una pausa—. Por ejemplo, podéis reanudar las entregas de vuestra especia euforizante en el sistema bothawui sin miedo a encuentros imprevistos.

—Os damos las gracias —Borga se relamió los labios—. Y seguro que los bothanos también os las dan.

Choka la estudió un segundo.

—Por la especia, querrás decir.

—Naturalmente. Por la especia.

La expresión de Choka no cambió.

—Confío en que no estarás compartiendo esta información privilegiada con terceras partes.

—¿Con quién iba a compartirla? —Borga extendió sus manitas enseñando las palmas—. Nuestra principal preocupación es mantener el comercio... y, por supuesto, no interferir en vuestros asuntos, sean cuales sean.

—Me reconforta oír eso —dijo Choka—. Quedas avisada de que si descubrimos alguna prueba de que has violado nuestra confianza... Bueno, no creo que necesite enumerar los horrores que sufrirían los hutt, ¿verdad?

—También somos famosos por nuestra vívida imaginación —agregó Borga apresuradamente.

—Espléndido —Choka gesticuló hacia Malik Carr—. Mi segundo al mando me ha informado de que también expresaste el deseo de repartir la galaxia, previendo nuestra completa y absoluta conquista.

Borga tragó saliva de forma audible.

—Quizá me haya precipitado, excelencia.

Choka volvió a exhibir su sonrisa cruel.

—Nada me complace más que una respuesta bien razonada. Sitiaremos cualquier mundo que queramos o necesitemos, incluyendo esta "joya gloriosa" tuya... y no es que pensemos hacerlo. De momento, claro, aunque nadie lo sabe... excepto Tsavong Lah, nuestro Maestro Bélico, que mañana mismo podría decidir que Nal Hutta debe ser arrasada. ¿Nos entendemos?

—Tanto como nos es posible, dadas las limitaciones del Básico, nuestras muchas diferencias y, naturalmente, lo reciente de nuestra asociación..., a pesar de que

ya hemos profundizado mucho en nuestras relaciones.

—Muy bien —Choka sonrió con sinceridad—. Apreciamos la esgrima verbal por encima de todo, exceptuando el valor. Y, hablando de valor, Borga, ¿los hutt tienen relaciones con esa banda de rufianes que se llaman a sí mismos los Caballeros Jedi?

Borga dejó entrever una mirada de desagrado.

—Algunas, excelencia. De hecho, antes de que os dignarais agradecer a esta galaxia con vuestra presencia, los Jedi nos estaban poniendo las cosas bastante difíciles interfiriendo con nuestras muchas operaciones.

—Sí, también a nosotros nos han causado problemas —susurró Choka—. Conseguimos que algunos cayeran en nuestras manos, pero se nos escaparon entre los dedos —contempló a Borga un largo momento—. Sería beneficioso para vosotros ayudarnos a aislar uno del rebaño.

Borga permaneció en silencio, preguntándose si la estaban poniendo a prueba, pero al final decidió que la oferta de Choka era sincera.

—Pero, excelencia, ahora mismo tenéis uno en vuestro poder —dijo con cautela.

Fue el turno de Choka para quedarse callado. Se giró primero hacia Malik Carr y después a Nom Anor, pero ambos se encogieron de hombros.

—Explícate, Borga.

—La nave en la que mi hijo Randa viaja actualmente como invitado —aclaró Borga—. Randa me informó de que habían descubierto a un Jedi entre los cautivos de la nave.

Choka miró a Malik Carr una vez más.

—No sé nada de eso.

—¿De qué nave habla el hutt? —exigió saber Choka a sus consejeros yuuzhan vong.

—Del *Guardería*, Comandante Supremo —respondió un yuuzhan vong sin casco—. La nave del yammosk al mando de Chine-kal.

—¿Podemos comunicarnos con la nave? —susurró Choka furioso.

—Siempre que no esté en tránsito superlumínico, Comandante Supremo. —¿Entonces, prepara el villip de Chine-kal y tráemelo en seguida!

—Excelencia, yo podría ponerle fácilmente en contacto con mi hija... —empezó a decir Borga, pero Choka se giró hacia ella.

—¿Te atreves a insultarme sugiriendo que utilice una de tus malditas máquinas?

—Pero...

—¡Silencio, babosa mutante! ¡Habla sólo cuando te hablen o te arrancaré esa obscena lengua de tu boca!

Los guardias de Borga parecían esperar una oportunidad como aquélla y levantaron sus rifles láser y sus bastones aturdidores. En rápida respuesta, los soldados de Choka adoptaron posiciones del combate, empuñando anfibastones y cuchillos. Todos permanecieron callados e inmóviles por unos segundos, como si el tiempo se hubiera detenido repentinamente, esperando a que el destino jugara su baza. Borga y Leenik intercambiaron miradas significativas, igual que Nom Anor y Malik Carr. Finalmente, Borga hizo señas a sus hombres para que bajaran las armas.

Nas Choka lo miró de soslayo.

—Así que, después de todo, tienes una chispa de inteligencia.

Fue interrumpido por la llegada de un yuuzhan vong que llevaba en brazos un villip. Un segundo sirviente llevaba lo que, obviamente, era uno de los propios villip de Choka.

Choka se dirigió en idioma yuuzhan vong al facsímil del rostro de Chine-kal.

—Comandante, ¿es cierto que tienes un Caballero Jedi en custodia?

—Sí, Comandante Supremo. Nuestro yammosk, que está madurando rápidamente, tuvo el acierto de descubrirlo. Creí que sería un buen premio para el maestro bélico Tsavong Lah.

Choka frunció el ceño.

—Yo decidiré cuál es el mejor uso para ese Jedi. ¿Cuál es la actual posición de tu nave?

—Nos acercamos a un mundo llamado Kalarba, Comandante Supremo. De hecho, esperábamos su orden para atacar...

—¡Silencio! —los ojos de Choka se convirtieron en dos hendiduras que llameaban de furia—. Permanecerás en Kalarba y entregarás el Caballero Jedi a los enviados que ahora mismo enviaré al encuentro del *Guardería*. ¿Está claro?

—Absolutamente claro —respondió el villip de Chine-kal.

Choka desvió la mirada hacia Borga.

—Por la información que acabas de proporcionarme, tienes mi palabra de que Nal Hutta seguirá siendo tuyo para que hagas con él lo que quieras mientras yo viva y respire. A menos, claro está, que seas lo bastante estúpida como para traicionarme.

Borga forzó una sonrisa.

—Entonces, excelencia, que su salud sea perfecta allí donde vaya.

—oOOOo—

—Os lo advertí —dijo Pazda a Borga en cuanto los yuuzhan vong abandonaron la sala. El hutt Desilijic de barba gris acercó su cama flotante al diván de Borga —. Cualquier clase de relación con esos salvajes terminará mal.

Desde su diván, Borga vio cómo Crev Bombaasa, Gardulla *El Joven* y el ex cónsul general Golga asentían con la cabeza.

—Sí, yo misma me di cuenta hace tiempo, aunque confieso que creí que podríamos mantenernos neutrales algún tiempo más.

Pazda soltó un resoplido despreciativo.

—Los yuuzhan vong no están dispuestos a aceptar términos medios, harán las cosas a su manera o no las harán. No pasará mucho tiempo antes de que descubran que la obediencia que les mostramos es falsa.

Desde un modesto sofá con repulsores, Golga miró primero a Pazda y después a Borga.

—¿Qué podemos hacer aparte de declarar la guerra?

Borga entrecruzó los dedos con patente inquietud.

—¿Qué te dijo la senadora Viki Shesh sobre los planes de batalla de la Nueva República?

—Sugirió que el Senado y el ejército estaban convencidos de que los yuuzhan vong atacarían primero Corellia o Bothawui —dijo Golga—. Sin embargo, el mensaje que tenía que entregaros era que la Nueva República prefería que fuera Corellia, ya que, evidentemente, les tienen preparada una sorpresa. La senadora Shesh también quiso dejar constancia de que esa información era un regalo... para compensar un antiguo error, si no recuerdo mal. Obviamente, la Nueva República confía en que los yuuzhan vong se crean ese farol.

—Informé a Malik Carr de eso —dijo Borga pensativo—, y parece que ese Choka se ha tragado el cebo. Pero empiezo a preguntarme quién está utilizando a quién. Si Choka se ha aprovechado de nosotros para mandar un falso mensaje a la Nueva República, lo hace poniendo en peligro nuestros envíos de especia a Bothawui. Y si ése es el caso, está obviamente preparado para la eventualidad de que nosotros les declaremos la guerra.

—Como he dicho antes, no hay término medio —sentenció Pazda. Borga se volvió hacia Crev Bombaasa.

—Triplica nuestros embarques de especia a los mundos bothanos. Asegurémonos de que la Nueva República reciba claramente el mensaje de que el objetivo es Corellia.

—¿Y la promesa hecha a Choka de que no transmitiremos información?

—se interesó Bombassa.

—Una promesa es como un cargamento de especia lanzado al espacio

—dijo Gardulla *El Joven*—. No pesa nada.

—Sea —aceptó Crev—, pero si descubren nuestra traición, Nal Hutta correrá peligro... por no mencionar a Randa.

—Arriesgamos mucho más manteniendo nuestra alianza con los invasores —arguyó Pazda.

Todos esperaron la respuesta de Borga.

—Crev tiene razón —dijo por fin—. Habrá que ser prudentes si queremos ayudar a desbaratar los planes de los yuuzhan vong. Para sacar un sarlacc de su madriguera, un hutt inteligente utiliza la mano de otro. —Se volvió hacia Leenik—. Conoces a los yuuzhan vong mejor que yo. ¿Qué instrucciones dio Choka al comandante del *Guardería*?

El rodiano hizo una reverencia.

—Choka dijo que enviaría una nave a Kalarba para reunirse con el *Guardería*.

Borga miró a Crev Bombaasa.

—Avisa a tu amigo Talon Karrde. Puede que al Jedi le interese conocer el paradero de uno de sus Caballeros perdidos.

—oOOOo—

—Tenía que verlo con mis propios ojos —dijo Randa Besadii Diori, utilizando su potente cola para impulsarse hasta el límite del campo inhibitor de los dos dovin basal que llevaba a bordo el *Guardería*—. Pero, por supuesto, no hay forma de evaluar a un Jedi por su aspecto. Tomemos a Luke Skywalker como ejemplo, ¿quién podría suponer, sólo viéndolo, que tiene ese inmenso poder?

Bajo la mirada vigilante de varios guardias yuuzhan vong, Randa se acercó todavía más, hasta casi tocar al magullado humano confinado tras el campo de fuerza.

—Una vez, hace tiempo, vi al joven Skywalker cuando tenía trece de sus años. Fue durante el lamentable asunto en el que estaba involucrado Durga y su Proyecto Espada Oscura. No es que yo tuviera algo que ver con Durga, no. Yo estaba de visita en la Corporación Mulako cuando Skywalker, que viajaba de incógnito, apareció acompañado de una hembra humana delgada y con el pelo muy corto, que parecía ser su amante. ¿Qué habrá sido de ella, mmm?

El prisionero resopló a través de su nariz rota.

—Dicen que Mara Jade organizó su desaparición permanente. Randa plantó las manos en su vientre y rió a carcajadas.

—¿Así que eres quien Chine-kal dice que eres... o, mejor dicho, quien su Coordinador Bélico dice que eres?

El labio partido de Wurth Skidder se curvó en una parodia de sonrisa.

—¿Qué quieres, Randa? ¿O sólo has venido a disfrutar?

—¿Disfrutar? Claro que no, Jedi. Más bien he venido a mostrarte mi simpatía. No sólo por lo que Chine-kal tiene planeado para ti, sino por lo que los yuuzhan vong tienen planeado para la Nueva República.

—Supongo que todos deberíamos seguir el ejemplo de tu padre y arrodillarnos ante ellos, ¿verdad?

Randa fingió fastidio.

—Todos servimos a alguien, Jedi..., incluso tú. Es más, nos malinterpretas. Aunque gobernamos un importante sector de la galaxia, como corresponde a seres de nuestro tamaño y longevidad, nunca hemos querido fundar un imperio. Insistís en considerarnos una especie belicosa, cuando la verdad es que somos más parecidos a los solitarios hapanos.

—Una corrección, Randa. Los hapanos no infringen las leyes. No están interesados en el contrabando de especia ni en organizar actividades criminales allí donde quiera que plantan los pies... o la cola.

Randa respondió mortificado.

—¿Estoy escuchando la voz de la minoría moral? Tanta vehemencia hace que me pregunte si no eres uno de los Jedi de Kyp Durrón, que parece empeñado en una cruzada personal que mantenga seguras las líneas espaciales para todo ciudadano cumplidor de las leyes..., a pesar de que muchos de los contrabandistas y de los piratas que ahora persigue sirvieron a su manera a la Nueva República.

Los ojos de Skidder, casi cerrados a causa de la hinchazón, se estrecharon todavía más.

—¿Cuánto tiempo crees que tolerarán los yuuzhan vong vuestros negocios ilegales?

—Creo que los yuuzhan vong son más tolerantes con los "criminales", como tú dices, que con los llamados "seguidores de la Fuerza" —Randa sonrió abiertamente—. ¿Qué se siente al verse acusado de ser un impedimento para, el progreso, la personificación del mal? Puede que muy pronto sepas lo que significa ser perseguido y acosado como lo fuimos los hutt en tiempos pasados.

Skidder devolvió la sonrisa a Randa.

—Quizá tengas suerte y los yuuzhan vong le planteen esa cuestión a Borga.

—¿No sería irónico que los hutt resultasen ser los garantes de la paz y del

triunfo de la justicia? —Randa volvió a reírse—. No creo que nos carguen con esa responsabilidad mientras sigamos suministrando especia.

—Tu madre debe de estar orgullosa de ti, Randa.

—Tu madre ha estropeado mi sorpresa —interrumpió Chine-kal entrando por sorpresa en la sala.

Randa se volvió perplejo hacia el comandante.

—En realidad, Randa, creo que la culpa es tuya —siguió Chine-kal cuando llegó junto al campo inhibitor—. Dijiste a Borga que tenía a un Jedi en mi poder, y Borga se lo dijo a mis inmediatos superiores, que ahora desean privarme del honor de entregárselo al superior de mi superior.

Los ojos de Randa se abrieron desmesuradamente.

—¿Quiere decir que se lo van a llevar de esta nave?

—Exactamente.

—Entonces ¿qué pasará con sus planes de utilizarlo para instruir al yammosk en los caminos de la Fuerza?

Chine-kal se encogió de hombros.

—Lo propondré a mis superiores y, ¿quién sabe?, quizás algún día vuelvan a ponerlo bajo mi custodia. Entretanto, estoy seguro de que el comandante supremo Choka encontrará otros usos para él. —Dio un paso atrás para estudiar a Skidder—. Quizá sería prudente quebrantar tu espíritu antes de entregarte. En los primeros estadios de nuestra campaña, la Pretoria Vong aplicó el procedimiento a uno de los vuestros, pero intentó escapar y tuvimos que matarlo antes de completar el proceso. ¿Lo conocías, Jedi?

Skidder probó la resistencia del dovin basal acercándose al límite del campo.

—Era mi amigo.

—¿Tu amigo? —dijo Chine-kal sorprendido—. Y ahora aquí estás tú. ¿Quizá viniste para vengarlo? —Hizo una pausa, antes de sonreír por la revelación—. Sí, eso es. Dejaste que te capturasen en Gyndine para tener la oportunidad de vengarlo. Pero ¿cómo sabías que teníamos un yammosk a bordo? ¡No me extraña que el yammosk te descubriera como lo hizo! Mientras yo pensaba que mi experimento estaba teniendo éxito, tú estabas llevando a cabo tu propio experimento.

Skidder no dijo nada.

Chine-kal miró a Randa.

—Tenía la impresión de que la venganza no entraba en los parámetros de los Caballeros Jedi. ¿O es que éste está dominado por el Lado Oscuro?

—No, comandante —negó Randa agitando la cabeza—. Digamos que sus compañeros y él han adoptado un enfoque más liberal en su defensa de la paz.

—En ese caso, tendré que purgarlo de parte de su odio antes de entregarlo —dijo Chine-kal mortalmente serio—. No quiero que el comandante supremo Choka reciba más de lo que espera.

El yuuzhan vong dio media vuelta y se dirigió hacia el pasillo.

—Termina sus asuntos con él, Randa —añadió sin mirar—. Es improbable que vuelvas a verlo.

Randa contempló la partida del comandante. Luego se acercó al Jedi todo lo que le permitía el campo inhibitor.

—¡Están planeando traicionarme! —susurró agriamente—. ¡Quieren ligarme al yammosk como hicieron contigo! ¡Ayúdame, Jedi! ¡Sálvame de ellos y haré todo lo que me pidas!

CAPITULO 20

Que han falsificado qué? —preguntó Han.

Los sensores auditivos de *Confuso* eran capaces de percibir hasta el más mínimo susurro, pero la pregunta, casi un grito por la perplejidad, pudo escucharse por encima del abigarrado clamor de la terminal del espacio-puerto.

Permisos de viaje de alguna clase —dijo *Confuso* distraídamente.

Conectado a un banco de datos en forma de columna, el androide volvió a acceder al torrente de información, mientras alrededor de ellos circulaban, grupos de refugiados de mil especies; pilotos, traductores y oficiales sin uniforme, en un frenesí de colores y olores.

—Por lo que puedo determinar —informó *Confuso* un instante después—, los compañeros de clan de Droma están acusados de haber falsificado documentos de tránsito que han permitido a varios cientos de exiliados, incluidos treinta y siete ryn que se encontraban en el Campo 17, partir hacia Ruan a bordo de un transporte comercial.

Han se pasó la mano por la cara en un gesto de fastidio. *¡Partir!* Droma y él habían llegado demasiado tarde. Los ryn no estaban allí, pero Droma estaba arrestado... por ser un ryn.

—Intenta averiguar el nombre de la nave.

Confuso hizo algunos ajustes en el regulador de la conexión.

—La nave se llama *Treveen* —anunció como si leyera la pantalla, cuando en realidad los datos entraban directamente en su procesador neural—. Está registrada en Nar Shaddaa.

Han gruñó antes de apretar los labios. Quizá no se trataba de los hombres de Tholatin. Transportar refugiados también era un negocio legal y seguro al que se dedicaba toda clase de grupos. El *Treveen* bien podía pertenecer a uno de ellos, aunque estuviera registrado en el sector espacial hutt. Los ryn probablemente se habían unido a un grupo de refugiados desesperados y tuvieron que recurrir a la falsificación para asegurarse el embarque.

—¿Por qué se preocupa Salliche de un grupo de refugiados que viajan con documentos falsificados? —preguntó por fin—. La idea es conseguir recolocarlos a todos, ¿no?

Confuso dividía su atención entre Han y el veloz flujo de datos.

—Aunque Salliche Ag ha redoblado sus esfuerzos para que los refugiados llegados a Ruan permanezcan en este mundo, normalmente la compañía no exigiría castigo por una infracción así. No obstante, en este caso, los ryn no sólo

están acusados de falsificación, sino también de conspiración. Al parecer, el capitán y la tripulación del *Treveen* ya eran sospechosos de fraude. Durante los últimos meses, en lugar de cumplir con su obligación de ofrecer transporte a otros mundos seguros, se han dedicado a abandonar a sus pasajeros en destinos que no eran los prometidos.

Refunfuñando para sí mismo, Han trazaba círculos por el ya rayado suelo. El jefe de seguridad de Tholatin les había dicho que los refugiados eran abandonados muy a menudo en aquellos mundos que iban a sufrir un ataque de los yuuzhan vong, lo cual significaba que los compañeros de clan de Droma podían haber saltado de la sartén al fuego sin saberlo.

—Busca si el *Treveen* informó de su plan de vuelo al control de Ruan. El androide se puso a la tarea.

—Sí, aquí está —dijo con los fotorreceptores brillando—. El *Treveen* se dirige a Abregado-rae.

Las cejas de Han se alzaron por la sorpresa. Abregado-rae, otro mundo del Núcleo, podía ser un destino, aunque fuera temporal, más apetecible que Ruan, pero, desde el punto de vista de los yuuzhan vong, el planeta tenía menos valor estratégico que Gyndine o Tynna.

—Qué extraño —exclamó *Confuso* de repente.

—¿Qué? ¿Qué es extraño?

El androide se volvió hacia él y lo miró fijamente.

—Una anotación añadida al plan de vuelo señala que el salto hiperespacial del *Treveen* no parecía enfocado a un destino del Borde como Abregadora, sino a un planeta de la Ruta Comercial de Rimma... quizás Thyferra o Yag'dhul.

Han meditó la noticia. Yag'dhul, el tempestuoso mundo de los exoesqueléticos givin, tenía menos sentido incluso que Abregado-rae. Pero Thyferra, la principal fuente de bacta de toda la galaxia, parecía ser tanto un destino tentador como un objetivo potencial, por bien defendido que estuviera.

Reanudó su paseo nervioso. Si partía de inmediato hacia Thyferra tenía una buena oportunidad de encontrar a los compañeros de clan de Droma antes de que los yuuzhan vong atacasen ese mundo, pero no sabía lo que podía ocurrirle a Droma durante su ausencia. En cambio, quedándose en Ruan para intentar liberar a Droma, arriesgaba la vida de los treinta y siete ryn perdidos.

—Thyferra parece infinitamente más adecuado que Yag'Dhul —señaló *Confuso* casualmente.

—¿No dijiste que desde tu activación en Fondor no te habías movido de Ruan?

—preguntó Han desconfiado.

—Cierto..., por todo lo que sé. Aunque a veces me pregunto si no habré viajado

más de lo que mi memoria electrónica registra.

Han entrecerró los ojos.

—¿Estás seguro de que no estudiaste el funcionamiento de los androides de guerra con un ruuriano llamado Skynx?

—Casi seguro.

—"Casi" —bufó Han—. Para ser un androide obrero, eres bastante bueno buscando datos.

—Ah, eso tiene una explicación muy sencilla —admitió *Confuso*—. Antes de que fuera nombrado taxista, trabajé en la sede central de Shaquille Ag, supervisando la redistribución de los androides retirados de los trabajos agrícolas.

—Trabajo de escritorio.

—En realidad no, dado que realizaba la mayoría de mis tareas de pie —hizo una breve pausa antes de seguir—. Señor, si desea liberar a su socio de la prisión, podría serle de ayuda.

—No es mi socio —cortó Han.

—Su compañero de viaje, entonces.

Han estudió pensativamente al androide un segundo; después, suspiró ostensiblemente.

—De acuerdo, te escucho.

Confuso no respondió inmediatamente, y, cuando lo hizo, había una nota de gravedad en su voz que no estaba antes.

—¿Puedo confiar en que mantendrá en secreto todo lo que estoy a punto de decirle o mostrarle, al margen de la decisión que tome respecto al ryn?

Han no disimuló su risa.

—¿Y eres un androide obrero...? Y un cuerno.

—¿Tengo su palabra, señor?

—Claro —aceptó Han—. Soy genial guardando secretos —vio cómo *Confuso* hacía otro ajuste al regulador de conexión—. ¿Qué haces ahora?

—Sólo aviso a algunos de mis camaradas de que vamos a reunirnos con ellos.
—*Confuso* se desconectó de la columna de datos y empezó a moverse, pero se detuvo casi de inmediato—. Si tiene la bondad de seguirme, señor...

Se deslizaron a través de una puerta de aspecto inocuo situada en el muro este de la terminal del espaciopuerto tan subrepticamente como les fue posible, y subieron a un ascensor operado con cables con el que atravesaron varios sótanos y subsótanos. Al salir del ascensor, *Confuso* guió a Han entre varias

plantas llenas de ensordecedoras turbinas, por un laberinto de pasillos situados bajo las plataformas de aterrizaje y las bodegas de atraque del espaciopuerto. Por el camino se les unieron otros dos androides: un operador 8D8 de altos hornos, larguirucho y vagamente humanoide, y un androide de sistemas de control con aspecto arácnido propulsado por un juego de piernas telescópicas. Finalmente, entraron en un almacén provisto de sólidas puertas y apenas iluminado, en el que se encontraban no menos de treinta androides de diversos modelos.

Examinando las máquinas, Han descubrió una vieja unidad P2, con brazos rematados en garras y que surgían de su cabeza abovedada; un androide de protocolo militar con la cabeza en forma de casco; un U2C1 doméstico, con largas mangueras plegadas como brazos; un áspid cuya cabeza parecía la máscara de un soldador; un obrero J9 de ojos insectoides; dos C2-R4 con cintas rodantes como los tanques y cuerpos en forma de barril; incluso un esquelético Cybot LE de reparaciones ya obsoleto.

Han se sintió como si hubiera sido tragado por un rondador de arena jawa, pero se lo guardó para él.

Unos momentos de relampagueante código máquina fue todo lo que tardó *Confuso* en poner al día a los demás de los problemas de Han. Entre el parloteo posterior, Han creyó oír la palabra "ryn"..., al menos en la forma en que la articulaban las máquinas. Cabezas y sensores de todo tipo y color fueron girando poco a poco hasta quedar fijos en él.

Ligeramente nervioso, Han dejó escapar una breve risa.

—Hace mucho que no hablo androide, amigos.

Confuso se disculpó por todos.

—A veces olvidamos que la velocidad de los cerebros orgánicos es mucho menor que la de nuestros procesadores.

—No intentes venderme la moto —Han frunció el ceño—. Cuéntame en qué me he metido.

Confuso gesticuló hacia el androide de control de sistemas que se había unido a ellos en los túneles de mantenimiento.

—Pip ha conseguido localizar a Droma. Como suponía, no está retenido en el Campo 17, sino en el cuartel general de Salliche Ag, donde será acusado y sentenciado —el androide hizo una pausa para escuchar los gorgoteos de la unidad P2—. Si lo declaran culpable de conspiración, la pena mínima serán cinco años de trabajos forzados.

El androide de control de sistemas se asentó en sus muchas piernas y proyectó el holograma ligeramente azulado de un extenso complejo construido en la ladera de una colina que se erguía frente a una extensión casi infinita de

campos cultivados.

—La zona donde mantienen actualmente a Droma está prohibida a los androides —siguió *Confuso*—, pero un humano como tú no debería tener ningún problema en llegar hasta él.

Una parte iluminada del holograma se amplió hasta centrarse en la colina, donde un sistema de piscinas de contención y acueductos dirigían el agua hacia un laberinto de profundos canales de irrigación.

—¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Simplemente entrar ahí y llevármelo? —preguntó Han.

Confuso trino a Pip, que inmediatamente desplegó hologramas de uniformes y placas de identidad, algunos de los cuales tenían el logotipo corporativo de Salliche Ag.

—Podemos proporcionarle la ropa y documentación necesarias —explicó *Confuso*—, además de mapas y todo lo que necesite para familiarizarse con la distribución del cuartel general y su entorno más próximo. También podemos proporcionarle pases para los dispositivos de seguridad, aunque tendrá que encargarse de persuadir a los seres de carne y hueso con los que entre en contacto de que usted es realmente quien dicen sus credenciales.

También será su responsabilidad localizar y rescatar Droma, y huir con él por cualquier ruta que elijan tomar.

Han rodeó la proyección holográfica rascándose la barbilla.

—Necesitaría un arma que pudiera llevar oculta.

—Podemos proporcionarle un arma.

—No quisiera parecer desagradecido, pero tengo la sensación de que no estáis haciendo esto para mostrar que vuestra programación incluye la bondad. ¿Dónde está el truco?

Los androides pitaron y zumbaron unos segundos.

—A cambio de nuestra ayuda —explicó *Confuso*—, quisiéramos pedir algo. —Nuevos hologramas flotaron en el aire, mostrando vistas detalladas del interior del edificio principal—. En un cuarto del quinto nivel del ala este se encuentran los controles principales de un sistema de emisores/receptores que sirve para monitorizar los varios miles de androides obreros del distrito..., androides equipados con sensores de desconexión que pueden activarse por control remoto.

Han estudió el holo de los controles principales.

—Así que ese transmisor funciona como una especie de control remoto que activa y desactiva a los androides.

—Podría describirse así.

Han sonrió abiertamente.

—Y quieres que lo desactive.

—Podría usarse la palabra "sabotaje" —aclaró *Confuso*.

—Si podéis hacer que yo pase los escáneres de seguridad del edificio, ¿por qué no lo hacéis vosotros mismos?

—El transmisor es autosuficiente, y el ala este sólo es accesible a los seres de carne y hueso. Para entrar hay que pasar por un escaneado de la palma de la mano...

—Que vosotros podéis proporcionarme —acabó Han, deseando que Droma estuviera allí para escucharlo. Dejó de estudiar los controles holográficos—. ¿No se necesita algún código para desconectar el sistema?

—Como nunca hemos podido acceder al transmisor, creemos que el trauma causado por un golpe es el curso de acción más eficaz. Sin embargo, le proporcionaremos una tarjeta electrónica con un virus incorporado que cumplirá el mismo fin.

—¿Qué pasará entonces?

—Con el transmisor anulado, los miles de androides desactivados por Salliche Ag podrán escapar de su confinamiento.

Han paseó la mirada de androide en androide.

—Permitidme aclarar una cosa —dijo en medio de un silencio escalofriante—. Salliche tiene un montón de androides congelados... ¿Por qué?

—Salliche Ag ha hecho creer a todo el mundo que empleando seres de carne y hueso puede publicitar sus productos como "recogidos a mano". Pero la verdad es que la compañía está dejando de utilizar androides para satisfacer las tendencias anti-máquina de los yuuzhan vong. Cuando los invasores lleguen al Núcleo, el regalo de bienvenida de Ruan será decenas de miles de androides desactivados.

Han tragó saliva con dificultad. La tripulación del *Treves* había seleccionado Ruan porque los agentes de los yuuzhan vong ya habían estado allí.

—Sabéis que apagar el transmisor hará que resuenen todas las alarmas del complejo —advirtió.

—Sí, pero podemos silenciar a la mayoría —aseguró *Confuso*—. Es más, muchos de nuestros camaradas desactivados se almacenan en el propio complejo. Una vez se reactiven, podremos abrir las cámaras donde se encuentran. La confusión ayudará a que puedan escapar.

—Sí, y Droma y yo pasaremos desapercibidos en medio de una desbandada de

androides reactivados —susurró Han—. Pero ¿qué le impedirá a Salliche reparar el sistema y volver a desactivar a todos los androides que hayan despertado?

—Podemos extraer los sensores de control remoto de la mayoría en un tiempo mínimo..., como ya hemos hecho con todos los que estamos aquí.

—¿Y Salliche no se ha dado cuenta?

—Todos los androides de Ruan tienen programada una fecha de desactivación —explicó *Confuso*—. Para mantener el engaño, muchos de nosotros nos hemos sometido a una desactivación voluntaria mientras planeábamos nuestro sabotaje.

—¿Todo eso no va en contra de vuestra programación o algo así?

—Nuestros programas inhibidores impiden que tomemos acciones directas contra los seres vivos, pero se nos permite, incluso se nos anima, a tomar medidas autoprotectoras. Sólo esperábamos la llegada de un ser de carne y hueso que pudiera y quisiera ayudarnos.

Han alzó las manos.

—Eh, eh, no tan rápido. Quiero decir, supongamos que decido seguir adelante y que, de repente, Ruan se encuentra con un par de miles de androides que no pueden ser desactivados por control remoto. ¿Creéis que eso impedirá que Salliche os cace uno a uno y os coloque un circuito restrictivo en vuestros plastrones..., o que se limite a haceros pedazos?

—Somos conscientes del destino que nos espera —dijo *Confuso*—. Pero antes de que Salliche Ag pueda terminar con todos nosotros, tenemos intención de ejecutar y transmitir un acto de resistencia pasiva que no sólo atraerá la atención de toda la galaxia, sino que alertará a nuestros compañeros de los peligros a los que se enfrentan.

Han pensó en C-3P0 y su actual obsesión con la desactivación. Y también pensó en Droma, que le había salvado la vida en dos ocasiones. Sería más fácil rescatar al ryn acudiendo a los burócratas que administraban Ruan. Sólo tenía que revelar su verdadera identidad y decirles que Droma y él trabajaban para el Servicio de Inteligencia de la Nueva República. Pero el tiro podía salirle por la culata a causa del papel que había jugado en el asunto de Elan. Han se imaginaba al director Scaur negando cualquier conexión entre Han y el Servicio de Inteligencia. Y aunque el director respaldase sus palabras, existía la posibilidad de que Leia se enterase y acusara a Han de entrometerse en los asuntos de SELCORE. Además, rescatar a Droma aprovechándose de su posición no ayudaría a *Confuso* ni al resto de androides ruanos.

—Está bien, lo haré —accedió por fin—, pero con una condición: quiero saber adónde ha ido el *Trevec*. Y quiero informes exhaustivos sobre sus motores fónico

y térmico, sus códigos, sus coordenadas hiperespaciales y todo lo que podáis conseguir.

—Me encargaré de ello personalmente —aceptó *Confuso*.

Tomó aire y lo dejó escapar lentamente entre sus labios.

—Has dicho que Droma está en una zona a la que no tenéis acceso. ¿Cuál es?

Confuso intercambió miradas con algunos de los demás androides.

—Lo tienen en las instalaciones de mejora de productos.

—¿Mejora de productos? —repitió Han lentamente.

—Está en la fábrica de estiércol —aclaró *Confuso*.

CAPITULO 21

Hablando de equipos desastrosos... —dijo Shada D'ukal mientras trece Ala-X, Ala-A y Ala-Y modificados, muchos de ellos tan parcheados como una nave pirata, penetraban a través del campo de contención magnética de la estación orbital *Kothlis II*, rumbo al hangar de ataque de popa. Los cazas estelares habían sido escaneados nada más llegar al sector bothano, pero una unidad militar bothana se apresuró a comprobar su documentación y efectuar una revisión completa en cuanto aterrizaron en cubierta.

Talon Karrde y el ex guardia sombra Mitryl originario de Wmberlene contemplaban el sobrecargado hangar desde una galería de observación. Shada llevaba un equipo de elastex negro y Karrde un traje entallado que le daba más aspecto de agente de seguros que de patrón del otro.

—Es una lástima que no vieras el escuadrón de Kyp hace un año —dijo Karrde—. Por aquel entonces tenía dos XJ recién llegados de Incoen y un par de Ala-B casi immaculados.

—Eso me han contado —replicó Shada sin apartar sus ojos de los cazas estelares.

—Kyp los llamaba La Docena de Vengadores más Dos, en contra de la opinión de Skywalker. Kyp los llevó al Borde Exterior para enfrentarse con piratas y contrabandistas, y meter la nariz donde le apetecía sin que Coruscant moviera ni un dedo.

—¿La Docena más Dos? —repitió Shada interrogante.

—Kyp y Miko Reglia, su aprendiz de Jedi por entonces.

—Debí suponerlo.

—Les gustaba frecuentar Dubrillion. Varios miembros del escuadrón tenían el récord de los TIE modificados que Calrissian compró para su carrera de obstáculos de asteroides... al menos, hasta que Jaina Solo les demostró todo el partido que se podía sacar a esas máquinas. —Karrde rió, sobre todo para sí mismo—. Pero reconozco que Kyp daba espectáculo. Hacía que Los Vengadores realizasen unas maniobras espectaculares al aterrizar o al despegar, y a veces parecía el director de una orquesta perfectamente sincronizada. Entonces, pasó lo de Helska.

Shada se volvió ligeramente en dirección a Karrde.

—¿Kyp los perdió a todos?

—Fue el primer encuentro entre los cazas estelares y los coralitas yuuzhan vong... Bueno, el primero del que tenemos noticia. Los Vengadores no tenían ni la más mínima idea de a qué se enfrentaban. Reglia fue capturado pero, según

parece, murió más tarde, mientras intentaba escapar. Shada volvió a contemplar el hangar de atraque.

—¿Dónde se supone que encontró Kyp reemplazos?

—La mayoría son veteranos de una u otra guerra. Algunos se dedicaban a misiones de rescate, incluso en mundos ocupados, e hicieron méritos ante la Nueva República derribando naves yuuzhan vong. Kyp los convenció de que serían más útiles si se unían y formaban una unidad, y así consiguió recuperar a sus Vengadores.

—Pero no están reconocidos por el ejército.

—Están considerados una unidad de apoyo —explicó Karrde agitando la cabeza—. Para tranquilizar a Skywalker y a los militares, Kyp prescindió del nombre de Vengadores y ahora se hacen llamar La Docena de Kyp. —Miró a Shada—. Vamos a saludarlos.

Cuando Karrde y Shada llegaron a la bodega, Kyp, Ganner Rhysode y los doce miembros del escuadrón de Kyp se agrupaban junto al Ala-Y modificado que copilotaba Ganner. Los morros de algunos de los demás cazas llevaban grabadas las marcas de las tormentas de meteoritos lanzadas contra ellos por los coralitas.

Al ver a Karrde y a Shada, los dos Jedi salieron a su encuentro.

—Un lugar muy extraño para una cita, Karrde —saludó Kyp—. La mitad de la Quinta Flota está concentrada entre Bothawui y esta estación. Hemos tenido suerte de no haber sido enviados a Kothlis.

—No quería confiar a los canales normales lo que os tengo que decir —explicó Karrde—. En cuanto a la flota, los bothanos no quieren correr ningún riesgo..., aunque la situación ha cambiado desde nuestra visita a Ryloth.

—¿Cambiado? ¿En qué sentido? —se interesó Kyp.

Karrde hizo un gesto con la cabeza en dirección a la galería de observación.

—Vamos a mi despacho.

Kyp ordenó a sus hombres que permanecieran junto a sus naves. Después, Ganner y él siguieron a Karrde y Shada hasta un turboascensor que los llevó hasta la plataforma superior. Nadie habló hasta que llegaron a la galería, donde reunieron cuatro sillas y se sentaron.

—Los hutt han vuelto a enviar especia a Bothawui y Kothlis —empezó Karrde—. Con tantas patrullas no consiguen colar muchos embarques, pero eso es irrelevante.

—¿También están enviando cargamentos a Corellia? —se interesó Ganner.

—Todavía no.

Kyp frunció el ceño, desconcertado.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí la flota y no ha ido a Corellia? Por lo que he oído, el sector corelliano está a punto de sublevarse.

—No sé por qué —admitió Karrde—. Parece que no todo el mundo está dispuesto a admitir la exactitud de los informes que les presentamos.

—Fey'lya —dijo Kyp.

—Y otros del Consejo Asesor. Pero la especia no tiene nada que ver con lo que he pensado para ti —Karrde hizo una breve pausa—. ¿Consideras que las misiones de rescate no son tarea Jedi? Lo pregunto porque no quiero ser responsable de más desavenencias entre Skywalker y vosotros.

—No hay desavenencias —aseguró Kyp con firmeza—. No vemos las cosas desde el mismo punto de vista, pero no hay desavenencias. Luke aprobó mi venida aquí.

—Eso es bueno, porque no estoy muy seguro de querer pasarle esta información al Escuadrón Pícaro. Aunque Jaina Solo vuela con ellos, tendría que dar demasiadas explicaciones. —Los ojos de Karrde se estrecharon mientras evaluaba a los dos Jedi—. ¿Wurth Skidder sigue desaparecido?

—Sí —admitió Ganner.

—¿Ningún otro Jedi?

—¿Qué sabes, Karrde? —exigió Kyp impaciente.

—La información viene directamente de Crev Bombaasa, así que supongo que es fiable. Los yuuzhan vong tienen a un Jedi a bordo de una nave que se dirige a Kalarba. La nave también lleva un Coordinador Bélico, así que es muy posible que vaya muy bien armada o viaje con escolta.

—Kalarba —repitió Kyp pensativo—. Por eso nos has citado aquí. Estamos a un salto de distancia.

—Tendréis que actuar rápidamente. Skidder va a ser trasladado a otra nave y dejado a cargo de uno de sus principales comandantes. Si lo consiguen, nuestras posibilidades de rescatarlo serán prácticamente nulas.

Ganner apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Gracias por contar con nosotros, Karrde.

—Aseguraos de que Skywalker no se opone —dijo Karrde poniéndose en pie.

Kyp saludó marcialmente.

—Los rescates están autorizados.

—oOOoo—

Varios miles de manifestantes, la mayoría drall y humanos pero mezclados con algunos selonianos, se concentraban tras las majestuosas puertas que una vez le permitieron a la gobernadora general Marcha de Mastigophorous mantener un enclave tranquilo en esa parte de Drall. Escuadrones del Servicio de Seguridad Pública reforzaban la cerca que rodeaba la finca, aunque la verdad era que cualquier drall decidido podría abrirse camino al interior.

Desde una ventana redonda de la sala de estar que dominaba la parte delantera de la finca, Jacen estudió con sus electrobinoculares algunos de los carteles que enarbolaba la vociferante muchedumbre.

—"Jedi belicistas" —leyó en voz alta—, "Siervos del Lado Oscuro", "Corellia vivirá para ver morir a Coruscant"... —Bajó los prismáticos y se volvió hacia su hermano más joven—. Éste te gustará, Anakin: "Familia Solo, vete a casa" —se mordió el labio inferior y agitó la cabeza—. Ya verás cuando papá se entere de esto.

El transbordador que había llevado a Anakin y Jacen hasta Drall estaba aparcado en una superficie de permeocemento situada tras la blanca mansión semiesférica de Marcha, cerca del río. Más allá, una manta de césped se extendía hasta los límites de un exuberante bosque. Sirvientes androides se mantenían ocupados dentro y fuera de la mansión, arreglando los setos que delimitaban los muros de ladrillo de la propiedad y haciendo pequeños ajustes a la fuente del vestíbulo principal.

—No sé a quién se le ha ocurrido hacer una escala aquí antes de seguir hasta la estación *Centralia* —dijo Marcha mientras servía pedazos de pastel casero color castaño oscuro decorado con nueces vweliu—, pero esto no es nada personal contra vosotros, la mayoría de esa gente hace un mes que está ahí fuera. En Coronet y algunos mundos de los Bordes Exteriores las cosas están todavía peor. Y en Talus y Tralus, la Federación de los Mundos Dobles ha formado recientemente una coalición con los arqueólogos para intentar que la Nueva República se retire de *Centralia*.

—El Partido Pro-Centralia —dijo Ebrihim, el sobrino de Marcha, mientras cogía un pedazo del pastel—. Extremistas que utilizan a su antojo la retórica de la vieja Tríada Sacorriana.

Cerca, Q9-X2, el androide astromecánico de Ebrihim, con su cabeza negra azabache en forma de bala, seguía atento cada palabra. Cuando hablaba, solía mostrar una alta opinión de sí mismo.

—Como este sistema lo integran mundos capturados por la estación *Centralia* y situados en órbita alrededor de Corellia —dijo Marcha—, el partido pretende aumentar su representación en el nuevo Senado de la República.

—Los líderes del partido creen que, con cinco votos en lugar de uno —añadió Ebrihim—, podrían impedir que Coruscant controle *Centralia*.

Bípedos, fornidos y con un suave pelaje; Ebrihim y Marcha tenían garras en los pies, hocicos con largos bigotes y pequeñas orejas en la parte superior de la cabeza. Como la mayoría de los drall, eran inteligentes y honrados, aunque a veces enloquecedoramente quisquillosos. Pero allí donde la edad había atemperado la tendencia de Ebrihim a pontificar, Marcha, algunos años mayor que Ebrihim, tenía la misma confianza en sí misma que recordaba Jacen de la crisis de la estación *Centralia*, casi ocho años atrás.

Lo que empezó siendo unas simples vacaciones familiares acabó siendo una rebelión cuando la Tríada Sacorriana, utilizando el increíble poder de la estación *Centralia*, intentó obligar a la Nueva República a conceder autonomía al sector. Ebrihim, contratado por Leia como tutor de Jacen, Jaina y Anakin, había terminado rescatándolos y llevándoselos de Corellia a Drall, donde Marcha no sólo les brindó refugio, sino que los llevó al repulsor planetario que Anakin empleó para frustrar los planes de la Tríada.

—¿No pudisteis impedir que la Nueva República se apoderase de *Centralia*? —preguntó Jacen.

—Soy una representante política, Jacen —explicó amablemente Marcha—. Dado que gran parte de mi propio personal se volvió en mi contra por no tomar una posición más firme, probablemente habría sido más inteligente desafiar los actos de Coruscant, o al menos denunciarlos. Pero sin el respaldo de vuestra madre, Borsk Fey'lya se habría limitado a echarme de mi despacho, y los militares se hubieran apoderado igualmente de *Centralia*.

Anakin frunció el ceño, confuso.

—Cualquiera de los repulsores enterrados en Corellia, Drall, Selonía o los Mundos Dobles es capaz de detener el ataque de toda una flota de naves estelares. Y con *Centralia* reactivada, Corellia podrá defenderse tan bien como cualquier sistema de la Nueva República... Coruscant incluido. Así que no veo por qué todo el mundo protesta contra lo que intentamos hacer.

Marcha y Ebrihim intercambiaron una mirada de inteligencia.

—Me temo que no te lo han explicado todo, Anakin —dijo su ex tutor—. Tienes la impresión de que te han llamado para contribuir a la defensa de Corellia, cuando la verdad es que la reactivación de la estación *Centralia* es una postura más ofensiva que defensiva.

—Sabía que tramaban algo —estalló Jacen.

—La baja gravedad de Drall está afectando la cabeza de Jacen —dijo Anakin forzando una sonrisa—. Está convencido de que nuestra misión afectará al equilibrio de la Fuerza o algo así.

—No andas muy desencaminado, Anakin —replicó Jacen ardiendo por dentro.

—Tú eres quien anda desencaminado. Cualquier cosa que sirva para detener

a los yuuzhan vong tendrá la Fuerza de su lado.

—¿Qué os pasa, chicos? —interrumpió Marcha—. Antes no solíais discutir.

—No estamos de acuerdo sobre esta misión —explicó Jacen mirando fijamente a su hermano pequeño.

—Entre otras cosas —añadió Anakin en voz baja.

—Anakin, ya has oído lo que ha dicho Ebrihim hace un momento —Jacen señaló al drall—. Esto tiene que ver con adoptar una actitud ofensiva. Y fuiste tú mismo el que describiste *Centralia* como el sable láser de Corellia.

—Lo cual significa que puede utilizarse para parar un golpe o asestarlo. Todo depende de quién lo empuñe.

—¿Y también significa que te negarás a ayudar si descubres que piensan usar *Centralia* para lanzar un ataque?

—Significa que quiero escuchar los argumentos a favor y en contra —Anakin se volvió hacia Ebrihim—. ¿Existe alguna prueba de que la Nueva República planea utilizar a *Centralia* como arma y no como escudo?

Ebrihim meditó largamente su respuesta.

—El problema, tal como yo lo veo, y como tú mismo has señalado, es que *Centralia* tiene capacidad para ser utilizada de ambas formas. Aunque hoy la utilicen como escudo, no hay garantía de que mañana no se emplee como un arma. Pero esa dualidad no es la razón de las protestas. La causa es más profunda.

—¿Cuánto recuerdas de lo que intentó hacer la Tríada durante la crisis? —preguntó Marcha.

—En realidad no recuerdo casi nada —confesó Anakin—. Sé que utilizaron *Centralia* para crear un amplio sistema de campos de contención capaz de mantener atrapados a los rehenes al tiempo que impedía su rescate.

—Tenemos la fuerte sospecha de que la Nueva República intentará hacer lo mismo

—asintió Ebrihim—. Ya ves, esta operación no se basa en utilizar *Centralia* para proteger Corellia, sino en usarla para atrapar a la flota yuuzhan vong y que su campo de contención sirva de campo de batalla.

—¡Oh, maldita sea! —gimió Jacen—. No me extraña que Corellia tenga ganas de rebelarse.

Anakin paseó la mirada de Jacen a Ebrihim.

—Has hablado de "sospecha"...

—Exacto. No podemos saber todo lo que ocurre en el interior de *Centralia*, y

mucho menos en el interior de las mentes del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa. Lo que sabemos es lo siguiente: a pesar de que la flota de los yuuzhan vong está concentrada muy cerca de Corellia, el sistema está prácticamente indefenso. Oh, sí, la Nueva República ha enviado tres defensores estelares clase Estridente a Corellia, y la flotilla que ha estado protegiendo Duro está cerca de los sistemas exteriores, pero todos sabemos que su potencia de fuego es insuficiente en caso de un ataque masivo.

—Que es precisamente lo que las Fuerzas de Defensa quieren que crean los yuuzhan vong —agregó Marcha.

—Nuestra vulnerabilidad es el cebo para atraer aquí a los invasores e incitarlos a atacar —dijo Ebrihim—. Entonces, cuando *Centralia* tenga inmovilizada su flota, las naves de la Nueva República desplegadas en Bothawui, Kuat y otros mundos darán un salto hiperespacial para presentarles batalla.

La frente de Anakin se arrugó de preocupación.

—¿Cómo esperan penetrar las Fuerzas de Defensa en el campo de contención que mantendrá a raya a la flota yuuzhan vong?

—Equipando sus naves con la misma hiperonda inercial que usaron los bakuranos durante la crisis —explicó Ebrihim—. Anakin, tienes que entender que esta operación se puso en marcha hace bastante tiempo.

Marcha lo confirmó con una inclinación de cabeza.

—No importa cuánto saben los manifestantes de todo esto, o incluso el Partido Pro-Centralia. Ellos se limitan a reaccionar ante el hecho de que Coruscant los ha dejado indefensos y de que piensa reactivar *Centralia* sin incluir a los ciudadanos corellianos en la ecuación.

Anakin meditó unos instantes, antes de mirar a Marcha.

—Haces que parezca que todo está ya decidido. Y, si es así, no entiendo para qué me necesitan.

—Ojalá fuera así —sonrió Marcha—. Pero lo cierto es que el éxito de esa estrategia depende muy mucho de ti.

Ebrihim se explicó.

—Las Fuerzas de Defensa tienen a sus mejores hombres trabajando sin descanso para restablecer toda la red, incluidos los repulsores alojados en los Cinco Hermanos: Corellia, Drall, Selonía, Talud y Tralus. Su objetivo es enlazar los cinco repulsores planetarios con la propia *Centralia* para dotarla de más poder y alcance del que ya obtiene absorbiendo la energía gravitatoria de los Mundos Dobles. Teóricamente, la estación será capaz de crear campos de contención dondequiera que lo deseen el almirante Sovv y los demás. *Centralia* también tendrá la posibilidad de alterar las órbitas o la situación de planetas

distantes, o provocar la explosión de soles, como ya ocurrió dos veces durante la crisis.

—Pero los científicos todavía no han podido ver cumplidas sus ambiciones — enfatizó Marcha—. Tal como pasó durante la crisis, los misterios de *Centralia* siguen ocultos para todos los investigadores. La estación sigue siendo imprevisible e inestable, y a estas alturas nadie está seguro de poder recrear un campo de contención como el que necesitan, y mucho menos convertir una estrella distante en nova.

—Y aquí es donde entras tú en el plan, Anakin, porque muchos de los científicos están convencidos de que el sistema todavía lleva la impronta que dejaste aquí, en el repulsor de Drall, y que sólo tú puedes sincronizar toda la red.

—Hace ocho años fuiste el responsable de la desactivación de *Centralia* — insistió Ebrihim—. Puede que ahora seas el único en poder reactivarla. La preocupación chispeó en los ojos de Anakin.

—Jacen se dio cuenta desde el principio, pero... —los miró a todos uno por uno—. No es que no me fíe de lo que me habéis dicho, pero tengo que ir a *Centralia* y comprobarlo por mí mismo. Quizá sea capaz de reactivarla únicamente como escudo. De esa forma, Corellia, Drall y el resto de planetas podrán al menos protegerse de un ataque, al margen de los planes de las Fuerzas de Defensa o de cualquiera otro.

Marcha sonrió tristemente.

—Quizá seas capaz de hacer lo que dices, Anakin, pero una advertencia antes de que partáis: cuando los repulsores y la estación estén reactivados, Coruscant no tendrá más remedio que recurrir a muchos de los que se vieron directamente involucrados en la crisis.

—Te refieres a la Tríada Sacorriana —dijo Anakin.

—Y a muchos otros que jugaron un papel importante en aquellos acontecimientos —añadió Ebrihim.

Marcha miró a Anakin y a Jacen.

—¡Así es, chicos! Puede que lo que encontréis en *Centralia* no os guste. Tened cuidado y pensad muy bien antes de aceptar lo que os propongan.

CAPITULO 22

Tenemos un inspector de Comestibles y Curtidos —anunció por su comunicador el centinela de la entrada a la sede principal de Salliche Ag—. Humano. Sí, ya le he dicho que la semana pasada se presentaron otros tipos de la ACC, pero insiste en que lo han enviado a hacer una inspección. Sí, toda su documentación está en regla.

Con el pelo y la barba teñidos de negro y una gorra calada hasta las cejas, Han se mostraba indiferente mientras esperaba fuera de la caseta de seguridad. *Confuso*, que lo había llevado hasta la verja, le aseguró que el traje verde pálido era el habitual de los inspectores de la Administración de Comestibles y Curtidos, y el corpulento centinela humano había examinado la tarjeta de identidad con la indiferencia de quien ha visto centenares.

—¿Qué zonas le interesa ver? —preguntó el hombre de repente.

—Divulgar esa información minaría la naturaleza de mi inspección —respondió Han dibujando una sonrisa oficial.

El centinela frunció el entrecejo.

—No quiere decírmelo —susurró en el micrófono del comunicador—. Dice que estropearía la sorpresa. No, yo tampoco me he reído. De acuerdo, lo retendré hasta que llegue —apagó el comunicador y devolvió la tarjeta a Han—. Espera un momento, amigo. Una escolta vendrá a recogerlo.

El hombre con ropa informal, que llegó unos momentos después en un deslizador de cuatro asientos, era todavía más musculoso que el centinela y tenía el mismo aspecto de granjero quemado por el sol. Ambos eran lo más opuesto posible al aristocrático Harbrights que regía la corporación Salliche Ag y que aparentemente intentaba aliarse con los yuuzhan vong. El escolta estrechó la mano de Han mientras éste, con un maletín metálico en la mano derecha, se acercaba al deslizador.

—Me sorprende que no te hayan retirado ya, anciano —comentó. Una etiqueta de identificación cosida al bolsillo de su camisa lo identificaba como Bow.

Era mucho esperar del tinte para el pelo, pensó Han mientras subía al asiento trasero del deslizador.

—Con suerte, será una de mis últimas inspecciones.

—Salliche nunca ha tenido problemas con vosotros, ¿sabes? —dijo Bow sin dejar de mover el palillo que llevaba entre los dientes—. Pagamos un buen dinero para asegurarnos.

—No sé nada de eso —negó Han pestañeando nerviosamente—. Me limito a cumplir con mis órdenes.

—Vale, pero asegúrate de hacerlo deprisa. No tengo todo el día. Han forzó una risa nerviosa.

—Te aseguro que tengo más ganas que tú de acabar con todo esto.

Se pusieron en marcha, pero apenas habían recorrido unos metros cuando el hombre de Salliche paró el deslizador junto a un enorme mapa. Bow se giró con cierta dificultad en el asiento delantero para encarar a Han.

—¿Dónde quieres ir primero? Podemos coger muestras de un par de campos cercanos... ¿o quieres analizar muestras aleatorias de lo que ya se ha cosechado?

—Señaló hacia el norte—. En caso de que estés interesado en los procedimientos de descontaminación de los contenedores, la zona de empaquetado está por allí.

Han fingió estudiar el mapa y dijo:

—¿Y si empezamos por las mejoras del producto?

Bow frunció sus espejas cejas.

—Estás de broma...

—¿Algún problema? —preguntó Han aclarándose la garganta.

—No, ninguno. Sólo espero que la ACC te pague un buen sueldo.

El deslizador se lanzó por carreteras estrechas y polvorientas, muchas de las cuales serpenteaban a través de campos de mijo a la espera de ser recolectado. Altas como árboles, las espigas abarrotadas de grano formaban empalizadas a ambos lados del camino. La nariz de Han le advirtió que se acercaban a las plantas de fertilizante mucho antes de ver un cartel anunciando las instalaciones de mejoras del producto. En otro control le entregaron un traje de paracaidista desechable y un casco con respirador cuya placa facial estaba tintada. Equipado de forma similar, Bow lo condujo hasta un almacén enorme de techo plano, cuya zona de carga estaba atestada de banthas, rontos y otras bestias de carga que esperaban recibir sus paquetes de fertilizante.

Confuso ya le había explicado que, para complacer la fobia antitecnológica de los invasores, la compañía estaba en pleno proceso de cambio: pasando de producir nutrientes mediante máquinas a producirlos utilizando seres vivientes. Así que Han no se sorprendió tanto como lo hubiera hecho normalmente al ver miles de cangrebuches, wingles y nistábulos modificados genéticamente para ser mudos y sin alas, alimentados a la fuerza en jaulas y perchas alineadas por todo el interior del edificio. Bajo las jaulas se abrían anchas canalizaciones llenas hasta el mismo borde con las abundantes deposiciones de las aves, que transportaban el estiércol hasta las zonas de carga donde era distribuida. En otras zonas del almacén se extendían gigantescos tanques de agua repletos de peces peste y dedoaletas procedentes de los prósperos mares de Ruan. Los peces eran pulverizados por los mazos y terminaban en las canalizaciones para servir de aditivo al fertilizante.

Dado el efecto debilitante que tenía el estiércol en algunos de los gotales, bimm y demás especies que no llevaban respiradores y cuya tarea era reunir con pala los excrementos para depositarlos en las canalizaciones, Han pudo imaginarse el hedor que se desprendía de todo aquello. Pero no podía imaginar los pecados, reales o inventados, que habían cometido los refugiados para ganarse un castigo así. Droma se encontraba entre un grupo sepultado hasta las rodillas en el estiércol de las aves y apoyado contra el asa de madera de su pala.

—Haré unas cuantas pruebas rápidas —dijo Han a Bow a través del respirador. Abrió su maletín e hizo como si extrajera uno de los equipos de pruebas que le habían proporcionado los compañeros androides de *Confuso*. Entonces, se detuvo de repente y señaló a Droma con fingida incredulidad.

—¿Eso... eso es un ryn?

El hombre de Salliche lo miró fijamente y asintió con la cabeza.

—Sí. Es nuevo aquí.

—Nuevo o no —siguió Han, mostrándose más agitado a medida que hablaba—, ¿es que nadie se da cuenta de que los ryn tienen aversión al baño y a otros hábitos higiénicos que la mayoría de los seres inteligentes consideran esenciales para una buena salud?

—¡Pero si está trabajando con estiércol!

—Eso es lo de menos. ¿Sabes que pasaría si se supiera que Salliche Ag tiene ryn trabajando en sus instalaciones?

—Sólo es uno... —empezó a decir Bow.

—Tendrán que retirarlo inmediatamente. Y exijo que le hagan una evaluación médica completa antes de permitirle volver al trabajo..., aunque sea un trabajo de este tipo.

Dejando traslucir su exasperación, Bow sacó un delgado comunicador del bolsillo de la camisa y ladró unas cuantas órdenes tras alzarse la placa facial del casco.

Han se preguntó qué haría Salliche Ag cuando tuviera que reemplazar a los comunicadores y los deslizadores si aparecían los yuuzhan vong.

—Ya está —anunció Bow a Han un segundo después—. Lo llevaremos a las instalaciones médicas del ala este —se volvió furioso hacia Droma—. ¡Ryn, deja la pala y ven aquí!

Droma miró al hombre, dejó su herramienta a un lado y se dirigió hacia ellos, sacudiendo primero una pierna, después la otra y por último la cola, en un esfuerzo por librarse de parte de la suciedad gris que se aferraba tercamente a él.

—Haga lo que haga, no lo toques —advirtió Han a Bow—. O tendrás que

someterse a las mismas pruebas que él.

Apestando a estiércol, Droma se detuvo a unos cuantos metros de distancia sin reconocer a Han tras la máscara del respirador.

—¡Riégalo con la manguera! —ordenó Bow a un obrero cercano. Han hizo una mueca cuando el chorro de agua de alta presión barrió a Droma de pies a cabeza.

—Sucias criaturas —dijo lo bastante alto como para que lo oyera el empleado de Salliche—. Siempre andan metiéndose en líos.

—Ya puedes decirlo, ya —corroboró Bow resoplando y asintiendo con la cabeza.

Bow puso unas esposas a un Droma empapado y con un aspecto desesperadamente triste y lo empujó hacia la salida del almacén. Han devolvió su respirador en el puesto de control, dejó el traje de paracaidista en un recidador y se situó en el asiento trasero del deslizador, al lado del ryn. Droma no lo miró hasta que ya estaban en marcha, y ni siquiera entonces reconoció a Han. Cuando lo hizo, sus ojos se abrieron desmesuradamente y su mandíbula le cayó sobre el pecho.

—Deprisa, por favor —gritó Han a Bow antes de que Droma lanzase una exclamación de sorpresa y lo estropease todo—. Es muy desagradable tener que compartir asiento con este... este malhechor.

—El ala este está cerca —anunció Bow por encima del hombro.

Han intercambió una mirada con Droma, pero no la repitió hasta que los tres tomaron un turboascensor y empezaron a descender hasta el Subnivel Uno, donde se encontraba el laboratorio médico. Entonces, tras una mirada de advertencia a Droma, Han sacó una pequeña pistola láser de la funda de durinio que le habían dado los androides y clavó el cañón del arma en la sien de Bow.

—Haz exactamente lo que te diga y saldrás vivo de esto —cuando el hombre asintió en un gesto mezcla de sorpresa y cólera, Han agregó—: Detén el ascensor y quédate en el rincón más lejano de la cabina. Después pásame el control remoto para abrir las esposas.

Miró brevemente a Droma y presionó el botón del ascensor que los llevaría hasta el quinto piso.

—¿Subimos? —preguntó Droma, frotándose las doloridas muñecas.

—Tengo algo que hacer —Han hizo un gesto con su barbilla señalando a Bow—. Tendrás que encargarte de él. Baja al subnivel de mantenimiento, busca cualquier armario y mételo dentro. Si te causa algún problema, dispárale. Después reúnete conmigo en el quinto piso.

Bow rechinó los dientes, pero consiguió no decir nada para que Droma no tuviera que cumplir la amenaza de Han.

Mientras ascendían, Han se quitó el mono verde pálido. Debajo llevaba un caro traje de negocios. La curiosidad de Droma era palpable.

—No hay tiempo para explicaciones —dijo Han. Pasó a Droma el mono y abrió las esposas—. Guárdalas, puede que las necesitemos luego.

Ya en el quinto piso, se colocó un guante en la mano derecha y enfiló un amplio e iluminado pasillo que conducía al cuarto del transmisor. En la mano izquierda llevaba la tarjeta con el virus que le habían dado los androides.

El escáner digital estaba alojado en un nicho junto a la puerta de la sala de control. Cuando Han presionó la mano enguantada sobre el lector, la pantalla del dispositivo lo identificó como Dees Harbright, primo del conde Borert Harbright y vicepresidente de marketing de Salliche Ag, con quien el barbudo y bien vestido Han guardaba cierto parecido. El suficiente como para que, al entrar en la sala, la media docena de técnicos casi se postraran a sus pies.

—Siéntense, por favor, siéntense —dijo en el tono más suave que pudo exhibir—. Sólo quiero echar un vistazo a nuestro sistema de desactivación. ¿Todo funciona según las previsiones?

—Este trimestre hemos desconectado y almacenado mil doscientos cincuenta androides, señor —dijo nerviosamente una mujer delgada—. Durante el mismo periodo, la División de Personal ha logrado reclutar unos tres mil refugiados, que han accedido a quedarse en Ruan como empleados.

—Espléndido, espléndido —la felicitó Han moviéndose por la sala con la tarjeta oculta en la palma de su mano izquierda. Mientras la mujer seguía recitando más estadísticas, Han dio la espalda a una unidad periférica que esperaba que ofreciera menor resistencia e insertó en ella el disco que *Confuso* le había prometido que desaparecería, literalmente, una vez cumplido su cometido.

—Esperamos tener almacenados al menos otros mil quinientos androides para el final del próximo trimestre —decía la mujer alegremente cuando los ordenadores empezaron a soltar una serie de sonidos estridentes que a Han le parecieron el equivalente mecánico a un grito de dolor.

—¡El sistema se colapsa! —gritó otro técnico con incredulidad.

Las luces de todas las estaciones de trabajo empezaron a parpadear, las pantallas se quedaron grises y los técnicos hicieron de todo, salvo tirarse de los pelos, para intentar recuperar el sistema antes de que contagiara su apagón al resto de las instalaciones. Tan desesperados eran sus esfuerzos, que Han sintió una punzada de culpabilidad..., hasta que se recordó a sí mismo que esas máquinas eran las responsables de la desactivación de miles de androides.

Su salida de la sala pasó absolutamente inadvertida gracias al creciente pánico. El pasillo estaba tan tranquilo e iluminado como lo había estado unos segundos antes, en contraste con el caos de la sala de control. Han se ajustó el cuello de la chaqueta y se dirigió al turboascensor, saludando amablemente a todos aquellos con los que se cruzaba. Cuando ya se encontraba cerca del ascensor, Droma surgió tras una columna de plástiacero que obviamente le había servido de escondite, llevaba el mono verde pálido pulcramente doblado sobre uno de sus brazos.

—Intenta no parecer tan culpable —susurró.

Han mantuvo su forzada sonrisa.

—Métete en el ascensor y ponte las esposas —le ordenó sin apenas mover los labios.

No obstante, una vez dentro, su fachada tranquila y cortés se derrumbó. Se volvió a poner rápidamente el traje de inspector, le quitó a Droma la pistola láser de las manos y se aseguró de que estuviera cargada.

—Ni siquiera pienso aventurar una suposición sobre cómo has conseguido todo esto —dijo Droma mientras se volvía a colocar las esposas.

—Vale, pero sería divertido oírla —Han metió la pistola en el bolsillo de su chaqueta—. En cuanto lleguemos al vestíbulo nos dirigiremos a la salida más cercana, ¿de acuerdo? Les haremos creer que te llevo bajo custodia.

Han se colocó frente a las puertas del ascensor. Cuando se abrieron, apenas pudo ver el vestíbulo a causa de los cientos de androides que correteaban por él intercambiando pitidos y silbidos. La mayoría se dirigía a las salidas.

—¿Por qué estaré seguro de que tienes algo que ver con todo esto? —preguntó Droma.

—Indirectamente —Han señaló la salida más cercana que no estaba absolutamente bloqueada por los androides—. Por allí.

Se abrieron paso entre la multitud y ya estaban cerca de las puertas de salida de transplástiacero cuando una voz gritó:

—¡Allí están!

Han giró en redondo sin poder evitarlo. Bow estaba señalándolo, rodeado de varios guardias de seguridad de la compañía.

—Te dije que lo encerraras! —gritó Han.

—Y lo hice —se defendió Droma—. Lo dejé en una sala llena de androides desactivados.

—No es momento para sutilezas —Han lanzó una maldición y empuñó su pistola.

Disparó unas cuantas veces sin apenas apuntar, obligando a los guardias a buscar refugio. Agachándose, Droma y él pasaron entre los androides y salieron al exterior del edificio. Han buscó el deslizador de Bow y empujó a Droma hacia él, mientras una riada de androides surgía incontenible del ala este y se dispersaba por los aparcamientos y los campos circundantes. Han se situó en el asiento del conductor y sonrió ampliamente.

—Siempre puedes confiar en los granjeros —dijo a Droma, que se había quitado las esposas y sentado en el asiento del pasajero—. Nunca cierran sus vehículos con llave.

Han conectó los repulsores del deslizador. Empuñó el volante con ambas manos y pisó el acelerador, haciendo que el deslizador girase sobre sí mismo y se lanzase hacia la carretera que tenía delante.

—No vale la pena probar la entrada principal —gritó por encima del rugido de los motores triples—. ¡Seguro que a estas alturas está cerrada! Tendremos que usar las carreteras de servicio, ¡alguna llevará hasta los sembrados que pasamos camino del Campo 17!

—Pues elige una, pero hazlo rápido —dijo Droma, mientras consultaba la pequeña pantalla de la consola situada frente al asiento del pasajero—. Tenemos siete, quizás ocho vehículos convergiendo hacia nosotros desde el norte, el este y el oeste.

Haciendo rechinar los dientes, Han estudió los altos tallos de grano que crecían a ambos lados del camino.

—¡Al diablo! ¿Quién necesita carreteras? —dijo finalmente, mientras giraba hacia el sur y se dirigía directamente hacia los campos sembrados.

—oOOOo—

El satélite que utilizaba la Sección de Seguridad de la sede principal de Salliche Ag proporcionaba una perfecta vista aérea de la persecución del deslizador. Daba la impresión de que las cámaras se encontrasen a cien metros por encima del terreno y no en órbita estacionaria, a medio camino de la luna más cercana de Ruan.

—Están destrozando esos campos de mijo —se quejó el jefe de seguridad a Bow.

El hombre rechoncho se inclinó todavía más sobre la pantalla plana. El deslizador robado trazaba larguísimas rectas, curvas precisas y giros en redondo entre el mar de grano. Ocho deslizadores más lo perseguían negociando sus propias curvas y cambios de dirección, aunque de forma mucho menos precisa.

—Un conductor excelente —comentó el jefe de seguridad mientras realizaba un *slalom* entre una hilera de viejos molinos de viento y aceleraba a través de toda

una serie de espantapájaros antes de cambiar de dirección—. Debió de ser un piloto profesional. ¿Ha sido identificado?

—No —bufó Bow—. Pero está confirmado que fue quien anuló el sistema de desactivación de androides del quinto piso.

El jefe, barrigón y con bigote, sonrió ligeramente.

—Dicen que estabas encerrado con algunos androides cuando fueron reactivados.

Bow hizo una mueca.

—Es cierto. Pero te diré algo: ninguno de esos androides abrió las puertas. Alguien con acceso al sistema las abrió en cuanto los androides despertaron.

—¿Qué clase de tipo se toma la molestia de hacerse pasar por inspector de la ACC y vicepresidente corporativo para rescatar a un ryn y liberar a un par de miles de androides?

—Un tipo con buenos contactos. El ryn fue arrestado en el Campo 17 cuando llegó con un humano buscando a sus compañeros de clan. Pero resultó que ya habían salido del planeta falsificando un permiso de embarque.

—Quizá fue algo deliberado..., quiero decir, que apareciera el ryn y que se dejase arrestar.

—Imposible, el ryn no podía saber que lo traeríamos aquí. Además, no pudo añadir nada a lo que su compañero ya sabía antes de aparecer en la entrada principal. Tenemos gente revisando los controles del espaciopuerto para saber cómo y cuándo llegaron a este planeta, pero algo interfiere con el acceso a los bancos de datos de inmigración.

—¿Algo o alguien? —se interesó el jefe—. Yo diría que tienen compañeros y que la conspiración es más amplia de lo que parece.

Bow apretó los labios y no dijo nada.

El jefe recuperó los hologramas del humano grabados en la puerta principal y por los escáneres de seguridad de las instalaciones de mejoras del producto, junto a los del identificador de la sala de control del quinto piso.

—La barba y los rasgos faciales parecen bastante reales —dijo tras estudiar los holos unos instantes.

—Quítale la barba y la gorra —pidió Bow frotándose la barbilla. Ambos hombres estudiaron los holos un momento más.

—Me resulta familiar —dijo el jefe—, pero no puedo situar la cara.

—Bueno, el hecho es que actúa como agente de alguien.

—¿Un rival de Salliche? ¿Quizá la Nebulosa de Consumibles? Bow se encogió

de hombros.

—Cambia de dirección —dijo el jefe de repente, volviendo a las cámaras del satélite—. Se dirigen hacia el este.

Los dos hombres vieron cómo el deslizador robado entraba en otro campo de grano. Entonces, sin previo aviso, volvió a cambiar de dirección, dejando el campo, por lo que Bow creyó inicialmente que era un camino de servicio. Ninguno de sus perseguidores lo siguió.

—¿Qué pasa? —ladró.

—¡Hijo de un láser! —exclamó el jefe—. No es ninguna carretera, se han dejado caer en uno de los canales de irrigación... ¡Están por debajo de los escáneres de superficie de los deslizadores! Nuestros chicos no tienen ni idea de dónde se han metido.

—¡Entra en los sistemas de regadío y cierra las compuertas de los canales!

—Estoy en ello —confirmó el jefe.

Bow cambió a las cámaras del satélite a tiempo de ver cómo el deslizador de los sabotadores pasaba a través de una compuerta que se cerraba en ese momento, saltaba por encima de la siguiente y giraba en redondo por un cauce mucho más ancho.

—Es un canal de desagüe —explicó el jefe—. Termina en el río, más allá del Campo 17. Si se dan prisa, los perderemos.

Estaba a punto de pulsar los controles de mando de la acequia cuando Bow lo detuvo.

—No, no cierres las compuertas... todavía. Deja que crea que tiene tiempo —prestó atención a la imagen vía satélite—. Amplía la imagen —cuando el jefe lo hizo, pudieron comprobar que el deslizador había perdido su parabrisas retráctil. Se veían espigas rotas en la redondeada proa y entre los asientos, y tenía el interior medio lleno de granos.

—¿A qué velocidad crees que van?

El jefe estudió la imagen.

—El canal no sólo es más ancho, sino el doble de profundo, así que diría que está forzando los motores al máximo. Digamos que a unos doscientos.

—¿Cuánto falta para la próxima compuerta?

—Quizá un kilómetro.

—¿Cuánto tarda en cerrarse?

—Apenas un segundo.

Bow sonrió abiertamente.

—Mantén el dedo en el interruptor. Ya te diré cuándo.

—Es como jugar a Barreras de Muerte.

Bow contempló atentamente la pantalla un segundo y gritó:

—¡Ahora!

Intentando frenar desesperadamente, el deslizador embistió la compuerta. La fuerza del impacto lanzó al humano y al ryn fuera del aparato, por encima de la compuerta, hasta el canal que seguía más allá.

—Los tenemos —exclamó el jefe con excitación.

—Ponme con el equipo de persecución.

Mientras establecía la comunicación, el jefe dijo:

—Tengo una forma mejor de acabar con ellos —activó su comunicador—. Con control climático.

Bow frunció el ceño, pero sonrió en cuanto comprendió lo que tramaba el otro.

—Bonito toque.

—Bueno, de todas formas necesitamos un poco de lluvia —aceptó el jefe, encogiéndose de hombros.

—oOOOo—

El barro los salvó. Sólo tenía treinta centímetros de profundidad, pero era blando como un puré. Han, tras volar diez metros por los aires y aterrizar de bruces, abrió un profundo surco mientras resbalaba por el centro del canal. Mejor equipado para realizar acrobacias, Droma ejecutó un triple salto mortal y cayó de pie, deslizándose por la resbaladiza superficie como un surfista experto.

Han reapareció en la superficie escupiendo agua amarronada, pero fue Droma quien protestó primero.

—Estaremos más seguros en el canal de desagüe, dijiste tú. Creo que no, dije yo, tenemos que seguir en los conductos de irrigación. Confía en mí, dijiste tú. Evita las compuertas, dije yo. ¿Dónde está entonces la diversión?, dijiste tú...

—Deja de quejarte —cortó Han—. ¿O te has acostumbrado tanto al estiércol que te molesta un poco de barro?

Droma ayudó a Han a ponerse en pie y echó un vistazo a su alrededor. Como si el barro no bastara, los muros de permeocemento del canal tenían más de cuatro metros de altura.

—¿Y ahora qué? No podemos escalarlos.

—Será mejor que nos quedemos aquí abajo. Avanzar por esos campos sembrados sería muy lento. —Han se quitó el mono verde pálido y la chaqueta de negocios y los tiró a un lado. Usó los dedos para intentar librarse del barro que le cubría frente y barba—. ¿Qué muestra el mapa?

—¿Quieres decir antes de que te estrellases?

—No me estrellé —replicó Han, ceñudo—. Alguien sabía cuándo cerrar esa compuerta. —Miró al cielo, que parecía más oscuro que un momento antes—. Pueden vernos. Seguramente con cámaras satélite.

Droma bajó la mirada buscando la de Han. Entonces señaló en la dirección que seguían antes de la colisión.

—Apenas faltan un par de kilómetros para llegar al río. No será muy difícil seguirlo hasta el Campo 17.

—Perfecto. Si nos dejamos llevar por la corriente, llegaremos al campo de refugiados. Y desde allí podremos acceder al espaciopuerto.

—Donde Salliche tendrá un ejército de guardias preparado y donde todos los escáneres se pondrán a aullar en cuanto presentemos una tarjeta de identificación.

—No te preocupes por eso. Tenemos amigos que nos ayudarán a llegar hasta el *Halcón*.

Droma dejó de retorcer su bigote para escurrirlo.

—¿Sin pasar por los controles de Ruan?

Han sonrió satisfecho.

—Pasando por debajo de ellos —intentó dar un paso en el barro y su pie dejó escapar un sonido de succión—. En marcha.

No habían recorrido ni trescientos metros cuando un rugido profundo retumbó sobre sus cabezas.

—¿Qué diablos ha sido eso? —preguntó Han.

Droma hizo un gesto desmoralizado.

—Es la estación de control del clima. Salliche la conecta un par de veces al día.

Han vio cómo las nubes grises se arremolinaban sobre sus cabezas. Giró sobre sí mismo estudiando los muros que delimitaban el canal. No llegarían al borde ni aupándose uno sobre los hombros del otro.

—Tenemos que volver a la compuerta —dijo de repente.

—¿Qué? —Droma miró a Han como si estuviera loco.

—La compuerta es nuestra única oportunidad de escalar hasta arriba.

—¿No habías dicho que era mejor seguir aquí abajo.

Gruesas gotas de lluvia empezaron a caer sobre ellos.

—Salliche está preparando una tormenta. Planean ahogarnos.

Droma tragó saliva.

—Pero los deslizadores que nos perseguían... ¡A estas alturas ya habrán llegado a la compuerta!

—Tienes razón —reconoció Han apretando los labios—. Pero tiene que haber como mínimo una compuerta más antes de llegar al río.

Corrieron, ayudándose mutuamente cuando uno de ellos resbalaba o se hundía en el barro. La lluvia se convirtió en un aguacero, y el nivel del agua embarrada ascendió rápidamente del tobillo a las rodillas. Tras ellos podían oír el ronroneo de los deslizadores acercándose. Pero, de repente, el sonido se convirtió en un rugido turbulento.

Han se detuvo bruscamente.

—¡Escucha! —gritó a Droma para que pudiera oírlo por encima del insistente repiqueteo de la lluvia.

Droma se detuvo unos metros más adelante.

—Creo que esto no me va a gustar.

Los dos miraron hacia atrás a la vez y vieron una pared de agua de tres metros de altura abalanzándose sobre ellos. Apenas tuvieron tiempo para volver a mirar hacia el río cuando el torrente los barrió, arrastrándolos consigo.

CAPITULO 23

Mas grande que la *Estrella de Muerte*, la estación *Centralia* pendía entre Talud y Tralus como un ominoso fantasma blanco grisáceo, extrayendo energía de la interacción gravitatoria de los llamados Mundos Dobles. La estación rotaba lentamente alrededor de un eje definido por dos gruesos cilindros polares, diseñada para actuar como una lente de gravedad capaz de dirigir estallidos amplificadas de energía repulsora a través del hiperespacio, suficientes para capturar mundos distantes o destruir estrellas. Su superficie era un batiburrillo de estructuras en forma de bloques, algunas tan altas como rascacielos, y de puertos de acceso presurizados con forma de burbujas de fuerza y del tamaño de cráteres. Un desconcertante enredo de tuberías, cables y conductos se extendía en todas direcciones, serpenteando entre selvas de antenas parabólicas y formaciones cónicas y erizado de proyecciones. Uno de sus rasgos prominentes eran los restos de una nave espacial estrellada que se fundió con el casco y se convirtió en habitáculo.

—Fui la primera persona que saludó a tu tío Luke, a Lando Calrissian, a Belindi Kalenda y a Gaeriel Captison cuando subieron a bordo —dijo Jenica Sosen a Anakin, Jacen y Ebrihim mientras un turboascensor que olía a pintura fresca los llevaba hacia el centro de la estación por un largo túnel rosa oscuro.

—Creo que la conocimos después, en Corellia —sugirió Jacen.

—Sí, es cierto. Me halaga que me recuerdes.

—La gravedad simulada está incrementándose —interrumpió Q-nueve en Básico, hablando por medio de un codificador de voz que el androide había adaptado para formar palabras como si fuera una boca—. Obviamente, el incremento es consecuencia de nuestro alejamiento del eje de rotación.

—Gracias, Q-nueve —dijo Ebrihim, en deferencia a la opinión del androide de que las máquinas tenían que ser útiles en todo momento y en todo lugar.

Sosen sonrió ante el intercambio de palabras.

—Hace tiempo que intentamos dotar a *Centralia* de gravedad artificial, pero en el futuro próximo tendremos que depender de la gravedad centrífuga. Si conseguimos contribuir con éxito al esfuerzo de guerra, puede que la Nueva República nos dé por fin los fondos necesarios para conseguir que la estación deje de rotar. Pero los mrlssi han hecho maravillas incluso sin gravedad artificial para conseguir que Ciudad Hueca y muchas otras zonas sean completamente habitables.

Sosen era una mujer hermosa y optimista, con el pelo negro rizado, una cara larga y delgada y unas cejas expresivas. Había quedado a cargo de la estación ocho años antes, tras las inesperadas llamaradas de *Centralia*, que no

sólo habían destruido dos soles distantes mediante precisos disparos hiperespaciales, sino también incinerado a miles de colonos que vivían en Ciudad Hueca, mientras los supervivientes huían a Talud y Tralus buscando la seguridad que no encontraban en el satélite. Desde entonces dirigía el equipo cartográfico dedicado a mapear poco a poco el complejo interior del inmenso orbe, una tarea que la propia Sonsen dudaba poder completar dentro del lapso de su vida.

—¿Su equipo trabaja con los arqueólogos que fueron deportados? —preguntó Jacen.

—No fueron deportados, sólo se les alejó por su propia seguridad —explicó Sonsen frunciendo el ceño—. Pero sí, claro que trabajamos conjuntamente. Todas queremos aprender cuanto podamos sobre la especie que construyó *Centralia* y creó el sistema corelliano. Pero me temo que los arqueólogos se han equivocado al convertir su evacuación en un problema político. Si, como defiende el Partido de Centralia, hay que tratar a cada uno de los cinco mundos de Corell como una entidad separada, están sentando las bases para que esta estación —que tampoco es autóctona del sistema— también pueda ser considerada independiente. El resultado será que *Centralia* seguirá en manos de la Nueva República en el futuro.

Ebrihim abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó mejor y calló durante el resto del viaje a través de los dos mil niveles de la estación.

Concebida originalmente como una batería de energía, Ciudad Hueca era una esfera abierta de sesenta kilómetros de diámetro. Sus paredes curvas habían contenido casas, parques, lagos, huertos y tierras de labranza, calentadas por el radiante Punto de Calor, una especie de luz piloto para toda la estación. Pero se habían desmantelado todas las casas, excepto las que utilizaban unos cuantos científicos, y el equipo arqueológico antes que ellos. La única concesión a lo que una vez existió eran los escudos-sombra ajustables, instalados para simular las horas nocturnas.

A ambos lados de Ciudad Hueca, a lo largo del eje de giro, se erguían enormes conos rodeados por seis conos más pequeños, a los que habían llamado Montañas Cónicas Norte y Sur. La disposición de los conos era la geometría necesaria para un particular tipo de repulsor al viejo estilo.

Sonsen señaló las vistas mientras los llevaba hasta una pequeña sala de control bien escudada, oculta durante la ocupación de la estación y descubierta por accidente cuando un grupo de mrlssi buscaba un lugar adecuado para instalar un monitor de soporte vital.

Los diminutos mrlssi de ojos límpidos eran coherentes con las plumosas aves de las que descendían y poseían un talento especial para hacer habitables espacios sumamente grandes, como le habían demostrado al doctor Ohran

Keldor, que utilizó un centenar de ellos para instalar el Cepo Imperial cerca de Kessel. Los mrlssi abundaban en Ciudad Hueca más que cualquier otra especie, pero no había ninguno en la sala de control cuando entraron Sonsen y sus invitados.

En la sala atiborrada de instrumentos podía verse a varios humanos, un seloniano, dos verpines y un duro. Pese a tanta diversidad, la curiosa mezcla de Jedi, drall y un androide con cabeza de bala logró que se detuviera toda actividad y que todas las cabezas se girasen en su dirección. Desde su llegada a la estación, Anakin se había acostumbrado a ser el centro de la curiosidad y de un intenso escrutinio, pero el hombre de pelo gris que se abrió camino a través de la multitud congregada en la sala de control hizo que se le pusieran los pelos de punta. Teniendo en cuenta que la última vez que vio a su padre, éste se había dejado la barba, el hombre se parecía a Han más que el propio Han..., aunque era unos centímetros más alto y tenía una constitución más gruesa.

—Tú eres Jacen..., y tú, Anakin —dijo, señalando a cada uno por turno. Centrándose en Anakin, agregó—: No te acuerdas de mí, ¿verdad? Eso me duele. Seguro que hasta tu androide me recuerda.

—Usted fue el responsable del confinamiento del amo Ebrihim y de los amos Anakin y Jacen dentro de un campo de fuerza en Drall —recitó Q-nueve—. Y yo fui el responsable de su liberación.

El hombre plantó las manos en sus caderas y soltó una carcajada.

—Me había olvidado de todo eso.

—Usted es Thrackan Sal-Solo —reconoció Anakin por fin—, un primo de papá.

—Y también vuestro, chicos —agregó Thrackan con toda seriedad.

—No sólo nos tomó como rehenes —siguió Jacen—, sino que obligó a nuestro padre a luchar contra una hembra seloniana... sólo para su diversión. Thrackan extendió las manos en gesto de apaciguamiento.

—Han y yo tenemos una larga historia en común. Probablemente nunca os ha hablado de los tiempos en que me zurraba de lo lindo cuando éramos niños. Podría decirse que sólo le devolvía el "favor". Pero tenéis razón, lo que hice estuvo mal. A veces, cuando recuerdas una injusticia durante muchos años, la venganza termina formando parte de ti.

Los ojos de Thrackan se entrecerraron.

—Pasé ocho años en la prisión de Dorthus Tal, en Sacorria, y tardé casi todo ese tiempo en comprender eso, pero lo conseguí. Y ahora soy un hombre nuevo —hizo un gesto amplio—. Ese es el único motivo por el que estoy aquí, en *Centralia*. Las altas instancias creyeron que podría demostrar mi reciente arrepentimiento poniendo mis conocimientos técnicos al servicio de la causa como parte de mi rehabilitación y luchando codo con codo junto a la Nueva

República contra los yuuzhan vong.

Dejó escapar una risa irónica.

—Por supuesto, vosotros no podéis saber lo mucho que el pasado puede llegar a atormentar a alguien. Sois Jedi. No estáis dominados por las emociones triviales que afectan a la gente normal. Rabia, odio, culpa, venganza... Tales cosas no significan nada para vosotros. Hasta los yuuzhan vong se dejan dominar por las emociones y probablemente pueden ser atraídos a este lado de la Fuerza, ¿verdad? Claro que vosotros estáis a nuestro lado en las trincheras, preparados para luchar..., dispuestos a derramar esa parte de sangre corelliana que corre por vuestras venas.

—Hemos venido a ayudar —dijo Anakin con firmeza.

—¿De verdad? —Thrackan agitó su cabeza divertido—. Es una ironía maravillosa que haya hecho falta una guerra galáctica para reunir a la vieja pandilla —hizo señas a uno de los humanos y al seloniano— y hacerlos volver a la estación que ayudasteis a desconectar. —Volvió a centrar su atención en Anakin—. Debo agradecerte personalmente que destruyeras nuestras ilusiones de conseguir una Corellia libre e independiente, pero, dime, ¿sigues pensando que nos equivocamos intentando ser libres?

—Sus métodos eran los equivocados —rectificó Jacen, antes de que Anakin pudiera responder.

Thrackan hizo un gesto vago con la mano.

—¡Ah, mis métodos! Por supuesto sabréis que, desde que comenzó la crisis, la Nueva República ha abandonado prácticamente Corellia. Y conociendo a Ebrihim —miró al drall con obvio desagrado—, seguro que os ha informado del plan de Coruscant para usar Corellia como campo de batalla.

—Hemos oído los rumores —aceptó Jacen.

Thrackan sonrió con desprecio.

—Ésa es una respuesta digna de tu madre. ¿Y tú, Anakin? ¿Estás aquí de visita o harás todo lo necesario para proteger a Corellia de un ataque? Anakin pensó su respuesta detenidamente.

—Eso depende de lo que haya planeado para *Centralia*.

—Lo que hemos planeado es crear un campo de contención —respondió Thrackan con una mirada de perplejidad—. ¿Qué más podemos hacer?

—¿Qué tal vaporizar toda nave que entre en el sistema, sea yuuzhan vong o no? —respondió Jacen—. El *Guardián* fue destruido por un disparo del repulsor de Selonía, y *Centralia* tiene mil veces la potencia de fuego de los cinco repulsores planetarios combinados. Puede crear una onda de compresión lo bastante potente como para hacer explotar un sol.

Thrackan miró a un técnico pálido y de rostro delgado.

—Éste es Antone —lo presentó—. También estuvo aquí durante la crisis. De hecho, tenía familia en Bovo Yagen, la estrella que hubiera resultado destruida si Anakin no hubiera intervenido a tiempo.

—*Centralia* puede hacer que una estrella se convierta en nova —reconoció Antone—. La Tríada provocó las explosiones de EM-1271 y de Thanta Zilbra, pero ese resultado no puede reproducirse.

—¿Está diciendo que *Centralia* no puede usarse como arma? —preguntó Jacen.

—Francamente, no estamos seguros —Antone se encogió de hombros—. Para lanzar una descarga de energía del repulsor del polo sur, la estación tiene que reorientar su eje de giro y pasar por una serie de concentraciones de energía, pulsos y descargas de radiación antes de realizar el disparo en sí. Cuando *Centralia* destruyó EM-1271, los picos de energía mataron a miles de colonos.

—Nadie quiere arriesgarse a repetir esa catástrofe —añadió Thrackan. Jacen clavó la mirada en su pariente.

—Si de verdad sólo buscan crear un campo de contención, deberían poder hacerlo ustedes solos. Durante la crisis, usted controlaba el puesto de mando de *Centralia* y su capacidad para crear campos de contención.

—Sí —reconoció Thrackan—, pero la crisis ya estaba resuelta cuando intenté operar la estación. Es más, las cosas han cambiado desde que vuestro tío Luke y los demás desconectaron *Centralia*. Ninguno de esos sistemas responde ahora como lo hacía antes.

Antone se aclaró la garganta reclamando atención.

—Un problema es que el bariocentro de la estación ya no es estable. *Centralia* siempre se movió de forma autónoma para mantenerse posicionada y orientada, pero sus maniobras de recalibrado se han vuelto erráticas.

—En otras palabras —aclaró Thrackan—, no hemos podido crear un campo de contención cuando lo necesitábamos.

—Sólo Anakin puede hacerlo —añadió Antone nerviosamente—. Cuando activó el repulsor drall, todo el sistema recibió su impronta —miró hacia Anakin—. A través de sus huellas digitales, de su ADN, quizás incluso de sus ondas cerebrales. Hace ocho años que vengo avisándolo, pero hasta ahora nadie se preocupó por hacerte volver.

—Sólo hay una forma de averiguar si la teoría de Antone es digna de un examen más a fondo —dijo Thrackan. Gesticuló hacia lo que obviamente era una consola especial—. Toma los mandos, Anakin, y veamos qué ocurre.

Jacen y Ebrihim lanzaron una mirada preocupada a Anakin, a la que éste respondió con una inclinación de cabeza que pretendía tranquilizarlos. Pero en

cuanto se acercó a la consola —con todos los técnicos atentos—, notó que el sistema empezaba a responder a él.

Vagos recuerdos de su experiencia dentro del repulsor de Drall acudieron a su mente mientras se sentaba y llevaba las manos a la consola. Un instante después, tal como le ocurrió entonces en Drall, vislumbró todo un conjunto virtual de interruptores, mandos y controles que no tenían nada que ver con las palancas y los diales que cubrían el panel de control.

Vacilante, colocó las manos sobre la consola.

Un tono musical resonó y una tecla plana del tablero empezó a retorcerse y brillar, a crecer hasta asumir la forma de la empuñadura de la palanca de mandos de una nave espacial.

Cuando Anakin intentó asirla, la palanca volvió a cambiar su perfil para encajar en su mano izquierda, y todos los presentes en la sala, incluido Jacen, contuvieron una exclamación.

De repente, y tan claramente como si fuera en una pantalla, Anakin pudo ver en su mente lecturas de energía, capacidad de almacenamiento, control de calibrado, subsistemas de localización de blancos, niveles de seguridad, potencia de escudos, compensación de impulsores, niveles de transferencia de energía gravitatoria...

Inesperadamente, un esquema gráfico apareció sobre la palanca, en el aire: un cubo esquemático compuesto por cubos transparentes más pequeños, cinco de altura por cinco de profundidad. Cuando Anakin manipuló la palanca, la rejilla formada por los cubos pequeños empezó a colorearse, unos de verde y otros de púrpura, acompañando a los tonos de activación.

Todos excepto Thrackan permanecieron mudos.

—Lo has conseguido, chico, lo has conseguido —gritaba entusiasmado.

Anakin movió la palanca hacia delante y apareció un llameante cubo naranja. Experimentó con pequeños ajustes que hicieron que el cubo parpadeara o brillará aún más. Entonces, tiró de la palanca todo lo que pudo.

Los indicadores registraron un increíble estallido de energía y la sala de control empezó a temblar. En Ciudad Hueca, Punto de Calor cobró vida y un despliegue cegador de rayos brotó de las Montañas Cónicas Sur.

—¡La estación se está orientando! —informó un técnico.

—¡Está armada! —gritó Antone, asombrado—. ¡Es capaz de disparar!

Una docena de conversaciones distintas estallaron en la sala de control, únicamente silenciadas por la llegada del oficial de la Nueva República a cargo del proyecto.

—Mensaje urgente de Commenor —anunció el coronel a Sal-solo y Antone—.

Naves yuuzhan vong han dejado el Espacio Hutt. El Servicio de Inteligencia calcula que en treinta y seis horas estándar los tendremos ante nuestras puertas.

—oOOoo—

Las naves de guerra de la flota hapaná revirtieron al espacio real sobre el planeta Commenor, en el borde del Núcleo, en grupos de tres y cuatro a veces escoltados por cañoneras y escuadrones de caza miy'til o viejos Ala-X. Los cruceros de combate clase Nova y los Dragones de Combate Olanjii/Charubah de doble plato formaron un amplio arco que era un contrapunto de vibrante color ante los destructores estelares de la Nueva República, las pesadas naves mon calamari y los poco atractivos buques de guerra bothanos.

Contemplando la armada desde el transbordador que la llevaba, junto a Isolder, desde la nave coreliana *Canción de Guerra* a la nave insignia del comodoro Brand, Leia sintió como si todos sus seres queridos estuvieran atrapados en la corriente de un río tumultuoso que los arrastraba hacia regiones desconocidas, dejando a algunos abandonados en sus orillas y llevándose a otros a las cataratas del olvido... Esa sensación la acompañaba desde Hapes, asediándola durante las largas horas de conversación con Isolder, que parecía tan absorbido por la perspectiva de combatir contra los yuuzhan vong como lo estuvo en el intercambio de puñetazos y patadas durante su duelo con Beed Thane.

—Fieles a nuestras raíces piratas, los hapanos preferimos los ataques veloces y despiadados —había dicho más de una vez a Leia durante el viaje—. Hiere a un enemigo al principio de tu enfrentamiento y es tuyo. Porque, a medida que progresa la lucha, su temor hacia ti se intensificará y se convertirá en tu aliado.

—Los yuuzhan vong han transformado el planeta, con permiso de los hutt, para que sea una especie de huerto de armas, similar a los que hay en Belkadan y Sernpidal, donde estos cazas son recolectados y equipados con los dispositivos orgánicos que los impulsan y los escudan al mismo tiempo.

Una nueva imagen tomó forma en el cono de luz proyectada: un primer plano de los coralitos arracimados como percebes en los brazos de un enorme transporte yuuzhan vong. Los buques de guerra maniobraban por todas partes formando escuadrillas de combate, envueltos por enjambres de coralitos.

—El enemigo está preparando un ataque —señaló Brand, aunque era evidente—. Y, a juzgar por el número de naves involucradas, tienen el punto de mira puesto en un objetivo de mayor importancia que Ithor, Obroa-skai o Gyndine. Hemos deducido que el objetivo será Corellia, sistema que se ha dejado deliberadamente desprotegido con la esperanza de que eso les incite a atacarlo.

Los ojos de Leia se abrieron alarmados, mientras una imagen holográfica de una esfera del tamaño de una luna aparecía sobre el proyector.

—La estación *Centralia* es el corazón del sistema defensivo de Corellia —siguió Brand—. Es una lente repulsora y gravitatoria capaz de crear un campo de contención que abarca de Corell a la frontera de los sistemas exteriores. En este momento, la estación está en estado de alerta y preparada para crear el campo en cuanto le demos la orden.

—Comodoro... —interrumpió Leia.

Brand se giró hacia ella e hizo un asentimiento de cabeza.

—Sí, embajadora, sus hijos ya están en *Centralia*. Me disculpo si esto representa una sorpresa para usted, pero toda la información sobre *Centralia* había sido clasificada como secreta.

Leia apartó los ojos de Brand para ocultar su desasosiego. También se negó a admitir la mirada inquisitiva de Isolder.

—Cuando la flota yuuzhan vong emerja del hiperespacio en el sistema corelliano, el campo de contención la rodeará e impedirá que viaje a mayor velocidad que la luz. Cuando lo hayamos logrado, muchas de las naves de guerra ancladas aquí, en Kuat y en Bothawui —las cuales han sido equipadas con mantenedores inerciales de hiperonda fabricados en los astilleros de Fondor — serán lanzadas, penetrarán en el campo de contención por su extremo más lejano y, mediante una serie de microsaltos, caerán sobre el enemigo.

Brand se giró hacia un holoprojector auxiliar sobre el que se desplegó un esquema del MIHO.

—Para aquellos de ustedes que no estén familiarizados con el mantenedor inercial de hiperonda, este dispositivo se basa en un sensor gravitatorio que alerta a una nave de la proximidad de un campo de contención y permite una desconexión rápida del motor hiperespacial. Simultáneamente, el mantenedor posibilita la creación de una burbuja hiperespacial estática que, pese a ser incapaz de proporcionar impulso, mantiene a la nave en el hiperespacio, donde es capaz de aprovechar la velocidad adquirida.

El comodoro se volvió hacia su público.

—Nuestras naves lo pasarán mal intentando mantener la formación, pero serán capaces de coger por sorpresa a la flota enemiga.

Paseó la mirada por los sorprendidos hapanos.

—Príncipe Isolder, dado que sus naves no están equipadas con MIHO, serán responsables de que los yuuzhan vong no intenten escapar a través de los sistemas exteriores. La razón para asignarle esa tarea es doble. Sus Dragones de Combate llevan minas de pulsos que pueden ampliar eficazmente los límites del campo de contención de *Centralia*. Lo apoyaremos poniendo a su disposición cuatro cruceros Immobilizer 418A. Y lo que aún es más importante, los ordenadores que controlan el armamento de sus naves los dotan de una

precisión extraordinaria contra blancos simples, que es precisamente lo que se necesita para eliminar a los dovin basal que protegen los buques yuuzhan vong.

—Normalmente preferimos los combates rápidos y despiadados —dijo Isolder—, pero si es necesario un ataque de alta precisión lo tendrá, comodoro.

Leia intentó controlar una mueca de dolor, pero sabía que no podía seguir soportando lo que se decía en la reunión. Cada gesto y cada decisión la llenaban de temor, así como el ávido entusiasmo de Isolder y su confianza en sí mismo.

Se distanció del alboroto circundante para buscar a Anakin y Jacen mediante la Fuerza, después a Jaina, Luke, Mara y algún otro Jedi. Cada uno le devolvió una sutil resonancia que al menos calmó temporalmente su preocupación. Pero cuando Leia intentó llegar hasta Han, al que a veces podía sentir a pesar de su rechazo a la Fuerza, lo único que consiguió fueron imágenes de un torrente furioso y de la zambullida en una oscuridad infinita.

CAPITULO 24

Han luchó para no ahogarse. Rompió la agitada superficie del torrente lleno de barro con los pulmones reclamando oxígeno a gritos, vomitando agua como una gárgola de Coruscant y agitando los brazos para no volver a ser absorbido por la corriente. El nivel de agua en el canal de desagüe crecía rápidamente. Era probable que el diluvio lo hiciera crecer hasta quedar a menos de un metro de la cima de los muros que encajonaban la corriente, pero no antes de que el agua lo arrastrara hasta el río que, supuestamente, fluía hasta más allá del Campo 17.

La lluvia continuaba cayendo del vientre de granito que era el cielo, aguijoneando el rostro de Han y dificultándole la visibilidad. Sosteniéndose a duras penas con una mano, llevó la otra hasta la boca para hacer pantalla y llamó a Droma a gritos, pero no recibió ninguna respuesta. Un fuerte chapoteo llamó su atención y descubrió que el destrozado deslizador se dirigía hacia él arrastrado por la corriente.

La estrechez del canal jugaba tanto a su favor como en su contra. Al no poder estar seguro de si el deslizador acabaría alcanzándolo y arrollándolo, Han intentó frenéticamente dirigirse hacia la lisa pared oriental y aferrarse a ella. Una vez allí, logró detener su carrera el tiempo suficiente para que el deslizador llegara a su altura. Aprovechando que la proa estaba medio sumergida, Han se impulsó con las piernas contra el muro y se aferró a la puerta del conductor, pasó una pierna por encima y se dejó caer en la cabina, que parecía llena de gachas debido a la mezcla de grano y lluvia. Con el cuerpo pegajoso por ese engrudo, se arrastró hasta el asiento del conductor y pulsó repetidamente el interruptor que conectaba los repulsores del vehículo, pero la colisión debió de destrozar el sistema de ignición. Apoyándose con ambas manos en el marco que antes sujetara el parabrisas retráctil, estudió el torrente que rugía a su alrededor. Por fin pudo ver la cola de Droma surgiendo del agua como el asta de una bandera.

Antes de que Han pudiera gritar, el deslizador se elevó por encima de una compuerta del canal y empezó a caer a través de una serie de cataratas, pues el paisaje estaba escalonado en forma de terrazas. Droma desapareció bajo los rápidos, volvió a reaparecer y desapareció una vez más. Por fin oyó la llamada de Han por encima del fragor de la lluvia y de los truenos, y alzó un brazo por encima de la corriente en una muda y aterrorizada llamada de auxilio.

Guardando un precario equilibrio contra el cabeceo del vehículo, Han estiró ambas manos y logró sujetar a Droma cuando el deslizador pasaba por su lado. El peso del ryn casi arranca a Han de la cabina, pero Droma lo ayudó aferrándose con la cola al reposacabezas del asiento trasero e impulsándose al

interior.

—Puedes dejarme en el próximo cruce —balbuceó, derrumbándose en el asiento y jadeando.

—¿Cuánto crees que falta para llegar al río? —gritó Han.

—Poco —dijo Droma, incorporándose hasta quedar sentado—, pero me doy por contento de haber podido...

Un retumbar persistente ahogó el resto de la frase. Han miró hacia el cielo, se puso la mano en la frente a modo de parasol e intentó ver más allá de la proa del deslizador.

La lluvia y los altos tallos de grano que crecían a ambos lados del canal hacían difícil vislumbrar nada, pero los campos parecían terminar bruscamente un poco más adelante.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Droma de repente.

—Dijiste que, según el mapa, este canal desembocaba directamente en el río, ¿verdad?

Droma asintió, pero no parecía muy seguro.

—¿Era un mapa topográfico? —siguió Han—. Vamos, piénsalo bien. Droma se retorció el bigote, concentrándose.

—Creo que sí.

—¿Y no tenía un montón de líneas paralelas muy juntas allí donde se unían el canal y el río?

Los ojos de Droma se abrieron como platos.

—¡Entonces, sujétate! —gritó Han mientras el deslizador se inclinaba hacia delante.

La cascada no tenía más de quince metros de altura, pero la fuerza de la corriente era tal que cuando el deslizador rebasó el punto donde el agua empezaba a caer se vio propulsado casi horizontalmente por los aires. Durante el más breve de los momentos, con el vehículo descendiendo en un ángulo de 45 grados, creyeron volver a caer al río de cara, pero la popa del deslizador giró hacia delante inexorablemente y un latido después el vehículo estaba del revés, boca abajo, vertiendo todo su contenido, pasajeros y grano, en otro diluvio impregnado de barro.

Han puso el cuerpo rígido mientras caía y rompió la superficie del agua con los pies, dejando que la inercia lo hundiera sin resistirse. Oyó encima de él cómo el deslizador impactaba boca abajo contra la superficie. Ascendió, temiendo encontrarse con el deslizador en su camino, pero al emerger se dio cuenta que éste se encontraba ligeramente delante de él, separándolo de Droma.

Han levantó la mano y señaló la ribera sur, que no sólo estaba más cerca, sino que también parecía mucho menos empinada.

—¿Podrás conseguirlo?

¡No soy un gran nadador! —contestó Droma con una nota de desesperación en su voz.

Han nadó hasta llegar a su lado y pasó el brazo izquierdo por la cintura de Droma.

—Simplemente mueve las piernas como un loco y déjame la dirección a mí.

—Simplemente asegúrate de esquivar esas piedras.

Han se giró para ver cómo eran arrastrados velozmente hacia los rápidos, más peligrosos todavía a causa de los peñascos que sobresalían entre la superficie. Soltó a Droma y rodó sobre sí mismo para mirar al cielo e intentar mantener la cabeza por encima del agua. Atrapado por la corriente, no pudo hacer nada salvo rendirse y esperar lo mejor.

La primera caída los hizo deslizarse por la superficie de un peñasco suavizada por la constante erosión del agua y caer en una pequeña balsa de la que fueron rápidamente arrastrados hacia otra cascada. Esquivando por poco un remolino cubierto de espuma, trazaron un sinuoso recorrido entre altas piedras y volvieron a caer varios metros, hasta una especie de estanque revuelto. A la izquierda de Han, el deslizador chocó contra una roca, dio un salto mortal sobre sí mismo por los aires y terminó empalado en otro peñasco puntiagudo. Droma esquivó ese mismo peñasco por poco y cayó como una piedra al siguiente remanso.

Las cataratas quedaron atrás tan súbitamente como aparecieron, pero la corriente seguía siendo lo bastante fuerte como para impedir que los nadadores alcanzasen la orilla. Dejando que la corriente lo arrastrase, Han estiró el cuello para intentar ver lo que tenían delante. El agua seguía cubierta de espuma blanca, pero no parecía que hubiera más rápidos. En cambio, una línea de turbulencias atravesaba el río, como si algo situado por debajo de la superficie interrumpiera el libre flujo del agua. Pestañeando para expulsar el agua de sus ojos, Han vio a través de la cortina de lluvia que se dirigían hacia una red que iba de orilla a orilla.

La red era elástica y cedió y se estiró cuando chocaron con ella, pero la fuerza de la corriente los mantuvo clavados a ella. Han se aferró a la red para coger impulso y acercarse a la orilla más cercana, cuando un nuevo sonido río arriba le hizo mirar hacia atrás, por encima del hombro. Volando hacia ellos, y a un metro de altura gracias a sus repulsores, vio lo que, de no mediar el par de brazos articulados que terminaban en una especie de pinzas acolchadas, podría ser un contenedor volante de basura. Las luces del morro del contenedor

parpadeaban y emitían tonos musicales, como si estuviera excitado por haber localizado aquello que había sido enviado a recuperar.

En el mismo morro podía verse el logotipo corporativo de Salliche Ag.

El contenedor, de unos tres metros de altura, frenó y quedó flotando directamente encima de la red. Han y Droma se retorcieron para evitar los brazos extendidos de la cosa, pero las pinzas se cerraron en torno a sus cinturas y los arrancaron de la malla sin mucho esfuerzo. Los brazos giraron hacia el centro una vez sacaron a sus presas fuera del agua. Unas compuertas situadas en el dorso de la máquina sisearon al abrirse, revelando una oscura cámara interior que parecía ansiosa por recibirlos.

Las pinzas se abrieron y ellos cayeron en un suelo acolchado. Las compuertas se cerraron antes de que ninguno de los dos pudiera trepar hasta ellas, y el contenedor de basura se alejó del río en dirección sur. Bajo la luz ambarina de unos indicadores, Han tanteó las paredes con las manos, deteniéndose al palpar un conjunto de boquillas con pulverizadores. Maldijo al reconocer qué los había capturado.

—¡Es un explorador-recolector!

—¿Un explorador qué? —preguntó Droma, nervioso a pesar de su ignorancia.

—Un recolector de especímenes biológicos. ¡Se supone que los congela para un posterior estudio!

Empezaron a dar saltos, golpeando inútilmente con las manos la parte interna de las compuertas. Agotado por el esfuerzo, Droma se sentó en el suelo, respirando entrecortadamente y esperando a que Han se rindiera.

—Cosas del destino —exclamó Droma malhumorado—. Pero me sigues debiendo una vida.

—¿De qué hablas? —preguntó Han volviéndose hacia él.

—Te salvé a bordo del *Reina del Imperio* cuando Reck te hizo saltar, y después te liberé de la cápsula de salvamento del *Halcón* cuando Elan intentaba matarte.

—Sí, ¿y qué me dices cuándo te saqué del canal de desagüe?

—Ésa es la que he contado —dijo Droma.

—¿Y el haberte sacado de una pieza de la sede no cuenta?

—Me has rescatado, no me has salvado la vida. No sabemos si mi vida estaba en peligro, así que lo mejor que podemos decir es que me has librado de los trabajos forzados.

—Está bien, te debo una —aceptó Han riendo.

—Entonces, págamela ahora... ¡sácanos de aquí!

Han le dio unas palmaditas en la espalda antes de ponerse serio.

—Oye, por si no salimos de ésta..., ha sido un placer volar contigo.

—Lo sé —dijo Droma inexpresivo, para luego agregar—: ¿Qué quieres decir con eso de volar conmigo?

—Exactamente eso. Pero ahora ya no estoy tan seguro.

Han oyó cómo reducían su intensidad los repulsores del explorador-recolector y se puso en pie.

—Estamos aterrizando. Si abren las compuertas antes de congelarnos, vamos por ellos, ¿de acuerdo?

Droma extendió su mano y Han la estrechó.

El explorador quedó inmóvil y se oyeron ruidos en el exterior, antes de que las compuertas empezaran a abrirse. Han y Droma se prepararon.

—Gracias al Hacedor que están vivos —dijo una voz de androide. Han intentó que sus ojos se acostumbrasen a la luz procedente de la abertura.

—¿*Confuso*?

Una escalera descendió al interior, y Han y Droma treparon fuera. El explorador se encontraba en el espacioso interior de una instalación. El retumbar que se escuchaba sobre sus cabezas indicó a Han que estaban bajo tierra. Les rodeaban docenas de androides, cada uno saludándolos a su propio estilo.

—Éstos deben de ser los amigos que mencionaste, ¿no? —conjeturó Droma, sacudiéndose el agua como si fuera un perro.

—¿Cómo diablos nos has encontrado? —se interesó Han.

—Hemos seguido todos los acontecimientos gracias a las comunicaciones —explicó *Confuso*—. Escáneres de seguridad, los intercambios de información entre los equipos de seguridad, imágenes en tiempo real transmitidas vía satélite, incluso el sistema de control de los canales de irrigación y de desagüe. Cuando estuvimos seguros que estabais a punto de llegar al río, desplegamos la red y el explorador-recolector, un vehículo que hace tiempo que no se utiliza.

—¿Dónde estamos? —preguntó Droma, ya repuesto de la sorpresa.

—Debajo del espaciopuerto —explicó *Confuso* señalando un túnel cercano—. Por ahí se llega directamente al hangar de atraque donde se encuentra vuestra nave.

Han miró a Droma y sonrió abiertamente.

—Gracias por todo lo que habéis hecho por nosotros —dijo *Confuso*, hablando en nombre de todos los androides.

Han movió la cabeza nervioso y entrecerró los ojos.

—Escucha, si nos habéis estado siguiendo, Salliche también lo habrá hecho. Y probablemente tendrán imágenes de todo lo sucedido en el río. Tenéis que huir de aquí... ¡y rápido!

—Que nos capturen no importa; ya hemos conseguido nuestro objetivo. En estos momentos estamos quitando el mecanismo de desactivación a muchos de los androides que has liberado, y nuestra protesta ha pasado del estadio de planificación a una realidad inmediata.

—¿Protesta? —preguntó Droma.

—Ya te lo explicaré luego —Han se volvió hacia *Confuso*—. Después de todo lo que habéis hecho, casi me da vergüenza preguntártelo, pero, ¿habéis conseguido reunir más datos sobre el *Treveen*?

—Sí. Nuestra suposición original de que la nave tenía como destino registrado Abregado-rae era correcta. No obstante, el verdadero destino no es ni Thyferra ni Yag'Dhul, sino el mismo lugar donde me activaron: Fondor.

El nombre fue casi un grito para Han. Fondor era un planeta industrial en el sistema del mismo nombre, famoso por sus enormes fábricas orbitales. Durante la Rebelión, los astilleros de Fondor habían ensamblado a varios destructores estelares clase Súper.

Han se volvió hacia Droma.

—Tus compañeros de clan se encuentran en Fondor.

—Entonces... ¿no están en el Campo 17? —Droma parecía confundido. Han negó con la cabeza.

—Llegamos demasiado tarde. Hicieron un trato con los hombres de Tholatin. Su nave era el *Treveen*.

—Señores, si me permiten una sugerencia —intervino *Confuso*—, pueden ahorrarse tres saltos hiperespaciales utilizando una hiperruta poco transitada, la de Gandeal-Fondor. Fue establecida por el Imperio para mover naves entre Fondor y Coruscant, y estoy seguro que podremos proporcionarles las coordenadas de salto necesarias.

—Eres todo un androide, *Confuso* —sonrió Han alegremente—. Espero que tu mensaje llegue a todas partes.

—Ojalá, señor. Con el eco que la HoloRed ha dado a nuestra protesta, los androides de toda la galaxia lucharán por sus derechos.

—Tienen mucho que agradecerle.

—Sólo soy una pieza más de una enorme maquinaria —aseguró *Confuso* sin afectación—. Mi deber es hacer todo lo que pueda por mis camaradas. Han y

Droma intercambiaron una breve mirada.

—Y el nuestro —confirmó Han.

—oOOoo—

Wurth Skidder, inmovilizado por un pegote de adhesivo orgánico, siguió con la mirada a Chine-kal mientras el comandante completaba el segundo círculo a su alrededor. Concéntricos al círculo que trazaba Chine-kal se hallaban una docena de guardias armados con anfibastones y otras armas.

—Me sorprende que tus poderes no te permitan liberarte de nuestra gelatina blorash —musitó Chine-kal fijándose en los inmovilizados pies de Skidder—. Quizá no seas tan poderoso como pensábamos.

En un estallido de rabia, Skidder utilizó la Fuerza para crear una burbuja de vacío en torno a la cabeza del yuuzhan vong.

Chine-kal boqueó y se llevó las manos a la garganta.

—Muy bueno —exclamó en tono áspero cuando la burbuja de Fuerza se disipó—. Sí, muy bueno —aspiró profundamente—. Muéstrame algo más.

La venenosa mirada de los ojos de Skidder era la prueba de que, por lo menos, estaba pensando hacerlo. Pero esa mirada duró poco, y pronto fue reemplazada por una sonrisa desdeñosa.

—¿No quieres elevarme del suelo? —preguntó Chine-kal—. ¿Poner palabras en mi boca? ¿Derribarme sobre cubierta como yo hice contigo? Skidder no respondió.

—¿Puedes levitar tan fácilmente como haces levitar objetos? —como Skidder seguía sin responder, Chine-kal emitió un profundo suspiro—. Tu reticencia a luchar es tan decepcionante como incomprensible. Los Jedi representáis una amenaza para nosotros, una amenaza que estamos dispuestos a exterminar. Y aunque nosotros somos una clara amenaza para vosotros, no hacéis más que actuar furtivamente, ofreciendo apoyo o información, pero sin participar en la lucha como guerreros. ¿Por eso os gusta definiros más como guardianes que como soldados?

Chine-kal hizo un movimiento con la mano para indicar que estaba siendo retórico.

—Dado que nuestro yammosk y tú habéis establecido una fuerte relación, tendré que pensar en una forma diferente de quebrantar tu voluntad. Pero al final lo conseguiré —calló un momento antes de proseguir—. Deja que te muestre una cosa.

El comandante se acercó al muro membranoso que era el casco exterior de la nave y gritó una orden que hizo que una parte de él se volviera transparente. Un planeta de mares azules y masas de tierra verdes y marrones flotaba en

medio de la negrura del espacio. Más cercana estaba una luna de buen tamaño, en cuyo hemisferio iluminado podía verse una ciudad bajo un domo transparente.

—¿La reconoces? —preguntó Chine-kal—. El planeta es Kalarba, y la luna es Hosk. Esa ciudad se llama Estación Hosk y, al parecer, es una maravilla tecnológica llena de androides y otras aberraciones mecánicas. —Se volvió hacia Skidder—. Para nosotros, los Jedi no sois mejores que las máquinas que muchas especies de esta galaxia tratan como si fueran seres vivos. Los Jedi sois una profanación para la naturaleza, como la Estación Hosk es una profanación para la luna que la acoge. Voy a ordenar que destruyan esa luna. Puedes considerar esa destrucción como una muestra de los horrores que le esperan a tu mente.

Chine-kal se giró hacia uno de sus funcionarios menores. Pero, antes de que pudiera decir una sola palabra, el casco recuperó su estado opaco y la nave se sacudió lo bastante como para que todos los presentes, excepto el aprisionado Jedi, cayeran al suelo gelatinoso. Un yuuzhan vong entró tambaleante en la sala mientras Chine-kal y los guardias se esforzaban por recobrar la vertical.

—¡Comandante, nos atacan!

Chine-kal se quedó blanco.

—¿Nos atacan? Cuando entramos en el sistema no encontramos rastro de ninguna nave de guerra de la Nueva República.

—Los atacantes son cazas estelares, comandante. Estaban ocultos tras la segunda luna de Kalarba.

—Entonces, ¿por qué no los rechaza nuestra escolta?

—Ya han destruido a ocho coralitas, y algunos cazas están consiguiendo llegar hasta la nave.

—¿Dónde está la nave que envió el comandante supremo Choka?

—Todavía no ha llegado.

Otra poderosa explosión sacudió la nave. El yuuzhan vong corrió para ayudar a Chine-kal, pero apenas consiguió mantener el equilibrio.

—Los pilotos apuntan a nuestros impulsores dovin basal, comandante.

—¿Nuestros impulsores?

—Intentan destruirlos.

Chine-kal se giró hacia Skidder, que parecía sumido en profunda meditación.

—Han venido a por ti. Pero ¿cómo han sabido dónde encontrarnos? A menos, claro está, que sean Jedi. —Miró fijamente a Skidder y agitó la cabeza—. No, ni siquiera tú tienes la habilidad de llamar a tus compañeros a través del espacio... ¡Pero este ataque no es casual!

—Comandante —dijo cautamente el oficial yuuzhan vong—, el origen de la comunicación villip del comandante supremo Choka es Nal Hutta. Chine-kal tardó un momento en comprenderlo; entonces, frunció el ceño.

—Los hutt les han informado de nuestra situación —cuadró los hombros y ajustó la caída de su capa—. Preparad la nave para la velocidad-luz. Nos uniremos a la flota en el sistema designado como objetivo.

Las manos de su subalterno volaron hasta sus hombros, pero no se movió.

—Comandante, ¿es aconsejable llegar antes que la flota?

Chine-kal lo miró ceñudo.

—¿Prefiere arriesgarse a que el yammosk sufra daños permaneciendo aquí, al alcance de los disparos de unos supuestos rescatadores?

—No, comandante —aseguró el otro, saludando por segunda vez.

—Entonces, cumple mis órdenes. Y una cosa más, procura que Randa y sus guardias personales queden confinados en sus camarotes. Nos encargaremos de ellos cuando estemos bajo la protección de la flota.

—oOOOo—

Cerca de Hosk, Kyp Durrón aceleró su Ala-X, aunque sabía que no daría alcance a la nave-racimo yuuzhan vong.

—Va a saltar al hiperespacio —le dijo Ganner por la red interna.

—Mi androide dice lo mismo —confirmó Kyp. Abrió la red al resto de su Docena—. Escuchadme, todos. Que vuestros ordenadores de navegación graben la trayectoria de esa nave y calculad sus posibles cursos. Deak, intenta marcarla con una baliza hiperespacial antes de que desaparezca.

—Estoy en ello, Kyp.

Un instante después, la nave enemiga desaparecía. Kyp clavó la mirada en la pantalla de su cabina, mientras su astromecánico intentaba trazar los posibles destinos. Poco después, una lista de sistemas estelares, con el más probable resaltado en azul y parpadeando, apareció en la pantalla.

—Tengo un destino bastante fiable —informó Ganner.

—Yo también —añadieron Deak y un par de los otros.

—Estoy esperando —dijo Kyp.

—Fondor —repitieron cinco voces al unísono.

—oOOOo—

En el Espacio Hutt, Nas Choka, Malik Carr y Nom Anor estaban de pie en el puente del acorazado del Comandante Supremo, contemplando el despliegue

de su flota en un conjunto de villip.

Un subalterno los interrumpió.

—Comandante Supremo —saludó—, un mensaje del comandante de la nave enviada a recoger al Jedi capturado. Pilotos coralitas encontrados en Kalarba informan que el *Guardería* fue atacado por una escuadrilla de cazas estelares de la Nueva República. Como estaba en peligro, la nave del comandante Chine-kal huyó de la batalla.

Nas Choka lo miró fijamente sin comprender.

—¿Que huyó? ¿Adónde?

—Al objetivo, Comandante Supremo. A Fondor.

Nas Choka se giró alarmado hacia Malik Carr.

—¿Cuánto tardará nuestra avanzadilla en llegar a Fondor?

—Pronto —respondió el comandante sin querer comprometerse.

—El yammosk no estará adecuadamente protegido hasta que lleguemos —señaló Nas Choka más para sí mismo que para los demás—. ¿Cuál es la situación de la flota de la Nueva República?

—Sigue anclada en Commenor, Kuat y Bothawui.

—¿Y las rutas hiperespaciales que unen Bothawui con Fondor?

—Sembradas de obstáculos.

Nas Choka se giró ligeramente para sonreír débilmente a Nom Anor.

—Parece que ha conseguido convencerlos de que planeábamos atacar Corellia.

Nom Anor inclinó la cabeza haciendo una reverencia.

—Entonces, no importa que adelantemos el ataque. —Nas Choka se dirigió a su subalterno—. Informe a todos los comandantes de que atacaremos Fondor en cuanto haya atracado el último coralita.

—oOOoo—

En la bodega de pasajeros del *Treveen*, Gaph bailaba mientras cantaba al mismo tiempo:

La vida es un viaje interminable, Sobre todo para los ryn.

De un hogar desconocido partimos, De estrella en estrella vagamos,

Aborrecemos las estrellas por lo que nos han dado,

Instigadoras son de nuestra mala fortuna, Centinelas de nuestro destino.

Pero cargamos nuestro equipaje de alegría, De canciones y danzas lo llenamos. Ahora, Abregado-rae nos espera, Nuestro hogar será por un tiempo, Hasta que nos obliguen a vagar de nuevo.

Melisma y otro ryn bailaban con él o acompañaban su improvisada canción con instrumentos musicales. Algunos zumbaban o piaban a través de sus perforados picos, mientras el resto tocaba tambores, címbalos y flautas talladas con partes de maquinaria recogidas de la basura, de cañerías desechadas o de cualquier otra cosa útil.

El hecho de que la festiva melodía de Gaph ocultase una melancolía soterrada quedaba oculto para todos los refugiados que no eran ryn, y que aplaudían tanto la música como los saltos elegantes y las piruetas de los bailarines.

Gaph iba a cantar una segunda estrofa cuando el *Trevec* se estremeció repentinamente.

—Estamos saliendo del hiperespacio —anunció uno de los refugiados en cuanto los músicos dejaron de tocar.

Melisma, Gaph y otros ryn corrieron hasta uno de los ventanales de observación, ansiosos por echarle el primer vistazo a Abregado-rae. Pero, en lugar de la esfera verdosa que esperaban, sólo vieron un mundo parduzco parcialmente eclipsado por un manto de nubes llenas de contaminantes industriales y rodeado por centenares de enormes plataformas orbitales.

—Esto no es Abregado-rae —dijo alguien tras Melisma.

—Entonces, ¿dónde estamos? —preguntó ella.

—En Fondor —aseguró un humano visiblemente asombrado.

Los murmullos empezaron a extenderse entre todos los refugiados. Entonces, las compuertas de la bodega se abrieron con un siseo, dando paso a un puñado de tripulantes fuertemente armados. Agitados por la duda y la preocupación, los refugiados retrocedieron apartándose de los mamparos y formando un círculo en el centro de la sala.

—Ligero cambio de planes, amigos —anunció el portavoz de la tripulación cuando cesaron los murmullos. Era el mismo humano que Melisma y los demás ryn del Campo 17 habían llamado *Alto*—. Me temo que tenemos que dejaros aquí.

—Pero prometisteis llevarnos hasta Abregado-rae —protestó alguien. *Alto* sonrió de forma siniestra.

—Digamos simplemente que nos pasamos de parada.

Estallaron protestas apasionadas. En ciertos aspectos, Fondor era preferible a Abregado-rae, pero los rifles láser de los tripulantes y el tono de voz de *Alto* no

presagiaban nada bueno.

—¿Fondor ha aceptado acogernos? —preguntó uno.

—Eso no es asunto nuestro.

—Entonces ¿en qué parte de Fondor desembarcaremos?

Alto miró fijamente al bimm que había hecho la pregunta.

—¿Quién ha hablado de Fondor? —Se acercó a la ventana de observación y señaló una plataforma astillera en forma de media luna—. Os dejaremos allí. Esa instalación está temporalmente desocupada, pero al menos tendréis aire respirable y gravedad artificial.

—¿Y provisiones? —preguntó un humano por encima del creciente tumulto.

—¿Planean informar a las autoridades? —insistió otro.

Alto hizo señas para que todos se callaran.

—No somos bárbaros. Os dejaremos suficientes nutrientes deshidratados para que os duren un par de días locales.

—¿Un par de días? —se oyó—. ¡Pueden pasar meses antes de que alguien nos encuentre!

—¡Oh, lo dudo mucho! —dijo *Alto*—. El sector Tapani pronto estará muy concurrido. Alguien se fijará en vosotros.

—¿No podría al menos desembarcarnos en Fondor? —rogó una mujer humana.

Alto negó con la cabeza.

—No podemos permitirnos el lujo de seguir aquí cuando empiecen los fuegos artificiales.

CAPITULO 25

Con excepción de los del Sector Corporativo, pocos sistemas planetarios habían sido tan explotados como Fondor..., sobre todo para ser un sistema tan cercano al Núcleo. Originalmente, esa parte del sector Tapani fue pensada como centro de producción y astillero naval debido a la enorme cantidad de lunas y asteroides ricos en recursos y de mundos maduros para ser explotados. Pero mientras las colosales corporaciones industriales que dominaban Bilbringi, Kuat, Sluis Van y otros astilleros habían intentado compensar el expolio al que sometían a esos planetas, en Fondor ni siquiera lo intentaron. Sus rutas espaciales fueron consideradas un peligro a causa de los escombros que flotaban libremente en el vacío, las lunas pequeñas de Fondor daban la impresión de haber sido mordidas por un gigante, y hasta el propio planeta estaba atestado, contaminado y corrompido por los que se encargaban de proporcionar diversiones para los millones de obreros que no tenían otro lugar donde gastar sus créditos duramente ganados. El sistema era una ruina en la Ruta Comercial de Rimma.

Muchos aseguraban que el cúmulo de hangares orbitales e instalaciones de construcción de gravedad cero nunca había funcionado más eficientemente que cuando las dirigía el Imperio, y la verdad era que las condiciones se habían deteriorado palpablemente en los últimos veinte años..., y más desde la llegada de los yuuzhan vong.

Surgiendo de la hiperruta Gandeal, más allá de la luna más alejada de Fondor, el *Halcón* fue detectado de inmediato y examinado por el control de mando de la Primera Flota que, tras la caída de Obroa-skai, tenía la tarea de proteger los astilleros.

—Pásales el código de nuestro transpondedor actual —indicó Han a Droma mientras dirigía el *Halcón* hacia la cola de transportes y buques de guerra pendientes de permiso para entrar en el espacio de Fondor—. Es la mejor opción para que nos dejen pasar.

—¿Cómo habrá entrado el *Treves*? —preguntó Droma conectando diversos interruptores en el panel de su consola.

—Un contrabandista experto que pilote una vieja Cazadora de Cabezas con treinta años de antigüedad puede saltarse fácilmente la seguridad militar. Además, el *Treves* podría tener negocios legales aquí, o el encargado de la operación Tholatin pudo suministrarles los códigos de seguridad —sonrió abiertamente mirando al ryn—. ¡No sé por qué te explico nada! Seguro que los ryn sois unos profesionales en ese tipo de cosas.

—Sólo por necesidad —dijo Droma ingenuamente.

Una voz áspera surgió de los altavoces de la cabina.

—*Halcón Milenario*, aquí control de la Primera Flota. Por favor, informe de su procedencia y el motivo de su visita.

—Gandael —dijo Han por su micrófono portátil—. Y venimos más por placer que por negocios. Tenemos una cita con ciertos amigos que deben de haber llegado hace poco. Su nave es el *Treves*, registrado en Nar Shaddaa.

El encargado de comunicaciones al otro extremo de la línea tardó un largo momento en responder.

—Perdone la pregunta, *Halcón Milenario*, pero... ¿estoy hablando con el general Han Solo?

—Ex general para usted, Control —respondió Han jocosamente.

—Es un placer hablar con usted, señor. Por lo que respecta a su consulta, el *Treves* recibió su permiso de entrada hace poco. Desgraciadamente, han dejado su cargamento en una zona alejada para naves no registradas..., sobre todo para naves bien pertrechadas con una potencia de fuego acorde a su chulería.

—Lo que pensaba, los han engañado —susurró Han a Droma, antes de volver a abrir las comunicaciones—. Control, ¿puede al menos decirnos dónde ha dejado su carga el *Treves*?

—Negativo, señor. Le sugiero que se dirija al centro de mando de las Fuerzas de Defensa instalado en el planeta. Si quiere preguntarles a ellos, puedo abrirles una ruta.

—Entendido, Control. Y gracias por la ayuda.

—Mantengan la posición para recibir la ruta y los datos de navegación.

—Esperamos.

Han apoyó los codos en la consola y contempló las lunas deformadas y los centenares de plataformas de construcción que se apiñaban en el espacio. La silueta de Fondor dominaba el paisaje como telón de fondo.

—Bien, esto está chupado. Sólo tenemos que buscar en mil millones de kilómetros cúbicos de espacio..., por no mencionar el propio Fondor.

—Podríamos buscar el rastro energético de los motores del *Treves* con el escáner.

Han lo pensó unos segundos.

—Control nos ha dicho que ya han entregado su carga, y los saltos hiperspaciales no están permitidos en el interior de la órbita de la sexta luna de Fondor, así que estarán utilizando los repulsores o los motores sublumínicos. Pero podrían estar en cualquier parte. —Se pasó la mano por la cara, estirando las bolsas que tenía bajo los ojos—. Si hubieras abandonado a un par de cientos de refugiados, ¿qué harías a continuación?

Droma se recostó en su asiento, atusando su pálido bigote.

—Podría tomarme un respiro y gastar en Fondor parte de los créditos que me he ganado. O saltaría hasta Abregado-rae para hacer lo mismo.

—Es posible. Pero recuerda que sabes que Fondor será atacado muy pronto, lo cuál significa que la ruta de Rimma, desde Abregado-rae a Sullust, estará muy concurrida.

—En ese caso, querría estar lo más lejos posible de Fondor —siguió Droma, frunciendo el ceño—. Incluso descansar una temporada y pasar desapercibido antes de correrme una juerga.

Han y Droma se miraron.

—Tholatin —dijeron al unísono.

Han se incorporó en su sillón para empuñar los controles, mientras Droma consultaba el ordenador de navegación.

—El mejor punto de salto para Tholatin es la órbita más alejada de Fondor.

Han desvió la mirada hacia el mapa estelar que Droma puso en pantalla. Con Fondor a menos de dos meses de alcanzar su punto orbital más alejado del sol, el punto de salto estaba relativamente cerca de las coordenadas en las que el *Halcón* había vuelto al espacio real desde la hiperruta de Gandeal. Conectando los impulsores, hizo virar la nave a través de un banco de nubes, lejos de las boyas de navegación que los hubieran llevado directamente a Fondor.

Al instante, el altavoz de la cabina cobró vida.

—*Halcón Milenario*, ¿por qué ha alterado su curso?

—Euh..., una pequeña avería del motor —dijo Han fingiendo alarma en su voz—. Pero enseguida lo tendremos bajo control.

—Mantenga su actual posición, *Halcón*, está entrando en espacio restringido. Repito: quédense donde están. Le enviaremos una nave escolta para que los ayude.

—No, no se molesten en enviar a nadie —protestó Han, mientras el *Halcón* aceleraba—. Volveremos al punto de espera y haremos las reparaciones allí.

—Negativo, *Halcón*. Ha entrado en espacio restringido. Vuelva inmediatamente a su curso original.

Han aumentó la velocidad de su nave mientras el ordenador de navegación los guiaba hasta el punto más alejado de la órbita elíptica de Fondor. Una miríada de naves capitales, barcasas, gabarras y transportes entraron en su campo de visión, todos maniobrando hacia distintos puntos del salto. De repente, un indicador del autenticador amigo-enemigo empezó a parpadear.

—Ha reconocido una emisión IR y una descarga de iones —exclamó Droma

agitado—. Confirmado, es el *Treveen* —amplió la imagen de las coordenadas indicadas y una nave con forma de vaina apareció en el centro de la pantalla—. ¡Ahí está!

Han sonrió, agradeciendo mentalmente todos los datos que les habían proporcionado *Confuso* y los otros androides.

—Sí, es ella.

—*Halcón Milenario* —ladró la voz del control de mando—. Éste es su último aviso.

—Apaga esa cosa —cortó Han.

Droma bajó el volumen y volvió rápidamente a su consola.

—Escudos deflectores levantados —informó sin que se lo preguntaran—. Ordenador de control de fuego conectado.

Han se estiró hacia la izquierda buscando el servomecanismo que controlaba el cuádruple láser dorsal. Cuando pudieron ver el *Treveen* a través de la ventanilla de la cabina, atrajo la palanca del acelerador hacia él, situando al *Halcón* bajo el transporte, e hizo que girase sobre sí mismo pasando ante la achatada proa del *Treveen*.

—Ahora ya saben que estamos aquí —dijo, desacelerando para igualar la potencia de los motores gemelos de la otra nave.

—Están escaneándonos —advirtió Droma—. Preparan sus cañones.

—Dame un esquema de la nave —Han estudió los datos que Droma le iba enviando y tocó con su dedo índice la pantalla—. Su motor hiperlumínico está justo delante de la aleta de popa. Vamos a por él.

Droma apretó los mandos del copiloto con toda su fuerza, pegando el *Halcón* a la popa del *Treveen*. Han centró la retícula de disparo de sus láseres cuádruples en el estabilizador del transporte.

— ¡Fuego!

Apenas Droma acababa de pronunciar esas palabras, cuando azules guiones de energía se dirigieron hacia el *Halcón*, estrellándose contra su escudo deflector delantero y sacudiendo la nave pero sin dañarla.

—Un cañón de iones —reconoció Droma—. Nos tienen en su punto de mira. Y están preparando el motor hiperespacial.

Más rayos de energía surgieron de la torreta de popa del transporte. Droma inclinó el *Halcón* hacia un lado y después hacia el otro, lo hizo rodar sobre sí mismo, virando a estribor, y mantuvo la nave invertida mientras Han apuntaba.

Una luz violenta surgió pulsando de los cuatro láseres del *Halcón*, volando en pedazos la aleta del *Treveen* y abriendo un surco quemado a todo lo largo de su

popa. Gotas de metal fundido brotaron del transporte mientras se ladeaba desesperadamente sin dejar de disparar a su perseguidor. Droma obligó al *Halcón* a realizar un rizo, proporcionando a Han un blanco fácil: el recalentado cañón del transporte. Éste lo destrozó instantáneamente. Después centró sus esfuerzos en el generador del escudo.

—Abre una frecuencia a la nave —dijo.

—No contestan —Droma estudió la pantalla de sensores—. Están intentando alejarse del sistema a toda velocidad.

Han apretó los labios.

—¿En qué están pensando? No pueden saltar al hiperespacio y no pueden dejarnos atrás —se giró hacia Droma, que seguía estudiando los escáneres—. ¿Qué pretenden? ¿Qué?

—Seis cazas estelares de la Nueva República. Ala-X. Se acercan muy deprisa por popa.

Han maldijo en voz baja.

Un grupo de cazas del mando de la flota. —Se colocó los auriculares y ajustó los controles.

Una nueva voz surgió de los altavoces.

—... al *Halcón*. No nos obligue a disparar.

—Intentadlo si os atrevéis —susurró para sí mismo. Abrió el canal de comunicaciones—. Aquí el capitán Han Solo, del *Halcón Milenario*. No buscamos pelea, líder de escuadrón. Póngame con el comandante de operaciones de vuelo —tapó el micrófono con la mano—. Ha llegado el momento de recurrir a lo más alto.

—Lo estoy escuchando, capitán Solo —dijo una voz grave claramente irritada—. Está violando las regulaciones de seguridad. Una infracción más y acabará entre rejas antes de que termine el día... a pesar de su historial o de su esposa. ¿Queda claro?

Aquel comentario sólo sirvió para incitar más a Han.

—Tiene cosas más importantes que hacer que arrestarme, comandante.

—No fuerce su suerte, capitán Solo. Siga a sus escoltas hasta el cuartel general de la flota y podremos entretenernos discutiendo su opinión de cuáles deben ser mis prioridades.

—Escuche, comandante. Los yuuzhan vong van a atacar Fondor. No sé exactamente cuándo, pero será pronto. Sugiero que ponga a la flota en alerta.

—Eso es absurdo, Solo. No tenemos ninguna información al respecto.

—Y yo no tengo tiempo para entrar en detalles, pero...

—El escuadrón que nos persigue se dispersa —le interrumpió Droma, con los ojos fijos en la pantalla del escáner.

Han soltó una risotada.

—No me gusta aprovecharme de mi nombre y mi posición, pero...

Dejó la frase sin terminar. Droma tenía la boca abierta, con la mandíbula inferior colgando floja sobre su pecho, y señalaba con una mano temblorosa las ventanas que tenía frente a él. Simultáneamente a la estridente sirena de alarma del indicador de hiperondas, Han se giró para ver que estaban volando directamente hacia lo que cualquiera hubiera tomado por una tormenta de meteoritos, pero que él sabía que eran naves enemigas entrando a centenares en el espacio real.

Casi por instinto, Han hizo que el *Halcón* virase, y vio pasar por su lado un enjambre de transportes, destructores y cruceros; aunque ninguno demostró el menor interés por su nave, ni siquiera por el *Treveen*, a pesar de ser mucho más grande.

— ¡Acción evasiva! —gritó Droma, recuperando por fin la voz—. ¡Contra medidas!

—¿Qué te crees que estoy haciendo? —respondió Han, luchando con los mandos.

Las naves de guerra seguían materializándose por todas partes, más de las que Han habría creído posible..., y más que suficientes para combatir las defensas de Fondor y destrozarlas. La vanguardia ya estaba disparando, lanzando proyectiles fundidos y deslumbrantes chorros de plasma contra naves civiles y bélicas, sin hacer distinciones. Han desvió el *Halcón* del curso que llevaba el grupo de combate principal y aceleró en dirección a las coordenadas del punto más alejado de la órbita de Fondor, tal como había hecho el *Treveen*, aunque sólo fuera para distanciarse de la batalla.

—Por eso tenían prisa —comentó Han—. Sabían que los yuuzhan vong estaban en camino —su rostro se retorció de rabia y lanzó una corta ráfaga de láseres, más para aterrorizar a la tripulación del *Treveen* que para dañar a la nave.

Entonces, cuando parecía que las dos naves habían logrado pasar sanas y salvas a través de la avalancha de atacantes, un último buque enemigo surgió de la nada. Parecía más un racimo de burbujas con la superficie endurecida que un grueso pedazo de coral, y la recién llegada estuvo a punto de chocar con el *Treveen*, pero ésta esquivó la colisión aunque la desesperada maniobra hizo que quedara fuera de control.

Intrigado, Han se inclinó hacia las ventanillas para mirar más de cerca a la extraña nave. Un segundo después, cambió de curso dirigiéndose directamente

hacia ella.

—De una en una —gruñó—. Contra ésta podemos arriesgarnos.

Con el *Halcón* ladeado una vez más, Han y Droma lanzaron ráfagas de los láseres dorsales y ventrales contra la nave-racimo. La mayoría fueron tragados por las anomalías gravitatorias antes de alcanzar la nave, pero un número sorprendente de ellos alcanzó su objetivo. Han lo entendió todo en cuanto descubrió que la nave era atacada por un grupo de cazas de la Nueva República. Demasiado acosados y distraídos, los dovin basal que escudaban el bajel yuuzhan vong empezaban a fallar.

Olvidada toda precaución, Han cerró todavía más su ángulo de ataque y aumentó la velocidad para que la nave-racimo tuviera que cruzarse con la trayectoria del *Halcón*. Entonces, tanto Droma como él descargaron sus cañones sobre el enemigo, martilleándolo con masivas emisiones de energía. Gas y llamas emergieron de la nave, y una de las esferas implotó, desinflándose como si fuera un globo pinchado por un alfiler. La nave empezó a virar a babor lentamente y rodó sobre sí misma, como una criatura derrotada mostrando el vientre a su agresor.

—Gracias por la ayuda, YT-1300 —dijo alguien por el canal de comunicaciones.

—Es el piloto líder del escuadrón —explicó Droma.

—Pero no es un escuadrón militar —apuntó Han.

—¿Cuánto hace que ha empezado la batalla, YT?

Han abrió un canal a los cazas.

—El enemigo apareció un minuto antes que vosotros y ya está bombardeando los astilleros. ¿Quiénes sois, chicos?

—La Docena de Kyp —dijo el piloto.

—¿Kyp Durrón! ¿Qué diablos haces tú aquí?

Cogido con la guardia baja, Kyp calló un instante.

—Han, ¿eres tú? —preguntó tímidamente.

—El mismo.

—¿Ahora te dedicas a la pintura o has metido el *Halcón* sin querer en una estrella?

—Es una larga historia.

—Como la nuestra. Perseguimos a esa nave burbuja desde Kalarba. Los yuuzhan vong tienen prisioneros a bordo, Wurth Skidder entre ellos. ¿Y tú?

—El transporte que tenéis a estribor abandonó a un grupo de refugiados en

alguna parte de este sistema. Creí que podría convencerlos para que nos dijeran dónde los desembarcaron.

—Si das media vuelta y participas en la batalla, serías de mucha ayuda. Te asignaré dos de los míos para que te acompañen.

—Los acepto, pero ¿qué piensas hacer con los prisioneros?

—Subir a bordo y rescatarlos.

A Han se le escapó una carcajada.

—Sólo un Jedi puede hacer lo imposible.

—Es nuestro lema —admitió Kyp.

—Volveremos a ayudaros en cuanto podamos —prometió Han. —Que la Fuerza te acompañe, Han.

—Y a ti.

—oOOo—

En el Astillero Orbital 1321, el destructor estelar *Amerce* estaba casi terminado. Era uno de los treinta enormes buques de guerra que se estaban ultimando en Fondor, junto con centenares de naves menores. Algunos de los astilleros mayores iban con retraso al tener que ajustar mantenedores de inercia hiperlumínica a toda una flotilla, pero en el 1321 estaban seguros de que su trabajo en el *Amerce* terminaría ese mismo mes. La botadura sería el final para decenas de miles de obreros que se habían pasado casi todo un año estándar trabajando en la nave junto a androides y otras máquinas, en turnos rotativos, y muchas veces en gravedad cero durante días interminables.

Creed Mitsun, el capataz humano de un equipo de electricistas formado por miembros de diversas especies, estaba más ansioso que la mayoría por terminar. Los sustanciales créditos que había reunido parecían haber volado de su cuenta bancaria, y su compañera de los dos últimos años, una bailarina exótica que trabajaba en Ciudad Fondor, amenazaba con volverse a Sullust si Mitsun no bajaba al planeta lo antes posible.

Últimamente no pasaba un solo día sin que Mitsun se despertase tan agotado como si hubiera estado trabajando en vez de dormir, y temiendo que el *Amerce* nunca se completaría y que nunca podría marcharse de allí. Para empeorarlo todo, los taladros espaciales no paraban de funcionar las veinticuatro horas del día, y todo el mundo se despertaba mucho antes de que empezase su turno.

Hoy no era una excepción.

Mitsun agregó su elaborado gruñido al coro de protestas habituales que llegaban desde todos los rincones del dormitorio, enterró la cabeza bajo una almohada y se negó a moverse, a pesar del tenaz aullido de las sirenas y las

insistentes llamadas de la hembra bothana que tenía la litera opuesta a la suya.

—Venga, jefe —rogaba, sacudiéndolo para que se levantase—. Ya sabe lo que pasa si no nos presentamos en nuestro puesto de trabajo.

—Me importa un bledo —dijo Mitsun con la voz ahogada por la almohada—. ¿Cómo esperan que terminemos el *Amerse* si nos dormimos de pie durante los turnos?

—Por favor, jefe. Si lo suspenden, a todos nos irá peor.

Mitsun quiso empujarla para que lo dejase en paz, pero, de repente, se encontró cayendo al duro suelo de la cubierta desde la altura de su tercera litera.

—¿A qué viene esto? —tartamudeó mientras intentaba ponerse en pie, sólo para descubrir que a la hembra bothana y a casi todos los demás les había ocurrido lo mismo.

Sin previo aviso, toda la instalación sufrió un fuerte golpe, lo bastante potente como para volcar varias filas de literas y derribar a todos los que se encontraban en el dormitorio.

—¡Eso no es ningún taladro! —gritó alguien.

Mitsun oyó las palabras, pero se negó a creerlas. Corrió hacia el casco exterior pasando por encima de los cuerpos que yacían en el suelo y golpeó con la palma de la mano el interruptor que levantaba la persiana metálica que cerraban durante la noche.

Cuando la persiana terminó de enrollarse, ya había varios obreros más junto a Mitsun, y al otro lado del panel de transpariacero se encontraban los restos de un *Amerce* lleno de agujeros y que expulsaba sus entrañas al espacio.

Una tormenta de lo que parecían asteroides se dirigía hacia ellos desde la luna más cercana a Fondor, tan decididos a demoler el Astillero 1321 que ni siquiera se molestaban en disparar sus armas, sino que aceleraban hacia el acorazado y la instalación.

—Se acabó el permiso —se dijo Mitsun a sí mismo cuando vio cómo dos coralitas se lanzaban directamente hacia el dormitorio.

—oOOOo—

Leia pisaba los talones del coronel que la había sacado de su camarote del *Yald* diciéndole que era urgente que se uniera al comodoro Brand en el Centro de Información Táctica. El ayudante de Brand y ella salían del turboascensor que les había llevado al CIT, cuando casi chocó con Isolder, que obviamente llegaba del *Canción de Guerra*.

—¿Tienes idea de lo que pasa? —le preguntó.

Lanzó la pregunta en tono mordaz, aunque sin ser consciente de ello. Lo que empezó en Gyndine como un vago presentimiento y se convirtió en aprensión tras la visión en Hapes, era ahora un miedo profundo, tangible como cualquier temor o fobia que jamás hubiera experimentado, aunque su origen y sustancia seguían siendo un misterio para ella.

Horas de meditación habían permitido a Leia determinar qué parte de su aprensión se centraba en Anakin, Jacen y el previsto ataque a Corellia, pero no conseguía saber, ni siquiera suponer, cómo se conectaba esa preocupación por ellos con el presentimiento que se arremolinaba en torno a Isolder como electrones excitados, y concretamente alrededor del comandante Brand y sus planes de batalla. Sólo sabía que su serenidad se estaba viniendo abajo, y que aquellas fuerzas convergían de una forma que nadie había previsto.

— ¿Leia? —dijo Isolder.

El arma del Jedi es su mente. Cuando un Jedi está distraído, cuando pierde su foco, se vuelve vulnerable...

—Lo siento, Isolder —respondió por fin—, pero no tengo ni idea.

Él la estudió en silencio mientras apresuraban el paso hacia la sala de guerra. Entraron codo con codo. Brand giró la cabeza hacia ellos desde su alto taburete junto a un amplio panel horizontal. De hecho, todos los reunidos en la enorme sala parecían aturridos bajo toda aquella actividad frenética.

—En pantalla —ordenó Brand a uno de los técnicos, mientras Leia e Isolder se acercaban.

Leia estudió una cercana batería de hologramas, instantáneamente consciente de que contemplaba su visión haciéndose realidad... o, al menos, parte de ella. Era imposible discernir si las imágenes en tiempo real eran transmitidas vía satélite o desde una instalación orbital, y, en cualquier caso, era irrelevante. Un holo mostraba docenas de naves de guerra yuuzhan vong y de la Nueva República disparándose mutua e implacablemente, mientras escuadrillas enteras de cazas estelares y coralitas se perseguían a través de los restos de hangares orbitales.

Otro holo revelaba ennegrecidas naves casi terminadas, destrozadas, volcadas sobre sus plataformas espaciales de atraque, con las torres de mando y los torreones de armamento en ruinas, en medio de nubes de escombros que hacían casi imposible ver nada con claridad. Más allá, los equivalentes yuuzhan vong a los transportes estelares vomitaban tempestades de coralitas hacia las plataformas armadas y la superficie de un mundo ya castigado por la devastación industrial.

—Eso es el *Amerce* —informó Brand mortalmente serio, señalando una de las naves destruidas. Apuntó a otro holograma—. Y ése, el *Anlage*. Leia lo miraba

confusa.

—No son naves corellianas.

Brand le devolvió una de las miradas más tristes que jamás hubiera visto.

—Los yuuzhan vong han atacado Fondor. Nos engañaron haciéndonos creer que iban a atacar Corellia y han atacado Fondor —las palabras surgían de su boca sin emoción—. Nuestras esperanzas estaban depositadas en esas naves. La Primera Flota hace todo lo que puede, pero el enemigo está lanzando literalmente sus coralitas contra cualquier blanco que se les ponga a tiro.

—La flota hapana está preparada para atacar —aseguró Isolder.

—¡No! —gritó Leia sin darse cuenta. Brand e Isolder la contemplaron fijamente—. No —repitió más tranquila.

—Gracias, príncipe Isolder —dijo por fin Brand—, pero ya he ordenado que elementos de la Quinta Flota partan desde Bothawui. Esperamos noticias de ellos.

Leia se volvió hacia la consola de comunicación con el corazón latiéndole desbocado.

—Alto Mando de Commenor, aquí la fuerza de asalto Aleph —se dejó oír una voz apenada—. El enemigo ha minado todas las rutas que unen Bothawui y Fondor con dovin basal que operan por control remoto. La mitad de nuestras fuerzas ha sido arrancada del hiperespacio y seis naves han colisionado con sombras de masa. No podemos seguir, señor; nuestra única opción es retirarnos al Borde Exterior y saltar a Fondor desde Eriadu o Sullust.

—Llegarán demasiado tarde —musitó Brand antes de volverse a Isolder—. ¿Dice que su flota está preparada?

Isolder se irguió en toda su considerable altura.

—E impaciente, comodoro.

Leia sintió que no podía respirar, y el CIT empezó a girar ante sus ojos. Tuvo que sujetarse al brazo de Brand para no desplomarse sobre la cubierta.

CAPITULO 26

Por lo que se había podido determinar, los coralitas no se mantenían atracados en los hangares de los transportes, sino que eran lanzados y recuperados desde las largas proyecciones en forma de ramas de las naves. Todo eso pasó brevemente por la mente de Kyp Durrón mientras su Ala-X soltaba dos torpedos de protones contra la esfera que los láseres cuádruples del *Halcón Milenario* habían perforado y desinflado. Los torpedos hicieron poco más que abrir un boquete en lo que quedaba del desinflado globo, pero lo bastante grande como para permitir la entrada a cualquiera de los cazas que formaban su Docena.

—Once y Doce, vigilad la retaguardia —ordenó Kyp por la red de comunicaciones tácticas—. Los demás, seguidme. Vamos a entrar.

Kyp dirigió su nave ignorando las estridentes protestas de su androide astromecánico, que pitaba y silbaba sin cesar a causa de las lecturas que emitía la nave enemiga. Los yuuzhan vong respiraban oxígeno, se recordó a sí mismo, y eso significaba que sus naves tenían que producir atmósfera de algún modo. No estaba tan seguro acerca de la gravedad, aunque conjeturó que los mismos dovin basal responsables de la propulsión y de la protección de las naves se encargarían de proporcionarla. En cuanto al espacio para aterrizar, Kyp estaba dispuesto a encontrarlo en la superficie de cualquier cubierta, aunque tuviera que pilotar su Ala-X hasta el mismísimo corazón de la nave.

El Ala-Y modificado de Ganner, junto a otros siete cazas estelares, lo siguió por la brecha abierta por los torpedos. Los dos que se quedaban atrás tendrían que encargarse de la ayuda que se enviara a la nave-racimo, al menos hasta que volvieran el *Halcón* y sus dos escoltas.

La determinación de Kyp aumentó cuando su Ala-X entró en la destrozada esfera. El vacío había absorbido todo rastro de atmósfera, pero la gravedad casi se ajustaba a la humana estándar, y había espacio suficiente para que los nueve cazas aterrizasen en una cubierta muy semejante al casco y los mamparos interiores de los buques de guerra enemigos. Los potentes cañones del *Halcón* y sus propios torpedos lo habían destrozado todo, pero les hubiera sido difícil definir lo que estaban viendo incluso sin ello. Kyp sospechó que la estructura en forma de colmena que adivinaban al fondo de la esfera era una especie de neuromotor de alguna clase, y que, si la abrían, encontrarían en su interior a un par de aturdidos dovin basal.

—Respiradores y armas —dijo por la red de comunicaciones mientras la carlinga del Ala-X todavía se estaba abriendo.

Recordando su primer contacto con los yuuzhan vong en el Borde Exterior y la grotesca criatura cuyas secreciones habían quemado el transpariacero de su

XJ, Kyp había esperado encontrarse con unas monstruosidades semejantes, pero la sala estaba desierta. Ganner, obviamente, pensaba lo mismo. Saltando ágilmente de la cabina de su Ala-Y, dijo por el micrófono de su respirador:

—Probablemente se han replegado para proteger al yammosk.

—Entonces nos han facilitado la misión —le respondió Kyp.

Empuñaron y conectaron los sables láser que hasta entonces colgaban de los cinturones de sus monos de vuelo. El sibilante siseo de las hojas de energía zumbó con fuerza en la sala abandonada. Todos los demás llevaban una pistola o un rifle láser.

—Vigilad dónde pisáis —advirtió Kyp—. Sabemos que los yuuzhan vong utilizan una especie de gelatina viva para inmovilizar a enemigos y prisioneros.

Avanzaron cautelosamente hasta la pared de la esfera adyacente, sin saber si se dirigían hacia proa o hacia popa. Al igual que los muros del módulo colapsado, el casco curvo tenía una apariencia orgánica, membranosa. Buscaron inútilmente el equivalente a una compuerta de acceso.

—Tiene que haber una forma de pasar de una esfera a la otra —apuntó Deak—. Quizás están separados por campos hidrostáticos.

Pero el mamparo no lo dejó pasar por más que se apretó contra él, aunque cedió elásticamente a su contacto.

—Quizá sólo reacciona ante los yuuzhan vong —sugirió Ganner.

—No es momento para debates —cortó Kyp—. No estamos en un congreso científico.

Clavó su sable en la pared curva. Cuando su punta la traspasó, Kyp giró la muñeca, abriendo un agujero redondo lo bastante amplio para poder pasar a través de él. La sala que encontraron al otro lado de la mampara no era diferente a la que habían dejado atrás.

—Tampoco hay oxígeno —comentó Ganner tras echarle un vistazo al indicador que llevaba en la muñeca.

Avanzaron en fila india por un pasillo que bien podía ser la garganta de una criatura gigantesca. Colonias de microorganismos en paredes y techo proporcionaban una débil bioluminescencia verdosa. Poco después se toparon con otro muro curvo, pero provisto de un portal en forma de iris que les dio paso a una antecámara sellada. La cámara servía como esclusa, pero no les fue evidente hasta entrar en una espaciosa sala que contenía atmósfera respirable.

También contenía a los guerreros yuuzhan vong que Kyp y Ganner habían esperado encontrar antes.

Eran treinta. Algunos llevaban una coraza quitinosa, otros no; pero todos iban armados con espadas de doble filo o los anfibastones que Kyp sabía que

podían ser utilizados como látigos, porras, espadas o lanzas. Los dos grupos se mantuvieron inmóviles por un instante, estudiándose mutuamente. Entonces, uno de los guerreros dio un paso adelante y gritó una frase en su propio idioma.

Hizo que sonara como una declaración de principios, pero la carga que siguió a continuación confirmó que era un grito de guerra. Deak y los otros que no eran Jedi abrieron fuego con sus armas, derribando a diez o más de los guerreros sin blindaje antes de que recorrieran la mitad de la distancia que separaba a ambos grupos. Kyp y Ganner se lanzaron contra los supervivientes pisando apenas la superficie de la cubierta, desarmando telequinésicamente a parte de sus contrincantes, mientras paraban los golpes de los rígidos anfibastones o desviaban las lanzas. Uno a uno, los yuuzhan vong sucumbieron a los mandobles verticales dirigidos a la cabeza, o a las estocadas horizontales que siempre encontraban los únicos puntos vulnerables de la armadura viviente: bajo los sobacos.

Siempre que era posible, los dos Jedi actuaban en equipo, espalda contra espalda u hombro con hombro, negándose a ceder cualquier terreno ganado y reduciendo al mínimo los movimientos de sus sables. Sus victorias, relativamente fáciles, los convencieron de que aquellos guerreros pertenecían a una casta distinta a la de los combatientes veteranos con los que se habían enfrentado en la nave ithoriana *Bahía de Tafanda*. Aun así, algunos de los integrantes de La Docena de Kip tenían dificultades. Dos de ellos habían muerto; uno decapitado por un cuchillo y el otro traspasado por un anfibastón.

Cuando Kyp y Ganner se quedaron casi sin enemigos, se separaron para enfrentarse a los últimos guerreros uno a uno. Kyp se enzarzó en un combate salvaje contra un enemigo que le sobrepasaba una cabeza, y tan diestro con su bastón como Kyp con su sable láser; Ganner utilizó un empujón telequinésico de la Fuerza para lanzar a su adversario contra un trío de yuuzhan vong que asediaban a Deak. Dos de ellos cayeron derribados sobre cubierta, dando a Deak el tiempo que necesitaba para levantar su rifle y matar al tercero y al que había empujado Ganner.

Kyp percibía todo lo que ocurría en la sala. Con sus pies bien plantados en el suelo, sostenía el sable láser a la altura de la cintura, con la hoja alzada, mientras giraba las muñecas para responder, y desviar, los tajos y golpes del anfibastón del yuuzhan vong. El que Kyp permaneciera inmóvil pese a la presión a que era sometido hizo que el guerrero se mostrase más feroz a cada segundo que pasaba. Arremetiendo contra el humano, lanzó un mandoble hacia la cintura de Kyp, ordenando a su bastón que se alargara y atacara con sus colmillos. La repentina transformación del anfibastón de espada en serpiente cogió a Kyp por sorpresa, pero sólo por un instante. Hizo un molinete con su sable láser alrededor del bastón y lo elevó repentinamente hacia arriba,

cercenando la mano del yuuzhan vong por el pequeño espacio que quedaba entre el guantelete y la protección de los antebrazos, y haciendo que el arma del guerrero volase por los aires.

El puño desmembrado cayó sobre cubierta, mientras un chorro de sangre oscura rezumaba del truncado miembro del guerrero. El yuuzhan vong contempló a Kyp con sorprendida incredulidad, bajó la cabeza y cargó a toda velocidad en un intento de embestir a su contrincante. Un paso lateral del Jedi sabotó el esfuerzo. Mientras el debilitado guerrero trastabillaba al pasar por su lado, Kyp alzó el sable láser a la altura del hombro y asestó una estocada por debajo del brazo de su enemigo, matándolo al instante.

Permaneció junto al yuuzhan vong un segundo, recuperando el aliento, y después paseó la mirada por toda la sala para contemplar la carnicería que habían provocado sus compañeros y él. Ganner y Deak estaban arrodillados al lado de sus camaradas muertos.

—Ya les rendiremos homenaje más tarde —dijo Kyp, haciéndoles una seña con el sable láser conectado.

Penetraron más profundamente en la nave, cruzando el umbral de otra esfera sin encontrar más oposición. Desde el momento en que entraron en la nave, Kyp se dio cuenta que la Fuerza había enmudecido: no desaparecido, sino silenciado. No sentía que sus habilidades Jedi estuvieran afectadas o disminuidas en forma alguna, pero tenía la impresión de haber entrado en el espacio en blanco de un mapa. Ahora, de repente, sintió algo a través de la Fuerza, y, un poco más allá, se toparon con una puerta sellada similar a las muchas que habían pasado antes.

Kyp se volvió hacia Ganner, que asintió con la cabeza. Entonces perforó el centro de la puerta con la hoja del sable láser. Al retirarla, el aire entró ruidosamente en el misterioso cuarto a través del agujero, y el iris se abrió. Dentro yacía una multitud de cautivos de diversas especies, diseminados por el suelo flexible empapado de sudor y otros fluidos. Vestidos con túnicas viejas y rotas, parecían muy delgados pero vivos. Poco a poco, a medida que la sala se llenaba de oxígeno, empezaron a moverse.

Kyp se acercó a uno de ellos, un humano de pelo gris que, a juzgar por los pliegues colgantes de su piel, probablemente había empezado su cautiverio con más peso que muchos de los otros. Cerca de él yacían dos machos ryn y una hembra.

Los nublados ojos del hombre pestañearon y recorrieron la cara de Kyp, centrándose finalmente en el sable láser desactivado de su mano derecha.

—Lo tienen en la cubierta inferior —susurró débilmente—. En el módulo contiguo a la popa. Pero ten cuidado, Jedi, puede que ya no sea el Wurth Skidder que recuerdas.

—oOOo—

Algunos de los refugiados de Ruan técnicamente más hábiles consiguieron manipular los sistemas de recepción de imágenes de la instalación orbital, por lo que todo el que quisiera podía ver la caída de Fondor en directo y a todo color.

La mayoría de la flota yuuzhan vong seguía dispersa en un amplio arco más allá de la órbita de las lunas más alejadas de Fondor, pero más de una docena de transportes fuertemente reforzados por naves escolta se había adelantado al cerco y estaba sobre el planeta. Los transportes habían lanzado sus coralitas contra todos los objetivos posibles a su alcance, como si fueran viejas armas de asedio, destruyendo buques de guerra de la Nueva República, plataformas y astilleros. Una vez dispersada la Primera Flota, empezaron a ser sistemáticos con las instalaciones orbitales, lanzando proyectiles llameantes y chorros de plasma contra el distante Fondor.

Melisma contemplaba aquel caos a través de una portilla de observación y decidió que probablemente los yuuzhan vong no perdonarían ni a un astillero vacío como aquel en el que se encontraban. Además, al actual ritmo de destrucción, al grupo de Ruan le quedaba menos de una hora de vida. La mayoría de los refugiados ya se había hecho a la idea y lloraba calladamente u oraba a cualesquiera que fueran los dioses a los que rindieran culto. Otros chillaban de miedo y rabia, insistiendo en que tenían que esforzarse por alertar de su situación al alto mando de Fondor o, si no lo conseguían, rendirse a los yuuzhan vong, aunque eso significase el sacrificio o la cautividad.

Los ryn cantaban, fieles al fatalismo que abrazaban como credo. El hecho de que pudieran enfrentarse a la muerte con gracia y dignidad los había imbuido con una sensación de calma y tranquilidad en medio de aquel pandemio.

Melisma se volvió hacia la ventanilla para escuchar mejor el melodioso lamento que entonaba R'vanna.

—Si esta gente supiera que fueron nuestras falsificaciones lo que los trajo hasta aquí y los metió en esta situación, ya estaríamos muertos —dijo a Gaph. Su tío se encogió de hombros.

—Los piratas habrían encontrado alguna otra forma de transportarlos, hasta sin los documentos que les proporcionamos. Recuerda, niña, que estas personas pagaron para salir de Ruan.

—¿Ésa es tu manera de absolvernos de toda culpa?

—Sólo somos culpables de meternos a nosotros mismos en este lío. Pero ése es el estilo ryn. Si nadie intenta aprovecharse de nosotros, nos aprovechamos de nosotros mismos.

—Entonces, ¿nos merecemos esto por no aceptar la oferta de trabajar en los

campos de Ruan? —suspiró Melisma.

—No. Nadie merece morir así, haya hecho lo que haya hecho. Pero mira, chica, todavía no estamos muertos. Y hasta entonces, debemos disfrutar del momento.

—Creo que ya no me quedan canciones, tío —confesó, mirando por la ventanilla.

Él se rió.

—Claro que sí. Siempre hay una canción..., incluso en el último aliento.

—Empieza tú —aceptó, forzando una sonrisa.

Gaph acarició su bigote, pensativo. Su pie derecho empezó a marcar el ritmo, y ya había abierto la boca para cantar cuando un sullustano situado frente a una de las consolas gritó reclamando la atención de todo el mundo.

— ¡El *Treveen* está volviendo!

Los cánticos y los gemidos cesaron, y todos empezaron a apiñarse alrededor de las consolas y la ventanilla de observación. Alguien situado a la izquierda de Melisma señaló una forma lisa, ahusada, que se acercaba a la abandonada instalación navegando entre proyectiles y descargas de plasma.

—¡Es el *Treveen*, definitivamente! —confirmó el sullustano.

Gritos de esperanza surgieron de todos los presentes.

—Igual han cambiado de idea.

—Imposible. Seguro que se han visto atrapados en medio de la batalla y buscan un lugar donde esconderse.

—O alguien se ha enterado de lo que nos hicieron.

—Ésa es la explicación más probable —dijo Gaph con voz autoritaria. Gesticuló en dirección al transporte—. Porque no imagino el motivo por el cual ese YT-1300 se ha podido unir al *Treveen*, pero estoy seguro de que las otras dos naves que los acompañan son cazas estelares de la Nueva República.

—oOOOo—

Las posibilidades de que Anakin habilite el campo de contención de la estación *Centralia* y su capacidad para hacer explotar soles quedaron olvidadas momentáneamente tras las devastadoras noticias traídas por el coronel de la Nueva República hasta la sala de control.

—Los yuuzhan vong han lanzado un ataque sorpresa contra Fondor.

Las imágenes en tiempo real de la batalla recibidas por los canales militares y la HoloRed habían propagado el pánico entre los mrlsis, cuyo sistema natal era fronterizo con Fondor en el sector Tapani. Para todos los demás, las imágenes

provocaron una curiosa mezcla de alivio y desesperación. Allí estaba *Centralia*, preparada para defenderse, pero sin enemigo contra el que hacerlo.

Thrackan Sal-Solo rompió el hielo.

—Todavía podemos hacer algo —se giró hacia Anakin con una luz salvaje brillando en sus ojos—. Tenemos las coordenadas espacio-temporales de la flota yuuzhan vong. —Corrió hacia una consola y pidió un mapa estelar—. Sus buques de guerra están concentrados entre la quinta y la sexta lunas de Fondor. Si enfocamos el rayo repulsor de *Centralia* podemos acabar con ellas.

—No tenemos autoridad para tomar esa decisión —apuntó uno de los técnicos en voz bastante alta como para ser escuchado por encima de una docena de conversaciones diferentes—. Podríamos fallar y golpear Fondor... o incluso su sol. No podemos correr ese riesgo.

—Debemos asumirlo —protestó un mrlssi—. Si no hacemos nada, Fondor está perdido.

El coronel de la Nueva República vio que Sal-Solo agitaba la cabeza, dudando.

—No puedo prometer que acertaremos en el blanco.

Todos se giraron hacia Anakin.

Y Anakin miró a Jacen y a Ebrihim, que tenían sus manos tapando la rejilla del codificador de voz de Q-nueve.

Jacen quiso decir algo, pero le fallaron las palabras. De repente recordó al Anakin de hacía unos meses, practicando la técnica del sable láser en la bodega del *Halcón Milenario*.

—Sigues pensando en el sable láser como en una herramienta, como un arma en tu guerra contra todo lo que te parece malo —le había dicho Jacen en aquel momento.

—Es un instrumento de la ley —mantuvo Anakin.

—La Fuerza no tiene nada que ver con la guerra —insistió Jacen—. Tiene que ver con encontrar la paz y el lugar que ocupas en la galaxia.

Ahora se situó entre Sal-Solo y la consola frente a la que se sentaba Anakin.

—No podemos formar parte de esto.

Thrackan se movió nerviosamente alrededor de Anakin y de él.

—La Primera Flota está siendo diezmada, Anakin. Y la fuerza de choque enviada desde Bothawui no llegará a tiempo.

—El sector Tapan es nuestro sector natal —intervino un mrlssi—. Tienes que arriesgarte por nosotros..., como lo haría cualquier Jedi.

—Es nuestra única oportunidad de conseguir una victoria decisiva —urgió el coronel. Clavó la mirada en la palanca que había conjurado Anakin—. Tiene tu impronta, Anakin, sólo responde ante ti, ante nadie más.

—Anakin, no puedes hacerlo —insistió Jacen con los ojos desorbitados—. Apártate de ahí. Apártate de eso ahora mismo.

Anakin contempló los controles que tenía ante él. Pudo captar los distantes blancos, pero no a través de la Fuerza, sino a través de la misma *Centralia*. Se sintió unido al repulsor como a menudo se sentía unido a su sable láser. Y supo, con la misma convicción, que sabía cuándo y cómo atacar.

CAPITULO 27

Con los sables láser firmemente empuñados con ambas manos, Kyp y Ganner se acercaron a la cámara donde se suponía tenían a Wurth Skidder prisionero. La ausencia de guardias en el oscuro y húmedo pasillo hacía pensar lo contrario a Kyp, pero en cuanto el sable láser forzó la puerta de la sala pudo ver a su compañero y entendió de inmediato lo que quiso decirle el viejo prisionero Roa al advertirle que quizá Skidder no sería el mismo.

Estaba en el suelo, boca arriba, desnudo, con las piernas dobladas hacia atrás y los brazos extendidos por encima de la cabeza. A su alrededor había más o menos una docena de criaturas parecidas a cangrejos, muy posiblemente responsables de las excrecencias cartilaginosas que lo mantenían inmovilizado uniendo a la cubierta sus rodillas, empeines, hombros, codos y muñecas. Unos cuantos cangrejos consiguieron ponerse a salvo antes de que los sables láser de Kyp y Ganner entrasen en acción. El resto fue desmembrado sin piedad, y sus patas y pinzas, desperdigadas por toda la sala.

Kyp se arrodilló, pasó la mano por debajo del cuello de Wurth y le levantó suavemente la cabeza. Skidder gimió de agonía, pero sus ojos se abrieron.

—Eres la última persona que esperaba ver aquí —susurró.

Kyp se obligó a sonreír.

—¿Crees que íbamos a dejarte esta misión para ti solo?

—¿Cómo me habéis encontrado? —Skidder se relamió los labios para mojarlos.

—Los hutt nos enviaron un mensaje a través de uno de sus contrabandistas.

Las cejas de Skidder se alzaron de perplejidad.

—Creí que se habían unido a la oposición.

—Supongo que han visto la luz.

—Me alegra oír eso —dijo Skidder, genuinamente aliviado. Miró a Ganner y añadió—: Os sentí cuando atacasteis la nave, antes del salto.

—Eso fue en Kalarba —aclaró Ganner.

—¿Dónde estamos ahora?

—En Fondor.

Skidder les dirigió una mirada sobresaltada.

—¿Por qué...?

—El objetivo siempre fue Fondor —respondió Kyp—. Han cogido a la flota por sorpresa.

—Intenté descubrir nuestro punto de destino, el punto de destino del yammosk
—rectificó Skidder cerrando los ojos un segundo.

Kyp apretó los labios antes de contestar.

—Conseguimos dañar la nave antes de que se acercase al planeta, pero los yuuzhan vong están ganando la batalla incluso sin su Coordinador Bélico.

—Hay otros prisioneros a bordo —informó Skidder, como si lo recordase de repente—. El plan era que el yammosk se familiarizase con nuestras pautas mentales antes de...

—Los tenemos —cortó Ganner—. Deak y algunos otros están con ellos. Ya sólo nos queda averiguar cómo liberarte a ti.

Wurth se rió, breve y amargamente.

—Chine-kal prometió quebrantarme... y lo ha conseguido. —¿Chine-kal?

—El comandante de esta nave —el rostro de Skidder se retorció y gimió de dolor.

Kyp ocultó su desesperación y le echó una mirada a las excrecencias coralinas que anclaban a Wurth a la flexible cubierta.

—Nuestros sables láser pueden encargarse de esto —empezó a decir, pero Wurth sacudió la cabeza con violencia.

—No hay tiempo. Tenéis que marcharos.

Kyp miró fijamente a los ojos de su camarada.

—No pienso dejarte aquí, Wurth, encontraremos una manera de ayudarte. La Fuerza...

—Mírame —lo interrumpió Skidder—. Mírame a través de la Fuerza. Me estoy muriendo, Kyp, no puedes ayudarme.

Kyp abrió la boca para contestar, pero sólo pudo emitir un suspiro de resignación.

Skidder sonrió con los ojos.

—Estoy preparado, Kyp, estoy listo para morir. Pero necesito que hagáis dos cosas antes de abandonar la nave.

Kyp asintió con la cabeza y acercó la oreja a la boca de su amigo.

—Randa y Chine-kal —logró balbucear Wurth—. Encontradlos.

—oOOoo—

Han estaba solo en la cabina del *Halcón*, sujetando con una mano la palanca de mandos y con la otra el servomecanismo que accionaba el cuádruple láser dorsal. Ya había destruido dos coralitas disparando varias ráfagas cortas. De

alguna parte por detrás del *Halcón* apareció un tercer enemigo ametrallando el astillero, pero el coralita quedó pulverizado por los disparos de uno de los Ala-X de La Docena de Kyp, antes de que Han pudiera siquiera girar la torreta del arma.

—Buen disparo —felicitó Han por el micrófono acoplado a sus auriculares.

—Gracias, *Halcón* —respondió la voz de la piloto femenina que había disparado—. Usted ablándelos un poco y yo me encargaré del resto.

—Hecho —aceptó Han.

Movió el *Halcón* hasta situarlo junto al astillero vacío donde habían abandonado a los refugiados de Ruan. Abajo, Droma, su segundo piloto, y algunos de los piratas estaban organizando el embarque, con el *Treveen* precariamente amarrado en un lugar que, de estar operativa la instalación, estaría ocupado por una barcaza o un transporte de mercancías. Con la flota yuuzhan vong presionando Fondor, la tripulación de Tholatin, reclutada muy a su pesar como rescatadores improvisados, estaba desesperada por terminar con su misión y volar a un espacio seguro.

Un ruido a fritura escapó de los altavoces de la cabina y una imagen de vídeo muy granulosa de Droma apareció en la pantalla de comunicaciones.

—Han, el *Treveen* está cargando a los refugiados, pero todavía nos faltan unos cincuenta más o menos. Creyeron que podrían pasar desapercibidos escondiéndose.

Tras Droma, sonriendo ampliamente, podía verse un grupo de otros diez ryn, incluidos los dos que le habían presentado poco antes como Gaph y Melisma. Ahora, ella acunaba un bebé ryn en los brazos.

—No puedes esconderte del plasma —ladró Han por su micrófono. Droma asintió.

—Los buscaremos.

—Sí, bueno, no pierdas tiempo. Parece que a un escolta yuuzhan vong se le ha despertado un repentino interés por esta instalación.

Droma volvió a asentir y cortó la llamada.

El *Halcón* apenas completaba un círculo alrededor del astillero cuando el *Treveen* apareció una vez más en su ventanal delantero. Su motor hiperespacial estaba destrozado, pero los sublumínicos eran capaces de llevar la nave más allá de la flota enemiga..., siempre y cuando escapara a tiempo.

Mientras Han pensaba en todo aquello, el escolta yuuzhan vong disparó contra el astillero rociándolo desde estribor con proyectiles de plasma.

Han lanzó el *Halcón* hacia el intruso disparando los láseres sin cesar, pero el escolta estaba demasiado decidido a destruir el astillero para molestarse por un

solo atacante. Sólo entonces apareció en escena el Ala-X, que logró atraer la atención de la nave yuuzhan vong con dos torpedos de protones que impactaron contra su proa achatada.

El *Halcón* viró a babor, atravesando una tormenta de proyectiles llameantes para ayudar al caza, pero no llegó a tiempo. El plasma brotó del escolta y atrapó al Ala-X cuando remontaba su temeraria zambullida. Los láseres y los estabilizadores de las alas se fundieron como la cera, y el piloto perdió el control. El caza entró en barrena desprendiendo fragmentos de metal solidificado y deshaciéndose en pedazos, antes de desaparecer en medio de una feroz explosión.

Los ojos de Han se estrecharon de odio.

—Nadie se carga a mi compañero de combate.

Hizo que el *Halcón* diera media vuelta y se lanzó contra el escolta yuuzhan vong disparando sus láseres cuádruples. Pedazos de coral yorik se desprendieron de la nave, y una espesa llamarada se dispersó por el espacio. La nave se inclinó hacia un lado como una bestia herida. La pantalla de comunicaciones cobró vida en ese momento.

—Estamos fuera —informó Droma—. Directos al espacio seguro.

Han aceleró al *Halcón* en una maniobra ascendente y viró a estribor, a tiempo de ver cómo el *Trevec* y el caza superviviente aceleraban alejándose de la instalación amenazada. Pero el agonizante escolta también los descubrió. Varios misiles buscaron las naves que huían, pero los yuuzhan vong reservaron el grueso de su armamento para el propio astillero. La instalación, pulverizada por los proyectiles, empezó a desintegrarse escupiendo llamas que chamuscaron la popa del transporte. Entonces, el escolta también desapareció en una deslumbrante llamarada de luz.

—oOOOo—

—Tienen mi palabra de honor de que consagraré el resto de mis días a pagar la deuda que hoy he contraído con ustedes —bramó Randa en Básico, mientras seguía a Kyp y a Ganner por la nave-racimo, con su musculosa cola restallando ruidosamente en el pasillo.

—Agradézcaselo a Skidder, Randa —dijo Kyp por encima de su hombro—. Si hubiera dependido de mí, lo hubiera dejado con sus amiguitos muertos.

—Entonces pagaré mi deuda en honor de Skidder —rectificó Randa imperturbable—. Ya lo verán.

Los dos Jedi no tuvieron que esperar mucho. Al doblar una esquina del pasillo, se encontraron con una falange de guerreros yuuzhan vong contra la que cargó Randa antes de que pudieran reaccionar, derribando a media docena

antes de que los que quedaban en pie pudieran disparar contra la piel casi impenetrable del hutt. Kyp y Ganner lo siguieron, tumbando a sus antagonistas con precisas estocadas en los puntos débiles de la armadura de los guerreros.

Sin dejar de combatir, el trío se abrió camino hacia una enorme abertura en la pared de la que emanaba un hedor aún más acre que el de Randa. Dentro de la inmensa cámara, rodeado por sirvientes que no parecían nada cómodos con los cuchillos que blandían, se erguía un comandante yuuzhan vong, con la larga capa colgando de sus transformados hombros y un comunicador villip en las manos. Tras ellos había un yammosk, alzado sobre sus propios tentáculos en medio de un tanque circular lleno de un líquido hediondo, con un enorme diente brillando en el rictus de su boca y sus enormes ojos negros clavados en los intrusos.

Randa volvió a cargar contra los yuuzhan vong, aplastando a varios sirvientes y haciendo restallar la cola para arrancar el villip de las manos del comandante. Los sirvientes se aprestaron a una defensa a todas luces infructuosa, pero el comandante les pidió que depusieran las armas.

—Os felicito por llegar tan lejos —admitió Chine-kal cuando dos de los sirvientes lo ayudaron a levantarse.

Kyp movió su sable láser hacia un lado con la hoja extendida ante él.

—Hazte a un lado y llegaremos más lejos todavía. Hasta el final. Chine-kal se volvió ligeramente para mirar al yammosk.

—Claro. La vida de un yammosk por la de un Jedi. Me parece justo.

Desde la izquierda de Kyp, Ganner lanzó su sable láser contra el ojo izquierdo de la criatura. Cuando la hoja de sulfurosa energía amarilla se clavó en el yammosk, éste chilló y agitó sus tentáculos, generando olas que lamieron los muros de coral yorik de la piscina y se desbordaron por la cubierta. El yammosk se tambaleó y empezó a oscilar a un lado y a otro. Poco a poco, los tentáculos dejaron de moverse y la criatura se hundió en el tanque. Estaba muerta cuando Ganner hizo que su sable láser volviera a él.

La tristeza de Chine-kal duró sólo un momento.

—Bien ejecutado, Jedi. Pero nos has condenado a todos.

Un temblor recorrió la nave mientras el comandante yuuzhan vong hablaba.

—El yammosk controlaba la nave —explicó Randa—. El piloto dovin brial agoniza.

—Nadie saldrá vivo de aquí —sentenció Chine-kal sonriendo débilmente.

—No será la primera vez que juzgas mal una situación, comandante —dijo Kip, devolviéndole la sonrisa. Miró a los sirvientes uno por uno, antes de volverse hacia Chine-kal—. Todos sois libres de venir con nosotros. —Se

encogió de hombros cuando fue obvio que ninguno se movería—. Vosotros mismos.

Retrocedió hasta el pasillo, con Ganner a un lado y Randa al otro. Otro espasmo agónico los hizo trastabillar y los lanzó contra un mamparo. Tras recuperar el equilibrio, Kyp empezó a recorrer el camino por el que habían llegado allí, pero Randa lo detuvo.

—Conozco una ruta más directa.

Apenas habían entrado en un módulo adyacente cuando el comunicador de Kyp pitó, reclamando su atención.

—¿Cuál es tu situación, Kyp?

El Jedi reconoció la voz de Han Solo.

—Camino de la salida. La nave se está autodestruyendo.

—Un escuadrón de naves de guerra yuuzhan vong se ha escindido del grupo principal y se dirige hacia vosotros. No podremos contenerlas mucho tiempo.

—Entonces, no os arriesguéis.

—Sabía que dirías eso. ¿Dónde están los prisioneros?

—Los están llevando al módulo por el que entramos.

—¿Cuántos son?

—Cien, más o menos.

Solo maldijo en voz baja.

—El *Trevec* ya no puede defenderse. Tendremos que embarcarlos a todos en el *Halcón*.

—¿Puedes acercar el *Halcón* lo bastante para extender un túnel de conexión?

—Ése es el menor de nuestros problemas.

—Hay una esclusa en el módulo central, pero igual no puedes identificarla desde el exterior. Busca nuestra señal. De todas formas, haré que Deak o cualquier otro te guíe.

—No te preocupes, la encontraré.

—Sabía que dirías eso —se burló Kyp—. A propósito, ¿crees que cabrá un hutt?

Han lanzó una carcajada.

—¿Un hutt? Claro, cuantos más seamos, más reiremos.

—Entonces, te alegrará saber que uno de los prisioneros me pidió que te diera recuerdos.

—¿Quién?

—Roa.

—oOOOo—

—¡Dispara! —siseó Sal-Solo a través de sus dientes apretados—. ¡Hazlo!

—Por los mrlssi —añadió una voz más lastimera.

—Por el bien de la Nueva República —dijo el capitán.

—No, muchacho, no lo hagas —contraatacaron Ebrihim y Q-nueve.

Pero otras voces que no eran las de la sala de control resonaban en la mente de Anakin. Oía las palabras amables de su padre y de su madre, la voz áspera de Jacen y la comprensiva de Jaina, los consejos de su tío Luke... Anakin las ignoró todas y miró a Jacen.

—¿Qué hago? —preguntó.

Jacen respondió tranquila y serenamente, casi como si subvocalizara la respuesta.

—Eres mi hermano y eres un Jedi, Anakin. No puedes hacerlo.

Anakin aspiró profundamente y soltó el gatillo del disparador. La tensión de la sala se rompió con una exclamación colectiva de desilusión. Los técnicos refunfuñaron y los mrlssi agacharon la cabezas admitiendo la derrota.

Lo siguiente que supo Anakin era que alguien lo empujaba violentamente, tirándolo del asiento.

—Yo dispararé —gritó furioso Thrackan Sal-Solo, mientras su mano se cerraba sobre el gatillo.

—oOOOo—

La fuerza de asalto de Commenor liderada por el *Yald* apareció cerca de la órbita de la luna más alejada de Fondor. Tras su estela, llegaron los Dragones de Combate y los cruceros de la flota hapana, situándose en abanico para presentar batalla a la armada yuuzhan vong.

El comodoro Brand había permitido que Leia se uniera a él en el puente, y ésta se encontraba ahora tras el sillón de mando, mirando a través de la pantalla frontal cómo aparecían los buques de guerra hapanos. Entre ellos y Fondor, una miríada de explosiones iluminaban la noche mientras naves y astilleros sucumbían ante el asalto enemigo.

—El mando de la flota informa que las bajas superan el cincuenta por ciento —leyó Brand en una pantalla que actualizaba constantemente los datos—. Algunos de los astilleros han conseguido defenderse de los ataques suicidas de los coralitas, pero la flota ha sido incapaz de atenuar el bombardeo de los buques de guerra enemigos.

El comodoro giró su silla para estudiar varias pantallas que analizaban la amenaza y diversos paneles verticales que sugerían opciones.

—Las naves de los hapanos les meterán el miedo en el cuerpo —aseguró en voz lo bastante alta como para que lo oyeran por todo el puente.

Leia escondió su temblorosa mano derecha bajo la capa y estudió los paneles. Intentó llegar con la Fuerza hasta Anakin y Jacen. Las otras veces, el esfuerzo sólo contribuyó a aumentar su desasosiego, pero esta vez experimentó cierto alivio. La envolvió una calma trascendente y la aprensión que había sentido desde Hapes desapareció repentinamente.

Pero la serenidad era volátil. Un instante después, algo feroz e incontrolable fluyó en su conciencia. Volvió a buscar a Anakin y a Jacen y comprendió que su preocupación por ellos había ocultado un temor más profundo pero menos personalizado, y que ahora, repentinamente, la ahogaba.

Volvió a mirar a través de las pantallas delanteras para ver cómo la flota hapano se dividía en grupos de asalto y se acercaba a los buques de guerra enemigos para entablar combates individuales.

—Ataquen en cuanto estén preparados —oyó que le decía Brand al príncipe Isolder, pero como si estuviera muy lejos de ella.

De repente, una llamarada de radiante energía iluminó el espacio local. Un torrente de fuego estelar de mil kilómetros de anchura brotó de Fondor, de su luna exterior, quizá desde el mismo hiperespacio. Convertido en un rayo de salvaje aniquilación, pasó por en medio de la dispersa flota hapano, consumiendo todas y cada una de las naves que encontraba en su camino, atomizando unas en un abrir y cerrar de ojos y agujereando otras con lanzas de luz hirviente. Las armas, las superestructuras y las antenas quedaron vaporizadas por el rayo abrasador; las naves explotaron, desapareciendo entre globos de brillantes conversiones de masa-energía.

Hasta las naves situadas fuera de los límites del rayo fueron desviadas violentamente de su curso con los costados convertidos en escoria, o empujadas hasta colisionar entre sí. Los platillos de los Dragones de Combate se separaron y se desintegraron, y los cruceros se partieron como si fueran ramitas secas. Escuadrones enteros de cazas desaparecieron sin dejar rastro.

Leia estaba muda de asombro. Nada de cuanto había visto del arsenal yuuzhan vong la había preparado para una devastación a tan inmensa escala. Por un instante, estuvo segura de que sólo se trataba de otra terrible visión, pero rápidamente quedó claro que aquella violencia era real.

Su estupefacción aumentó cuando el rayo no disminuyó mientras se abría paso a través de la flota hapano. La saeta de energía pura penetró más profundamente en el espacio de Fondor, rozó la penúltima luna del planeta,

evaporando parte del planetoide lleno de cráteres como un láser quirúrgico seccionaría un tumor. Entonces golpeó el corazón de la armada enemiga, aniquilando miles de coralitas y pulverizando la mayor parte de los buques de guerra de mayor tamaño. Terminado su trabajo, o no, el rayó pasó cerca de Fondor, chamuscando el hemisferio norte a su paso, y desapareció en las profundidades del espacio, quizá para destruir algún blanco aún más distante.

En el puente, todos los sistemas habían fallado y, por un largo segundo, mientras las consolas y las pantallas parpadeaban volviendo a la vida gracias al suministro de energía de emergencia, todo el mundo estuvo demasiado aturdido para hablar o gritar, y mucho menos para buscar un sentido a lo presenciado.

—Era una especie de rayo repulsor —dijo por fin un técnico incrédulo—. Y llegó a través del hiperespacio.

—*Centralia* —dijo Leia, aún impresionada.

Brand y algunos otros se giraron hacia ella.

—Alguien ha disparado la estación *Centraba*.

—oOOOo—

Han abrazó a Roa cuando éste entró a través de la esclusa de aire del brazo del *Halcón*.

—Fasgo ha muerto —anunció Roa cuando Han lo soltó.

Han agitó la cabeza pesaroso.

—Pudo llegar a ser un buen amigo.

—Como dije en la *Rueda del Jubileo*, la fortuna te sonríe y después te da la espalda..., hasta que vuelve a sonreírte una vez más.

—¿Sabes? No tienes tan mal aspecto —dijo Han estudiando a su amigo y forzando una sonrisa.

—Y lo que esté mal, haré que me lo arreglen. ¿Ha sobrevivido mi nave?

—Te espera en Bilbringi.

Roa suspiró y se giró para ayudar a que una hembra ryn saliera de la esclusa de aire.

—Han, me gustaría presentarte a...

—¿Hay alguna posibilidad de que tenga un compañero de clan llamado Droma? —le interrumpió Han.

La hembra pareció sorprendida.

—Yo tengo un hermano que se llama Droma.

La sonrisa de Han se ensanchó.

—Pues se reunirá con él muy pronto.

—Creo que me he perdido muchas cosas —exclamó Roa rascándose la cabeza.

—Ni te lo imaginas.

La nave-racimo empezaba a desintegrarse. Han tuvo miedo de que una separación prematura de la temblorosa nave le obligase a trabajar más duramente para subir a bordo a todos los prisioneros rescatados. Cuando rescató al último, la bodega delantera, los dormitorios, los pasillos, incluso los compartimentos ocultos para el contrabando estaban atestados. A Han sólo le cabía esperar que los purificadores de aire del *Halcón* resistieran lo suficiente para mantenerlos a todos con vida mientras realizaban un salto a Mrlsst o a cualquier otro planeta del sector Tapani. Cuando por fin llegasen a un destino, todos estarían hambrientos y casi deshidratados, por muy bien que funcionase el sistema de apoyo vital.

Cerraron la compuerta, y Han, Roa y dos de los ryn se dirigieron a la cabina de pilotaje. Han se acomodó en el asiento del piloto y maniobró al *Halcón* para alejarse de las naves yuuzhan vong. A través del ventanal delantero pudo ver cómo los supervivientes de La Docena de Kyp salían a través del agujero que ellos mismos habían creado en el módulo desinflado.

Mientras Han se alejaba del módulo esférico, Roa ayudó a conectar los láseres cuádruples. Estaban seguros de tener que enfrentarse a los buques de guerra enemigos que se habían separado del grueso de su armada para ayudar al transporte del yammosk. En cambio, vio algo que le hizo lanzar un grito de alegría.

—¡Los Dragones de Combate hapanos! —aulló mirando a Roa—. Por fin llegamos a alguna parte.

Estaba a punto de añadir que Leia debía de ser la responsable de conseguir la ayuda de los hapanos, cuando lo deslumbró un fulgor intenso, blanco. El *Halcón* se apagó, viéndose arrastrado en una espiral infinita que lo escupió a dos mil kilómetros de donde estaba antes.

Los yuuzhan vong han convertido el sol de Fondor en una nova, se dijo Han. Habían aniquilado todo el sistema.

Cuando su visión se aclaró y los gemidos y los gruñidos de sus zarandeados pasajeros se apagaron, Han vio que las tres cuartas partes de la flota hapano y la mitad de la flota yuuzhan vong habían desaparecido.

—oOOo—

En su buque insignia, Nas Choka recuperó el suficiente autocontrol como para no transmitir la incredulidad que sentía por dentro al mirar a Malik Carr y

Nom Anor. Contra el telón de fondo de una luna arrasada, el campo del villip mostraba los esqueletos y los cascos ennegrecidos de un número incalculable de naves yuuzhan vong y republicanas.

—Han matado a la mayoría de sus refuerzos para eliminar la mitad de nuestra flota —dijo el Comandante Supremo—. ¿Es normal un salvajismo así?

Nom Anor agitó la cabeza, tanto para aclarársela como contestando.

—Un error. Tiene que haber sido un error. Su respeto por la vida siempre ha sido su mayor debilidad.

—Entonces, quizá hemos conseguido sacar su lado más primitivo —sentenció Malik Carr con voz aturdida.

Llegó un mensajero. El villip que portaba en sus temblorosas manos tenía los rasgos de Chine-kal.

—El yammosk ha sido asesinado y la nave se muere —informó Chinekal a través de su comunicador—. Los hutt nos traicionaron e informaron a los Jedi de nuestros planes. El que capturamos en Gyndine morirá con nosotros, pero dos de sus compañeros y Randa Besadii Diori, los asesinos del yammosk, han escapado. Nosotros...

El villip quedó silencioso de repente, antes de revertir a su forma sin rasgos. Chine-kal había muerto.

Asqueado, Nas Choka dio media vuelta.

—Que vuelvan todos los coralitas operativos —ordenó a su subalterno—. Y ordenad al resto que causen tanta destrucción como les sea posible. Que todos los comandantes de naves de guerra se preparen para partir. Hemos cumplido con nuestro objetivo. Ahora tenemos que saldar una cuenta con los hutt.

CAPITULO 28

Viqi Shesh se sentó con elegancia en la silla de respaldo recto colocada en el centro del estrado, ajustando la caída de su larga falda mientras el senador gotalo Ta'lam Ranth, cabeza del Consejo de Justicia del Senado, estudiaba la pantalla del lector de datos que llevaba en la muñeca izquierda. El trío de abogados de la senadora ocupaba una mesa tras ella, pero no estaba incluido en el holograma de Shesh, del doble de su tamaño real, que atraía la atención de la multitud congregada en el anfiteatro. En consideración a Ranth, los androides grabadores, normalmente presentes en cualquier sesión a puerta cerrada de las investigaciones senatoriales, estaban en un cuarto aparte para asegurarse de que su emisión energética no sobrecargara los agudos sentidos del gotalo.

—Senadora Shesh —resumió el chato Ranth de suave pelaje—, se ha probado que el Consejo Asesor fue informado por el comodoro Brand del eventual despliegue de la flotilla del *Yald*, y que el mismo comodoro Brand, hablando en nombre del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa, señaló que Corellia sería el objetivo de un ataque yuuzhan vong.

—Es cierto —admitió Shesh con voz serena.

—Entonces, senadora, ¿por qué se desplegó nuestra flota en Bothawui? Shesh colocó las manos en su regazo y alzó ligeramente la barbilla.

—Porque el comodoro Brand no consiguió convencernos de la conveniencia de desplegar la flota en Corellia, así que el Consejo sometió ese asunto a votación.

—El jefe de Estado Fey'lya asegura lo mismo en su declaración por escrito —rubricó Ranth en el tono monocorde característico de su especie—, pero ahora sabemos que el Estado Mayor nunca tuvo intención de presionar en favor de Corellia.

—Tal como lo entiendo, el plan del almirante Sovv era atraer al enemigo hasta el sector corelliano dejando Corellia prácticamente sin defensa —explicó Shesh—. Desplegar allí la flota hubiera comprometido la estrategia del almirante.

El par de cuernos sensoriales de Ranth se retorció.

—En otras palabras, la entrevista con el comodoro Brand, que teóricamente era informativa, no fue más que una forma de manipularlos.

Los abogados humanos de Shesh, vestidos elegantemente con trajes a medida, objetaron.

—A la senadora Shesh se le ha pedido que informe del contenido de la entrevista, no que juzgue los métodos o las tácticas de las Fuerzas de Defensa de la Nueva República.

Los cinco miembros del tribunal, pertenecientes a distintas especies, dia-

logaron entre ellos y admitieron la protesta. La desilusión de Ranth fue patente, pero siguió adelante.

—Senadora Shesh, ¿fue suyo el voto que decantó la posición del Consejo?

—Mi voto deshizo el empate, si es eso lo que quiere decir.

—¿Qué la convenció de que el objetivo sería Bothawui?

—Sería más exacto decir que no creí que atacaran Corellia.

—¿Por qué no?

—No creí que los yuuzhan vong estuvieran preparados para lanzar un ataque contra el Núcleo.

—¿Se mencionó Fondor como posible objetivo?

—No.

—Si se hubiera mencionado, ¿qué hubiera votado?

El mismo abogado volvió a protestar, pero Ranth movió rápidamente su peluda mano.

—Retiro la pregunta —se acercó al estrado—. ¿Tuvo ocasión de hablar con el Estado Mayor antes de la reunión informativa sobre Corellia? Shesh asintió de nuevo.

—Sí. Varios días antes de la reunión me encontré con el comodoro Brand. Me pidió que hablara con el cónsul general Golga antes de que partiera hacia Nal Hutta.

—¿Y habló con. Golga?

—Poco después.

—¿Cuál fue la naturaleza de su conversación con el cónsul general hutt?

—Discutimos sobre la paz que los hutt habían pactado con los yuuzhan vong y sobre la posibilidad de que aportasen información a la Nueva República.

—¿Aceptó el cónsul general Golga en aquel momento la posibilidad de que los hutt nos aportasen esa información?

—No de forma clara, pero sí.

—¿Y usted aceptó su palabra, aunque los hutt se habían aliado oficialmente con el enemigo?

—Protesto, señoría —ladró otro de los abogados de Shesh—. Se ha demostrado que los hutt nos pasaron indirectamente esa información, renovando los embarques de especia a Bothawui cuando todavía podía considerarse un objetivo potencial.

Ranth se giró hacia el tribunal.

—Y, de esa forma, los hutt reforzaron la idea de que Corellia era el objetivo potencial.

El mon calamari que presidía el tribunal se dirigió a Viqi Shesh.

—Senadora, ¿desea contestar la pregunta del senador Ranth? Shesh sonrió suavemente.

—Sólo puedo deducir que los hutt pretendían mantener abiertas todas sus opciones. También creo que los yuuzhan vong eran conscientes de la posibilidad de que los hutt nos filtrasen información y que aprovecharon esa posibilidad para orquestar los acontecimientos. El hecho que Nal Hutta se esté preparando en estos momentos para una invasión sugiere que Borga fue más víctima que conspirador.

El mon calamari asintió y fijó uno de sus ojos en Ranth.

—Los hutt no son el motivo de esta investigación, senador. ¿Puede demostrarnos la conveniencia de proseguir en esta línea?

Ranth inclinó la cabeza, mirando al tribunal por debajo de sus cejas. —Intento establecer la cadena de acontecimientos que condujeron al ataque sorpresa contra Fondor.

—Proceda —admitió el mon calamari.

Ranth se volvió hacia Shesh.

—Senadora, antes de ser partícipe de las suposiciones del Estado Mayor sobre Corellia, ya conocían la escasez de especia en ciertos sistemas planetarios. El jefe de Estado Fey'lya asegura que el Consejo Asesor era consciente de que esa información provenía de Talon Karrde y los Caballeros Jedi.

—Estábamos informados, sí.

—¿Se le ocurre alguna razón por la que Talon Karrde, antiguo enlace con el Remanente Imperial, o los Caballeros Jedi pudieran querer engañar a las Fuerzas de Defensa?

El abogado más próximo a Shesh se puso en pie como una exhalación. —Protesto, señoría. Está especulando.

—No importa, contestaré —cortó Shesh—. No creo que Talon Karrde o los Jedi intentasen engañarnos.

El gotalo la estudió.

—¿Está sugiriendo que ellos también fueron manipulados por el enemigo?

—Lo que estoy sugiriendo, senador, es que los Jedi no son infalibles, y que nosotros no deberíamos verlos como nuestros salvadores. Por lo que todos sabemos, los yuuzhan vong han traído a nuestra galaxia un poder superior incluso al de la Fuerza.

—oOOOo—

En una plataforma flotante cercana a la sala donde el Consejo de Justicia se hallaba reunido, Astarta, el guardaespaldas personal de Isolder, abrió la compuerta de los aposentos personales del príncipe en el transbordador que llevaría a los hapanos al Dragón de Combate *Canción de Guerra*, situado en órbita geoestacionaria sobre Coruscant. Astarta dirigió a Leia su mirada más mordaz antes de dejarlos solos.

Isolder estaba de pie, frente a la ventana del camarote y dándole la espalda a la compuerta. Tras la batalla de Fondor, los acontecimientos habían conspirado durante casi dos semanas para impedir que se vieran, y el *Canción de Guerra* partía para Hapes ese mismo día.

Leia esperó a que Isolder dejara de contemplar las torres increíblemente altas de Coruscant antes de acercarse a él, pero la expresión dolorida de su rostro hizo que se detuviera apenas hubo dado dos pasos.

—Isolder, lo siento tanto... —dijo ella repentinamente, con los ojos llenos de lágrimas.

El príncipe apretó los labios, reprimiendo lo que estaba a punto de responder, y suspiró profundamente.

—Leia, hablamos de esto antes de que la flota partiera de Hapes. Entonces ya te dije que no serías responsable de lo que ocurriera, fuera lo que fuese. Sabíamos lo que arriesgábamos al involucramos en la guerra.

Como esperaba que dijera exactamente aquello, Leia asintió en silencio.

Frunciendo el ceño, Isolder se apartó de la ventana y la miró fijamente.

—Pero tú sabías lo que iba a pasar. Lo presentiste.

—Sentí que estábamos al borde de una tragedia, pero no sabía ni dónde ni cuándo estallaría, ni siquiera si llegaría a ocurrir. Sabía que parte de lo que sentía se debía a la preocupación por mis hijos, pero no podía separar esa preocupación de las dudas por haberte metido en esto, o de la estrategia del comodoro Brand en Corellia.

Incapaz de continuar, movió la cabeza con tristeza.

—Me he estado preguntando si no hubiera sido mejor sufrir una derrota a manos de los yuuzhan vong en vez de ser barridos por un arma amiga cuya existencia desconocía.

—Un arma habilitada por Anakin —apuntó Leia en voz baja.

—Pero que él se negó a disparar —puntualizó Isolder rápidamente—. Tienes que comprenderlo, Leia. Aceptamos lo que nos ha ocurrido sin hostilidad ni lamentaciones.

Ella le sostuvo su triste mirada.

—¿Qué pasará ahora?

—Bueno, no preveo un regreso triunfante a casa. El Consorcio está dividido a consecuencia de la votación que terminó trayéndonos hasta aquí. Los partidarios del no se consideran ahora victoriosos, pese a las terribles pérdidas sufridas. Están promoviendo una política de aislamiento... como si las Nieblas Transitorias fueran capaces de protegernos del largo brazo de los yuuzhan vong.

—Algo parecido ha ocurrido en el Senado de la Nueva República —corroboró Leia—. El ataque sorpresa a Fondor ha galvanizado a los mundos del Núcleo y ya se preparan para lo peor, pero a costa de prácticamente abandonar a muchos mundos del Borde Interior. Se ha movilizado un grupo de apoyo a Fey'lya, y el Senado probablemente degradará o exigirá las dimisiones del comodoro Brand y del almirante Sovv, aunque los necesiten desesperadamente.

Isolder pensó en sus palabras.

—Ésa es la diferencia entre el Consorcio y la Nueva República, quizá entre los viejos y los nuevos métodos. Los representantes de la Nueva República son libres de expresar sus agravios sin temor a ser indecorosos o provocar un duelo de honor. —Isolder dejó escapar una sonrisa—. No sé qué método es el mejor para gobernar, pero sí sé que los hapanos presentarán batalla. La gente de mi mundo ya está diciendo que nuestra flota, aunque resultase destruida, salvó a Fondor y a la Nueva República.

—Y lo hubiera hecho.

Isolder agitó la cabeza.

—No podemos saberlo. Pero lo sabremos en nuestro próximo enfrentamiento con los yuuzhan vong. Estoy seguro de ello porque las bajas sufridas en Fondor nos motivarán para que no hayan sido en vano.

—Al menos ahora contaréis con la tecnología de recarga rápida del armamento que tanto quería el arconte Thane —dijo Leia.

Isolder apretó las mandíbulas.

—Escaso consuelo es ése, pero tendrá que bastar. —Miró a Leia—. La guerra beneficia a los que inventan medios de destrucción más expeditivos. Esperemos poder superar a los yuuzhan vong en su propio juego.

—oOOoo—

Jacen estaba sentado en el borde de la silla favorita de su padre, en su apartamento de Coruscant, y miraba consternado una imagen en 3D de

Thrackan Sal-Solo tomando forma en la HoloRed. La voz del locutor sullustano continuó:

—Se dice que el antiguo líder de la llamada Liga Humana, Thrackan Sal-Solo, es el responsable de que la batalla de Fondor se inclinase a nuestro favor. Aunque muchas naves de guerra de la Nueva República fueron destruidas en el ataque sorpresa de los yuuzhan vong contra las instalaciones orbitales de Fondor, el atrevido uso que hizo Sal-Solo de un rayo repulsor hiperespacial no sólo obligó a los invasores a retirarse, sino que destruyó una parte importante de su flota.

La imagen cambió a una de la estación *Centralia*.

—El rayo repulsor fue disparado desde la estación *Centralia*, en el sistema corelliano. Irónicamente, este mismo rayo se utilizó hace ocho años, durante el intento fallido de Corellia por independizarse de la Nueva República. Sal-Solo fue uno de los muchos arrestados durante esa crisis, pero fue liberado de prisión para ayudar a reactivar la estación y, según informes no confirmados, fue el único dispuesto a asumir el riesgo de disparar el arma contra la flota enemiga.

"¿Qué le depara el futuro a Sal-Solo o a *Centralia*? Eso depende de a quiénes pregunten. Tras serle retirada la confianza a la gobernadora general Marcha, duquesa de Mastigophorous, hay quien cree que Sal-Solo será reclutado para encabezar el recién creado Partido de Centralia, que propugna la independencia para los cinco mundos que forman el sistema de Corellia. La estación *Centralia*, de momento, seguirá en manos de la Nueva República, pero que pueda volver a utilizarse, o que se utilice como arma de largo alcance, dependerá de si Coruscant logra justificar la destrucción de la flota hapana sufrida en Fondor.

Las imágenes de Sal-Solo y de *Centralia* empezaron a desvanecerse, y reapareció la cabeza y la parte superior del torso del locutor sullustano.

—Pasando a otros temas, una manifestación de protesta en Ruan, organizada por un grupo de androides recalcitrantes...

—¿Nunca te cansas de escuchar informes sobre Corellia? —interrumpió Anakin desde la puerta del cuarto familiar—. Hemos convertido al primo Thrackan en un héroe. ¿Qué más necesitas saber?

Jacen apagó la HoloRed.

—Anímate. Al menos no nos mencionan en las noticias.

Anakin frunció el ceño.

—Bien. Ya sólo nos queda esperar que papá tampoco se entere de nuestra participación.

—¿Desde cuándo ve papá las noticias? Además, si la HoloRed quiere un héroe, ése deberías de ser tú.

—¿Por qué? ¿Por reactivar *Centralia*?

—No, por no disparar el repulsor. Por eso, papá, tío Luke y cualquiera que sepa lo ocurrido se sentirá orgulloso de ti.

Anakin soltó una carcajada y agitó la cabeza.

—Sigues sin entenderlo —miró fijamente a su hermano—. Pude disparar *Centralia* sin rozar siquiera a los hapanos. Lo vi todo en mi cabeza, Jacen. Habría sabido dirigir con precisión el rayo repulsor y cuándo dispararlo exactamente. Como sabía que Punto de Calor no aniquilaría a los habitantes de Ciudad Hueca.

—Entonces, ¿por qué no disparaste? ¿Qué te lo impidió?

—¿Además de que tú me dijeras que no lo hiciera?

La frente de Jacen se arrugó de preocupación.

—¿Tan seguro estabas de ti mismo?

—Sí, lo estaba. Y hubiera significado una medida defensiva. Si alguien apunta con una pistola a tu aliado, ¿utilizarías tu sable láser para impedir que dispare o no harías nada porque se supone que un Jedi no puede tomar una iniciativa agresiva? Quiero decir, ¿dónde trazas la línea, Jacen? Estamos metidos en una guerra por la supervivencia. Y, en ocasiones, la defensa implica eliminar a la oposición.

—No sé dónde está trazada la línea, Anakin —reconoció Jacen—, y en Ithor me prometí a mí mismo que dejaría de buscarla. Sólo creo que tiene que haber otra forma de responder a los yuuzhan vong..., sin tener que blandir una espada para desviar un rayo lanzado contra ti.

Anakin sonrió satisfecho.

—Bien, cuando la descubras, no te olvides de hacérmelo saber.

Jacen lo miró divertido.

—Oh, lo haré, hermano. Puedes contar con ello.

—oOOOo—

Luke Skywalker y Talon Karrde siguieron el tortuoso sendero hasta el Gran Templo, tal como habían hecho en su anterior visita a Yavin 4.

—Sólo he conseguido colocar a los Jedi en una posición peor ante el Senado de la Nueva República y su ejército —decía Karrde—. Por eso he creído que debía disculparme personalmente.

—Nadie esperaba una disculpa —le aclaró Luke—. Si siempre juzgáramos los actos por sus consecuencias, nos pasaríamos la mitad de nuestras vidas haciéndonos perdonar. Nos presentaste un plan y estuvimos de acuerdo en

seguirlo. Somos igualmente responsables del resultado.

Karrde parecía escéptico.

—Desgraciadamente, ese tipo de razonamiento no convencerá a Borsk Fey'lya o a sus aliados. Tal como ocurrió con Ithor, necesitan a alguien a quien culpar de lo sucedido en Fondor. Y yo les he dado a los Jedi como perfectos cabezas de turco.

Luke se tomó un momento antes de responder. Cuando se enteró de todo lo que había sucedido en Fondor se sintió traicionado. No por Karrde, sino por la Fuerza. Casi tan traicionado como se sintió cuando Obi-Wan Kenobi y Yoda conspiraron para ocultarle la verdadera identidad de su padre. Pero ese sentimiento de traición pasó a través de él en un instante. La Fuerza no le había ocultado nada; simplemente había interpretado que eran los yuuzhan vong en vez de los Jedi quienes estaban empleando el engaño, el sigilo y el disimulo. Lo que seguía molestándole, era la posibilidad de que la mera presencia de los yuuzhan vong bastara para hacer enmudecer la claridad de la Fuerza.

—A veces, el éxito y el fracaso van unidos —dijo por fin Luke—. A propósito o no, los hutt nos dieron una idea equivocada. Pero fue gracias a ellos, gracias a su información, que Kyp y Ganner pudieron rescatar a los prisioneros que iban a bordo de la nave yammosk.

Karrde se permitió una inclinación afirmativa de cabeza.

—Todos estamos demasiado ocupados echándonos la culpa como para valorar el rescate de los prisioneros o la destrucción de la nave yammosk. Sólo lamento que Kyp no llegara a tiempo de salvar a Skidder.

—Wurth tomó su decisión en Gyndine.

Luke no añadió nada más y prefirió silenciar que el sacrificio de Skidder había ensanchado el abismo existente entre los seguidores de Kyp y los demás Jedi. Si Skidder había intentado vengar las muertes de Miko Reglia y Daeshara'Cor, Kyp y los que lo apoyaban querrían vengar la muerte de Skidder.

—Si los hutt nos engañaron deliberadamente, se les pagó en especies —gruñó Karrde amargamente—. Fondor era uno de los mercados más rentables para los Besadii, y además perdieron algunas de sus mejores naves y a la mayoría de sus contrabandistas durante la batalla. Ahora, Borga tiene que prepararse para la guerra con el apoyo de sólo la mitad de los clanes, y con el resto haciéndola responsable de la traición de los yuuzhan vong. Varios líderes de clanes han dejado Nal Hutta para instalarse en Ganath, Ylesia e incluso Tatooine. Y con la flota yuuzhan vong bloqueando el sector hutt, la Nueva República no podría ayudarla ni aunque quisiera. Borga tendrá suerte si no da a luz prematuramente.

Karrde se detuvo súbitamente en medio del camino y se giró hacia Luke.

—¿Crees que los yuuzhan vong se han dado cuenta de lo que han conseguido? Han dividido a los hutt, han creado un cisma en el Senado, han eliminado a los hapanos del mapa de la guerra y han saboteado la influencia de los Jedi —antes de que Luke pudiera responder, añadió—: ¿Tenías la más mínima idea de que todo esto podría acabar así?

Luke oyó la voz de su antiguo Maestro Jedi.

—*Siempre el futuro en movimiento está. Difícil de ver es...*

—El futuro no es algo fijo e inmutable —dijo—. Está hecho de posibilidades. Lo vi sin verlo.

Karrde suspiró hondamente.

—¿Qué podemos hacer ahora?

Cómo servirlos mejor decidir debes. Ayudarlos podrías. Pero también todo aquello por lo que han luchado y sufrido destruir.

Luke sujetó a Karrde por los hombros.

—Podemos aprender de nuestros errores.

—oOOo—

Leia corrió a casa desde la plataforma de partida del transbordador para encontrarse con que Anakin y Jacen ya se habían ido. La triste marcha de Isolder daba vueltas en su cabeza, y C-3P0 y Olmahk la ayudaban a hacer el equipaje para un vuelo a Duro, cuando el sistema de comunicaciones de la casa pitó y siguió pitando incluso después de que activase la función de respuesta automática.

Aceptó la llamada alzando las manos en gesto de rendición. El rostro de Han era lo último que esperaba ver en la pantalla.

—Sólo soy yo —dijo sonriente mientras ella contemplaba la imagen, sintiendo como si hubieran pasado meses desde que habían hablado. La pantalla indicaba que le llamaba desde la terminal espacial de Abregado-rae.

—Veo que te has afeitado la barba —pudo responder finalmente. —Me picaba demasiado —respondió él acariciándose la barbilla. —Bueno, al menos vuelves a parecer el que eras.

Han frunció el ceño y empezó a decir algo, pero dio marcha atrás y volvió a empezar.

—Mal asunto lo de los hapanos en Fondor. ¿Cómo está Isolder?

—Supuse que te enterarías de todo tarde o temprano..., incluso en un planeta como Abregado-rae.

¿Qué me enteraría? ¡Lo vi en directo!

— ¿Lo viste?

— Estaba allí, en Fondor.

— ¿Estabas en Fondor? — repitió ella sin dar crédito a lo que oía.

— Droma y yo andábamos tras sus compañeros de clan. Algunos se las arreglaron para quedar abandonados en un astillero abandonado, y el resto estaba prisionero a bordo de una nave yammosk... Olvídalo, es una historia larga y aburrida. El hecho es que vi cómo la flota hapaná era aniquilada, pero creí que el sol de Fondor se había convertido en una nova. No sabía que fue *Centralia*.

Leia se apartó el pelo de la frente.

— Pero sabías que Anakin y Jacen estaban allí.

Han se mordió el labio inferior.

— ¿Dispararon ellos?

— ¿Crees que harían algo así?

— Eh, cálmate. Sabes que nunca escucho las noticias.

Leia pensó en hablarle de la repentina y reciente fama de Thrackan Sal-Solo, pero decidió no hacerlo. Pronto se enteraría.

— ¿Adónde llevaste a los refugiados que rescataste?

— Los he traído aquí, pero no pueden quedarse mucho tiempo. Abregado-rae no está precisamente para dar la bienvenida a nadie. Leia suspiró.

— SELCORE está buscando un mundo donde reubicarlos a todos. Creímos poder contar con Ruan, pero Salliche Ag se negó de pronto a aceptar nuevos refugiados.

Han apartó sus ojos un segundo.

— Hablando de Ruan... — empezó a decir.

— No obstante, SELCORE está recibiendo una ayuda inesperada de parte de la senadora Shesh — siguió. Leia —. En cuanto sepa algo concreto, te lo haré llegar.

— Sea donde sea, procura que los ryn no sean tratados como si fueran chusma.

— Tienes mi palabra — Leia hizo una pausa y agregó —: ¿Droma se quedará con sus compañeros de clan?

— Sí. Tal como lo veo, él y yo estamos en paz.

— Entonces, ¿qué piensas hacer tú?

— No estoy seguro. ¿Y tú...? ¿Por fin vas a quedarte en casa?

— Está tarde salgo hacia Duro.

—La misma princesa Leia de siempre —exclamó con una sonrisa de desdén—. Entonces, supongo que no importa lo que haga yo.

—El mismo Han Solo de siempre —contraatacó ella, entrecerrando los ojos.

Él intentó animar el momento con una sonrisa.

—Menuda pareja estamos hechos, ¿verdad?

—No lo sé, Han. Dímelo tú.

Sus ojos llamearon.

—Bueno, mira..., infórmame de qué planeta termina escogiendo SELCORE.

—Lo que sea por ayudar a los refugiados —dijo Leia con falso buen humor.

—Es lo que he dicho desde el principio.

Leia se cruzó de brazos.

—En ese caso, puede que nuestros caminos se crucen un día de éstos.

—No sé, cariño, la galaxia es muy grande.

—Tan grande como uno quiera que sea —sentenció, y apagó el comunicador.

—oOOOo—

En su nueva oficina, Viki Shesh miraba una grabación en 3D de ella misma siendo entrevistada por los periodistas al salir de la sesión a puerta cerrada por el monumental error del Estado Mayor cometido con Corellia y Fondor. Aunque había tenido que recurrir al tradicional y manido "sin comentarios" ante la mayoría de las preguntas, decidió que no sólo había salido bastante bien parada, sino que había conseguido robarle protagonismo al senador Ta'laam Ranth y a los demás.

El holograbador estaba a punto de rebobinarse cuando el intercomunicador instalado en su escritorio de madera de greel dejó escapar un tono melodioso.

—Senadora Shesh, Pedric Cuf ha venido a verla —anunció su secretaria humana—. Reconoce que no tiene ninguna cita, pero dice que usted ha estado intentando contactar con él estos últimos meses.

Shesh apagó el holoproector y recostó en su sillón giratorio.

—¿Qué yo he intentado contactar con él?

—Eso dice.

Cuando Shesh conectó con el holo de la salita de recepción, vio a un humano muy alto y muy delgado sonriendo a la cámara.

—Hágalo pasar —ordenó a su secretaria.

Cuf entró en la oficina un segundo después, dedicándole una breve pero

significativa inclinación de cabeza antes de sentarse en el sillón que ella le indicaba.

—Ardía en deseos de tener esta reunión —empezó en Básico, con acento del Núcleo—. Esperaba haber podido hablar antes con usted, pero he estado ocupado con asuntos de negocios en el Borde Exterior y el Espacio Hutt.

Shesh llevó sus manos entrelazadas a la altura de sus labios y estudió a Cuf por encima de los extendidos índices.

—Confío en que esos asuntos se hayan resuelto satisfactoriamente. Cuf sonrió sin mostrar sus dientes.

—Para ser sincero, a mis socios y a mí nos ha sorprendido recientemente el hostil intento de una empresa corelliana para conseguir el poder, pero, por lo demás, sí, todo ha concluido a nuestra satisfacción.

Shesh podía sentir cómo la sangre corría por sus venas, pero logró mantener la compostura.

—¿Por qué ha venido a verme ahora?

—Mis superiores creen que es una idea buena que nos conozcamos. Para empezar, quieren agradecerle sus esfuerzos de los últimos meses, ya que nos ha sido devuelta una propiedad que perdimos.

Cuf dejó que sus palabras flotaran en el ambiente. Shesh supuso que se refería a Elan, la falsa desertora que los yuuzhan vong intentaran hacer llegar hasta los Caballeros Jedi, pero no estaba segura de que no fuera un agente de Inteligencia de la Nueva República intentando engañarla para que revelase su participación en ese asunto o en el desastre de Fondor.

—No recuerdo haberles devuelto ninguna propiedad —dijo tras unos momentos de pausa—. Y, francamente, tampoco recuerdo haber intentado contactar con usted. Quizá me confunde con otra persona.

Pedric Cuf la miró directamente a los ojos.

—Ya veo. Bien, quizás he cometido un error. No sería la primera vez que un hutt hace que me equivoque.

—Un hutt, ¿eh? —se interesó Shesh.

Cuf rió brevemente.

—Sí. Y aquí estoy, dispuesto a enzarzarme en una discusión con usted respecto a una disposición eventual de... —gesticuló hacia las ventanas que Shesh tenía detrás— ... de todo esto —se levantó—. Una lástima que no podamos hacer negocios, senadora. Creo que habríamos formado un buen equipo.

Ella vio cómo se dirigía hacia la puerta, y entonces dijo:

—¿He mencionado cuánto me gusta su traje?

Él se detuvo y se volvió hacia ella, recuperando la sonrisa.

—Sí, me sienta como un guante, ¿verdad? Oculta todas mis imperfecciones y me permite mezclarme entre la gente. Me lo hizo una compañía que, literalmente, no es de este mundo.

—¿Esa compañía también produce una línea femenina?

—Y una línea exquisita, me atrevo a decir. De hecho, estoy seguro de que podrían suministrarle unos trajes perfectamente ajustados a sus necesidades — Cuf hizo una breve pausa—. Es decir, por supuesto, si en ciertas ocasiones decide anteponer los negocios a la política.

Shesh volvió a indicarle la silla a Cuf.

—La política es una profesión práctica —dijo—. Si alguien tiene lo que necesitas, haces negocios con él o te quedas sin ello. Y, personalmente, siempre he estado más interesada en los negocios que en la política.

FIN